



IMPEDIMENTA
PRESENTA

Gótico botánico

Cuentos
de un verdor
perverso

II



Gótico botánico

Cuentos de un verdor perverso



*Edición y prólogo a cargo de
Patricia Esteban Erlés*



IMPEDIMENTA



PRÓLOGO

CUIDADO CON EL VERDE

por Patricia Esteban Erlés

*Las formas se parecen y nunca son iguales.
Desde el coro sugieren que hay una ley secreta,
un enigma sagrado. ¡Si yo pudiera, amiga,
entregarte ya mismo, alegre, su respuesta!*

J.W. Goethe,
La metamorfosis de las plantas[1]

CONVIENE SER PRECAVIDOS Y NO ACERCARSE MUCHO AL VERDE. Es verdad que no ladra, y en teoría, solo en teoría, tampoco muere. Ni falta que le hace, podríamos añadir.

Un sinfín de criaturas fétidas o capaces de exhalar fragancias embriagadoras, inertes, prensiles, reptantes, trepadoras, justicieras, rencorosas, a veces medio humanas, a veces medio espectrales, componen el temible repertorio de motivos relacionados con lo fantástico vegetal que podemos encontrar en la literatura de los siglos XIX y XX, tal vez porque igualmente infinitas son las variedades de árboles, plantas y hongos que se extienden a lo largo y ancho del mundo real, asumiendo el papel de cohabitantes silenciosos y muchas veces indescifrables para el ser humano. No en vano diversos estudios científicos estiman en más de trescientas mil las especies vegetales terrestres y acuáticas registradas, aunque se admita, asimismo, que son muchas más las que quedan aún por catalogar. A la enorme cantidad y variedad mencionadas debe añadirse, además, otra de sus características definitorias: una rareza intrínseca que provoca una inevitable sensación de temor en el observador humano.

En efecto, las especies que conforman el universo botánico son muy diferentes a nosotros, ya desde su configuración externa. Los expertos afirman que poseen, además de los cinco sentidos del humano, la friolera de quince más. Se definen en general por un carácter estático, frente a nuestra mayor capacidad de movimiento, y están dotadas de una estructura modular que les permite segmentar su cuerpo, regenerando partes dañadas en oposición a nuestro organismo indivisible. Carecen de rasgos físicos similares a los del rostro y el cuerpo humano, por lo que resulta difícil establecer analogías inmediatas con ellas. Por otro lado, ya en la Antigüedad clásica se estableció un debate filosófico y científico (en el que han participado desde Aristóteles y Platón hasta los Darwin) con el fin de esclarecer si poseen alma o cerebro, pero lo cierto es que durante mucho tiempo se ha ignorado buena parte de la información sobre su inteligencia, sensibilidad o estrategias de comunicación. Podemos decir que nos han despistado a menudo, que no se dejan clasificar tan fácilmente. Así, Aristóteles, sirviéndose de la oposición entre animado e inanimado, redujo durante

un tiempo a los vegetales a la categoría de seres inorgánicos, pero después tuvo que retractarse, al resultar evidente que su capacidad reproductiva es incompatible con su clasificación como meros objetos.

Es bien sabido que nuestra especie tiende a establecer jerarquías en las que ocupa un lugar dominante, que margina y cosifica al resto de los seres para someterlos. Sin embargo, la extrañeza de lo vegetal inspira con frecuencia cierta prevención en el ambicioso homínido empeñado en descubrir y explotar cuantos recursos puedan reportarle un beneficio, que cristaliza literariamente en la visión monstruosa de unos seres vivos, que no objetos, misteriosos y muy distintos a nosotros. Consecuentemente, en numerosas narraciones un espécimen botánico aparecerá caracterizado como enemigo que ofrece resistencia al impulso conquistador del ser humano y llegará a atacarlo con ferocidad.

De lo dicho hasta ahora se deduce que lo vegetal se vincula a lo siniestro sin dificultad y encarna una versión clorofílica del término acuñado por Freud. El concepto *unheimlich* se refiere a la sensación amenazadora que nos embarga ante *algo* que genera un malestar e incertidumbre difíciles de racionalizar, pues en muchas ocasiones viene motivado por el contacto con un elemento, ser, espacio, cosa, etc., que forma parte del ámbito cotidiano. Un ejemplo en el que queda clara la cercanía de lo siniestro sería la impresión desasosegante que nos invade al encontrarnos con un objeto o lugar sin vida que *sentimos* animado de alguna manera, como sucede con ciertas muñecas o casas funestas. De forma similar, aunque inversa, se puede experimentar cierta desazón al entrar en contacto con determinados árboles o plantas, a los que percibimos como criaturas vivas, sí, pero muy alejadas biológicamente. Los vegetales se hallan sumidos en una quietud casi total y no emiten sonidos pautados para comunicarse, todo lo cual parece aproximarlos más al objeto inerte que a nuestra especie. Por otro lado, su existencia secreta, todo lo que ignoramos de ellos a pesar de que forman parte del mundo que habitamos, es otro factor que incrementa lo *unheimlich*, la sospecha de que poseen una dimensión desconocida y, por ende, amenazante.

En el principio, fue el verde. Así podríamos resumir la Creación según la Biblia, ya que las especies vegetales constituyen el primer elemento esencial para el mismísimo Dios, que las colocó en el escenario del mundo al tercer día, tres antes de que hiciera su aparición estelar el rezagado ser humano. Los árboles y las plantas nos rodean desde siempre, disfrutamos de su belleza y propiedades medicinales, nos procuran alimento, provecho material y las condiciones necesarias para que podamos respirar, pero *callan* muchas cosas sobre sí mismos, lo que nos lleva a identificarlos con fuerzas sobrenaturales o monstruos predadores, tal y como reflejan en la actualidad un gran número de obras literarias, cinematográficas, videojuegos, cómics, etc. Muchas veces, en ese proceso de metamorfosis artística se hiperbolizan aspectos reales, transformando el vegetal en un auténtico depredador al que hay que combatir.

No es una novedad. Su naturaleza oculta, críptica, ha llevado al ser humano en ocasiones a utilizar la imaginación para rellenar los espacios vacíos que dejaba el hermetismo de lo vegetal. Sucedió en la

Edad Media, periodo en el que, al versionar herbarios de la Antigüedad como el Dioscórides, algunos escribas optaron por dar más importancia a la fantasía, el folclore, la mitología y el simbolismo que a la fidelidad a un modelo real. De este modo encontramos en algunos libros dedicados a las plantas del Medioevo cómo de las flores del narciso brotaban hombrecillos que recuerdan al joven hermosísimo que se amó a sí mismo más de la cuenta. Quizás ya en ese lejano punto de la historia, además de buscar la vistosidad que hiciera atractivo un manuscrito, se empezaba a intuir el potencial fantástico de lo vegetal, tan fácilmente asimilable a la maravilla como los animales de los bestiarios, en los cuales la hibridación de seres resultaba igualmente habitual.

En siglos posteriores, tras los descubrimientos en los que se avistaron nuevos territorios de los que interesaba también apropiarse en el plano del conocimiento, distintos libros de viajes se ocuparon de detallar las peculiaridades geográficas, incluyendo descripciones de la fauna y flora autóctonas, y continuaron difundiendo esa vertiente maravillosa de las especies vegetales, que quizás no sea sino la asunción tácita del desconocimiento sobre muchos aspectos relacionados con ellas. Todavía en el siglo XVIII se dan ejemplos de volúmenes que entretejen la observación directa, supuestamente fidedigna, con el prodigio.

En el siglo XIX, la ciencia tal y como la conocemos ahora estaba dando sus primeros pasos firmes, basados en el positivismo y sus métodos de observación directa con el fin de reducir a una taxonomía rigurosa cada elemento natural. Pero ese conocimiento empírico no logró disipar del todo la inquietud generada por el mundo vegetal, ya que la constatación de las características de determinadas plantas o flores, como la orquídea, por ejemplo, sirvieron para azuzar nuevos miedos relacionados con la pérvida exuberancia de especies llegadas en ocasiones de lugares lejanos recientemente colonizados. La literatura gótica, que había sido un revulsivo contra la fe absoluta en la razón de los ilustrados, venía abonando desde la centuria anterior el terreno de la creación como una muy fecunda vía de escape del encorsetamiento neoclásico a través de una poética de lo irracional, sirviéndose del miedo como inspiración. En pleno auge del método positivista, el gótico se mostró como campo fértil para la imaginación desaforada y la expresión del horror que provocaron algunas de las conclusiones del darwinismo. Resultaba pavoroso ratificar que, aunque poco conocido, el universo vegetal había evolucionado por su cuenta, desarrollando estrategias de supervivencia en ciertas especies capaces de invadir, atacar y devorar con ferocidad monstruosa, como los fluidos venenosos, las raíces aéreas tentaculares o la exhalación de aromas hipnóticos para adormecer a sus víctimas. Curiosamente, ya no hacía faltar suponer o imaginar la naturaleza secreta de las plantas, y fue la constatación real de algunas características lo que supuso una nueva e inagotable fuente de temor.

En este contexto histórico se sitúan buena parte de los relatos incluidos en la presente antología, que comprende un arco temporal de más de ciento veinte años desde el cuento de Nathaniel Hawthorne hasta el de Zenna Henderson, fechados en 1837 y 1959, respectivamente. Entre ambos encontraremos ejemplos variados del terror que inspira lo vegetal en las narraciones de diez autores y ocho autoras de diferentes países como Francia, Inglaterra, Polonia o, mayoritariamente, Estados

Unidos. Cabe destacar que esta temática echa raíces con facilidad en cualquier tipo de soporte escrito y la encontramos tanto en libros de relatos de autores y autoras prestigiosos como en revistas del circuito comercial del mundo *pulp*, que es, curiosamente, el cauce más frecuentado por las creadoras de literatura fantástica o ciencia ficción, quizás porque les brindaba un acceso más directo a la publicación que las editoriales reputadas.

Los cuentos abordan asuntos muy variados. Se aprecia un valor metafórico en algunos, como en «El experimento del doctor Heidegger», de Hawthorne, un autor tempranamente preocupado por la ética aplicada en la ciencia, que utiliza una rosa como símbolo clásico de la belleza efímera, a modo de doble de aquellos humanos cercanos al final de sus vidas que no se resignan a aceptar la vejez y decrepitud inherentes al hecho mismo de existir. En «El árbol en la colina», de Lovecraft y Rimel, el roble típicamente norteamericano sirve como umbral a lo siniestro, a la soledad metafísica del narrador. Por su parte, en «Y una niña pequeña», de Zenna Henderson, lo vegetal actúa como correa de transmisión para unos extraños seres, quizás llegados de otro planeta. En todos ellos lo vegetal resulta ser una figura significativa que acerca con su sola presencia conceptos como la muerte, el abismo existencial o la presencia del Otro. Es, en definitiva, un elemento que posibilita el sentido general del texto, no un mero figurante.

Pueden destacarse, asimismo, ecos góticos en cuentos que fusionan lo fantasmagórico victoriano con un elemento botánico. Así sucede en «La glicinia gigante», de Perkins Gilman, y en «La rosaleta», de M. R. James, en los que dos plantas ornamentales de jardín, es decir, de una naturaleza plenamente domesticada, ejercen como guardianas de la memoria de un hecho atroz inducido por la crueldad humana, justo en el mismo espacio en que sus nuevos habitantes creen haber encontrado el hogar perfecto. La *planta fantasmal* es el personaje que denuncia la verdad de lo ocurrido mediante la espeluznante semejanza que se establece entre la enredadera lila y la silueta de la víctima, en el primer relato, y convirtiendo en lugar ominoso el punto exacto donde la señora de la casa pretende plantar una rosaleta, en el segundo. Justamente esa percepción de una atmósfera opresiva, siniestra, que parece adueñarse del reducto idílico que representa a menudo un jardín, resurge también en «Una cortina de follaje», de Welty, contagiando una inexplicable furia a la apacible viuda Lark mientras adecenta el que rodea su hogar, un día cualquiera.

Ya plenamente con estatus de coprotagonistas o incluso antagonistas de un ser humano en apuros aparecen en numerosos textos árboles, flores y setas que podríamos llamar *plantas monstruosas*. Por un lado, en las narraciones de Crompton y Counselman damos con la personificación de lo vegetal que hunde unas raíces muy profundas en el imaginario occidental de las metamorfosis de mitos griegos como el de Dafne, convertida en laurel, a la par que señalan la naturaleza híbrida, y por lo tanto inquietante, de los vegetales que asumen una apariencia o identidad antropomorfa. La metamorfosis es un proceso que se presta muy bien a la plasmación artística, ya que apela a la sensorialidad; se produce ante el lector o espectador como una impactante transformación en la mayoría de los casos, si bien el parecido es más bien interno en las autoras del XX que incluye nuestro libro, ya que el árbol, de nuevo un roble en ambos casos, es, en el fondo, un ser enamorado de la

protagonista femenina a la que defiende, aunque su verdadera esencia, divina o humana, permanezca oculta bajo una cobertura vegetal.

En otros casos, la monstruosidad puede deberse a diferentes factores, por ejemplo, las propiedades inherentes y constatables en la realidad de determinados vegetales, como sucede en «La amanita mortal», de Colter, que explota el uso del veneno letal de la amanita, una seta de un bello tono escarlata y manjar indigesto ya utilizado en tiempos de Roma para asesinar al emperador Claudio. Asimismo, se tiende a hipertrofiar las cualidades de la orquídea en «El terror púrpura», de White, o en «Pensamientos verdes», de Collier. El cuento de White atestigua el *orchidelirium*, un síndrome real que surgió de la fascinación victoriana por esta exótica flor a la que llega a identificarse, por su belleza exótica y amenazadora, con la mujer fatal, símbolo misógino en el fin de siglo. Por su parte, ya bien entrado el siglo XX, Collier fabuló en su narración el *contrafacto* caricaturesco de dicha obsesión. En los dos se exagera la naturaleza predadora de la flor, al atribuirle una ferocidad que en realidad es distintiva de otras plantas carnívoras y parasitarias. Y aún más terrorífica, ya a escala planetaria, es la enredadera pandémica, dotada de una especie de inteligencia malévola, que surge del interior de un pantano en «La guerra de la hiedra», de Keller.

Junto a estas criaturas que en sí mismas suponen un peligro, bien real, bien ficticio, exagerado por exigencias del guion, se registra en diversos cuentos la existencia de otras que buscan atacar al ser humano como venganza por el daño que les ha infligido previamente, con lo cual quien queda caracterizado como monstruo es el humano invasor y explotador, tal y como se advierte en «Wood'stown», de Daudet, que muestra cómo un bosque completo, casi zombificado, regresa para adueñarse de nuevo del territorio expropiado tras convertirse en víctima de la falta de escrúpulos de ciertos colonizadores. En su relato Daudet hacía gala de una precoz visión ecocrítica, presente asimismo en «La máquina de sonido», de Dahl, historia en la que se permite a un excéntrico científico *amateur* conocer el estremecedor e insospechado sufrimiento de una flor cortada por capricho.

También se cobrará su revancha la deidad terrible de «Un lugar en el bosque», de Derleth, convirtiendo el paraíso silvestre de unos niños en altar de sacrificio pánico. El precio de cruzar los límites sagrados o éticos es muy alto, como bien llegará a saber el cruel rey de «El jardín de Adompha», de Smith, quien, en connivencia con un aterrador jardinero, lleva a cabo experimentos abominables en el vergel de su palacio.

En clara oposición a lo que sucede en el cuento de Smith, el cuidador de un jardín asumirá el papel de colaborador necesario del ataque vegetal tanto en «La victoria de los hermanos verdes», de Moravsky, como en «El Jardinero», de St. Clair, ambas historias de texturas muy distintas que ubican en un Miami realista y en un escenario futurista, respectivamente, el comportamiento brutal de un constructor y de un funcionario contra el patrimonio botánico, que habrá de costarles muy caro a los dos. El jardinero es, aquí, un aliado de lo natural, que representa la necesidad de actuar, de rebelarse contra la violencia dictada por el afán de lucro o el abuso de poder que guía demasiadas veces a

nuestra especie. De esta forma, se advierte un cambio ideológico, la conciencia de que el mundo no es un lugar dispuesto para que el hombre pueda saquearlo a placer, sino un patrimonio de incalculable valor, habitado por seres vivos que merecen respeto y no una mera consideración mercantilista.

En definitiva, ya sea como eficaces símbolos de temas universales o en forma de remotos miedos victorianos y de personajes híbridos, peligrosos o sedientos de venganza, los vegetales ofrecen una fascinante variedad literaria, consecuencia lógica de su casi infinita y perturbadora cantidad de especies y de todo lo que nos queda por descubrir sobre ellos. Pero no debemos olvidar que el tratamiento que se les da en las obras artísticas tiene mucho que ver, además, con la evolución de la historia del pensamiento científico, así como con la ambición desmedida que despierta el capitalismo y la conciencia crítica surgida posteriormente, todo lo cual nos invita a reflexionar sobre el comportamiento del ser humano al relacionarse con otras especies. Conviene, por lo tanto, leer con calma las historias que componen este libro y tener cuidado, mucho cuidado, con el verde.

PATRICIA ESTEBAN ERLÉS

SEPTIEMBRE DE 2024

[1]. Goethe, J. W. *La metamorfosis de las plantas*. Atalanta, 2020. Traducción de Isabel Hernández.

GÓTICO BOTÁNICO



EL EXPERIMENTO
DEL DOCTOR HEIDEGGER
NATHANIEL HAWTHORNE



• 1837 •

TRADUCIDO POR
Marcelo Cohen

NATHANIEL HAWTHORNE

· 1804-1864 ·

ELOGIADO POR SU CONTEMPORÁNEO EDGAR ALLAN POE, Nathaniel Hawthorne fue, además del autor de *La letra escarlata*, un notable cuentista que abordó en varias piezas de su narrativa breve el conflicto surgido cuando la ambición humana trata de dominar el mundo a través de la experimentación científica, sin reparar en límites morales.

Nacido en el enigmático Salem y descendiente de puritanos ingleses, desde luego no heredó de ellos la visión de la naturaleza como un feudo que debía doblegarse ante el hombre. Hawthorne muestra más bien una afinidad ideológica con la visión de los escritores trascendentalistas Emerson y Thoreau, al concebirla como algo libre y orgánico por un designio divino incuestionable. De ello se deduce que la insensata decisión de alterar o manipular sus elementos en beneficio propio acarrea un estrepitoso fracaso a todo aquel que se atreva a hacerlo.

En una línea similar a la transitada décadas atrás por Mary Shelley en su *Frankenstein*, Hawthorne sitúa a varios de los personajes masculinos de sus relatos, todos ellos eruditos respetados, ante la tentadora oportunidad de apoderarse de los misterios de la vida, la muerte y el paso del tiempo gracias a su conocimiento del mundo natural. Así sucede en la historia del siniestro botánico Rappaccini, uno de sus cuentos más célebres, pero también en «La marca de nacimiento» y en «El experimento del doctor Heidegger», que fue publicado por primera vez en la antología de relatos *Twice-Told Tales* (1837).

Los tres guardan un innegable aire de familia en su atracción por el mundo vegetal y la relación metonímica que se establece con lo femenino, aunque «El experimento del doctor Heidegger» se distancia del tono terrible de los otros dos gracias al jocoso narrador que traslada los hechos acaecidos en el gabinete del respetado galeno. Heidegger aparece como un sabio a medio camino entre el alquimista y el científico, y se menciona casi de pasada que fue el causante de la muerte de su joven prometida. Cincuenta años después de esa desgracia, en medio de una reunión en su casa con otros ancianos amigos, emplea una rosa marchita, símbolo clásico de la belleza efímera, para mostrarles los maravillosos efectos de un legendario elixir al que ha tenido acceso. Ante la atenta mirada de su anfitrión, el achacoso cuarteto vivirá una comprensible euforia, la mágica sensación de que vuelven a habitar los cuerpos saludables y llenos de energía de antaño.

EL EXPERIMENTO DEL DOCTOR HEIDEGGER



Una vez, el doctor Heidegger, ese hombre singularísimo, invitó a cuatro amigos a reunirse con él en su estudio. Había tres caballeros de barba blanca, el señor Medbourne, el coronel Killigrew y el señor Gascoigne, y una mujer marchita que respondía por Viuda Wycherly. Todas eran criaturas melancólicas de edad, con vidas desafortunadas, cuya mayor desgracia radicaba en no haberse mudado hacía tiempo a la tumba. En sus años de vigor, el señor Medbourne había sido un comerciante próspero, pero una especulación frenética lo había llevado a perder todo y ahora no estaba mejor que un mendigo. El coronel Killigrew había desperdiciado sus mejores años, su salud y su sustancia persiguiendo placeres pecaminosos que habían dado a luz una prole de males como la gota y varios tormentos del alma y el cuerpo. El señor Gascoigne era un político arruinado y hombre de mala fama, o al menos lo había sido hasta que el tiempo, enterrándolo a los ojos de la generación presente, había transformado su fama en oscuridad. En cuanto a la Viuda Wycherly, la tradición nos cuenta que en su tiempo había sido una beldad; pero hacía ya largos años que vivía en reclusión profunda a causa de ciertos escándalos que habían despertado prejuicios en la aristocracia de la ciudad. Es digna de mencionarse la circunstancia de que, antaño, los tres caballeros habían amado a la Viuda, y habían estado en su momento al borde de degollarse entre ellos por su causa. Por último, antes de proseguir, me limitaré a señalar que en ocasiones se consideraba al doctor Heidegger y a sus visitantes un poquito fuera de sus cabales; como no pocas veces sucede con los ancianos cuando los aquejan angustias presentes o recuerdos penosos.

—Viejos y queridos amigos —dijo el doctor Heidegger indicándoles que se sentaran—, deseo pedirlos ayuda en uno de los pequeños experimentos con que me entretengo aquí en mi estudio.

Si las historias que se cuentan fueran ciertas, el estudio del doctor Heidegger debía de ser un lugar bien curioso. Era una estancia con poca luz, anticuada, festoneada de telarañas y polvorienta. Cubrían las paredes varias bibliotecas de roble; hileras de gigantescos volúmenes en folio ocupaban los estantes inferiores y pequeños duodécimos encuadernados en pergamino atestaban los más altos. En la biblioteca central había un busto de bronce de Hipócrates con el cual, según algunas

autoridades, el doctor Heidegger acostumbraba mantener consultas sobre los casos difíciles de su práctica. En el rincón más oscuro se alzaba un armario de roble estrecho y alto, por cuya puerta entreabierta aparecía sospechosamente un esqueleto. Entre dos de las estanterías colgaba un espejo que presentaba una superficie elevada y sucia dentro de un deslustrado marco dorado. Una de las muchas fábulas maravillosas que se contaban de aquel espejo era que en él moraban los espíritus de los pacientes muertos del doctor, que le clavaban los ojos en cuanto se volvía hacia allí. La pared opuesta estaba adornada con el retrato de cuerpo entero de una joven, ataviada con una deslucida magnificencia de seda, satén y brocado, y de rostro tan apagado como el vestido. Más de medio siglo antes, el doctor Heidegger había estado a punto de casarse con aquella joven; pero, afectada de un desorden leve, había ingerido uno de los preparados de su novio y había muerto el día de la boda. Queda por mencionar la curiosidad más llamativa del estudio: un macizo volumen en folio, encuadernado en cuero negro, con grandes broches de plata. El lomo no estaba escrito y nadie sabría decir cómo se titulaba el libro. Pero era bien conocido que se trataba de un libro de magia, y una vez, al alzarlo la criada solo para quitarle el polvo, el esqueleto del armario había traqueteado, el retrato de la joven había adelantado un pie y varias figuras espectrales habían espiado desde el espejo, mientras Hipócrates, frunciendo el ceño de bronce, decía: «¡Abstente!».

Tal era el estudio del doctor Heidegger. La tarde de verano de nuestra historia, ocupaba el centro una mesita redonda, negra como el ébano, con un jarrón de cristal biselado de bella forma y artesanía compleja. Sobre este jarrón daba directamente el sol, luego de entrar por la ventana y pasar entre los festones de dos gastadas cortinas de damasco, de modo que un débil resplandor se reflejaba en los cenicientos rostros de los cinco ancianos sentados a su alrededor. Sobre la mesa había también cuatro copas de champán.

—Viejos y queridos amigos —repitió el doctor Heidegger—, ¿puedo confiar en que me ayudéis a llevar a cabo un experimento extraordinariamente curioso?

Digamos que el doctor Heidegger era un hombre muy raro, cuya excentricidad había dado pábulo a mil historias fantásticas. El origen de algunas de ellas, para mi vergüenza, podrían remontarse a mi propia y veraz persona; y, si algún pasaje de este relato sobresalta la fe del lector, soportaré de buena gana el estigma de cuentista.

Al oírlo hablar del experimento, ninguno de los cuatro huéspedes del doctor previó algo más allá del asesinato de un ratón en una bomba de vacío, el examen de una tela de araña al microscopio o alguna otra de las fruslerías que tenía por costumbre infligir a sus íntimos. Sin esperar respuesta, en cambio, el doctor Heidegger cruzó la estancia cojeando y volvió a la mesa con el pesado volumen en cuero negro que según la opinión más extendida era un libro de magia. Abrió los broches de plata, luego el volumen, y de entre las páginas sacó una rosa, o lo que había sido una rosa, porque las hojas verdes y los pétalos rojos habían cobrado un matiz marrón y entre las manos del doctor parecían a punto de deshacerse en polvo.

—Esta rosa —suspiró el doctor Heidegger—, esta flor mustia y friable, se abrió hace cincuenta y cinco años. Me la dio Sylvia Ward, cuyo retrato cuelga allí; y yo pensaba llevarla en el pecho en

nuestra boda. Cincuenta y cinco años fue atesorada entre las páginas de este antiguo volumen. Pues bien, ¿creéis posible que esta rosa de medio siglo vuelva a vivir?

—Tonterías —dijo la Viuda Wycherly sacudiendo malhumoradamente la cabeza—. Lo mismo daría preguntarnos si puede rejuvenecer la cara de una vieja arrugada.

—¡Ved! —respondió el doctor Heidegger.

Destapó el jarrón y echó la rosa marchita en el agua que contenía. Al principio se mantuvo leve en la superficie, sin dar la impresión de que la rosa absorbiera humedad. Pero pronto se hizo visible un cambio singular. Los pétalos aplastados y secos se agitaron y fueron cobrando un matiz carmesí, como si despertasen de un letargo; el flaco tallo y las hojas reverdecieron; y al fin, la rosa de medio siglo ganó la frescura que había tenido cuando Sylvia Ward se la dio a su prometido. Era como si acabara de abrirse, porque algunos de los rojos pétalos se curvaban púdicamente alrededor del seno húmedo, dentro del cual brillaban dos o tres gotas de rocío.

—Un bonito truco, sin duda —dijeron los amigos del doctor; tibiamente, con todo, pues en espectáculos de magia habían presenciado milagros mayores—. Di, ¿cómo lo has hecho?

—¿Alguna vez habéis oído hablar de la Fuente de la Juventud —dijo el doctor Heidegger— que el aventurero español Ponce de León buscaba hace dos o tres siglos?

—Pero nunca la encontró, ¿verdad? —dijo la Viuda Wycherly.

—No —respondió el doctor Heidegger—, porque no la buscó en el lugar correcto. Si no estoy mal informado, la famosa Fuente de la Juventud se encuentra en el sur de la península de Florida, no lejos del lago Macaco. Está a la sombra de varias magnolias gigantes que, gracias a las virtudes de esa agua maravillosa, se han mantenido frescas como violetas a lo largo de innumerables siglos. Un conocido mío, que sabe de mi curiosidad por estas cuestiones, me ha enviado lo que veis en el jarrón.

—¡Ejem! —dijo el coronel Killigrew, que no se creía una palabra de la historia—. ¿Y qué efecto tendría el fluido en el cuerpo humano?

—Lo juzgarás por ti mismo, querido coronel —replicó el doctor Heidegger—. Y, respetados amigos, estáis todos invitados a tomar la cantidad necesaria para restaurar el esplendor de vuestra juventud. Por mi parte, con el trabajo que me ha dado envejecer, no tengo prisa por volver a ser joven. Por eso, con vuestro permiso, me limitaré a observar cómo se desarrolla el experimento.

Sin dejar de hablar, el doctor Heidegger había ido llenando las cuatro copas de champán con agua de la Fuente de la Juventud. Al parecer estaba impregnada de un gas, pues del fondo de las copas subían continuas burbujitas que estallaban en la superficie en rocío plateado. Como el licor difundía un perfume agradable, los ancianos no dudaron de que tuviera propiedades cordiales y estimulantes y, aunque escépticos respecto a su poder rejuvenecedor, se inclinaron a beberlo enseguida. Pero el doctor Heidegger les rogó que esperasen un momento.

—Antes de beber, respetables amigos —dijo—, sería bueno que, guiados por la experiencia de una vida, antes de pasar otra vez por los peligros de la juventud adoptarais algunas reglas generales. ¡Pensad si no sería una vergüenza y un pecado que, con esa ventaja peculiar, no fuerais ejemplos de virtud y sabiduría para todos los jóvenes de vuestra época!

Los cuatro venerables amigos no respondieron, salvo con una risa débil y trémula; tan ridícula les resultaba la idea de que, sabiendo cuán de cerca sigue el arrepentimiento los pasos del error, pudieran volver a descarriarse.

—Entonces bebed —dijo el doctor con una reverencia—. Qué alegría haber elegido tan bien a los sujetos de mi experimento.

Manos paráliticas llevaron las copas a los labios. Si de verdad poseía las virtudes que le imputaba el doctor Heidegger, el licor no habría podido ofrecerse a cuatro criaturas más dolorosamente necesitadas. Parecía como si nunca hubiesen conocido la juventud o el placer; como si hubiesen nacido de una naturaleza chocha: criaturas siempre grises, decrépitas, sin savia, que se encorvaban ahora alrededor de la mesa, sin vida siquiera en el alma y el cuerpo para que la perspectiva de volver a ser jóvenes las animara. Bebieron el agua y dejaron las copas.

Por cierto que en el aspecto del grupo hubo una mejora casi inmediata, no muy diferente de la que habría producido la suma de una copa de vino generoso y el impacto alegre de un rayo de sol. En vez del color ceniciento y cadavérico, había en las mejillas una efusión saludable. Se miraron entre sí e imaginaron que, realmente, cierta potencia mágica había empezado a borrar las tristes inscripciones que, desde hacía tanto, el Padre Tiempo les venía grabando en las caras. Sintíéndose casi una mujer otra vez, la Viuda Wycherly se arregló el sombrero.

—¡Danos más de esta agua fabulosa! —clamaron ansiosos—. Somos más jóvenes..., ¡pero todavía demasiado viejos! ¡Aprisa! ¡Danos más!

—¡Paciencia, paciencia! —dijo el doctor Heidegger, que observaba el experimento con desapego filosófico—. Lleváis mucho tiempo envejeciendo. ¡Bien podéis conformaros con rejuvenecer en media hora! Pero el agua está a vuestra disposición.

Volvió a llenar las copas con el licor de la juventud, del cual quedaba bastante para devolver a la mitad de los valetudinarios de la ciudad a la edad de sus nietos. Mientras las burbujas aún chispeaban en los bordes, los cuatro invitados arrebataron las copas de la mesa y se bebieron los respectivos contenidos de un solo trago. ¡Que no fuera un engaño! Con solo pasar por la garganta, el trago parecía obrar un cambio en todo el sistema. Se les despejaron y abillantaron los ojos; un color oscuro se acentuó entre los mechones plateados; sentados alrededor de la mesa había tres hombres de mediana edad y una mujer que apenas había dejado atrás su apogeo.

—Querida viuda, ¡estás hecha un encanto! —exclamó el coronel Killigrew, que no dejaba de mirar cómo las sombras de la edad le huían de la cara como la oscuridad del amanecer.

La bella viuda sabía desde hacía largo tiempo que no siempre los cumplidos del coronel Killigrew obedecían a una lucidez veraz; de modo que se levantó y corrió hasta el espejo, temiendo encontrarse aún con un rostro de anciana. Mientras, la conducta de los tres caballeros probaba que el agua de la Fuente de la Juventud tenía ciertas propiedades intoxicantes; a menos que el entusiasmo fuera un leve mareo causado por la súbita desaparición del peso de los años. La mente del señor Gascoigne divagaba por temas políticos, aunque era difícil determinar si pasados, presentes o futuros, porque durante aquellos cincuenta años habían estado en boga las mismas ideas. Ora disparaba sentencias a

voz en cuello sobre el patriotismo, la gloria nacional y los derechos del pueblo; ora murmuraba alguna cuestión peligrosa en un susurro sesgado y dudoso, con tal cautela que ni su propia conciencia lograba hacerse con el secreto; ora volvía a hablar en términos medidos y con gran deferencia, como si dirigiera sus bien contruidos fraseos al oído de un rey. En todo este tiempo, el coronel Killigrew no había parado de entonar una jovial canción de borracho, ni de hacer sonar la copa en polifonía con el estribillo, volviendo una y otra vez los ojos a la dotada silueta de la Viuda Wycherly. Al otro lado de la mesa, el señor Medbourne se abocaba a un cálculo de dólares y centavos en el que, extrañamente, intervenía el proyecto de proveer de hielo a las Indias Orientales mediante témpanos polares tirados por ballenas.

En cuanto a la Viuda Wycherly, de pie frente al espejo cortejaba su propia imagen, le sonreía como una tonta y la saludaba como a la amiga más querida del mundo. Acercaba la cara al cristal para comprobar que alguna arruga o pata de gallo muy recordada hubiese desaparecido de verdad. Examinaba si la nieve del pelo se le había derretido por completo y si podía quitarse el venerable sombrero sin peligro. Por último, apartándose con brío, volvió a la mesa con paso danzarín.

—Mi querido doctor —exclamó—, ¡concédame otra copa, por favor!

—Desde luego, querida señora, ¡desde luego! —respondió el complaciente doctor Heidegger—. ¡Mira! Si ya las he llenado todas.

De hecho había allí cuatro copas rebosantes de agua maravillosa cuya delicada efervescencia, que burbujeaba en la superficie, recordaba un trémulo destello de diamantes. Con la inminencia del crepúsculo, la habitación estaba ahora más oscura que nunca, pero cada copa irradiaba un fulgor de luna, y lo mismo los cuatro invitados. También la venerable figura del doctor, que ocupaba un sillón de roble, de alto respaldo y complejo labrado, con un aspecto digno que habría sentado bien al Padre Tiempo, cuyo poder nadie, salvo aquel grupo de afortunados, había puesto nunca en entredicho. La expresión del misterioso rostro del doctor era tal que, mientras bebían el tercer trago de la Fuente de la Juventud, los otros no dejaron de mirarlo con temor.

Pero al momento siguiente se les disparó por las venas el borbotón excitante de la vida joven. Estaban en el feliz apogeo de la vida. Si recordaban la vejez, con su recua miserable de preocupaciones, penas y enfermedades, era solo como un sueño inquietante del que acababan de despertar con júbilo. La pátina fresca del alma, perdida tan pronto, sin la cual las sucesivas escenas del mundo solo habían sido una galería de cuadros opacos, volvía a aureolar de encanto todos sus proyectos. Se sentían como seres recién creados en un universo nuevo.

—¡Somos jóvenes! ¡Somos jóvenes! —gritaban, exultantes.

Como la edad extrema, la juventud había borrado las marcadas características de la vida adulta y las había asimilado todas. Eran un grupo de jovencitos alegres, casi enloquecidos por la exuberancia parrandera de sus años. El aspecto más particular de su alegría era un impulso de burlarse de las dolencias y la decrepitud de las que habían sido víctimas hasta hacía muy poco. Se reían estruendosamente de sus ropas anticuadas, de las levitas de faldones anchos y los chalecos con solapa de los varones y del viejo sombrero y el vestido de la muchacha en sazón. Uno cojeaba por la sala

como un abuelo gotoso; otro se había montado unas gafas en la nariz y fingía escrutar las páginas del libro de magia; el tercero, sentado en un sillón, pugnaba por imitar la venerable gravedad del doctor Heidegger. Luego echaron todos a gritar de júbilo y se pusieron a saltar por la habitación. La Viuda Wycherly —si cabía llamar viuda a una damisela tan fresca— se subió al sillón del doctor con una traviesa expresión divertida en la cara sonrosada.

—Anda, doctor, almita vieja —exclamó—. ¡Levántate a bailar conmigo! —Y a los cuatro se les redobló la risa al pensar en la extraña imagen que daría el pobre anciano.

—Te ruego que me disculpes —respondió el doctor en voz baja—. Soy viejo, tengo reuma y para mí los días de bailar hace mucho que han pasado. Pero cualquiera de estos jóvenes se alegrará de tener una compañera tan guapa.

—¡Baila conmigo, Clara! —la invitó el coronel Killigrew.

—¡No, no, hará pareja conmigo! —gritó el señor Gascoigne.

—¡A mí me prometió la mano hace cincuenta años! —exclamó el señor Medbourne.

Se reunieron los tres en torno a ella. Uno le aferró apasionadamente las manos, otro le rodeó la cintura con un brazo, el otro hundió la palma en los relucientes rizos que se le amontonaban bajo el sombrero. Ruborizada, jadeante, resistiéndose, regañando, toda risas, abanicando por turno cada rostro con su aliento tibio, por mucho que luchara por soltarse seguía atrapada en el triple abrazo. Era el retrato más vivaz jamás visto de la rivalidad juvenil por el premio de una belleza cautivante. Sin embargo, se dice que el espejo, por una rara ilusión debida a la oscuridad del lugar, reflejaba las viejas, declinantes figuras de los tres abuelos compitiendo ridículamente por la descarnada fealdad de una abuela achacosa.

Pero eran jóvenes; la prueba era el ardor de sus pasiones. Inflamados hasta la locura por la coquetería de la viuda —muchacha que no concedía sus favores ni los negaba—, los tres rivales empezaron a intercambiar miradas amenazantes. Sin soltar el hermoso premio, se echaron ferozmente cada uno a la garganta del otro. Con la violencia de la lucha, cayó la mesa y el jarrón se hizo añicos. Un arroyo brillante de preciosa Agua de la Juventud corrió por el suelo y mojó las alas a una mariposa que, habiendo envejecido al final del verano, había aterrizado allí para morir. El insecto aleteó ligeramente por la estancia y se posó en la nevada cabeza del doctor Heidegger.

—¡Vamos, caballeros, vamos! Calma, madame Wycherly —dijo el doctor—. Debo protestar seriamente contra este tumulto.

Quedaron los cuatro inmóviles y se echaron a temblar, pues parecía como si el patriarca Tiempo los estuviera llamando a volver de la juventud soleada al helado y sombrío valle de los años. Miraron al anciano anfitrión: sentado en el sillón labrado sostenía la rosa de medio siglo, que había rescatado de los fragmentos del jarrón. A un gesto de su mano, los cuatro alborotadores volvieron a sentarse; tanto más de buena gana porque, por jóvenes que fuesen, la violenta expansión los había cansado.

—¡La rosa de mi pobre Sylvia! —exclamó el doctor Heidegger sosteniéndola a la luz de las nubes del ocaso—. Parece que ya se agosta de nuevo.

Y así era. Bajo la mirada del grupo, la flor siguió ajándose hasta quedar tan seca y tan frágil como

cuando el doctor la había arrojado al jarrón. Él sacudió las pocas gotas de rocío que aún se aferraban a los pétalos.

—La quiero tanto así como en la frescura —comentó, llevándose la marchita rosa a los labios marchitos. Mientras hablaba, la mariposa batió las alas en su cabeza cana y cayó al suelo.

Los invitados volvieron a temblar. Poco a poco se apoderaba de ellos una extraña frialdad, no sabían si de cuerpo o de espíritu. Se miraron entre sí e imaginaron que cada momento fugaz les birlaba un encanto y dejaba un pliegue profundo donde antes no había nada. ¿Era una ilusión? ¿Se habían comprimido los cambios de toda una vida en un lapso tan breve y volvían a ser cuatro ancianos sentados con un viejo amigo, el doctor Heidegger?

—¡Tan pronto y envejecemos de nuevo! —gimieron.

Nada más cierto. La virtud del Agua de la Juventud era apenas más pasajera que la del vino. El delirio que había creado se disipaba como una efervescencia. ¡Sí: eran viejos otra vez! En un arrebato tembloroso que la mostró mujer todavía, la viuda enlazó las manos nudosas ante su cara y, ya que no podía conservar la belleza, deseó que bajaran la tapa de su ataúd.

—¡Sí, amigos, volvéis a ser viejos! —dijo el doctor Heidegger—. ¡Y el Agua de la Juventud derrochada en el suelo! Pero bueno... No lo lamentéis, porque yo no me agacharía a mojarme los labios en la fuente ni aunque brotara en mi umbral. No, ni aunque el delirio durase años en vez de momentos. ¡Esta lección me habéis enseñado!

Pero los cuatro amigos del doctor no habían aprendido la lección. Allí mismo decidieron peregrinar a Florida y beber mañana, tarde y noche de la Fuente de la Juventud.

WOOD'STOWN
ALPHONSE DAUDET



• 1873 •

TRADUCIDO POR
Luisa Lucuix

ALPHONSE DAUDET

· 1840-1897 ·

MUCHOS DE SUS CONTEMPORÁNEOS, incluida la española Emilia Pardo Bazán, lamentaron la brevedad de la vida de Alphonse Daudet, que nació en Nîmes en 1840 y murió, después de varias décadas enfermo de sífilis, en 1897. Daudet formaba parte de una familia de comerciantes de seda que cayó en la bancarrota, y mostró una temprana inclinación a la literatura, como poeta al principio, como narrador realista y naturalista después. Suele ensalzarse su novela *Tartarín de Tarascón*, que relata las peripecias de un héroe provinciano que sueña con cazar un león en África, pero, en uno de sus estudios sobre literatura francesa coetánea, Pardo Bazán advertía la gracia de Daudet en las distancias cortas y lo catalogaba como cuentista nato, destacando, en especial, su facilidad para trazar precisas descripciones paisajísticas, escenas de la naturaleza de su Provenza natal, a la que se sentía muy unido emocionalmente. Ya en su colección de relatos *Cartas de mi molino*, de 1869, revela de una forma muy nítida esa relación simbiótica con el entorno, a través de párrafos dotados de una gran sensorialidad. Daudet, más proclive a la descripción que a la narración, otorgaba un valor esencial a la percepción de la luz, los colores y los sonidos que le permitían expresar a través del mundo natural un determinado estado de ánimo.

En «Wood'stown», un curioso relato publicado por primera vez en el diario *Le Bien Public*, Daudet se embarca en un viaje transatlántico y sitúa en una localidad vinculada a Washington una rebelión silenciosa, pero letal. Insaciable en su saqueo de materia prima, el ser humano decide construir una población en el vasto territorio ocupado por un bosque de árboles primigenios, casi podría decirse que sagrados. Durante un tiempo la naturaleza exuberante resiste al embate de las hachas, pero entonces los ambiciosos colonos recurren al fuego destructor, sin ningún escrúpulo. No obstante, los cadáveres de todos los árboles sacrificados acabarán tomándose la revancha y se impondrán sobre el ansia desmedida de riqueza que caracteriza a los colonos del Nuevo Mundo. Sirviéndose de un revelador topónimo en inglés y de los mismos recursos expresivos que tan buen resultado le dieron al evocar su paraíso provenzal, Daudet lleva a cabo una apología del mundo vegetal dotada de un gran vigor y plagada de asombrosas imágenes en su fabulación de ese regreso de la naturaleza zombi, más bella y poderosa que nunca.

WOOD'STOWN



a ubicación era espléndida para construir una ciudad. Solo había que despejar las orillas del río talando una parte del bosque, del inmenso bosque virgen arraigado allí desde el origen del mundo. Protegida entonces todo alrededor por boscosas colinas, la ciudad descendería hasta los muelles de un puerto magnífico, establecido en la desembocadura del río Rojo, a solo seis kilómetros y medio del mar.

En cuanto el Gobierno de Washington hubo otorgado la concesión, carpinteros y leñadores se pusieron manos a la obra. Mas seguro que nunca han visto ustedes un bosque similar. Aferrado al suelo con todas sus lianas, con todas sus raíces, lo talaban por un lado y despuntaba de nuevo por otro, renacía de sus heridas y a cada hachazo le brotaban renuevos verdes. Apenas trazadas las calles y las plazas de la ciudad, la vegetación las invadía. Los muros progresaban más despacio que los árboles y, nada más erigidos, cedían bajo la fuerza de las raíces aún vivas.

Para acabar con aquella resistencia en la que el hierro de los machados y las hachas se embotaba, no quedó más remedio que recurrir al fuego. Un humo asfixiante ocupó día y noche el espesor de los matorrales, mientras, por encima, los grandes árboles ardían como cirios. El bosque trató de luchar de nuevo, retrasando el incendio con torrentes de savia y el frescor sin aire de su follaje compacto. Finalmente, llegó el invierno. La nieve cayó como una segunda muerte sobre los extensos terrenos llenos de troncos ennegrecidos, de raíces consumidas. Ahora se podía construir.

Pronto se extendió a orillas del río Rojo una ciudad inmensa, toda de madera como Chicago, con sus largas calles alineadas y numeradas ramificándose desde las plazas, su Bolsa, sus mercados, sus iglesias, sus escuelas y todo el utillaje marítimo de hangares, aduanas, dársenas, almacenes y astilleros. La ciudad de madera, Wood'stown, como la llamaron, enseguida se llenó de los sufridos pobladores de las ciudades nuevas.

Una actividad frenética circuló por todos sus barrios, pero en las colinas de alrededor, que se cernían sobre las calles atestadas de gente y sobre el puerto abarrotado de navíos, una masa oscura y amenazante se desplegaba en semicírculo. Era el bosque, que observaba.

Observaba aquella ciudad insolente que le había quitado el sitio a orillas del río y cinco kilómetros de árboles gigantes. Toda Wood'stown había surgido de sus entrañas. Los altos mástiles que se balanceaban allá en el puerto, los innumerables tejados inclinados unos sobre otros, hasta la última

cabaña del barrio más alejado, todo lo había proporcionado él; incluso las herramientas de trabajo, incluso los muebles, limitando únicamente sus servicios al largo de sus ramas. ¡Qué rencor más terrible le guardaba por ello a aquella ciudad de saqueadores!

Mientras duró el invierno, no se dieron cuenta de nada. Las gentes de Wood'stown oían a veces un crujido sordo en el tejado, en los muebles. De cuando en cuando, se agrietaba un muro, el mostrador de una tienda se partía en dos ruidosamente. Pero la madera nueva está sujeta a estos contratiempos, y nadie les daba importancia. Sin embargo, con la llegada de la primavera —una primavera súbita, violenta, tan cargada de savia que bajo la tierra se notaba como el murmullo de una fuente—, el suelo comenzó a agitarse, levantado por fuerzas invisibles y vigorosas. Los muebles y las paredes de cada casa se hinchaban, y en los techos se observaron unas prominencias alargadas que recordaban al paso de un topo. Ni puertas ni ventanas, nada funcionaba ya. «Es la humedad», decían los habitantes. «Se pasará con el calor.»

De repente, tras una gran tormenta procedente del mar que anunciaba el verano en los rayos ardientes y la lluvia templada, la ciudad amaneció con un grito de estupor. Los tejados rojos de los monumentos públicos, los campanarios de las iglesias, el suelo de las casas y hasta la madera de las camas, todo estaba salpicado de un tinte verde, fino como el moho, delicado como el encaje. De cerca, se trataba de numerosas yemas microscópicas en las que ya se distinguía el desarrollo de las hojas. Aquella extravagancia de las lluvias causó más distracción que otra cosa; pero, antes de que cayera la tarde, había ristas de vegetación desplegándose por todas partes sobre los muebles y sobre las paredes. Los tallos medraban a ojos vistas: si se los retenía ligeramente en la mano, se los notaba crecer y aletear. Al día siguiente, todas las viviendas parecían invernaderos. Las lianas se enroscaban a los pasamanos de las escaleras. En las calles estrechas, las ramas se entrelazaban de un tejado a otro, sumiendo a la bulliciosa ciudad en la penumbra de las avenidas forestales. Empezaba a ser preocupante. Mientras en las reuniones de eruditos se deliberaba sobre este caso de vegetación extraordinaria, la muchedumbre se apretujaba afuera para observar las distintas facetas del milagro. Los gritos de sorpresa, el rumor asombrado de todo aquel pueblo inactivo, daban solemnidad al extraño acontecimiento. De pronto, alguien gritó «¡Pero mirad el bosque!», y descubrieron con espanto que el semicírculo verde se había acercado mucho en los dos últimos días. Parecía descender hacia la ciudad. Toda una avanzadilla de zarzas y lianas se desplegaba hasta las primeras casas de la periferia.

Entonces Wood'stown comenzó a comprender y a tener miedo. Era evidente que el bosque acudía a reconquistar su sitio a orillas del río; y sus árboles, talados, dispersados y transformados, se liberaban de sus prisiones para salir a su encuentro. ¿Cómo resistir a la invasión? Con el fuego, corrían el riesgo de incendiar la ciudad entera. ¿Y qué podían hacer las hachas contra aquella savia que se regeneraba sin cesar, aquellas raíces monstruosas que atacaban el suelo por debajo y aquel millón de semillas voladoras que germinaban al romperse, brotando árboles allá donde caían?

Aun así, todo el mundo se puso manos a la obra valerosamente con guadañas, rastrillos y machados, y se efectuó una tala inmensa de ramaje. Mas en vano. Hora tras hora, el desorden de los

bosques vírgenes, con sus gigantescos vástagos entrelazados en la maraña de lianas, invadía las calles de Wood'stown. Ya empezaban a irrumpir insectos y reptiles. Había nidos en cada rincón, y aletazos y grupos de piquitos parlanchines. Los graneros de la ciudad se agotaron en una noche con la eclosión simultánea de las nidadas. En fin, cual ironía en medio del desastre, sobre los racimos floridos revoloteaban mariposas de todos los tamaños, de todos los colores, y las previsoras abejas en busca de refugio seguro instalaban sus panales en los huecos de aquellos árboles crecidos tan vertiginosamente, como una señal de permanencia.

Bajo la agitación ruidosa de las frondas, se escuchaban con vaguedad los golpes sordos de los machados y las hachas; pero al cuarto día, la tarea fue dada por imposible. La hierba crecía demasiado alta, demasiado espesa. Las lianas trepadoras se aferraban a los brazos de los leñadores, agarrotaban sus movimientos. Además, las casas se habían vuelto inhabitables: los muebles, cargados de hojas, habían perdido la forma; los techos se desplomaban, perforados por la lanza de las yucas, por el largo tronco de las caobas; y, en lugar de los tejados, se extendía la cúpula inmensa de las catalpas. Se acabó. Había que huir.

A través de la red de plantas y ramas cada vez más compactas, los vecinos de Wood'stown, aterrorizados, se precipitaron hacia el río, llevándose todo cuanto podían de sus riquezas y objetos valiosos. ¡Pero qué difícil llegar al borde del agua! Ya no había muelles. Nada, salvo unos juncos gigantescos. Los astilleros, donde se guardaba la madera para la construcción, habían dado paso a una selva de abetos; y en el puerto, completamente florido, los buques nuevos parecían islotes de vegetación. Por fortuna, se encontraban allí algunas fragatas blindadas en las que se refugió la muchedumbre y desde donde pudo observar al viejo bosque unirse victoriosamente con el bosque nuevo.

Poco a poco, los árboles fusionaron sus copas y, bajo el cielo azul rebosante de sol, la enorme masa de follaje se extendió desde las orillas del río hasta el horizonte lejano. Ya no había rastro de ciudad, ni de tejados ni de muros. De vez en cuando, el ruido sordo de un derrumbamiento, último eco de la ruina, o el hachazo de un leñador enfurecido resonaban bajo la profundidad de la espesura. Y luego, nada más que el silencio vibrante, crujiente, zumbador de las nubes de mariposas blancas que se arremolinaban sobre el río desierto, y allá, en lontananza, un navío que huía con tres grandes árboles verdes erguidos en medio de las velas, transportando consigo a los últimos emigrantes de lo que había sido Wood'stown...

LA GLICINIA GIGANTE
CHARLOTTE PERKINS GILMAN



• 1891 •

TRADUCIDO POR
Erica Couto

CHARLOTTE PERKINS GILMAN

1860-1935

EL 17 DE AGOSTO DE 1935, CHARLOTTE PERKINS GILMAN, una combativa defensora de la eutanasia y la libertad individual, ingirió la dosis de cloroformo precisa para suicidarse y lograr, de alguna manera, ganarle la partida al cáncer que iba consumiéndola poco a poco. Terminaba así la vida de una autora, originaria de Hartford, Connecticut, a la que se considera precursora de la ciencia ficción gracias a su utopía *Herland* (1915) y que alcanzó una gran popularidad como creadora de piezas imprescindibles del gótico norteamericano. Sin embargo, no debe confundirse su predilección por los géneros no miméticos con un afán escapista de la realidad de su tiempo. Muy al contrario, Perkins Gilman, que se había ganado la vida desde muy joven como profesora de pintura y diseñadora de tarjetas de felicitación, denunció en varias de sus obras literarias la tiranía perversa que en su época ejercían sobre las mujeres la institución familiar y la medicina, en tanto implacables mecanismos de control. Impartía conferencias para reivindicar los mismos derechos que disfrutaban los hombres, fundó la editorial Gilman con su esposo, mantuvo una relación fluida con destacadas sufragistas y publicó el ensayo *Mujer y economía* con el fin de dignificar el trabajo doméstico reconociéndolo como profesión. Además, basándose en la terrible experiencia personal de una depresión posparto que la condenó a la inactividad total y la mantuvo recluida en su casa durante tres meses por prescripción facultativa, retrató en uno de sus relatos más conocidos, «El papel pintado amarillo», de 1892, el padecimiento de una joven esposa confinada en su dormitorio, recubierto de un espantoso papel pintado que le produce alucinaciones y un malestar permanente.

«La glicinia gigante», publicado en *The New England Magazine* bajo el pseudónimo «Charlotte P. Stetson», ya abordaba una temática similar, si bien el terror que emana del texto no es producto en esta ocasión de la tortura psicológica de la protagonista, sino de la crueldad con que es tratada por su familia. El cuento comienza con un vivaz estilo directo que revela a través de una conversación el calvario sufrido por una muchacha embarazada fuera del matrimonio, que habrá de pagar muy caro su imperdonable pecado. En un tiempo posterior, mucho más luminoso y despreocupado, una joven pareja admira la hermosa y decadente casa que acaban de alquilar para pasar el verano. Como trepando por ambas tramas, aparentemente distanciadas entre sí, la espectacular glicinia malva que recuerda la figura de una mujer encogida y se ha apoderado de la fachada principal es un hábil nexo

de unión, a la vez que un recordatorio vegetal de todo el horror vivido entre las cuatro paredes de una casa respetable.

LA GLICINIA GIGANTE



o juguetees con la nueva enredadera, muchacha! ¿Ves? ¡Ya has roto el brote tierno! Te has librado de tener que coser e hilar, y ni aun así sabes estarte quieta.

Los dedos nerviosos, que aferraban un pequeño crucifijo de cornalina colgado de su cuello, vacilaron antes de caer, desconsolados.

—Deme a mi niño, madre, y estaré tranquila.

—¡Calla, calla, inconsciente! ¡Alguien podría oírte! Mira, ahí viene tu padre. ¡Entra, rápido!

Levantó los ojos hacia el rostro de su madre, unos ojos agotados que aún mantenían un brillo indeciso y titilante en sus profundidades sombrías.

—¿Y usted se considera a sí misma una madre, usted, que no se apiada de mí? ¡Deme a mi hijo!

Su voz se elevó en una queja extraña y tenue que su padre interrumpió poniéndole la mano sobre la boca.

—¡Desvergonzada! —dijo, con los dientes apretados—. Vete a tu alcoba, y que no vuelva a verte esta noche o haré que te aten.

Obedeció. Una criada de rostro duro la siguió y regresó de inmediato con una llave que tendió a su señora.

—¿Ella se encuentra bien? ¿Y el niño?

—Está tranquila, señora Dwining, lista para retirarse a dormir. El niño está muy inquieto, pero, por lo demás, crece sano bajo mis cuidados.

Los padres se quedaron solos en el porche alto y cuadrado de grandes pilares. La luna naciente proyectaba las sombras tenues de las hojas jóvenes de enredadera que brotaban, exuberantes, a su alrededor. Como pequeños dedos estirados, las sombras se movían sobre las tablas anchas y pesadas del suelo de roble.

—Esta enredadera que trajiste para mí en el barco, esposo mío, ha crecido fuerte.

—Cierto —respondió con amargura—, como también lo ha hecho la vergüenza que te he acarreado. De haberlo sabido, habría hecho naufragar el barco bajo nuestros pies. Mejor hubiese sido presenciar cómo nuestra hija se ahogaba sin mácula que vivir para ver este final.

—Eres muy duro, Samuel. ¿Acaso no temes por su vida? Está desconsolada por su hijo, sí, y por los verdes prados por los que ya no puede pasear.

—No —dijo sombrío—, no temo por ella. Ya ha perdido aquello que es más importante que la vida y muy pronto tendrá todo el aire que desee. El barco estará listo mañana; regresaremos a Inglaterra. Aquí nadie conoce nuestra deshonra. Nadie. Y si las autoridades de esta ciudad tienen que criar como Dios manda a un niño expósito, ¿qué? No sería el primero, ni siquiera aquí. ¡Lo cuidarán como se debe! Y bien que tenemos que estar agradecidos de que su primo aún esté dispuesto a casarse con ella.

—¿Se lo has dicho?

—Por supuesto. ¿O crees que acarrearía vergüenza semejante a otro hombre ignaro de tal cosa? Él siempre la quiso, pero a ella no le interesaba lo más mínimo, ¡la cabezota! ¡Ahora no le queda más remedio!

—¿La tratará bien, Samuel? ¿Podría él...?

—¿Bien? ¿Cómo llamarías a tener que tomar a una mujer así como esposa? ¡Bien! ¿Cuántos hombres se casarían con ella, incluso si su riqueza se duplicase? Además, tratándose ya de un miembro de la familia, le conviene ocultar la infamia para siempre.

—¿Y si ella no lo acepta? Su primo es un tipo rudo y ella siempre lo ha rehuido.

—¿Estás loca, mujer? Se casará con él antes de que zarpemos mañana o se quedará para siempre en esa habitación. ¡La muchacha no es tan tonta! Su primo hará de ella una mujer honesta y salvará nuestra casa de la vergüenza pública. ¿Qué otra esperanza le queda más que vestir su vieja vida con nuevos ropajes? Permítele que tenga un hijo legítimo, ya que tanto lo desea.

Dio pesadas zancadas a lo largo del porche, de un lado a otro, con los brazos cruzados y el ceño fruncido ferozmente sobre su boca de hierro, hasta que las tablas crujieron de nuevo.

En lo alto, las sombras titilaron, burlonas, sobre un rostro blanco cuyos ojos, entre las hojas, mostraban un fuego consumido.



—¡Menuda casa, George! ¡Qué bonita es! ¡Seguro que está encantada! Tenemos que alquilarla para pasar el verano. Invitaremos a Kate, Jack, Susy y Jim, claro. ¡Lo pasaremos estupendamente!

Aunque los maridos jóvenes se muestren complacientes, también deben ser realistas.

—Querida, a lo mejor no está disponible para alquilar. Puede que no sea ni habitable.

—Seguro que alguien vive en ella. ¡Voy a preguntar!

A pesar de que la herrumbre había desgoznado la enorme cancela central y en medio de la larga avenida crecían árboles, un pequeño sendero mostraba signos de un uso habitual, así que allá se fue la señora Jenny, seguida por el obediente George. Las ventanas de la fachada de la vieja mansión estaban tapiadas, pero en una de las alas traseras encontraron cortinas blancas y puertas abiertas. Fuera, bajo la clara luz de mayo, una mujer estaba lavando. Se mostró educada y cortés, contenta, sin duda, de recibir una visita en aquel lugar solitario.

Suponía que «se podía alquilar, a saber». Los herederos vivían en Europa, pero «un abogado de Nueva York se encargaba de arrendarla». Había estado ocupada muchos años atrás, antes de su

llegada. Ahora, ella y su marido se encargaban de cuidar el lugar a cambio de vivir en la propiedad, aunque no había mucho que cuidar «más allá de mantener a raya a los ladrones». El mobiliario era bastante antiguo, pero estaba en buen estado, y si la alquilaban quizá ella podría «atender los quehaceres domésticos, si él lo permitía».

Jamás un plan tan disparatado se ejecutó con tanta facilidad. George conocía al abogado de Nueva York, el precio del alquiler no era exorbitante y la cercanía a un próspero complejo turístico en la costa hacía que la casa resultara aún más agradable para pasar el verano.

Kate, Jack, Susy y Jim aceptaron encantados, y la luna de junio los encontró a todos sentados en el alto porche principal.

Habían explorado la casa de arriba abajo, desde la espaciosa habitación en la buhardilla, que estaba vacía a excepción de una cuna desvencijada, hasta el sótano y el pozo sin brocal, en el que una cadena oxidada descendía hacia la oscuridad desconocida del subterráneo. Habían explorado los terrenos circundantes, antaño hermosos y llenos de árboles raros y de arbustos que se habían convertido en una melancólica jungla de sombra enredada.

Las viejas lilas y los laburnos, la ulmaria y la celinda se inclinaban hacia las ventanas del segundo piso. Las únicas plantas que sobrevivían en el jardín eran unos enormes arbustos deformes y unos parterres igualmente enormes y amorfos. Una glicinia gigante cubría toda la fachada. El tronco —pues por su grosor no se le podía llamar tallo— se elevaba en la esquina del porche, junto a los altos escalones. Incluso había trepado por las columnas y las había arrancado del suelo, mas ahora estas se mantenían rígidas a merced de aquellos brazos intrincados y nudosos.

Envolvía el piso superior del porche con un muro enmadejado de tallos y hojas. Se deslizaba por los aleros, sujetando el canalón en el que antaño se había apoyado. Ensombrecía de verde oscuro cada ventana y los racimos de flores fragantes que pendían de ella formaban un manto que ondeaba desde el tejado hasta el suelo.

—¿Alguna vez has visto una glicinia así? —gritó, entusiasmada, la señora Jenny—. Mereció la pena alquilar la casa solo por poder sentarse bajo esta enredadera. Imagina si hubiesen puesto una higuera al lado, ¡qué superfluo y extravagante habría parecido!

—Jenny tiene en alta estima su glicinia porque está desilusionada con los fantasmas —dijo George—. Se había hecho a la idea de que habría fantasmas en la casa, pero ni siquiera ha conseguido encontrar alguna leyenda al respecto.

—Es cierto —asintió Jenny compungida—. Durante tres días, incordí a la pobre señora Pepperill, pero no conseguí que me dijese nada. Aun así, estoy convencida de que hay una historia detrás. Nadie me convencerá de que una casa como esta, con un jardín y un sótano como estos, no está encantada.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Jack. Jack era reportero en un periódico de Nueva York y estaba prometido con la bella hermana de la señora Jenny—. Y, si no encontramos un fantasma de verdad, puedes estar segura de que me inventaré uno. ¡No hay que desperdiciar una oportunidad así!

La bella hermana, que estaba sentada junto a él, se resintió.

—¡Ni se te ocurra, Jack! Este sitio está encantado de verdad y no voy a permitir que te lo tomes a broma. Fíjate en ese grupo de árboles entre la hierba alta: se diría una figura agazapada y temerosa.

—A mí me parece una mujer recogiendo arándanos —dijo Jim, el marido de la bella hermana de George.

—¡Para, Jim! —dijo la hermosa joven—. Igual que Jenny, yo también creo que hay un fantasma. ¡No es para menos en este lugar! Solo hay que ver este enorme tronco de glicinia trepando por los escalones. Parece un cuerpo que se retuerce, servil y suplicante.

—Sí que lo parece, Susy —respondió Jim, sumiso—. Mirad su cintura, a unos dos metros, y tan retorcida. ¡Lástima de leña!

—¡No seáis tan truculentos, chicos! Si no sabéis comportaros, idos por ahí a fumar.

—¡Sí que sabemos! Nos portaremos bien. Seremos tan espectrales como vosotras queráis.

Y, a continuación, empezaron a ver tantas manchas de sangre y figuras agazapadas que los agradables escalofríos se multiplicaron, y la encantadora y entusiasmada comitiva acabó por irse a la cama asegurando que nadie sería capaz de pegar ojo.

—Seguro que todos soñaremos con algo —dijo la señora Jenny—. Y, por la mañana, nos contaremos nuestros sueños.

—Hay que hacer otra cosa —dijo George, agarrando a Susy en el momento en el que esta tropezaba en una tabla suelta—. Vosotras, criaturillas retozonas, tendréis que usar la puerta lateral hasta que arregle esta torre Eiffel que tenemos por pórtico, si no queréis convertirlos también en fantasmas. Aquí hay un tablón suelto; parece una trampilla con las fauces abiertas, ¡podría engulliros! Y seguro que el fondo de esa cosa se extiende hasta China.

El nuevo día los sorprendió vivos a todos mientras comían un sustancioso desayuno al estilo de Nueva Inglaterra, todo ello amenizado con el ruido de sierras y martillos en el porche, donde la premura milagrosa de los carpinteros lo estaba reduciendo todo a añicos.

—Hay que echar casi todo abajo —habían dicho—. La madera que la enredadera gigante aún no ha logrado arrancar está toda podrida. La planta es lo único que mantiene la estructura en pie.

Tenían razón en lo que decían y, con el ruego ansioso de la señora Jenny de que no dañasen la glicinia, pudieron proceder con la demolición y las reparaciones a su antojo.

—¿Y qué pasa con los fantasmas? —preguntó Jack, después de servirse la cuarta porción de tarta—. A mí me visitó uno que me ha quitado el apetito.

La señora Jenny soltó un gritito y dejó caer el cuchillo y el tenedor.

—¡A mí también! He tenido un sueño horrible; bueno, no exactamente un sueño, sino una sensación, más bien. ¡Me había olvidado por completo!

—Seguro que fue horrible —dijo Jack sirviéndose más tarta—. Háblanos de esa sensación. Mi fantasma puede esperar.

—Solo de pensarlo, siento escalofríos —dijo—. ¿Sabes? Me desperté de repente con una sensación espantosa, como si algo estuviese a punto de suceder. Estaba totalmente despierta y me parecía oír hasta los sonidos más tenues a kilómetros de distancia. El campo se queda tan en calma que pronto

se llena de ruiditos extraños. Fuera sonaban un millón de grillos y otros bichos, y todo tipo de crujidos entre los árboles. Apenas soplabla viento y la luz de la luna atravesaba los tres ventanales, formando tres cuadrados blancos sobre el suelo negro y gastado, y esas hojas de glicinia de las que hablamos la noche pasada parecían unos dedos reptando por ellos. Chicas, ¿os acordáis del espantoso pozo en el sótano?

La reacción a su pregunta fue de lo más apremiante, así que Jenny prosiguió animada.

—Bueno, pues mientras todo estaba tan horriblemente tranquilo y yo permanecía tumbada para no despertar a George, oí cómo la vieja cadena repiqueteaba y rechinaba sobre las piedras con tal claridad que parecía estar sucediendo allí mismo, en la habitación.

—¡Bravo! —gritó Jack—. ¡Maravilloso! Lo sacaré en la edición dominical.

—¡Para! —dijo Kate—. ¿Qué era, Jenny? ¿Llegaste a ver algo?

—No, por desgracia no vi nada, pero tampoco quería. Desperté a George. Me sentía tan alterada que me dio bromuro. Me dijo que iría a ver, y esto es lo último que pensé hasta que Jack me lo ha recordado. El bromuro funcionó a las mil maravillas.

—Venga, Jack, ahora tú —dijo Jim—. Puede que tu historia continúe la de Jenny. Debió de ser un fantasma sediento de los tiempos de la ley seca, imagino.

Jack dobló su servilleta y se reclinó con afectación.

—El reloj del salón estaba dando las doce... —empezó.

—¡Pero si no hay ningún reloj!

—¡Cállate, Jim! Estás echando a perder el momento. Pues entonces era la una en mi viejo reloj de repetición.

—¿Qué dices, Waterbury? ¿A quién le importa qué hora era?

—Bueno, la verdad es que me desperté de repente, como le pasó a nuestra querida anfitriona, e intenté dormirme de nuevo, en vano. Como a Jenny, me invadieron esas sensaciones producidas por la luz de la luna y los saltamontes y, mientras me preguntaba si la cena me había sentado mal, entró mi fantasma. ¡Supe entonces que se trataba de un sueño! Era el fantasma de una mujer, creo que joven y hermosa, aunque todas esas figuras agazapadas y acechantes de nuestra velada se agolpaban en mi cabeza. Aquella pobre criatura se parecía a ellas. Estaba envuelta en un chal y llevaba un bulto grande bajo el brazo... Pero, bueno, ¡os estoy chafando la historia! Con la apariencia y los andares de alguien aterrorizado y en franco apuro, la figura embozada se deslizó hacia un escritorio viejo y oscuro, y empezó a sacar cosas de los cajones, o eso me pareció. Cuando se dio la vuelta, la luz de la luna se reflejó en un pequeño crucifijo rojo que pendía de una cadenita de oro alrededor de su cuello. Lo vi brillar mientras se escurría, silenciosa, fuera de la habitación. Y eso es todo.

—¡No seas morbosos, Jack! ¿En serio? ¿Quién lo diría! ¿Qué crees que sucedió?

—No soy morbosos por naturaleza, sino por profesión. Sí, en serio. Eso es todo lo que pasó. Estoy convencido de que se trataba del auténtico y verdadero fantasma de una criada cleptómana en plena huida.

—¡Qué malo eres, Jack! —gritó Jenny—. Le quitas todo el terror a la historia. Ya no quedan

motivos para asustarse en el mundo.

—Las nueve y media de la mañana no son horas para sustos, y menos con la luz del sol y los carpinteros fuera. De todos modos, si no eres capaz de esperar al crepúsculo para disfrutar de tus historias escalofriantes, me parece que te puedo suministrar un par —dijo George—. Yo bajé al sótano siguiendo al fantasma que vio Jenny.

Un coro de voces femeninas se elevó, encantado, y Jenny le lanzó a su esposo una mirada de auténtica gratitud.

—Eso de quedarse en la cama viendo o escuchando fantasmas está muy bien —prosiguió—, pero, aun siendo un galeno que sabe lo que significa ponerse nervioso, vuestro joven anfitrión pensó que podía tratarse de ladrones. Así que, después de que Jenny se quedara dormida, emprendí un viaje de exploración. Y si algo puedo juraros es que no volveré a hacerlo.

—¿Cómo? ¿Qué paso?

—¡Ay, George!

—Cogí una vela...

—Punto a favor para los ladrones —murmuró Jack.

—Y recorrí toda la casa hasta llegar al sótano y el pozo.

—¿Y? —dijo Jack.

—Podéis reíros ahora, pero ese sótano no da ninguna risa a la luz del día, y entrar ahí de noche, iluminado por una vela, es casi como si una luciérnaga entrara en la caverna de Mammoth Cave. Me guie con la luz intentando no precipitarme inmediatamente en el pozo. Llegué sin pérdida, puse la luz a la altura de los pies y entonces vi, justo debajo (casi me caí encima, o quizá debería decir que estuve a punto de atravesarla), a una mujer encorvada bajo un chal. Se sujetaba a la cadena y una vela brillaba en sus manos, unas manos delgadas y blancas, y la llama se reflejaba en un crucifijo que llevaba colgado del cuello, ¡como el que tú viste, Jack! Yo no creo en fantasmas y tampoco apruebo las fiestas nocturnas en la casa sin consentimiento, así que me dirigí a ella con cierta brutalidad. No pareció reparar en mí, de modo que alargué el brazo para intentar agarrarla y... ¡y entonces volví a subir!

—¿Para qué?

—¿Qué pasó?

—¿Qué es lo que sucedió?

—Bueno, no pasó nada. Solo que... ¡ya no estaba allí! Quizá se debió a una indigestión, pero, en calidad de médico, no le recomiendo a nadie lidiar con una indigestión en la soledad de un sótano a medianoche.

—Es la primera vez que oigo hablar de un fantasma tan interesante, vagabundo y escurridizo —dijo Jack—. Estoy seguro de que en el fondo del pozo guarda infinitas jarras de plata y joyas a montones. Propongo que vayamos a ver.

—¿Al fondo del pozo, Jack?

—Al fondo del misterio. ¡Venga!

Hubo consenso unánime y los caballeros escoltaron al sótano, con galantería, los vestidos nuevos de batista y las preciosas botas de las damas, e hicieron tantas bromas que muchas de ellas sonaron un poco forzadas.

Aquel profundo y viejo sótano era tan sombrío que hubo que llevar varias luces, y la negrura que emanaba del pozo era tan lúgubre que las damas retrocedieron.

—Ese pozo podría asustar hasta a un fantasma. Mejor sería dejarlo estar. ¡Nuestro gozo en un pozo! —dijo Jim.

—La verdad se halla en el fondo de un pozo. Saquémosla, pues —añadió George—. ¿Me echáis una mano con la cadena?

Jim tiró de la cadena, George hizo girar el estopor chirriante y Jack se limitó a hacer los coros.

—Cubriremos al fantasma con una sábana mojada, o con una ola de mar[2] —dijo—. ¡Qué cosa tan complicada esto de elevar el espíritu! El fantasma al hoyo y nosotros aquí.

A medida que la cadena se volvía más ligera y corta, se impuso un silencio tenso entre ellos y, cuando por fin apareció el cubo, que poco a poco emergía sobre el agua oscura, le lanzaron miradas curiosas aunque algo reticentes y se produjo un retraimiento instintivo. Pincharon el terrorífico contenido.

—Solo es agua.

—Aquí no hay más que barro.

—Algo...

Vaciaron el cubo sobre el suelo oscuro y, a continuación, todas las chicas salieron al aire libre, a la claridad templada del sol en la parte delantera de la casa, dominada por el sonido de las sierras y los martillos, y por el olor de la madera nueva. Nadie dijo nada hasta que los chicos se les unieron. Entonces, Jenny preguntó con timidez:

—¿Cuántos años crees que tiene, George?

—Alrededor de un siglo —respondió—. El agua lo preservó gracias al limo. Ah, ¿te refieres a...? Un mes, a lo sumo. ¡Era un bebé pequeñito!

Siguió otro silencio, roto tan solo por el grito de los trabajadores. Habían quitado las tablas del suelo y las paredes laterales del viejo porche, por lo que la luz del sol caía en picado sobre las piedras oscuras del fondo del sótano. Y allí, en el abrazo asfixiante de las raíces de la enorme glicinia, reposaban los huesos de una mujer de cuyo cuello todavía colgaba una fina cadena de oro con un pequeño crucifijo escarlata.

[2]. Esta frase es una referencia a la canción escocesa «A wet sheet and a flowing sea», de Allan Cunningham. (*N de la T.*)

EL TERROR PÚRPURA

FRED MERRICK WHITE



• 1898 •

TRADUCIDO POR

Erica Couto

FRED MERRICK WHITE

1859-1935

NACIDO EN 1859 EN WEST BROMWICH, INGLATERRA, Fred Merrick White tuvo que dedicarse desde muy joven a la escritura de novelas breves y relatos para sacar adelante a su familia, ya que su padre, abogado de profesión, fue encarcelado tras demostrarse que había cometido una estafa. White parecía sentirse especialmente interesado en la ciencia ficción, las tramas de espionaje y la narración de catástrofes causadas por un mundo natural desbocado, como se aprecia en su novela *El polvo de la muerte*, de 1903, en la cual Londres sufre una plaga mortal de difteria, llegada desde el subsuelo de la ciudad.

La mayoría de sus textos se publicaban en revistas semanales o mensuales y puede que esa urgencia determinara la economía de recursos con la que era capaz de pergeñar una trama, utilizando eficaces descripciones y diálogos para hacer avanzar la acción en unas pocas páginas. Así sucede en «El terror púrpura», un hábil relato publicado por primera vez en *The Strand* en 1898. Es cierto que White peca de un evidente maniqueísmo, ya que los papeles de héroe infalible y villano de libro se corresponden, nada sorprendentemente, con las figuras del teniente norteamericano Will Scarlett y el nativo cubano Tito. El primero es un refinado caballero formado en West Point y amante de la botánica al que se encomienda la entrega de una carta a un superior en territorio hostil, la costa de Cuba, donde deberá enfrentarse a la naturaleza primitiva y sedienta de venganza del malcarado Tito desde el mismo momento en que se cruzan sus destinos. Pero, a pesar de contar con un personaje principal y un antagonista claros, podría decirse que el protagonismo real de la historia no recae en un ser humano, sino en la aterradora planta carnívora que fascina a Scarlett en cuanto ve a una joven lugareña luciendo una guirnalda confeccionada con sus hermosas flores de un inquietante color rojo sangre. A partir de ese momento olvidará en parte su deber y emprenderá la búsqueda del ejemplar desconocido, llevado por su ansia de conocimiento. La naturaleza implacable del enorme vegetal, dotado de vides tentaculares y un insaciable apetito, es sin duda uno de los grandes aciertos del texto. En la parte central del relato White irá describiendo la criatura verdosa a partir del rastro de muerte que siembra a su paso. También la mostrará en plena acción, silenciosa y letal, casi como un organismo animal mucho más poderoso que los incautos expedicionarios que se acercan a ella. Como un monstruo terrible, misteriosamente distinto a nosotros.

EL TERROR PÚRPURA

I



Las instrucciones del teniente Will Scarlett eran claras como el agua. Entregar una carta de parte del capitán Driver, de la nave *Yankee Doodle*, que se encontraba anclada en la bahía de Puerto Rico, al almirante Lake, en la otra punta del istmo, parecía una tarea sencilla.

—Lo único que debes hacer —puntualizó el capitán— es llevar contigo a tres o cuatro hombres por si se produce algún incidente, atravesar el istmo a pie y entregar esta carta al almirante Lake. Así nos ahorraremos cuatro días, por lo menos. Se supone que los aborígenes son amistosos.

Con «aborígenes» se refería a los insurgentes cubanos. Casi no se habían producido altercados a lo largo de la franja entre Puerto Rico y la bahía del norte, donde ondeaba la bandera del navío de Lake, aunque se sabía que la franja había pasado bajo el control de los resentidos cubanos.

—Hay que recorrer unos ochenta kilómetros de territorio casi inexplorado, señor —replicó Scarlett—, y no es que la situación sea tranquila, precisamente. Si bien es cierto que los españoles nos odian, los cubanos no aman nuestra bandera, ni mucho menos.

El capitán Driver imprecó contra todos ellos.

—Panda de ladrones traidores —dijo—. Ya me imagino que atravesar el territorio no será un camino de rosas. Además, me han dicho que el bosque es bastante frondoso. Pero, pese a todo, llegaréis. Aquí está la carta. Podéis poneros en marcha tan pronto como queráis.

—¿Puedo elegir a mis hombres, señor?

—Querido compañero, elige a quien gustes. Llévate al mastín, si quieres.

—Me lo llevaré —respondió Scarlett—. Es como si fuese mío, así que ya suponía que no pondría objeción alguna.

Will Scarlett estaba emocionado, pues la promesa de aventura estimulaba su imaginación. Scarlett era un buen ejemplo del dandismo naval de West Point. Más allá de su buena presencia, tenía mollera y sus conocimientos geológicos y botánicos le resultarían útiles al país agradecido al que servía cuando ese mismo país agradecido consiguiese dejar atrás las primeras fases de colonización. Scarlett despertó la envidia de sus compañeros, quienes habían pasado el último mes flotando en la prisión líquida de aquel mar zafíreo.

El suboficial Tarrer y dos marineros de primera que ponían la fuerza bruta, además del perro,

completaban el grupo de exploración. Para cuando el sol besó la cima de las suaves colinas, ya habían recorrido unos diez kilómetros del trayecto. Desde el principio, a Scarlett le sorprendió comprobar que la desolación y el horror propios de los conflictos civiles brillaban por su ausencia. Era evidente que los tambores de guerra no habían llegado hasta allí. Las cabañas y las casas se mantenían intactas. Los lugareños permanecían bajo los aleros inclinados y observaban a los americanos con cierta curiosidad taciturna.

—Será mejor que pasemos aquí la noche —dijo Scarlett.

Por fin, habían llegado a un pueblo con cierta ambición urbana. Una capilla de adobe en un extremo de la calle irregular encaraba una taberna en el extremo opuesto. Un párroco que llevaba las manos cruzadas sobre un hábito grasiento y abultado se inclinó con gravedad en respuesta al saludo de Scarlett, que hablaba lo que Tarrer denominaba «un español considerable».

—Buscamos alojamiento para pasar la noche —dijo Scarlett—. Pagaremos por ello, por supuesto. El cura, un tanto adormilado, indicó la taberna.

—Allí encontraréis alojamiento decente —les dijo—. Somos amigos de los americanos.

Scarlett lo dudaba, pero aun así respondió con un agradecimiento pomposo. Hasta el momento, pocos habían sido los gestos amistosos con los que se habían topado. Frialdad, sospecha y una pizca de miedo, sí, pero cordialidad, poca.

El tabernero no lo veía claro. Temía que su alojamiento resultase demasiado pobre para clientes tan distinguidos. Un puñado de rufianes de aspecto pintoresco y peligroso ganduleaban en el mostrador, malhumorados y con los cigarrillos colgados de la boca. Un puñado de dólares de oro bastó para que el anfitrión cambiara de opinión sobre la pertinencia de su establecimiento.

—Haré todo lo que esté en mi mano, señores —dijo—. Vengan por aquí.

Hacía una hora que el sol se había puesto, y Tarrer y Scarlett estaban sentados al aire libre, entre los oleandros y el rastro brillante que dejaban las luciérnagas. Hablaban de la calidad más que aceptable de sus cigarros y del vino local, que no carecía de mérito. El largo mostrador de la taberna estaba vivamente iluminado, y del interior provenían carcajadas estruendosas que se entremezclaban con el rasgueo de una guitarra y el alegre repiqueteo de las castañuelas.

—Parece que se lo están pasando bien —observó Tarrer—. Se ve que no todo son cuchilladas y porrazos en esta tierra tan angustiante.

A Scarlett le sobrevino una cierta curiosidad.

—Es la obligación de todo buen oficial —dijo— aprovechar cualquier oportunidad para recabar información útil. Unámonos al grupo de crápulas, Tarrer.

Tarrer se mostró entusiasmado con la idea de participar en la diversión. Pasar un mes holgazaneando a bordo aumenta de manera asombrosa las ganas de juega. El largo mostrador resultaba cómodo y estaba a rebosar de cubanos que no repararon en los intrusos ni lo más mínimo. Tenían la mirada puesta en un escenario tosco al fondo del bar, donde una joven danzaba y giraba con tal celeridad y gracia que la guirnalda de flores alrededor de sus hombros parecía la cenefa temblorosa de una llama púrpura.

—Qué muchacha tan preciosa y qué hermoso baile —murmuró Scarlett cuando cesó la danza y la muchacha saltó a tierra con gracia—. Ahora pasará la gorra, imagino. Ah, pues sí. Bien se merece una moneda.

La muchacha se le acercó extendiendo el platillo con gracia. Hizo una reverencia a Scarlett y fijó sus ojos oscuros y acuosos en los suyos. Mientras él, sonriendo, dejaba caer la moneda en el platillo, un resplandor de coquetería cruzó las pupilas aterciopeladas de la bailarina. Cerca de ellos, un rufián barbado dejó escapar un gruñido siniestro.

—Otelos está celoso —dijo Tarrer—. Qué cara ha puesto.

—Sé lo que me hago —rio Scarlett—. Bonito baile, preciosa. Espero que nos deleites con otro a continuación...

Scarlett calló de repente. Reparó en la banda de flores púrpuras entrelazadas que la muchacha llevaba sobre los hombros. Scarlett era un apasionado de la botánica que conocía casi todas las gemas que adornaban la corona de la diosa Flora, pero nunca había visto flores de un color tan vívido.

Eran orquídeas, pero de un tipo desconocido para los coleccionistas. De eso Scarlett estaba seguro. Sin embargo, esta parte del mundo podía explorarse con cierta facilidad y no era tan inhóspita como Nueva Guinea y Sumatra, donde se encontraban las variedades más raras.

Las flores eran enormes, inmensas, mucho más grandes que cualquier otra flor conocida en Europa y América, y de un color púrpura límpido y profundo, con el centro rojo sangre. Mientras Scarlett las observaba, advirtió una expresión cruel en la flor. La mayoría de las orquídeas poseen una especie de rostro propio y aquellas flores púrpuras mostraban un gesto feroz y astuto. Además, desprendían un olor extraño y nauseabundo. Scarlett ya había oído algo parecido en otra ocasión, tras la batalla de Manila. Era el perfume de los cadáveres.

—Con todo, son flores magníficas —dijo Scarlett—. Dime, preciosa, ¿dónde las has conseguido?

Era evidente que la muchacha se sentía halagada por las atenciones del apuesto mozo americano. El Otelos barbudo se acercó con cautela a la chica.

—Es mejor que el señor deje tranquila a la muchacha —dijo con insolencia.

Scarlett cerró el puño mientras sopesaba al cubano con la mirada. La carta del almirante crujió en el bolsillo de su pechera y la discreción se impuso a la intrepidez.

—Te estás haciendo un flaco favor, amigo mío —dijo—, aunque he de admitir que admiro tu buen gusto. Me han llamado la atención esas flores.

El hombre pareció ablandarse. Una sonrisa arrugó su semblante.

—¿Querría el señor unas cuantas flores de esas? —preguntó—. Fui yo el que las consiguió para la pequeña Zara. Puedo mostrarle dónde crecen.

Todas las miradas se clavaron en Scarlett. Le pareció que una malicia diabólica brillaba en cada uno de los rostros oscuros, a excepción del de la muchacha, cuyas facciones morenas palidecieron.

—Si el señor es prudente —empezó a decir—, no...

—Qué tonterías dice esta chiquilla —soltó el Otelos, amenazante. Tomó a la chica del brazo y ella respondió con un gesto de dolor—. Bah, el sitio en el que crecen las flores no es peligroso, basta con

tener cuidado. Los llevaré allí y luego los guiaré hasta su destino en Port Anna por un dólar de oro.

Esto azuzó el interés científico de Scarlett. Pocas personas tienen la oportunidad de presentar una nueva orquídea ante la comunidad horticultora. Esta flor, además, haría palidecer incluso al mejor ejemplar vegetal descubierto hasta entonces.

—Hecho —dijo—. Partiremos al alba. Asegúrate de estar listo para entonces. Te llamas Tito, ¿no es así? Pues buenas noches, Tito.

Mientras Scarlett y Tarrer se retiraban, la muchacha corrió hacia ellos de repente. Unas pocas palabras escaparon de sus labios, seguidas del ruido de un golpe y de un grito sofocado de dolor.

—Quieto —apremió Tarrer al ver que Scarlett comenzaba a darse la vuelta—. No lo hagas. Hay diez de ellos por cada uno de nosotros y no son nuestros amigos. No merece la pena intervenir en estas disputas familiares. Incluso me atrevo a decir que, si interfieres, la chica estaría tan dispuesta a apuñalarte como el celoso de su amante.

—¡Pero la han golpeado, Tarrer!

—Es una lástima, pero no veo cómo podríamos ayudarla. Tu tarea es entregar cuanto antes la carta del almirante, no escoltar a señoritas.

Con un suspiro, Scarlett reconoció que Tarrer tenía razón.

II

El Tito que se personó al alba del día siguiente parecía una persona diferente. Sus modos insolentes se habían esfumado. Estaba de buen humor y despierto, y se comportaba con la mayor de las amabilidades.

—Ya sabes lo que queremos —dijo Scarlett—. Deseo llegar a Port Anna cuanto antes. ¿Conoces el camino?

—Como la palma de la mano, señor. He hecho ese trayecto muchas veces y tendré el placer de conducirles a su destino en tres días a partir de este momento.

—¿Tan lejos está?

—No está demasiado lejos, señor, pero toca atravesar los bosques y hay partes que ningún hombre blanco ha pisado nunca.

—No te olvides de las orquídeas púrpuras.

Un brillo extraño vibró en los ojos de Tito como un relámpago veraniego que desapareció de inmediato. Más adelante, Scarlett recordaría esa mirada, pero, por el momento, nadie le prestó atención.

—El señor podrá ver la orquídea púrpura —dijo—. Verá cientos. Tienen mala fama entre la gente del lugar, pero son tonterías. Crecen en los árboles altos y sus flores se aferran a largos zarcillos verdes. Estos zarcillos son venenosos para la piel; hay que manejarlos con mucho cuidado. Sin embargo, las flores son inofensivas, por mucho que las llamemos amapolas del diablo.

Scarlett escuchó todo esto con suma atención. Estaba impaciente por ver y tocar de primera mano

aquella flor misteriosa. Todo el viaje podía considerarse un golpe de suerte. De todos modos, debía controlar su impaciencia: era imposible que pudiera ver la orquídea púrpura ese mismo día.

Durante horas, se abrieron paso por aquella maraña densa. El calor, un calor húmedo y asfixiante que ni la más mínima ráfaga de viento mitigaba, parecía extenderse sobre toda la tierra como una maldición. Cuando el sol empezó a descender en el horizonte, el grupo ya estaba harto del bochorno.

Dejaron la maleza atrás y, mientras ascendían, se aproximaron a un grupo de gruesos árboles en la cima de una cresta. Plantas parásitas de todo tipo pendían de sus ramas: había lianas y cintas verdosas y, en lo alto, un borde de esplendor púrpura que hizo que el corazón de Scarlett se acelerase.

—¡Sin duda se trata de la orquídea púrpura! —gritó.

Tito se encogió de hombros con desdén.

—No son más que uno o dos brotes —dijo—. Además, están fuera de nuestro alcance. Mañana, el señor tendrá más de las que pueda desear.

—A mí me parece que podría... —dijo Scarlett.

Se interrumpió. Como un gran escudo brillante, el sol brillaba henchido tras el árbol coronado de púrpura y revelaba cada liana y cada hilo verdoso que se agarraba a las ramas con la claridad del cristal líquido. Scarlett distinguió una red de cuerdas verdes como una gigantesca telaraña, pero en su centro no había una mosca, sino un esqueleto humano.

Los brazos y las piernas estaban extendidos, como si la víctima hubiese sido crucificada. Las muñecas y los tobillos estaban enredados en aquella red atroz. Algunos jirones de ropa destrozada flotaban en el aliento débil de la brisa de la tarde.

—¡Es horrible! —gritó Scarlett—. ¡Realmente horrible!

—Tienes toda la razón —exclamó Tarrer con un escalofrío—. Parece una mosca atrapada en ámbar o la yema de un huevo rodeada por la clara. El misterio es cómo llegó hasta ahí.

—Quizá Tito tenga la respuesta —sugirió Scarlett.

Tito parecía incómodo y molesto. Miró furtivamente a cada uno de sus empleadores como un malhechor que teme ser descubierto. Sin embargo, recuperó el valor al darse cuenta de que no sospechaban de él.

—Puedo explicarlo —exclamó, mientras los dientes le castañeteaban por un miedo o una culpa desconocidos—. No es la primera vez que veo ese esqueleto. Un cazador de plantas, sin duda, que vino aquí solo. Se encaramó al árbol sin cuchillo y las lianas verdes se le enredaron en los miembros del mismo modo que un nadador se enreda en las algas. Cuanto más luchó por desasirse, más se enzarzó en las cuerdas. Debí de gritar en vano para que alguien lo ayudase, y acabó muriendo.

La explicación resultaba plausible, pero no mitigaba el horror producido por aquel descubrimiento. El grupo siguió abriéndose camino bajo la puesta de sol hasta que la oscuridad descendió sobre ellos de pronto, como una cortina.

—Acamparemos aquí —dijo Tito—. El terreno es alto y está seco. Además, tenemos la protección de un cinturón de árboles sobre nosotros. No hay un sitio mejor en kilómetros a la redonda. Las miasmas del valle son peligrosas, ¿saben?

Tito encendió una cerilla mientras hablaba y, de inmediato, prendió una antorcha. El pequeño grupo se encontraba en la modesta planicie bordeada de árboles. El suelo era seco y duro y, para sorpresa de Scarlett y los suyos, estaba cubierto de huesos. Había cráneos de animales y calaveras humanas, esqueletos de pájaros y armazones óseos de bestias grandes y pequeñas. Era una visión extraña y horripilante.

—De ningún modo nos quedaremos aquí —exclamó Scarlett.

Tito se encogió de hombros.

—No hay otro lugar en el que acampar —respondió—. Abajo, el valle está lleno de peligros. En los bosques hay serpientes y jaguares. Los huesos no son nada. Bah, se pueden limpiar en un momento.

No quedó más remedio que retirar los esqueletos. La mayoría estaban blancos y consumidos por la acción del aire y el sol. El enorme cerco de árboles se inclinaba con tristeza sobre el montón seco y calcinado. Scarlett se afanaba junto con los demás para lanzar a un lado los restos, que parecían burlarse de él. Un esqueleto humano completo yacía a sus pies. Algo brillaba en uno de sus dedos: era un anillo de sello. Al tomarlo entre sus manos, Scarlett se estremeció.

—¡Reconozco este anillo! —exclamó—. Pertenecía a Pierre Anton, el que quizá fuese el buscador de plantas más hábil e intrépido que el Jardin des Plantes haya contratado jamás. El pobre era amigo mío. Ha encontrado el final que siempre previó.

—Aquí ha debido de producirse una extraña masacre —dijo Tarrer.

—Todo este asunto me sobrepasa —respondió Scarlett. Ya habían despejado de restos humanos y animales un círculo amplio. A la luz del fuego, podían verse insectos repugnantes moviéndose rápidamente de un lado para otro—. Sobrepasa mi entendimiento por completo. ¿Puedes explicárnoslo, Tito? Si todos los huesos fuesen humanos, podría hacerme una idea de lo que sucedió, pero ¿cómo explicar los pájaros y los animales? ¿Te has fijado en que los esqueletos están dispuestos en un círculo perfecto que empieza en el mismo centro de la masa de árboles situada sobre nosotros? ¿Qué significa eso?

Tito declaró su ignorancia al respecto. Algunos años antes, una pequeña tribu de nativos había ocupado la península para realizar sus ritos. Habían llegado en canoa de un lugar lejano. Sobre ellos se contaban historias de gran ferocidad. No cabía duda de que realizaban sacrificios.

Scarlett rechazó con desdén semejante disparate. Le picaba la curiosidad. Tenía que haber una explicación, ya que, en los últimos diez años, varias personas habían visto a Pierre Anton con vida.

—Hay algo insólito en todo esto —le dijo a Tarrer—. Quiero llegar al fondo de la cuestión o, por lo menos, comprender por qué ha ocurrido.

—Por lo que a mí respecta —dijo Tarrer con un bostezo cavernoso—, mi única ambición es cenar e irme a la cama.

III

A la luz de la fogata, Scarlett estaba tendido y miraba en derredor. Se sentía inquieto y a disgusto, aunque no habría podido explicar el motivo. Para empezar, unos ruidos extraños hacían vibrar el aire. Parecía como si algo se moviese, retorciéndose por encima de él, entre los árboles del bosque. En más de una ocasión, su imaginación distorsionada le hizo ver un nudo ensortijado de serpientes verdes en movimiento.

Fuera del círculo de acampada, Tito dormía tendido en una cueva de huesos. Unos momentos antes, había levantado disimuladamente la cabeza, de pelo oscuro y liso. A la luz parpadeante del fuego, sus ojos brillaban con una astucia maliciosa. Al encontrarse con la mirada de Scarlett, había hecho un gesto de disculpa y se había tumbado de nuevo.

—¿Qué demonios está pasando? —murmuró Scarlett—. Me parece que ese canalla está tramando algo. Aún debe de sentirse celoso por la atención que le presté a su novia, pero no podrá hacernos ningún daño. ¡Silencio!

El gran mastín gruñó y gimió, inquieto: hasta el perro parecía percibir cierto peligro invisible. Aunque el animal se tumbó de nuevo, amedrentado por la orden severa, siguió gimoteando en sueños.

—Creo que me quedaré despierto un rato —se dijo Scarlett.

Así lo hizo durante unos instantes, hasta que empezó a caer en los brazos del sueño. Caminaba por un jardín de huesos en el que germinaban aglomeraciones de flores púrpuras. A continuación, entró en escena Pierre Anton, tan pálido y resuelto como Scarlett lo recordaba. Luego, el gran mastín pareció mezclarse de algún modo con el fantasma del sueño y soltó un ladrido de dolor. Entonces, Scarlett se despertó.

Respiraba entrecortadamente, el sudor perlaba su frente y el corazón le golpeaba el pecho con martilleos rápidos. Todos los terrores de la pesadilla pesaban aún sobre él. De manera vaga, escuchó el aullido del mastín, un aullido real producido por un terror real. Scarlett supo entonces que estaba despierto.

Luego, sucedió algo extraño. A la luz incierta del fuego, Scarlett vio que una mano invisible agarraba al mastín y lo elevaba hacia los árboles para después lanzarlo a tierra con un estruendo. El enorme perro permaneció inmóvil como un tronco.

A Scarlett lo invadió un miedo fruto de la impotencia. ¿Qué demonios era aquello? El científico era inteligente y no creía en lo sobrenatural, pero ¿qué podía significar todo lo que estaba sucediendo?

Nadie se movió. Los compañeros de Scarlett estaban vencidos por la fatiga y ni los cañonazos atronadores de la artillería los habrían despertado. Con los dientes apretados y los miembros temblorosos, Scarlett reptó hacia el perro.

La enorme criatura de hocico negro estaba muerta. Su pecho estaba totalmente cubierto de sangre. Parecía que le habían cortado la garganta hasta el hueso con algo dentado, quizá un instrumento con filo de sierra. Lo más extraño de todo era que, esparcidas por encima del cadáver, había un gran número de las enormes orquídeas púrpuras, desprovistas de tallo. Una picazón ardiente recorrió la

espalda de Scarlett hasta la coronilla. Sintió que se le erizaban los cabellos.

Tenía miedo. De hecho, jamás había estado tan aterrorizado en toda su vida. Aquel asunto resultaba harto misterioso, cruel y sangriento.

Aun así, debía de haber alguna explicación racional. La orquídea púrpura tenía algo que ver en todo aquello. La flor gozaba de mala fama. ¿Acaso no la llamaban los cubanos «amapola del diablo»?

Entonces, Scarlett recordó con total claridad el rostro blanco y atemorizado de Zara cuando Tito se había ofrecido a mostrarles las flores resplandecientes. Rememoró el grito de la muchacha y el golpe que le habían propinado a continuación. Ahora lo entendía todo. La muchacha había querido advertirle de un peligro innominado hacia el que Tito pretendía guiar a la pequeña comitiva. Esta era la venganza del cubano celoso.

Un deseo salvaje de hacerle pagar aquel engaño invadió a Scarlett, con una pasión temblorosa que lo agitó. Se arrastró por el rocío húmedo hasta donde yacía Tito y le tocó la frente con el borde helado y azul del tambor de su revólver. Tito se movió levemente.

—¡Perro! —gritó Scarlett—. ¡Te voy a matar!

Tito no volvió a moverse. Su respiración era suave y regular. No había duda, el tipo dormía apaciblemente. Después de todo, era posible que fuese inocente, aunque, por otro lado, quizá se permitía dormir a pierna suelta porque estaba seguro de atrapar a su presa para vengarse.

Confirmaba esta última suposición el hecho de que el cubano descansara más allá del límite del antiguo círculo de huesos secos. Era posible que no hubiese peligro alguno fuera de aquella zona. En tal caso, habría resultado fácil despertar a los demás y salvarlos así de la muerte horrible que había sobrevenido al mastín. Seguramente se trataba de un árbol similar al venenoso upas, aunque esto no explicaba, de ningún modo, el espectáculo horrendo que había tenido lugar en el aire.

—Por el momento, lo dejaré dormir —murmuró Scarlett.

No sin recelo, regresó a gatas al círculo de la muerte. Tenía el propósito de despertar a los demás y esperar a ver qué sucedía. Ahora sus sentidos estaban más despiertos y alerta que nunca. Lo invadió una claridad mental sorprendente, y su vista se aguzó de un modo sobrenatural. Mientras avanzaba, vio caer, de repente, un trozo de liana verde que se extendió en una larga línea esmeralda. Tenía forma triangular, acabada en punta, y estaba cubierta de espinas ganchudas. La liana parecía colgar del árbol que se encontraba sobre sus cabezas. La terminación, ancha como una boca, sin duda estaba absorbiendo la humedad.

Scarlett pensó que aquello debía de ser un fenómeno natural. Este ejemplar le era desconocido. Se trataba, sin duda, de una planta parasitaria que vivía entre las copas de los árboles y que obtenía vida y vigor a través de una especie de antenas verdes similares a sogas, diseñadas por la madre naturaleza para absorber el sustancioso rocío de la noche.

Por un instante, la lógica de esta teoría calmó los nervios perturbados de Scarlett, pero solo por un instante, pues, dispuestas a intervalos regulares a lo largo de la soga verde, distinguió las enormes flores púrpuras de la amapola del diablo.

Se quedó boquiabierto un momento, paralizado por la sorpresa. Tenía que haber alguna

estratagema infernal detrás de todo aquello. Vio la cuerda aflojarse y estremecerse, la vio oscilar hacia delante como un péndulo para, al minuto, pasar por encima de los hombros de uno de los marineros dormidos.

Luego, la raíz verde se curvó como el tentáculo de un pulpo y la cuerda se agitó de un extremo al otro como la tela de una araña furiosa que hubiese sido invadida por una avispa. Parecía querer atrapar y aprisionar al marinero. De pronto, ante los ojos horrorizados de Scarlett, levantó al durmiente delicadamente del suelo.

Conteniendo el deseo de prorrumpir en gritos histéricos, Scarlett se lanzó hacia delante. Ahora que un compañero estaba en peligro, ya no sentía miedo. Sacó una navaja del bolsillo y acuchilló la soga inmisericorde. En parte, esperaba encontrar la robustez de un cable de acero, pero, para su sorpresa, la antena se partió como una zanahoria, dejando caer pesadamente al marinero.

Este se incorporó, frotándose los ojos con fuerza.

—¿Es usted, señor? —preguntó—. ¿Qué pasa?

—Por el amor de Dios, levántate de una vez y ayúdame a despertar a los demás —dijo Scarlett con voz ronca—. Hemos ido a parar al laboratorio del diablo. Todos los horrores del infierno se conciben en este lugar.

El marino se esforzó por ponerse en pie. Mientras lo hacía, la ropa de cintura para abajo, cortada limpiamente por los dientes del parásito verde, se le escurrió hasta los pies. Alrededor, en un área que presentaba marcas de dientes, la sangre manaba del cuerpo del marinero.

A las dos de la mañana, el coraje es una virtud reservada a unos pocos. Aquel lobo de mar, capaz de enfrentarse con alegría a un buque blindado, temblaba ahora de miedo y desánimo.

—¿Qué es todo esto, señor? —chilló—. Me han...

—Despierta a los demás —gritó Scarlett—. ¡Despiértalos!

Otros dos o tres manojos verdes de lianas avanzaron dando tumbos hacia el suelo, tensándose y aflojándose al instante. Estaban cubiertas de flores púrpuras a modo de cenefa. Scarlett gritó como un loco, pateando a sus compañeros sin compasión.

Por fin, se despertaron todos, gruñendo y gimiendo por el sueño interrumpido. En todo este tiempo, Tito no se había movido.

—No entiendo nada —dijo Tarrer.

—Sal de debajo de esos árboles e intentaré explicártelo —dijo Scarlett—. No me creerás. Nadie en sus cabales podría creer la horrible pesadilla que voy a contarte.

Scarlett procedió con las explicaciones. Como esperaba, su historia fue recibida con evidente incredulidad por todos, a excepción del marinero, quien tenía pruebas capaces de estimular su escasa imaginación.

—No doy crédito —dijo Tarrer, al fin. Hablaban en susurros fuera del radio de escucha de Tito, pues, por motivos obvios, no querían despertarlo—. Debe de ser una artimaña diabólica de ese canalla cubano. No parece posible que esas lianas verdes tan finas puedan...

Scarlett señaló el centro del círculo.

—Llama al perro —dijo de manera sombría—, a ver si viene.

—En lo que concierne al pobre mastín, te doy la razón, pero no creo... En fin, voy a comprobarlo yo mismo.

En ese momento, más de una docena de finas cuerdas pendían de los árboles. Se movían de un lado a otro, como sacudidas por una mano invisible que las empujase varios centímetros de acá para allá. Las flores púrpuras que ribeteaban el tallo creaban un efecto no exento de belleza, aunque Scarlett solo era capaz de ver el lado oscuro de todo aquello. Mientras hablaba, Tarrer avanzó en dirección a los árboles.

—¿Qué te propones? —preguntó Scarlett.

—Lo que te he dicho, ni más ni menos. Voy a comprobarlo yo mismo.

Sin malgastar más saliva, Scarlett dio un salto hacia delante. No era el momento de mostrarse cortés y civilizado. La fuerza era el único argumento lógico que se podía usar en un caso así y Scarlett era el más fuerte de los dos.

Tarrer lo vio y entendió la situación.

—No, no —gritó—, ¡déjame! De todas formas, llegas tarde.

Salió disparado hacia delante y se abrió paso entre las delgadas columnas esmeraldinas. Mientras se movían lentamente y con cierta cautela majestuosa, no suponían ningún peligro serio para un tipo vigoroso y alerta. Cuando Scarlett avanzó por el camino, pudo escuchar a las cuerdas sorber y chupar el rocío.

—Por el amor de Dios, sal de ahí —chilló.

La advertencia llegó demasiado tarde. La estela de un latigazo verde alcanzó a Tarrer por detrás y, al instante, empezaron los problemas. Aquella capacidad de levantarlo todo les daba a las sogas un poder terrible. Tarrer lo sintió y respiró a grandes bocanadas.

—Libérame —dijo con voz ronca—. ¡Libérame! Me está levantando en el aire.

Por un momento pareció que estaba perdido, pues todas las cuerdas convergían en su dirección. Una sensación horrible y nauseabunda se apoderó de él. Zarandeado de aquí para allá y arrojado de un lado a otro, Tarrer se esforzaba por mantener los pies en el suelo.

Haciendo caso omiso del peligro que corría, Scarlett se abalanzó sobre la planta, llamando a sus compañeros para que acudiesen en su ayuda. En menos que canta un gallo, cuatro cuchillos se pusieron manos a la obra, arrancando y cortando en todas direcciones.

—No os esforcéis todos a la vez —susurró Scarlett. La situación era tan tensa que nadie se atrevía sino a murmurar—. Vosotros dos, tened los ojos bien abiertos por si aparecen nuevas sogas y cortadlas en cuanto caigan. ¡Vamos!

Las horribles espinas verdes rodeaban el cuerpo de Tarrer como serpientes. Tenía el rostro pálido y exhalaba el aliento dolorosamente, pues la presión era terrible. A Scarlett le parecía que todo se disolvía en una única y horrible visión verdosa de sogas viscosas y un enorme revoltijo de flores púrpuras. Todo el ruedo estaba cubierto de flores desperdigadas. Se notaban húmedas y viscosas bajo los pies.

Tarrer se había caído hacia delante, a punto de perder el conocimiento. Solo lo sostenían dos sogas por encima de su cabeza. La presión atroz remitió. Con un barrido de su cuchillo, Scarlett cortó las últimas lianas y Tarrer, inconsciente, cayó al suelo a plomo. Una sensación de náusea, un mareo amarillo, sobrevino a Scarlett mientras se tambaleaba fuera del círculo amenazador. Vio cómo llevaban a Tarrer a un lugar seguro y, a continuación, el mundo pareció marchitarse y oscurecerse.

—Me siento un poco débil y mareado —dijo Tarrer una hora más tarde—, pero, aparte de eso, este idiota valiente vuelve a ser el mismo. Por lo que a mí respecta, me gustaría saldar cuentas con nuestro amigo Tito.

—Se merece que lo cubramos de aceite hirviendo —sugirió Scarlett, sombrío—. El canalla desalmado ha dormido a pierna suelta todo el tiempo. Imagino que estaba seguro de haber acabado con nosotros.

—Deberíamos pegarle un tiro a ese pordiosero.

—Tengo mi propio plan —dijo Scarlett—. Lo pondré en práctica más tarde. Mientras tanto, es mejor que desayunemos. Cuando Tito se despierte, se encontrará con una agradable sorpresa.

Finalmente, Tito despertó de su sueño y miró alrededor. Su mirada se mostró curiosa y desilusionada primero, y cargada de un miedo blanco y amarillo después. Mil sensaciones discordantes recorrieron su rostro oscuro. Cuando llamó al cubano para que se acercara, a Scarlett le bastó una mirada para saber que era consciente de su situación.

—Voy a ir directo al grano —dijo—. He sabido que nos has traicionado, de modo que preferimos continuar nuestro viaje sin ti. No nos costará encontrar el camino a partir de aquí.

—El señor puede hacer lo que le plazca —respondió—. Deme mi dólar y me marcharé.

Scarlett le respondió sombríamente que no tenía intención de hacer tal cosa. No pensaba dejar su vida y la de sus camaradas en manos de un cubano sinvergüenza que los había traicionado.

—Te dejaremos aquí hasta que regresemos —dijo—. Tendrás toda la comida que necesites, y estos árboles te mantendrán seguro. No hay nadie que pueda molestarte. Te ataremos a uno de los troncos y ahí te quedarás las próximas veinticuatro horas.

La insolencia desapareció del rostro de Tito. Se le doblaron las rodillas y un sudor frío tiñó su semblante de un color verde espantoso. Viendo cómo le temblaban las extremidades, se habría dicho que tuviese fiebre.

—Los árboles —balbuceó—, ¡los árboles, señor! Es peligroso, hay serpientes y... y otras cosas. Hay otros lugares donde...

—Si este lugar era seguro anoche, también lo será hoy —dijo Scarlett sombríamente—. Ya está decidido.

Tito se dio por vencido. Cayó de rodillas e imploró misericordia hasta que Scarlett lo obligó a ponerse en pie de nuevo.

—Desembucha o asume las consecuencias —dijo—. Sabes perfectamente que te hemos desenmascarado, canalla.

Tito contó la historia de forma entrecortada. Dijo que había querido librarse de los americanos.

Estaba celoso. Además, ¿acaso Cuba estaría mejor bajo el poder de los americanos? Desde luego que no. Por eso, era el deber de todo buen cubano destruir a los americanos siempre que fuera posible.

—Y por esta gente luchamos... —murmuró Scarlett—. Ve al grano.

Alentado por una ración abundante de suela de zapato, Tito hizo una confesión completa. Fue el propio señor quien le dio la idea de recurrir a las amapolas del diablo para el asesinato. Más de un cazador de plantas había acabado sus días del mismo modo. El esqueleto que colgaba del árbol pertenecía a un holandés que se había internado en el corazón del terror púrpura inocentemente. Y lo mismo había hecho Pierre Anton. Las ventosas de la amapola del diablo solo descendían por la noche para succionar la humedad; de día, estaban enroscadas como un muelle. Y podían matar cualquier cosa que tocasen. Tito había visto a más de un pájaro y de un animalillo aplastados y atacados por estas espinas con su ribete de flores púrpuras.

—¿Cómo se consiguen las flores? —preguntó Scarlett.

—Eso es fácil —respondió Tito—. Durante el día, mojo el suelo bajo los árboles. Atraídas por el agua, las ventosas se estiran. Cuando se despliegan las ventosas, es posible cortar las flores con cuchillos largos. Es peligroso, claro, pero no si uno tiene cuidado.

—Me olvidaré de la amapola del diablo por el momento —dijo Scarlett—, pero tú sí vas a acompañarme a mi destino en calidad de prisionero.

Las pupilas de Tito se dilataron.

—¿No me fusilarán? —preguntó con voz ronca.

—No lo sé —respondió Scarlett—. Quizá prefieran ahorcarte. En cualquier caso, me sentiría defraudado si no acabasen contigo de un modo u otro. Sea cual sea el método elegido, esperaré sin prisa que llegue ese momento.

LA ROSALEDA

M. R. JAMES



• 1911 •

TRADUCIDO POR

Leonor Saro

M. R. JAMES

1862-1936

MONTAGUE RHODES JAMES NACIÓ EN LA RECTORÍA DE Goodnestone, Kent, donde su padre era sacerdote ayudante del párroco. Estudió en Eton y en el King's College de Cambridge, instituciones de élite que acabó dirigiendo. Desde la infancia fue un apasionado lector de libros antiguos. Su pasión por los viejos y polvorientos manuscritos le llevó a convertirse en un erudito lingüista, historiador y experto en paleografía. Le apasionaba el mundo de la antigüedad y asumió la labor de preservar su legado artístico, hasta el punto de que llegó a restaurar murales y vidrieras medievales en los colegios en los que desarrolló su trayectoria docente. Llevó una vida tranquila y rutinaria, dedicada casi en exclusiva a su profesión de investigador y a un curioso pasatiempo muy alejado del rigor intelectual que le permitía relajarse y solía cultivar en fechas previas a las fiestas navideñas: la escritura de cuentos de fantasmas, a la manera de Dickens, que luego leía a sus —suponemos— atemorizados amigos y alumnos.

Admirador ferviente de Joseph Sheridan LeFanu (llegó a antologar sus mejores historias en 1923), James no se limitó a imitar su concepción de lo espectral, ni la visión victoriana del fantasma atormentado y pálido, sino que optó por la deformidad, lo monstruoso, la hibridez entre animal y humano para definir a sus seres de ultratumba. El horror que produce el avistamiento de estas criaturas siempre fatídicas, nunca bienhechoras, contrasta con el marco en el que las sitúa, y que tiene mucho que ver con su propia existencia apacible. Lo sobrenatural llega a un entorno tranquilo, típicamente británico, para perturbar a sus habitantes, enfrascados en tareas nada arriesgadas, como la jardinería, las partidas de golf o la pintura de paisajes. Así sucede en «La rosaleda», cuento de 1911 incluido en *More Ghost Stories of an Antiquary*. El matrimonio Anstruther, tras adquirir una villa con un bonito jardín en el condado de Essex, disfruta de ella sin sobresaltos hasta que la señora de la casa decide plantar una rosaleda en un punto concreto de la propiedad: un claro en el que se alza, firmemente clavado al suelo, un viejo poste de roble. La decisión, en apariencia intrascendente, de encargar al jardinero que arranque dicho poste desencadenará la traumática irrupción de lo fantástico. Pese a que James se sirve del típico humor inglés, sobre todo en los diálogos que mantienen los Anstruther y que definen tanto la personalidad dominante e irónica de Mary, la esposa, como la docilidad del cabeza de familia, George, en paralelo se advierte una ruptura gradual de la armonía reinante. Gracias a la labor de un oportuno personaje informante, la señorita Wilkins,

antigua propietaria de la casa, sabrán de los terribles trances que han asaltado en ocasiones a los moradores de la mansión.

LA ROSALEDA



l señor y la señora Anstruther estaban desayunando en el salón de Westfield Hall, condado de Essex, mientras hablaban de sus planes para aquel día.

—George —dijo la señora Anstruther—, ¿por qué no te acercas a Maldon en coche y me traes esos paños de punto de los que te hablé el otro día? Me vendrían muy bien para mi puesto del mercadillo benéfico.

—Por supuesto, Mary, iré si ese es tu deseo... Pero Geoffrey Williamson me dijo de jugar una partida de golf esta mañana. El mercadillo no es hasta el jueves de la semana que viene, ¿verdad?

—Eso no tiene nada que ver, George. Comprende que, si no consigo las cosas que necesito en Maldon, tendré que escribir a todas las tiendas habidas y por haber en la ciudad, y al tratarse de un primer envío seguro que me mandan lo que menos me convenga en precio o calidad. Si de verdad tienes una cita con el señor Williamson, no deberías cancelarla, pero tendrías que haberme puesto al corriente.

—No, no hemos quedado en firme. Entiendo lo que quieres decir. Iré a Maldon. ¿Y tú qué vas a hacer?

—Pues verás, cuando haya terminado con las tareas de la casa, tengo que ponerme con la nueva rosaleda. Por cierto, antes de que te vayas a Maldon, quiero que lleves a Collins a que le eche un vistazo al lugar que he elegido. Ya sabes dónde está.

—No estoy del todo seguro, Mary. ¿Es en el límite superior de la finca, en dirección al pueblo?

—Cielo santo, George, querido, ¿acaso no me explico con claridad? Está en el pequeño claro que hay justo al lado del camino de arbustos que va hasta la iglesia.

—Ah, sí. Donde dijimos que seguramente hubo en su día un cenador, ¿verdad? Donde los viejos bancos y el poste de madera. Pero ¿crees que allí da lo bastante el sol?

—Querido George, concédeme un poquito de sentido común, y no me atribuyas tus descabelladas ideas sobre viejos cenadores. Sí, en cuanto talemos algunos arbustos, tendremos muchísimo sol. Ya sé lo que vas a decir, y yo tampoco quiero dejar el claro completamente desmantelado. Solo necesito que Collins quite los bancos, el poste y todas esas cosas antes de que yo llegue dentro de una hora o así. Y espero que te las apañes para salir pronto. Creo que después del almuerzo voy a intentar terminar el boceto de la iglesia. Si te apetece tú puedes ir al campo de golf o...

—Buena idea... ¡Pero que muy buena! No me importaría jugar una partida mientras tú terminas tu boceto.

—Iba a decirte que también podrías hacerle una visita al obispo. Pero supongo que es inútil que te haga ninguna sugerencia. Y ahora deberías ponerte en marcha si no quieres perder toda la mañana.

El señor Anstruther, cuyo rostro había empezado a alargarse levemente antes de contraerse de nuevo, salió apresuradamente de la habitación y se puso a dar órdenes en el pasillo. La señora Anstruther, una dama majestuosa de unas cincuenta primaveras, procedió, tras un segundo examen de la correspondencia matutina, a sus quehaceres domésticos.

A los cinco minutos, el señor Anstruther había encontrado a Collins en el invernadero, y se dirigían juntos al lugar donde estaba previsto plantar la rosaleda. No estoy al tanto de las condiciones óptimas para esta clase de menesteres, pero me inclino a creer que, si bien ella se tenía por «una gran jardinera», la señora Anstruther no había sido bien aconsejada en la elección del lugar. Se trataba de un claro pequeño y húmedo, flanqueado a un lado por un sendero y al otro por espesos bojés, laureles y otros árboles de hoja perenne. El suelo apenas tenía hierba y presentaba un color bastante negruzco. Los restos de un par de bancos roídos y un viejo y retorcido poste de roble situados en el centro del claro habían hecho suponer al señor Anstruther que en aquel lugar había habido un cenador. Era evidente que Collins no había sido informado de las intenciones de la señora con respecto a aquel terreno, y cuando las supo por boca del señor Anstruther, no mostró ningún entusiasmo.

—Claro, puedo quitar los bancos en un santiamén —dijo—. No son precisamente decorativos, señor, y además están podridos. Mire usted —dijo, rompiendo un trozo grande—: completamente podridos. No se preocupe, los quitamos. No hay problema.

—Y el poste —dijo el señor Anstruther—. El poste también va fuera.

Collins avanzó unos pasos y sacudió el poste con las dos manos; luego se frotó la barbilla.

—Este poste parece muy firme —dijo—. Lleva ahí un montón de años, señor Anstruther. No creo que pueda arrancarlo tan fácilmente.

—Pero la señora ha dicho expresamente que desea que la zona esté despejada en una hora —dijo el señor Anstruther.

Collins sonrió y negó despacio con la cabeza.

—Con todo el respeto, señor, usted mismo puede comprobarlo. No, señor. Lo que es imposible ni el más pintado puede conseguirlo, ¿verdad, señor? Podría tenerlo listo para después de la cena, pero a base de pico y pala. Para hacer lo que me pide el señor hay que quitar toda la tierra alrededor del poste. Entre el muchacho y yo podemos conseguirlo, pero nos va a llevar un buen rato. Pero los bancos estos —dijo Collins, apropiándose de esa parte del plan, como si se le acabara de ocurrir a él— se quitan en un momento, si usted me lo permite, señor, barremos un poquito, y en menos de una hora lo tendríamos hecho. Solo que...

—¿Solo que qué, Collins?

—Bueno, yo no soy quién para llevarle la contraria a la señora, como tampoco lo es usted ni

nadie... —añadió estas últimas palabras con cierta precipitación—, pero, con su permiso, señor, este no es el lugar que yo hubiera elegido para plantar la rosaleta. Mire todo ese boj y los durillos, cómo impiden que la luz...

—Ah, ya. Pero esos arbustos hay que talarlos también, por supuesto.

—Claro, claro, ¡los talamos también! Pero... con todos mis respetos, señor Anstruther...

—Disculpa, Collins, pero tengo que marcharme ya. Estoy oyendo el coche en la puerta. La señora te explicará lo que desea con más detalle. Ahora le digo que te las apañarás para quitar los bancos de inmediato y el poste esta tarde. Buenos días.

Collins se quedó frotándose la barbilla. La señora Anstruther recibió el informe con cierto descontento, pero no insistió en hacer ningún cambio en los planes.

Hacia las cuatro de la tarde ya había despachado a su marido, que se fue a jugar al golf, se había ocupado diligentemente de Collins y del resto de tareas del día y, tras ordenar que le colocaran un taburete y una sombrilla en el lugar oportuno, acababa de instalarse para dibujar la iglesia desde los arbustos cuando la doncella bajó apresuradamente por el camino para informarla de que la señorita Wilkins había venido de visita.

La señorita Wilkins era uno de los pocos miembros que quedaban con vida de la familia a la que los Anstruther habían comprado la finca de Westfield años atrás. La dama se había quedado a vivir en la vecindad y probablemente venía a despedirse.

—¿Podría pedirle a la señorita Wilkins que se reúna conmigo aquí? —preguntó la señora Anstruther. Al cabo de un par de minutos, llegó la señorita Wilkins, una mujer ya entrada en años.

—Mañana me voy de Ashes y le voy a contar a mi hermano todas las mejoras que han hecho ustedes en la propiedad. Como es natural, no puede evitar extrañar un poco la antigua casa, al igual que yo... Pero el jardín ha quedado precioso.

—Cuánto me alegro de oírle decir eso. Pero aún quedan muchísimas cosas por hacer. ¿Quiere que le enseñe dónde voy a plantar la rosaleta? No está lejos de aquí.

La señora Anstruther le expuso todos los detalles del proyecto a la señorita Wilkins, pero era evidente que esta tenía la cabeza en otra parte.

—Sí, es una auténtica delicia —dijo por fin, con aire distraído—. Lo siento, señora Anstruther, me temo que estaba pensando en los viejos tiempos. Me alegro muchísimo de haber podido ver de nuevo este lugar antes de que usted lo modifique. Frank y yo vivimos una auténtica aventura en este sitio.

—¿De veras? —dijo la señora Anstruther sonriendo—. Cuénteme más. Estoy segura de que fue de lo más singular y encantador.

—No diría que fue encantador, la verdad, pero siempre me ha parecido curioso. Ninguno de nosotros habría sido capaz de venir aquí solo cuando éramos niños, y creo que incluso ahora no me atrevería en determinados momentos. Es una de esas cosas que difícilmente pueden expresarse con palabras, o al menos yo no sabría, y que suenan absurdas si no se cuentan como es debido. Lo único que puedo decirle es que este lugar nos causaba auténtico espanto cuando estábamos solos. Todo

ocurrió hacia el atardecer de un caluroso día de otoño. Frank había desaparecido misteriosamente por los jardines, y yo estaba buscándole para cenar, cuando, bajando por este sendero, lo vi de pronto, pero no escondido entre los arbustos como yo esperaba, sino sentado en el banco del viejo cenador (porque aquí había antes un cenador de madera, no sé si lo sabía), en un rincón, dormido, y con una expresión tan espantosa en el rostro que pensé que estaba gravemente enfermo o incluso muerto. Me abalancé sobre él, le sacudí y le pedí que se despertara... Y se despertó, sí, pero con un grito. Le aseguro que el pobre muchacho parecía fuera de sí de terror. Me llevó a toda prisa a la casa, y pasó toda la noche en un estado de nervios terrible, incapaz de pegar ojo. Por lo que recuerdo, alguien estuvo sentado a su lado toda la noche.

»Se recuperó muy pronto, pero tardé días en conseguir que me dijera qué le había sucedido. Al final me contó que se había quedado dormido y que había tenido una especie de sueño inconexo y muy extraño. No había conseguido retener las imágenes, pero sí había sentido las escenas muy vívidamente. Al principio se dio cuenta de que se hallaba de pie en una gran habitación con varias personas, y que frente a él había alguien «muy poderoso» que le hacía preguntas que parecían muy importantes, y cada vez que respondía, alguien (ya fuera la persona que tenía enfrente u otra de las presentes) parecía, según sus propias palabras, confabular contra él. Todas las voces le sonaban muy lejanas, pero recordaba algunas frases sueltas: “¿Dónde estaba usted el 19 de octubre?”, “¿Es esta su letra?”, y cosas así. Ahora me doy cuenta, por supuesto, de que estaba soñando con un juicio, pero en aquel entonces no se nos permitía leer los periódicos y era extraño que un niño de ocho años tuviera una idea tan vívida de cómo era un tribunal. Todo el tiempo sintió, dijo, una ansiedad, una opresión y una desesperanza insoportables (aunque supongo que no empleó exactamente esas palabras). Después de eso hubo un intervalo durante el cual recordaba haberse sentido terriblemente inquieto y desdichado, y luego le sobrevino otra imagen en la que había salido a una mañana oscura y despacible, con el suelo cubierto de nieve. Estaba en una calle, o en todo caso rodeado de edificios, y tenía la vaga sensación de que había mucha gente también, y de que lo habían conducido, por unos escalones de madera que crujían, hasta una especie de plataforma, pero lo único que podía ver en realidad era una pequeña hoguera que ardía en algún lugar cerca de él. Alguien que le había estado sujetando el brazo lo soltó y se acercó hasta la hoguera. Me dijo que aquella parte del sueño había sido la más aterradora de todas, y que si no le hubiera despertado quién sabe qué habría sido de él.

»Curioso sueño para un niño, ¿verdad? En fin, eso fue todo. Pero a finales de ese mismo año, Frank y yo volvimos aquí, y yo estuve sentada en el cenador toda la tarde, hasta la puesta de sol. Cuando me di cuenta de que estaba empezando a atardecer, le dije a Frank que fuera corriendo a la casa para ver si estaba lista la cena, mientras yo terminaba el capítulo del libro que estaba leyendo. Frank estaba tardando más de lo esperado, y estaba oscureciendo tan deprisa que tuve que inclinarme sobre el libro para distinguir las letras. En ese momento me di cuenta de que alguien me susurraba en el cenador. Las únicas palabras que distinguí o creí distinguir fueron: “Tira, tira. Yo empujo, tú tira”.

»Me levanté de un salto. La voz, que era poco más que un susurro, sonaba ronca y furiosa y, no obstante, parecía provenir de muy lejos, igual que en el sueño de Frank. Sin embargo, a pesar del

miedo, tuve el valor suficiente para mirar a mi alrededor e intentar averiguar de dónde procedía el sonido. Y (suena muy tonto, lo sé, pero así es como sucedió) me di cuenta de que el sonido se oía más fuerte si pegaba la oreja al viejo poste situado en el extremo del banco. Estaba tan segura que hice unas marcas en el poste, lo más profundas que pude, con las tijeras de mi cesta de labores. No sé por qué. Me pregunto, por cierto, si no será este mismo poste que tienen ustedes aquí... Pues sí, podría ser. Tiene marcas y arañazos, pero es imposible estar segura. En cualquier caso, era un poste como el que tienen aquí.

»Mi padre se enteró del miedo que los dos habíamos pasado en el cenador, y una noche después de cenar bajó él mismo en persona y lo derribó de inmediato. Recuerdo haber oído a mi padre hablar del tema con un viejo que solía hacer trabajillos en la finca, y que el hombre le respondió: “No tema por eso, señor: ese está muy seguro ahí, a no ser que venga alguien y lo deje salir”. Pero cuando les pregunté de quién hablaban no me dieron una respuesta satisfactoria. Posiblemente mi padre o mi madre nos habrían contado más cosas al crecer, pero, como usted sabe, ambos murieron cuando aún éramos niños. Debo decir que aquel incidente siempre me ha parecido muy extraño, y muchas veces le he preguntado a la gente mayor del pueblo si habían oído algo extraño sobre el lugar, pero una de dos: o no sabían nada o nunca quisieron decírmelo.

»Lo siento, querida. La estoy aburriendo con mis recuerdos de infancia. Pero, en efecto, aquel cenador absorbió nuestros pensamientos durante mucho tiempo. Se puede imaginar la de historias que nos inventábamos. Bueno, querida señora Anstruther, ahora tengo que irme. Espero que nos veamos en la ciudad este invierno, ¿verdad?...

Esa misma tarde, quitaron los bancos y arrancaron el poste. El tiempo de finales de verano es proverbialmente traicionero, y durante la cena la señora Collins subió a pedir un poco de brandi porque su marido había cogido un catarro y posiblemente al día siguiente tendría que guardar reposo.

Aquella mañana la señora Anstruther amaneció intranquila. Estaba segura de que unos gamberros se habían colado en la propiedad durante la noche.

—Y otra cosa, George: en cuanto venga Collins, tienes que decirle que haga algo con los búhos. En mi vida había oído un estruendo semejante. Estoy segura de que uno de ellos se posó justo al lado de nuestra ventana. Si llega a entrar me da algo: a juzgar por sus graznidos debía de tratarse de un pajarraco de cuidado. ¿No lo has oído? No, claro que no, tú estabas dormido como un tronco, como siempre. Aun así, George, debo decir que tienes cara de haber descansado poco.

—Querida, me siento como si me hubiera pasado un camión por encima. No puedes ni imaginarte los sueños que he tenido. Cuando me he despertado no me atrevía ni a contártelos, y si esta habitación no fuera tan luminosa y soleada, tampoco ahora me atrevería a hablarte de ellos.

—Vaya, George, desde luego que eso es raro en ti. Debes de haber... No, ayer comiste lo mismo que yo... A no ser que comieras algo en ese dichoso club. ¿Lo hiciste?

—Solo tomé una taza de té y un poco de pan con mantequilla. Lo que de verdad me gustaría saber es cómo mi mente ha llegado a imaginar un sueño como ese... Supongo que uno construye sus

sueños a partir de un montón de pequeñas cosas que ha visto o leído. Mira, Mary, fue así... ¿O te estoy aburriendo?

—En absoluto. Me gustaría saber qué has soñado, George. Ya te avisaré si empiezas a aburrirme.

—De acuerdo. Confieso que, en cierto sentido, no era una pesadilla al uso, porque en realidad no vi a nadie hablándome o tocándome, y, sin embargo, la realidad de todo me ha impresionado enormemente. Al principio estaba sentado; no, dando vueltas en una habitación de aspecto antiguo con las paredes paneladas. Recuerdo que había una chimenea y un montón de papeles quemados, y, por algún motivo, yo estaba en un terrible estado de ansiedad. Había alguien más, posiblemente un criado, porque recuerdo haberle dicho: «Prepara los caballos tan rápido como pueda». Después esperé un poco y al cabo de un rato oí subir a varias personas por las escaleras, y un ruido de espuelas sobre un suelo de tablas, y entonces se abrió la puerta y, fuera lo que fuese lo que yo estaba esperando, sucedió.

—Pero ¿el qué?

—No sabría decírtelo. Fue esa clase de sobresaltos que a veces se tienen en sueños: o te despiertas o todo se sume en sombras. Y eso fue lo que me pasó a mí. Después estaba en una gran habitación de paredes oscuras, panelada, como la otra. Había muchísima gente y parecía que yo estaba asistiendo...

—A tu propio juicio, ¿no?

—¡Cielos! Sí, justo eso, Mary, ¿tú has soñado lo mismo? ¡Qué cosa tan extraña!

—No, no..., yo no he dormido lo suficiente para eso. Tú sigue, George, luego te lo cuento.

—Sí. Pues verás, me estaban juzgando, de eso no tengo ninguna duda, teniendo en cuenta el estado en que me encontraba. No tenía abogado, y en el banquillo había un individuo temible; yo tenía que defenderme, pero él no dejaba de atacarme y tergiversar todo lo que yo decía, y me hacía preguntas de lo más abominables.

—¿Sobre qué?

—Sobre las fechas en las que estuve en determinados lugares, sobre cartas que supuestamente había escrito y sobre los motivos por los cuales yo había destruido ciertos papeles; y recuerdo que se reía de mis respuestas de un modo de lo más intimidante. Sé que así contado no parece gran cosa, pero te aseguro, Mary, que en aquel momento fue realmente espantoso. Estoy seguro de que ese hombre ha existido de verdad, y de que fue un villano atroz. Las cosas que dijo...

—Por favor, no tengo el menor deseo de oírlas. Si quisiera, no tengo más que acercarme yo misma al campo de golf. ¿Y cómo acabó el sueño?

—Me declararon culpable, por supuesto, que es lo que él quería desde el principio. Mary, ojalá pudieras hacerte una idea de la tensión que experimenté después. Parecía que aquello no iba a terminar jamás. Esperaba y esperaba... y escribía cosas que consideraba de vital importancia, y aguardaba respuestas que no llegaban nunca... Y después de eso salí...

—Lo sabía.

—¿Por qué dices eso? ¿Acaso sabes lo que vi?

—¿Era un día oscuro y frío, con las calles cubiertas de nieve y una hoguera ardiendo cerca de ti?

—¡Por mi vida, así es! ¡Tú has tenido la misma pesadilla que yo! ¡Es realmente extraordinario! Pues sí, estoy seguro de que iban a ejecutarme por alta traición. Después me tiraron encima de la paja y me zarandearon de la manera más miserable, y luego tuve que subir unos escalones, y alguien me sujetaba del brazo; recuerdo vislumbrar una escalera de mano y oír el ruido de la muchedumbre. Te aseguro que después de esto sería incapaz de meterme entre la multitud y soportar sus murmullos. Pero, gracias al cielo, la cosa no llegó hasta el final. El sueño se disipó con una especie de trueno dentro de mi cabeza. Pero, Mary...

—Sé lo que vas a preguntarme. Supongo que ha debido de ser un caso de telepatía. La señorita Wilkins estuvo aquí ayer y me contó un sueño que tuvo su hermano de niño, cuando vivían aquí; seguramente hubo algo anoche que me hizo pensar en ese sueño mientras oía a esos espantosos búhos y a esos individuos hablando y riendo entre los arbustos. Por cierto, quiero que vayas a ver si hay daños en la propiedad y que des parte a la policía. Así que supongo que, mientras dormías, mis pensamientos pasaron de mi cerebro al tuyo. Es extraño, desde luego, y siento que pasaras una mala noche. Será mejor que hoy te dé un poco el aire.

—No..., ya estoy bien, de verdad. Creo que voy a ir al club a ver si juego un partido con alguien. ¿Y tú?

—Yo tengo bastante que hacer esta mañana; y esta tarde, si no me interrumpen, me gustaría seguir con mi dibujo.

—Por supuesto. Estoy deseando verlo terminado.

No se descubrió ningún desperfecto en los arbustos. El señor Anstruther inspeccionó con vago interés el lugar elegido para la roaleda, donde aún estaba el poste arrancado. El hoyo donde había estado clavado seguía sin tapar. Fue a preguntar por Collins, que no se sentía con fuerzas para volver al trabajo, aunque se encontraba algo mejor que la noche anterior. Expresó, por boca de su mujer, que esperaba no haber cometido ningún error al quitar todas esas cosas. La señora Collins añadió que a la gente de Westfield le gustaba mucho hablar, y que los viejos eran los peores. Se creían mejores que el resto por llevar más tiempo que nadie viviendo en la parroquia. Fuera lo que fuese lo que habían dicho, aquella sarta de tonterías había afectado mucho a Collins.



Después de comer y dormir un poco, la señora Anstruther se instaló cómodamente en su silla plegable junto al sendero que cruzaba la arboleda y conducía a la entrada lateral del cementerio. Le gustaba especialmente dibujar árboles y edificios, y desde allí tenía una buena perspectiva de ambas cosas. Trabajó concienzudamente y, cuando el sol se puso tras las boscosas colinas del oeste, el dibujo se había convertido ya en algo digno de admirar. Aún habría seguido trabajando un poco más, pero la luz estaba desapareciendo a toda prisa, de modo que decidió dejar los últimos retoques para el día siguiente. Se levantó y volvió a la casa, deteniéndose un instante para admirar el límpido verdor del crepúsculo. Cruzó después los arbustos de boj y, poco antes de llegar al jardín delantero de la casa, se detuvo una vez más para contemplar el sereno paisaje del ocaso, advirtiendo para sí misma que la

torre que se recortaba en el horizonte debía de ser, sin duda, una de las iglesias de Roothing. Después, creyó oír un pájaro entre los arbustos a su izquierda, y al volverse se dio un susto de muerte al descubrir lo que al principio le pareció una máscara de Guy Fawkes acechando entre las ramas. Se acercó para mirar con más atención.

No era una máscara. Era una cara grande, lisa y rosada. La señora Anstruther recuerda todavía las minúsculas gotas de sudor que perlaban su frente, recuerda las mejillas afeitadas y los ojos cerrados. Recuerda también, con una precisión tal que le resulta insoportable, su boca abierta con un solo diente asomando bajo el labio superior. En el preciso momento en que lo vio, el rostro retrocedió, ocultándose en la oscuridad de los arbustos. Entonces echó a correr hasta la casa, y cerró la puerta tras de sí antes de caer desmayada.

El señor y la señora Anstruther llevaban más de una semana de vacaciones en Brighton cuando recibieron una circular de la Sociedad Arqueológica de Essex en la que se les preguntaba si poseían ciertos retratos históricos que deseaban incluir en una obra sobre retratos de Essex que iba a publicarse próximamente con los fondos de dicha institución. La circular llevaba adjunta una carta del secretario, en la que figuraba el siguiente párrafo:

Estamos especialmente interesados en saber si poseen el original de un grabado del que adjuntamos fotografía. Corresponde a sir X, presidente del Tribunal Supremo bajo el reinado de Carlos II, quien, como sin duda saben, se retiró a Westfield tras su caída en desgracia, donde, según se cree, murió víctima del remordimiento. Puede que les interese saber que recientemente hemos descubierto una anotación en los archivos, no de Westfield, sino de Roothing, según la cual la parroquia estaba tan preocupada a su muerte que el rector de Westfield convocó a todos los clérigos de Roothing para que fuesen a enterrarlo, y así lo hicieron. La nota termina diciendo: «El poste se encuentra en un prado contiguo al cementerio de Westfield, en el lado oeste». Tal vez puedan ustedes decirnos si en su parroquia existe alguna leyenda o rumor a este respecto.

Los incidentes que rememoraba la fotografía adjunta le produjeron tal conmoción a la señora Anstruther que decidió pasar el invierno en el extranjero. Cuando el señor Anstruther regresó a Westfield para hacer las gestiones pertinentes, aprovechó la ocasión para comentarle la historia al rector, ya anciano, que no se mostró muy sorprendido.

—En realidad, me las he arreglado para averiguar por mí mismo lo que debió de ocurrir, basándome, por un lado, en las habladurías de los viejos del lugar y, por otro, en lo que he podido observar en sus terrenos. Naturalmente, nosotros también hemos sufrido lo nuestro. Sí, fue desagradable al principio; parecían búhos, como usted dice, y gente charlando, a veces. Unas noches era en este jardín, y otras, en el de algunas casas de los alrededores. Pero últimamente no se ha oído nada: parece que ha parado. En nuestros libros no hay nada, salvo el registro de un entierro y lo que durante mucho tiempo creí que era el lema familiar; pero la última vez que lo vi me di cuenta de que la frase fue añadida por una mano posterior, junto con las iniciales de uno de los rectores de finales del siglo XVII: A. C., Augustine Crompton. Aquí está, mire: *quieta non movere*. Yo creo... Bueno, la

verdad es que no sabría cómo empezar a explicar lo que yo creo.

LA AMANITA MORTAL

ELI COLTER



• 1925 •

TRADUCIDO POR

Eduardo Iriarte

ELI COLTER

1890-1984

LA VIDA DE ELI COLTER, CUYO VERDADERO NOMBRE ERA May Eliza Frost, resulta casi tan curiosa como su obra. Nacida en 1890 en Portland (Oregon), sufrió una ceguera transitoria en la adolescencia y antes de empezar a publicar sus primeros relatos en revistas *pulp* como *Weird Tales*, cumplidos ya los treinta años, se dedicaba a tocar el órgano y el piano en cinemas. Como autora se adentró en el *western*, un género popular, poco transitado habitualmente por mujeres, con títulos como *Las aventuras de Hawke Travis*, de 1931, que relata las aventuras y desventuras de un buscavidas con sólidos principios morales. También cultivó la ficción especulativa y el misterio con tintes sobrenaturales. Alcanzó una enorme popularidad en el mundo *pulp*, hasta el punto de que en 1926 la cuarta parte de su narración por entregas *On the Dead Man's Chest* fue votada como la segunda más popular de todas las historias publicadas en *Weird Tales*, superada tan solo por «The Outsider», de Lovecraft. En lo que se refiere a su vida personal, contrajo primeras nupcias con John Irving Hawkin, un vaquero al que conoció mientras investigaba para sus novelas. Su segundo esposo, Glenn Fagalde, era también autor de relatos y ambos colaboraron asiduamente en la revista *Strange Stories*. Llegaron a crear una colonia para escritores en su finca de California, pero cuando él falleció en los años cincuenta Colter se alejó definitivamente del mundo literario. A pesar de su extensa trayectoria, cuando murió, en 1984, era prácticamente una desconocida.

De 1925 a 1939 la revista *Weird Tales* publicó dos cartas y catorce relatos de Colter. «La amanita mortal» corresponde a la primera etapa, ya que apareció en el número de diciembre de 1925. El cuento adapta la antiquísima técnica de las cajas chinas para contar la peripecia de un escritor en busca de inspiración que recorre un largo viaje hasta encontrar al misterioso ermitaño del que ha oído hablar a un colega. El aparentemente desconocido anfitrión lo agasaja con una deliciosa cena a base de carne de venado aderezado con setas recolectadas en una arboleda cercana y le brinda hospedaje por una noche en su cabaña. A la mañana siguiente, además, le confesará el terrible secreto que le hizo renunciar a la vida en sociedad. Colter entreteje con habilidad la historia dentro de la historia en este cuento que aborda asuntos como la ambición literaria, la soledad del autor, la culpa y la necesidad de penitencia. En su relato, además, la belleza y la maldad femenina encuentran su equivalente natural en la *Amanita verna*, una seta tan llamativa como peligrosa, que adquiere una

importancia nuclear en la trama, ya desde el título.

LA AMANITA MORTAL



sta es la historia de Henry Wytten. No conozco a Henry Wytten. Pero, como el resto de los aficionados a la literatura, conozco sus obras. El suyo es un nombre de prestigio. Su fotografía en alguna pose característica ocupa un lugar de honor en la colección artística de literatos de todo diletante. Pero, a efectos de permanecer en el anonimato, un nombre es tan bueno como cualquier otro. Henry Wytten...

El pseudónimo lo acuñó Hugh Blondin. El verano pasado, durante sus vacaciones, Blondin hizo un viaje a Los Ángeles y nos encontramos casualmente por la calle. Encantado ante el inesperado placer de verlo de nuevo, insistí en que me acompañara a almorzar en el Biltmore, recién inaugurado.

Cuando nos hubimos acomodado en una mesa al lado del ventanal me fijé en que en la carta de platos fuertes figuraba uno de sus preferidos: los riñones salteados. Como sabía lo mucho que le gustaban las setas, le sugerí el plato y él acogió la propuesta con entusiasmo. Entonces me miró con un súbito destello de inspiración en los ojos.

—¿No me comentaste que habías venido aquí en busca de una historia?

—Así es —asentí—. Pero con restricciones y condiciones. Tiene que ser una historia que infunda ánimo e impresione. También tiene que ser la historia real de un hombre real: es un encargo. E historias así no crecen en los árboles.

—Desde luego que no —convino—. Pero yo te puedo ofrecer una, y buena de narices, además. Siempre y cuando prometas no revelar la identidad de ninguno de los implicados. Incluido yo.

—Trato hecho ahora mismo.

Pero ¿cómo es que tenía Blondin de reserva una historia buena de narices? Aprecié su generosidad, aunque de inmediato me puse alerta por si algo me olía a chamusquina. ¿Cómo es que no la escribía él mismo, si era tan excelente? Tenía que haber gato encerrado. Sea como fuere, me cuidé mucho de darle a entender nada semejante, saqué un sobre del bolsillo, lo doblé y pauté el reverso para tomar notas taquigráficas.

—Venga, socio, ya estoy listo —dije.

Y esta es la historia que me contó Blondin.

Bien, hace quince años, Madden me escribió para pedirme una historia. También tenía que ser una historia con las restricciones y condiciones que mencionas: la historia real de un hombre real. Qué coincidencia, ¿eh?

Madden era de antes de tu época, conque debo mencionar que era el genio editorial de aquel entonces, y un encargo suyo se consideraba toda una invitación al estrellato. Como es natural, estaba tremendamente emocionado por la oportunidad que tanto tiempo llevaba esperando, y empecé a rebuscar en la imaginación un individuo apropiado al que abordar. Diversos amigos interesados me hicieron sugerencias poco adecuadas. Probé con uno o dos, pero o bien sus vidas eran mortalmente aburridas o bien ponían objeciones a que sus historias íntimas se convirtieran en la base de un relato. Empezaba a desesperar cuando me acordé de un viejo amiguete que había tenido la mala fortuna de contraer tuberculosis. A fin de eludir al enterrador con ayuda de aire fresco y un huertito de tomates, se fue a vivir a la montaña. Tomé el siguiente tren al valle donde se había instalado con grandes esperanzas.

A mi llegada le conté de inmediato el objetivo de mi viaje. El pobre hombre tuvo a bien hurgar en su memoria. Pero o no tenía nada de valor que ofrecerme o yo me había vuelto inusitadamente meticuloso debido a la importancia de la ocasión. A la mañana siguiente de haber llegado, estaba sentado en una caja de tomates puesta del revés en el jardín, viéndole recoger y cribar los mejores ejemplares de su pequeña cosecha, cuando de pronto interrumpió el trabajo con aire de haber hallado justo lo que yo buscaba.

—Ya lo tengo, Hugh. ¡Vete a ver al ermitaño! Me apuesto una casa a que tiene una buena historia..., si consigues hacerle hablar. Nadie ha sido capaz de sacarle ni una sola palabra nunca.

—¿El ermitaño? Suena bien —respondí por cortesía, aunque en realidad me molestó una propuesta tan poco interesante. Al oír la palabra «ermitaño» me había venido al instante a la cabeza la imagen de un palurdo alto y escuálido. La cara demacrada cubierta por una desaliñada barba incipiente. Unos ojillos negros y brillantes de mirada furtiva. Los dientes renegridos de tanto mascar tabaco. Una persona sucia y hedionda. Ya había visto ermitaños. Pero, meramente por seguir conversando, pregunté—: ¿Cómo es que no habla?

—Qué sé yo. —A mi amigo le divirtió y también le sorprendió la pregunta—. Supongo que los ermitaños no hablan, ¿no crees?

—Al contrario, el hombre más locuaz que he conocido era un supuesto ermitaño —le aseguré. Como verás, me había dejado llevar por el pesimismo—. Los hombres ponen todo tipo de excusas para evitar el contacto con el mundo exterior, pero en realidad los guía el mismo impulso fundamental. Son unos fracasados. Lo único que saben hacer es descargar incesantemente sus miserias sobre cualquiera que les preste oídos. No iría ni a la acera de enfrente para entrevistar a un ermitaño. ¿Dónde vive este?

—Allá arriba, en el linde de ese erial en Old Baldy. Es posible que tengas razón con respecto a los ermitaños en general, Hugh, pero te aseguro que este tipo es de lo que no hay. —Mi amigo dejó un enorme tomate rojo en la caja que estaba llenando; percibí un leve gesto de perplejidad en su ceño al

contestarme.

Me erguí donde estaba sentado con un destello de interés para otear el lugar que me indicaba. Una montaña alta descollaba de las estribaciones cercanas, cubierta de árboles salvo por una zona curiosamente llana y pelada. Old Baldy. Bueno, una cosa estaba clara: un hombre que elegía vivir el año entero en el linde arbolado de la oscura cima de una montaña sin duda tenía un sincero deseo de aislarse. Debía de pasar casi todo el verano acumulando leña y provisiones para cuando en invierno quedara incomunicado por la nieve.

—¿Qué tiene ese tipo de insólito? —pregunté.

Mi interés estaba aumentando rápidamente. Como decía, ya había visto ermitaños; unos cuantos. Pero ninguno que se hubiera enterrado con vida en el confín de un bosque. No podía permitirme pasar por alto una pista, desencaminada o no, que pudiera llevarme hasta una historia.

—Ah, no sabría decirlo. —Mi amigo levantó la vista hacia la montaña, el ceño fruncido todavía de perplejidad—. Algún que otro aventurero ha dado con él, y corre el rumor de que siempre dice «Hola» y los invita a comer. Creo que es su manera de librarse de ellos. Siempre se largan al oírlo, su curiosidad satisfecha, pues no perciben nada romántico ni misterioso en un hombre corriente en una cabaña corriente que vive apenas a un paso del resto del mundo. Pero a mí me da en la nariz que es un tipo extraño.

Nada más que un hombre corriente en una cabaña corriente que vive... en el confín del bosque. ¡Imagínatelo! Me levanté para entrar en la casa en busca del chaquetón y las botas de montaña al tiempo que preguntaba:

—¿Cómo se llega allí?

Mi amigo sonrió.

—Vaya, has decidido ir, ¿no? Bueno, queda un poco más lejos que la acera de enfrente, unos siete u ocho kilómetros más —respondió con sequedad. Entonces adoptó un semblante más serio y continuó con entusiasmo—: Creo que merece la pena indagar, sea como sea. Sube por Larch Trail. No es un sendero muy transitado y verás que no es un camino fácil. Es mejor que no lo intentes hoy. Espera a mañana y sal bien temprano.

—No creo que sea necesario —le dije echando un vistazo rápido al sol. No eran más de las diez de la mañana y en esa época del año no oscurece hasta las ocho o nueve de la noche. Tenía los músculos bastante habituados a las excursiones por la montaña y calculé que podía recorrer los siete u ocho kilómetros sin problema, pasar una hora o así con el ermitaño y regresar antes de que anoheciera.

Le expliqué mis intenciones y respondió:

—Bien, pues adelante, amigo mío. Espero que no hagas el viaje en balde.

Le contesté que de ser así lo destriparía, lo haría pedazos y lo freiría en aceite, y luego salí rumbo a la casa.



Media hora después iba camino de Larch Trail. Fue un trayecto agradable hasta que llegué a la falda

de Old Baldy y enfilé el sendero. Allí me encontré con que el ascenso era muy trabajoso y la excursión se convirtió en un tormento. El sendero ascendía sinuosamente por la ladera de la montaña a través de un frondoso bosque sembrado de maleza exuberante. La tierra era muy arcillosa y el sendero en sí, aunque lo bastante definido para seguirlo con facilidad, estaba muy enfangado y resbaladizo.

Avancé con la mayor rapidez posible, pero, para consternación mía, los siete u ocho kilómetros de mi amigo se convirtieron en quince o dieciséis, y ya era media tarde para cuando llegué al confín del bosque, donde, en el linde de la zona pelada, el sendero viraba bruscamente a la derecha. Me detuve en seco y me quedé mirando el paisaje que tenía delante. Me dejó una estampa indeleble en la imaginación. Ahora, quince años después, sigue tan nítido como si lo hubiera visto ayer mismo.

Flanqueada por los árboles atrofiados originarios de la región a esa altitud, sin pintar y curtida por el tiempo, de un color gris oscuro, con vistas a un pequeño calvero, se alzaba una cabaña de troncos. Justo delante había un jardín delimitado por piedras encaladas de blanco, un jardincillo con una gran profusión de flores de colores brillantes. No sé exactamente qué había esperado, la verdad. Una suerte de miseria excéntrica, creo yo. Pero desde luego no me esperaba un jardín de flores. Y la cabaña en sí tenía una extraña dignidad, una especie de singularidad arquitectónica que me dio la impresión de haber encontrado un alma donde esperaba hallar un esqueleto.

Fui a la puerta y di un golpe seco con la vieja aldaba de hierro, profundamente consciente de la atmósfera del lugar. Como si mi llamada fuera una señal que alguien hubiera estado esperando en el interior, la puerta se abrió de par en par al instante, apareció un hombre en el umbral y una voz amable y cortés dijo: «Hola».

Tomé nota para mis adentros de que hasta el momento los rumores eran ciertos, mientras posaba la mirada con atención en el ermitaño de Old Baldy. Me di cuenta al instante de que el individuo ofrecía posibilidades prometedoras. Era una persona de lo más insólita. Ya has visto su fotografía, pero ha cambiado mucho. A la sazón estaba delgado casi hasta el punto de la demacración. Llevaba el pelo largo y canoso peinado hacia atrás, igual que ahora. Pero lo que me impresionó fue su cara. Lo identifiqué como el rostro de un hombre con inhibiciones y deseos acumulados. Un rostro con una máscara de discreta dignidad que contrastaba con su mirada salvaje. Y de esos alargados ojos de color verde agrisado parecía surgir el espíritu mismo del hombre con un aire de valentía, casi de desafío.

Veo que me estoy haciendo un lío, pero me resulta difícil describir la impresión exacta. Por encima de cualquier otra cosa, estuve seguro de que había sufrido alguna experiencia horrorosa que había eliminado cualquier tipo de zafiedad que albergara, permitiendo así que su luz interna brillara con claridad. Pero había algo más, incluso, para lo que no tengo palabras. Mira, da igual: cuando vuelvas a casa busca su fotografía y fíjate; ya verás a qué me refiero. Su rostro proclamaba la clase de hombre que era y me dejó clara la absoluta futilidad de disimular. Me había calado al instante. Yo lo sabía, y él sabía que lo sabía. Así pues, percibiendo que la franqueza era lo único que podía llevarme a alguna parte, la adopté desde el primer momento.

—Amigo mío —dije a la vez que me quitaba el sombrero y apoyaba una mano en la jamba de la

puerta—, he subido hasta aquí por Larch Trail solo para ver si podía convencerle de que me cuente su historia. Me llamo Blondin. Soy un autor siempre a la búsqueda de una trama. Todo el mundo tiene una historia, y he pensado que la suya bien puede merecer la pena.

¡Dios, qué arrogante debí de parecerle! Acababa de poner un pie en una de las grandes publicaciones y estaba eufórico. Pero él pasó por alto la presunción propia de la juventud y sonrió.

Aun así, mientras sonreía, noté un destello singular en sus extraños ojos. ¿Qué era? ¿Decepción? ¿Regocijo? ¿Anhelo? Que me aspen si hubiera sabido concretarlo. Llegué a la conclusión de que era una mezcla de las tres cosas, aunque lo que predominaba era el anhelo. Pero se esfumó con tal rapidez que no llegué a estar seguro.

Entonces habló, con despreocupación, educadamente:

—Las cartas sobre la mesa, ¿eh? Seguramente es la primera declaración totalmente sincera que me ha dirigido ninguno de mis visitantes. La mayoría había venido a hacer un alto, estaban cansados, extraviados, uno cometió incluso la idiotez de torcerse el tobillo. Cualquier excusa trillada. Quizá por eso me agrada su sinceridad. ¿No quiere hacer el favor de pasar, señor Blondin?

—Gracias, esperaba que me lo pidiera —respondí, ciñéndome a mi criterio, como verás.

Pero te aseguro que en el instante en que vi el interior de la gran cabaña me olvidé por un momento del ermitaño y mi interés se transfirió a su morada. Habíamos accedido a un salón iluminado por dos grandes lámparas con pantalla, una a cada lado. Aunque había bajado las persianas para que no entrase la media luz del atardecer, el terso resplandor de las lámparas causaba la impresión de que el sol poniente entraba por las ventanas. La estancia entera estaba revestida de madera de mirto con un veteado exquisito. En la pared opuesta colgaba una reproducción grande en color del *Camino solitario* de sir Alfred East. A la derecha había una estantería, también de madera de mirto, llena de volúmenes de poesía. Figuraba allí todo el que hubiera ascendido al Olimpo y conversado con Calíope, desde Homero a Kipling, desde Omar a Masefield.

Curiosamente, la única noción coherente que penetró en mis sentidos mudos de asombro fue el comentario que había hecho mi amigo el aficionado a los tomates: «Un hombre corriente en una cabaña corriente...».

—Pero —dije sumido en una especie de indefensión— no entiendo cómo los demás que llegaron hasta aquí en busca de algo curioso volvieron a bajar y guardaron silencio acerca de lo que habían visto.

—Es muy sencillo, amigo mío. —El ermitaño pasó una mano por los libros como acariciándolos—. No sabían lo que habían visto. —Había ironía en su voz, y un matiz de desdén.

Me estaba recuperando de mi primera impresión de sorpresa y volví a centrar la atención en el ermitaño al recordar lo que me había empujado a subir por Larch Trail. Le pregunté de manera más bien directa qué clase de hombre era, pero negó con la cabeza sonriendo y dijo:

—Eso, señor Blondin, forma parte de la historia.

Me acerqué un paso a él como si hubiera encontrado un rastro que seguir.

—Bueno, ¿me la va a contar?

Al oír mi pregunta volvió a iluminar sus ojos aquel destello extraño. Y otra vez se esfumó velozmente, aunque esta vez no me cupo duda de que la cualidad predominante de esa mirada era el anhelo. Me indicó que me sentara y empezó a hablar de una manera pausada y minuciosa; tuve la incómoda sensación de que estaba velando alguna intención honda e importante con una apariencia despreocupada que no me convencía en absoluto.

—Debo admitir, señor Blondin, que ha sido sincero conmigo. Así pues, voy a pagarle con la misma moneda. No me aislé con el único propósito de evitar a mis semejantes. Me siento solo. Pero eso también forma parte de la historia. Muy bien. Voy a hacerle una propuesta. Si se queda a cenar, me brinda el placer de su compañía esta noche y desayuna conmigo mañana, le contaré todo lo que quepa contar antes de que se vaya montaña abajo.

Ahí estaba. Podía tomarlo o dejarlo. Pero no me hacía ninguna gracia esa mirada suya. Sabía que, por algún motivo que solo él conocía, mi aparición inesperada era de una importancia secreta y prodigiosa para él. Supe, mientras estaba ahí plantado esperando mi respuesta casi sin aliento, que el que yo me quedara era de mayor importancia incluso y que lo deseaba enormemente. Me quedé allí sentado mirándolo a los ojos e intentando tomar una decisión.

¿Por qué habría de desear con un ansia tan palpable que un invitado se quedara a hacer noche? Si lo que quería era compañía, ¿por qué no descendía de aquella cima y vivía como un ser humano civilizado? Y, si no era más que un impulso pasajero engendrado por el contacto fortuito con un hombre de su evidente estatura social, ¿por qué enmascararlo con un tono demasiado despreocupado, una actitud tan cautelosa?

Mi primer impulso fue rehusar el ofrecimiento, aunque no me hacía gracia la idea de descender por un sendero tan dificultoso en la oscuridad. Aun así, me pareció que no tenía sentido quedarme. Tenía la corazonada, el presentimiento de que, pese a su promesa, nunca me llevaría su historia conmigo montaña abajo. Quizá no fuera más que un astuto maniaco, ¿qué sabía yo? Pero la idea de Madden, tan arisco y solicitado, y de la posibilidad de caerle en gracia a un editor tan difícil de abordar, acabó por decidirme. Me dije: ¿Qué demonios? ¡He venido a por una historia!

—Pues voy a aceptar su invitación —respondí al tiempo que me ponía en pie y tendía una mano—. Y gracias por su hospitalidad. Por mí, de hecho, cenaría cuanto antes. ¿Qué le parece? No he traído más que un par de sándwiches que me he comido a mitad de trayecto, y ahora tengo un apetito tremendo.

Me estrechó la mano con firmeza, un apretón de manos como Dios manda, pero ese anhelo infernal volvió a destellar un momento fuera de control, y no fue capaz de contener un suspiro de alivio al murmurar unas amables palabras de alegría por mi decisión a la vez que se volvía para ir a la cocina.



Encendió una lámpara fijada por medio de un soporte de latón a la pared y se giró hacia la ventana, donde había una honda cacerola de color blanco granito cubierta con un impoluto paño azul. Ya me

había fijado en que toda la casa estaba limpia como una patena.

A la vez que levantaba el paño, me preguntó:

—¿Le gustan las setas?

Y vi que la cacerola estaba llena a rebosar de setas de todos los colores, formas y tamaños. Por aquel entonces, yo solo estaba habituado a la seta blanca común de los mercados urbanos, y sentí una sacudida involuntaria de repugnancia. Algunas eran bonitas de veras, pero la mayoría tenía un aspecto feo, viscoso o incluso mortal.

—¡Dios bendito! —exclamé al tiempo que me inclinaba sobre la cacerola para inspeccionarla más de cerca—. ¿Son comestibles?

Asintió con rotundidad.

—Desde luego que sí. ¿Ve esta?

Cogió una seta con el sombrero de quizá siete u ocho centímetros de diámetro, el centro más bien cóncavo y un color tirando al amarillo anaranjado de la zanahoria. Era bien bonita, desde luego. Pero estaba dañada aquí y allá, y las abrasiones habían adquirido un tono verdoso sucio y apagado. Le dio la vuelta entre los dedos mientras me explicaba:

—Esta es la *Lactarius deliciosus*. —Cogió un afilado cuchillo de cocina de la mesa y le hizo a la seta un corte transversal. Al instante manó del tajo un lechoso fluido rojo. Pasó un dedo por encima y se le quedó como si lo tuviera manchado de sangre—. Este jugo hace que la *Lactarius* sea muy sabrosa, seguramente la variedad más deliciosa que hay. Y esta es una *Boletus*. Qué hermosura, ¿verdad? —Levantó un espécimen de pie grueso con la volva blanca, estrías amarillas y un sombrero redondo de color carmesí brillante.

—Eso es cuestión de gustos —respondí—. No le niego que sea una hermosura, como usted dice, pero yo no la consideraría un manjar tentador. ¿De dónde saca estas setas tan extrañas?

—Crecen bajo los pinos allende el confín del bosque. —El ermitaño sonrió mientras continuaba con sus explicaciones—: Esta pequeña y viscosa es la *Boletus Bermuda*. Naturalmente, hay muchas especies venenosas, pero si uno tiene conocimientos sobre hongos, no hay peligro. Yo me las conozco todas.

Llevó la cacerola a la mesa y se puso a limpiar y trocear la heterogénea colección sin tener en cuenta el tamaño, el color ni la forma. Y mientras seguía adelante con la profusa descripción de cada una de ellas, me pareció que su súbita locuacidad respondía a un motivo más deliberado que casual. Me di cuenta de que intentaba impresionarme con sus conocimientos expertos sobre setas. Pero ¿con qué fin? Siempre he sido un tipo receloso y no pude evitar una leve sensación de incomodidad.



Siguió cocinando con presteza y en un lapso increíblemente breve había dispuesto en la mesa una cena humeante y apetitosa cuyo plato principal era cecina de venado con setas.

Al sentarme ante aquellos manjares, decidido a disfrutarlos al máximo, vi de nuevo aquel destello

de anhelo en sus ojos. Y mientras comía con gran aprecio por sus aptitudes culinarias, seguí analizando la situación que me había encontrado en la cabaña. No cabía esperar que un ermitaño resultara ser un hombre refinado y culto. No cabía esperar que en una cabaña de madera en la cima de una montaña hubiera un cuadro de East colgado entre paredes de elegante mirto y poetras de todos los tiempos encuadrados en terso cuero. Tampoco cabía esperar que su cordial recepción respondiese a algún motivo oculto, pero yo aún no había decidido si el tipo estaba loco o no. La aberración de muchos maniacos se refleja únicamente en sus ojos.

Al terminar la cena, saqué la cigarrera y le ofrecí un puro, al tiempo que comentaba:

—Es lo mejor que he comido nunca, sin un ápice de exageración.

Mientras aceptaba el habano, le miré la cara como al desgaire. Ya sabes lo sensible que soy a un ambiente determinado. Me sobrevino una sensación espeluznante y a la vez arrebatadora. ¡Otra vez ese puñetero anhelo! Así pues, le dije, con excesiva franqueza, me temo:

—Es usted un personaje extraño, amigo mío. ¡No vaya a faltar a su palabra!

—Yo siempre cumplo mi palabra. ¿No se lo cree? Muy bien.

Tuve la impresión de que ese anhelo se refugiaba en algún pliegue oculto de su cerebro y, al escudriñar sus ojos de color gris verdoso, vi que las pupilas estaban de pronto curiosamente opacas y sentí una extraña perplejidad.

Continuó con voz queda:

—Solo falté a mi palabra una vez en la vida, y de ahí viene lo de esta cabaña en Old Baldy. Pero se lo contaré por la mañana. —Entonces cerró los labios con firmeza, como si hubiera revelado más de la cuenta.

Mi inquietud se agravó de nuevo. ¿Qué se traía entre manos? ¿Qué descubriría yo por la mañana? ¿Una cabaña vacía de la que había escapado mi pájaro? ¿Unas mandíbulas firmemente cerradas que nunca habían tenido intención de hablar? ¿Llegaría acaso a ver la luz del día? Tenía los nervios a flor de piel y habría sido capaz de imaginarme cualquier cosa.

Era una experiencia inaudita, como comprenderás. Y yo era joven y vergonzosamente impresionable. Además, estaba cansado después del largo trecho montaña arriba. Por otra parte, la cultura y el gusto exquisito que revelaba la casa de ese hombre eran totalmente inusitados. Y sus modales, así como ese infernal anhelo. Tenía el cerebro hecho un lío: lo único que podía hacer era aguantar y ver qué salía de aquello. Pero mi intuición fue creciendo hasta convertirse en una incómoda certeza: nunca lograría llevarle su historia a Madden. Me propiné una patada mental en el trasero por bobo, pero no lograba ahuyentar esa impresión.

Me puse en pie de súbito y le dije:

—Voy a acostarme, si no le importa. Estoy cansado. —Fue grosero y descortés, pero no pude evitarlo.

—Desde luego. —Se levantó rápidamente y abrió la puerta del dormitorio—. Imagino que estará baldado —continuó a modo de buenas noches—. El camino hasta aquí es muy duro. ¿Quiere la lámpara?

Le dije que no; entraba un poco de luz por las ventanas. Respondió a mi sequedad con su inagotable simpatía y se hizo a un lado para que entrara en la habitación, donde a la luz tenue alcancé a ver una magnífica cama de nogal pegada a la pared. Cuando cerraba la puerta, dijo casi efusivamente:

—Buenas noches, señor Blondin. Espero que duerma bien.



Me acosté enseguida, aunque no tenía intención de dormir. Había tomado la firme decisión de quedarme despierto toda la noche. Agucé el oído por si llegaba algún sonido de las otras habitaciones, pero no percibí nada. Veía la luz encendida por la ranura de la puerta, y al final me levanté de la cama y miré por el ojo de la cerradura. No me sirvió de mucho. Él no estaba en mi línea de visión, lo único que veía era el ángulo de la estantería. Me tumbé de nuevo a escuchar y pensar. Al rato, oí un ruido leve y persistente al otro lado de la puerta, hacia la izquierda. El inconfundible oscilar rítmico de una mecedora, y el susurro de unas páginas pasadas lentamente. Pero no me tranquilizó en absoluto y me resistí a dejarme vencer por el sueño. Sea como fuere, el cansancio físico y el aire de montaña acabaron superándome.

Pese a mis intenciones, me quedé dormido y desperté, tras lo que me pareció un instante, con el sol brillando intensamente sobre mi cara. Oí al ermitaño en la otra estancia silbando de buen humor mientras trajinaba preparando el desayuno. Recordé mi aprensión de la víspera y me eché a reír.

Vistiéndome rápidamente, abrí la puerta y dije a voz en cuello:

—Buenos días. ¿Qué tal va todo?

El ermitaño apareció al instante en el umbral de la cocina y me dio los buenos días con amabilidad para luego añadir que estaba a punto de llamarme a desayunar. Pero, pese a su tentativa de alegría, estaba ojeroso y el anhelo había desaparecido de su mirada. Supe por instinto que no había dormido, que había pasado la noche entera sentado en esa mecedora. Al mirarme, percibí en él una suerte de aire torturado y sentí un fuerte impulso de lástima. Casi me planteé eximirlo de su compromiso, pero luego decidí que nadie lo había obligado a hacer semejante trato si no quería, y me senté a desayunar. Ninguno pronunció ni una sola palabra mientras comíamos. Desayunamos en un silencio tenso y, cuando acabamos, se levantó de repente y fue al salón, indicándome que le siguiera. Todavía en silencio, se quedó mirándome en el centro de la estancia. Había algo tan patentemente triste en su mirada que me acerqué a él de manera involuntaria y le puse la mano en el hombro.

—Bueno, ¿qué hay de esa historia? —dije procurando hablar con suavidad, aunque tenía ganas de quitármelo de encima.

Se estremeció como aquejado de un dolor súbito y retiré la mano al instante, desconcertado.

Sin decir palabra, se volvió hacia la estantería y cogió un volumen envuelto en grueso papel manila. Estaba en el estante inferior, en el que yo no había reparado, encima de unas carpetas llenas a rebosar de alguna clase de documentos. Todavía en silencio, retiró el envoltorio manila y me tendió el volumen. He visto uno similar en tu biblioteca. Un ejemplo excelente del arte de la

encuadernación, de un gris oscuro gofrado en oro. En la cubierta se veía un barco aparejado con todas las velas desplegadas y, debajo, el título:

Pasión y aire y fuego

POR HENRY WYTEN

Por un momento me quedé perplejo: no atinaba a ver adónde quería llegar. Diez años atrás, ese libro había surcado el cielo literario como un cometa resplandeciente. Los críticos aclamaron a Henry Wytten como el genio de la época. Luego, también como un cometa, desapareció y no se volvió a oír hablar de él: dejó a su paso ese librito como única contribución a la literatura inmortal.

De pronto lo entendí y me volví, aturdido, hacia el ermitaño para tartamudear:

—No está intentando decirme... No querrá... Usted no será...

—Exacto —me interrumpió—. Soy el hombre antaño conocido como Henry Wytten. ¿No quiere sentarse?

¡Sentarme! Había localizado a Henry Wytten. ¡Henry Wytten, en Old Baldy, diez años! ¡Sentarme! ¡Dios santo! Le dije que no: necesitaba aire. Me siguió afuera y nos detuvimos por fin bajo unos pinos después de bajar un buen trecho por el sendero. Me volví para encararme con él, agitado por la importancia de mi descubrimiento.

—Por el amor de Dios, Wytten —dije—, ¡hable!

Sonrió con tristeza, pesaroso.

—Lo haré, señor Blondin. Se puede contar en pocas palabras. —Su voz sonó cansada, abatida—. Desde que alcanzo a recordar siempre he escrito poesía. Ha sido mi vida, mis pensamientos, mis esperanzas, mis sueños. Mi alma misma. Pero querían aniquilar mi alma. ¿Quién? Mi esposa, mi familia.

»Mi familia eran hombres y mujeres trabajadores de clase baja. Quizá habrían preferido que llegara a estar bien fornido y me hiciera calderero, qué sé yo. Lo que está claro es que no querían que fuera poeta. Para ellos era poco menos que una ignominia. Cuando era un niño enclenque me quitaban mis queridos poemas y los quemaban. Hubiera preferido que me azotaran con una sogá anudada.

»El hermoso sonido de las palabras recitadas con metro y rima tiene algo que me resulta verdaderamente embriagador. No soy capaz de recitar poesía y seguir con los pies en el suelo. Me provoca éxtasis en los que apenas soy consciente de lo que estoy haciendo durante horas. Entiende lo que supondría para mí escribir mi propia poesía, ¿verdad?

»Pues mi familia no lo entendía. Me di cuenta, pero no me disuadió. Era muy débil para el trabajo manual, no estaba cualificado para ningún oficio, no me había educado en ninguna profesión, por falta de recursos. Así pues, me ocupé yo mismo de educarme. Sin embargo, mis versos no se vendían. Mi padre nunca dejaba de recordarme que yo no contribuía a sufragar los gastos de la familia, y eso era una absoluta herejía para ellos, algo intolerable.

»La vida se me estaba haciendo insufrible cuando una amiga de mi madre envió a su hija de visita. La chica poseía una belleza insólita. Su familia era rica, pues la madre se había casado con un canalla

que no tenía más que dinero. Él había muerto enseguida y había dejado una fortuna a su esposa y su hija. Ocurrió lo evidente. Mi familia quería que me casara con la chica. Ella tenía ideas románticas y mis ambiciones poéticas le fascinaban tanto como me fascinaba a mí su belleza física.

»El matrimonio se me antojó un grato respiro de mi agobiante entorno. Tenía la falsa ilusión de encontrar, por medio del amor, el tiempo libre y la oportunidad para entregarme a la poesía a placer. Así pues, nos casamos. Pero ¿amor? Me desencanté de mis sueños de inmediato. Poco después de nuestra boda, Minna (se llamaba Minna Flett) descubrió que no había un mercado para mis poemas. El amor no había sido más que un mero pretexto en su caso: lo que quería era alardear de tener por marido a un genio. Había contado con que mi frágil salud me haría sumiso a su voluntad de arpía. Y, cuando vio que el mundo rehusaba ensalzarme, desató todos los diablos que llevaba dentro.

»Día y noche desataba su lengua contra mí. Hay que ver qué cosas se les ocurre a algunas mujeres decirle a un hombre. Que Dios se apiadara de ella por haberse casado con un pelele; que no era más que un fracasado que vivía de su dinero, y muchas otras cosas que reducirían estas a la insignificancia. ¿Lo entiende? Muy bien.



—Tras más de un año casados, la existencia tan poco armoniosa que llevábamos dio pie a una crisis. Yo había recopilado un volumen que acababa de ser rechazado por decimoséptima vez. A cada rechazo, Minna se ponía más injuriosa. Aquel día envié por correo el manuscrito por decimioctava vez, y acababa de regresar del recado. Había sacado todas las copias en papel carbón de mis archivos y todos los originales. Estaba sentado en la biblioteca releýéndolas, puliéndolas, revisándolas, igual que un joyero bruñiría sus piezas más preciadas, dejándolas brillar al sol, observando cómo la luz las hacía centellear, acariciándolas con mimo.

»Minna entró por la puerta, se me quedó mirando un momento y luego empezó a despotricar porque estaba convencida de que el volumen sería desestimado una vez más. Yo tenía los nervios a flor de piel. En ese libro estaba lo mejor de mí. Usted es escritor. Ya imagina las esperanzas con que lo pulí una y otra vez y lo mandé; las esperanzas y los sueños y los profundos temores. No pude soportar que siguiera rezongando. Sencillamente había llegado al límite de mi tolerancia. Le dije que se callara o hallaría el medio de obligarla a hacerlo, y continué con mi trabajo haciendo caso omiso de su arrebato. Enfurecida por mi terco silencio, ella empezó a lanzarme pullas, diciendo que era incapaz de captar la atención de ningún editor. Apreté los dientes y me negué a contestar. Ella se acercó a la mesa y apoyó las manos en el borde para inclinarse y mirarme con desprecio a la cara.

»Decidido a eludir cualquier estallido violento por mi parte, ignorándola todavía, me levanté de la mesa y crucé la habitación para coger un volumen de Keats de mi estante personal. Era el estante más alto y la escalera de mano que usaba para alcanzarlo no era muy sólida. Me había encaramado a la escalera y estaba en el peldaño superior a punto de coger el libro cuando oí el crujir de las hojas recogidas apresuradamente y el sonido de la voz de Minna riendo entre dientes con malicia. Me volví de inmediato.

»El diablo que ella llevaba dentro había visto su oportunidad. Sabía que yo estaba indefenso. ¡Se había apoderado del montón de manuscritos y los había arrojado a las llamas de la chimenea! Estuve a punto de caer al apresurarme a bajar de la escalera y precipitarme hacia ella. Pero antes incluso de que hubiera llegado a su lado me di cuenta de que ya era tarde. Estaba ahí plantada atizando las hojas con el pesado hurgón, gritándome como loca, así que me detuve en seco. Todas y cada una de las palabras que había escrito en mi vida habían sido pasto de las furiosas llamas.

»Quizá usted no alcance a ver por qué fue un suceso tan catastrófico. Pero ha de entender que los poemas me llegan de la nada, por así decirlo. Después de haberlos fijado sobre la hoja, ya no puedo reescribirlos. Son como aves de paso, hermosas aves del paraíso que me iluminan un instante, y si no las atrapo de inmediato se desvanecen para siempre. Diez minutos después de haber escrito uno, no sería capaz de reescribirlo aunque me fuera la vida en ello. Y ella había destruido el prolongado trabajo, el deleite y el tesoro de tantos años. Yo había olvidado que un editor tenía mis poemas, los había tenido desde hacía seis meses.

»Como decía, me detuve en seco. Me quedé helado. Helado como la niebla del cabo de Hornos. Un frío sobrenatural fue bajándome lentamente desde la frente hasta alcanzar mis pies. Era una estatua paralizada, incapaz de moverme, pensar o sentir. Solo sabía que todo el amor y la belleza de mi vida se habían esfumado por el cañón de esa chimenea.

»Ella se volvió hacia mí con una satisfacción demoniaca en su rostro.

»«¡Bueno, señor poeta!», chilló como loca, «¡a ver si ahora bajas de las nubes! Igual ahora puedes dedicar un poco de tiempo a algo que no sean esos ripios sin ningún valor. Vete a la arboleda y recoge unas setas para cenar.» Salió haciendo aspavientos de la habitación, pero durante un buen rato permanecí inmóvil. Yo... ¿Qué habría hecho usted, señor Blondin?

Me lo planteó así sin más. Se lo dije sin ambages: la habría matado.

Contuvo el aliento y luego continuó en voz suave:

—Bueno, ¿sabe qué hice yo? Fui a la arboleda y recogí unas setas para cenar. Eran dos hectáreas enteras de altísimos pinos y abetos. En primavera y otoño el musgo estaba repleto de toda clase de setas. Volví de la arboleda con un cubo lleno de hermosos hongos que mi mujer limpió, cocinó y puso en la mesa para cenar.

»Ella estaba al tanto de que era aficionado a las setas y mis conocimientos científicos excluían cualquier peligro; nunca cometía ningún error. Yo no comí ninguna. Tenía tal nudo en la garganta que habría sido incapaz de probar bocado. Observé en amargo silencio cómo ella devoraba ávidamente el filete aderezado con setas. Engulló la cena con un deleite feroz, haciendo alarde de lo poco que le importaba el daño que me había infligido.

»Esa noche, justo antes de las doce, me llamó. Estaba sentado en la biblioteca en un estado de letargo mental, pero me percaté de que su voz estaba impregnada de una emoción insólita. Acudí enseguida. Dijo que tenía un dolor horrible en la boca del estómago. Se la veía pálida y tenía gotitas de sudor en la frente. Le llevé varios vasos de agua, pero no podía saciar la sed. Aunque me ofrecí a ir en busca de un médico, no quiso que la dejara sola. Empezó a sentirse más débil, pero el dolor

remitió y me aseguró que se encontraba mejor. Unas horas después, entró en coma y falleció sin haber recuperado el conocimiento.



—Fue como si no me diera cuenta de lo que había ocurrido. Ni siquiera supe dónde o cuándo fue enterrada. Había caído en un hechizo del que no conseguía escapar. Me olvidé del libro por completo. Creo que me olvidé de la vida misma. El único impulso que tuve fue alejarme, aislarme en algún lugar donde no viera ni oyera a ninguno de mis semejantes. Soportar mi sufrimiento a solas.

»Cogí el dinero que necesitaba, vine aquí arriba y construí esta cabaña. Llevo aquí desde entonces. El primer año no fui más que un autómatas que deambulaba por las colinas sin ver, oír, degustar ni sentir.

»Hasta que un día bajé al pueblo en busca de provisiones. Vi un escaparate lleno de libros: volúmenes grises gofrados en oro. Dejé caer los paquetes en la calle, me apresuré a entrar en la librería y compré un ejemplar, el mismo que tiene usted en sus manos. Me fui corriendo del pueblo con el libro firmemente aferrado contra el corazón. Esa noche dormí bajo los pinos con él: la casa se me quedaba pequeña. Y allí, bajo los pinos, el hielo empezó a fundirse. Me reencontré con ellos, mi pasión y aire y fuego. A la mañana siguiente escribí el primer poema que me venía a la cabeza en catorce meses.

»Después, los años pasaron volando. He escrito, leído, soñado y creado. Hay ahí suficientes manuscritos para editar seis volúmenes de poesía. Y, durante todo este tiempo, he expiado.

»Hice un solemne pacto con Dios. Me quedaría aquí en la cima de esta montaña aislado de todos hasta que alguien del mundo de los vivos viniera en mi busca. Alguien de mi propio clan. Alguien que tuviera a bien quedarse a hacer noche y cenar en el lugar donde me había inmolado. Alguien que comiera las setas que yo mismo hubiera recogido y cocinado. Y esa sería la señal de Dios de que mi penitencia había terminado. Quizá le parezca la fantasía distorsionada de un cerebro retorcido, pero creo que Dios me tomó la palabra. Me ha tenido aquí diez años.

»Y, aunque había planeado con tesón lo que haría cuando se me eximiera de la penitencia que yo mismo me había impuesto, no imaginé que el hombre que viniera a liberarme pudiera ser un autor en busca de una historia. Ya tiene su historia, señor Blondin. Muy bien. Adiós y buena suerte.

Y se volvió para regresar a la cabaña. Lo agarré por el brazo.

—No tan deprisa, Wytten, por favor —dije. El caso es que no lo entendía del todo—. ¿A qué se refiere con penitencia?

Se detuvo un momento y se quedó rebuscando entre el musgo con mirada siniestra. Entonces vio lo que buscaba. Fue al pie de un enorme pino y sacó de entre el musgo cubierto de agujas una seta bien grande. El pie, las láminas y el sombrero eran de un blanco inmaculado. Del reborde de la seta, frágil como una gasa, pendía una red floculante, y elegantemente arrollado en torno a la base del tallo había un hondo cáliz de aspecto níveo. Era de una hermosura exquisita. Me la tendió y adoptó al hablar un siniestro tono de trascendencia:

—Esta, señor Blondin, es la seta más letal que crece en el bosque, el Ángel Destructor, la amanita mortal. Científica y técnicamente, la *Amanita verna*. Hay otras de la misma familia, la *muscaria* y la *phalloides* y demás. Pero la amanita mortal es la peor de todas. Es absolutamente letal. No se conoce ningún antídoto. El veneno que contiene esta seta es tan mortal que la única forma de neutralizarlo es hervirlas durante varias horas en ácidos potentes.

»En un breve espacio de tiempo después de consumirla, un plazo que varía según la cantidad introducida en el sistema, le sobreviene a uno un horrible dolor en la boca del estómago..., la cara palidece..., se sufren arcadas constantes y un ansia continua de ingerir grandes cantidades de agua..., la víctima se siente más débil a medida que remite el dolor... Al final, se sume en un estado comatoso y muere, sin llegar a recuperar la consciencia.

Me miró de hito en hito y espero no volver a ver nunca en la cara de un hombre el gesto que vi en la suya cuando se dio cuenta de que yo había empezado a entender el pleno significado de lo que decía.

—¿Lo ve? Muy bien. —Su voz sonaba tensa y entrecortada—. Escribir es vital para usted, tanto que sería incapaz de bajar la montaña con semejante historia y no servirse de ella. Y yo soy un poeta de alma demasiado sensible como para afrontar el mundo después de darse a conocer. Quizá, a fin de cuentas, la respuesta que me ofreció Dios era de una sutileza divina. Debo quedarme aquí. Y algún día, ¿quién sabe? Me alimento prácticamente de setas... —Alzó el precioso espécimen letal que tenía en la mano.

Siempre estaré íntimamente agradecido por no haber sentido ni la más remota tentación. Ni por un instante. Al contrario, me sobrevino una oleada de náuseas. ¡Dios! ¡No podemos ascender a lo más alto pisoteando la tumba de las esperanzas de otro! Le arrebaté la seta de la mano, la tiré al suelo y la pisoteé salvajemente con el tacón, destruyéndola, apremiado por el pánico, como si su mero roce pudiera haber acabado con él en ese mismo instante.

—¿Se equivoca! —grité al tiempo que le aferraba el brazo—. ¡Wytten, amigo mío, se equivoca! Desde que llegué a esta cima tuve la seguridad de que nunca me llevaría su historia montaña abajo. Ahora sé por qué. Es posible que esté en lo cierto respecto a la actitud de un autor hacia una gran historia. Pero hay algo más profundo. Siento demasiado fervor por el bien común como para discrepar del concepto que tenga cada uno de una penitencia autoimpuesta por... por haber cometido un error de juicio científico sobre unos hongos. Mis labios están sellados, Wytten. ¡Vaya a por ese manuscrito!

Así pues, ahí lo tienes. No bajé de Old Baldy solo. Y la historia que no me atreví a escribir estuvo rondándome la cabeza casi un año. Durante esa temporada ayudé a Wytten a readaptarse y empezar una nueva vida desde cero. Perdí el contacto con Madden y tardé un par de años en volver a coincidir con él. Pero obtuve la mayor recompensa que se puede alcanzar. Fui testigo de la maduración y el florecimiento de las esperanzas de un semejante.

Blondin guardó silencio y fijó la mirada en el sol californiano que entraba por la ventana.

¡Así que era eso lo que me olía a chamusquina! ¡Las esperanzas de un semejante! Me quedé tan perplejo que se me trabó la lengua. Y le había costado su contacto con Madden. Dos años de trabajo para recuperar lo que había perdido. ¡Las esperanzas de otro hombre! Veía a Blondin con nuevos ojos. Lo conocía desde hacía mucho tiempo, pero en realidad nunca había visto el hombre que era.

Pero esta es la historia de Henry Wytten.

EL ROBLE
RICHMAL CROMPTON



• 1928 •

TRADUCIDO POR
Leonor Saro

RICHMAL CROMPTON

1890-1969

TRAS EL SEUDÓNIMO ENGAÑOSAMENTE MASCULINO de Richmal Crompton se ocultaba una discreta mujer nacida en Bury, Lancashire, que al dar a conocer sus primeras creaciones literarias decidió conservar su poco común nombre de pila y cambiar el apellido paterno, Lamburn, ya que en la época en que comenzó a publicar novelas su labor como docente se consideraba incompatible con la escritura.

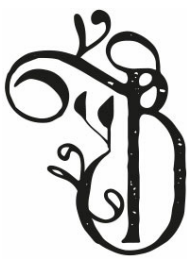
Crompton era hija de un reverendo protestante de sólida formación humanística que le inculcó el amor por las lenguas clásicas. Durante varios años ejerció como profesora de latín y griego en los colegios femeninos en los que había estudiado. Era muy aficionada al deporte y el teatro, pero en 1923 tuvo que abandonar su trabajo y cualquier actividad física tras contraer poliomielitis, enfermedad que inmovilizó casi por completo su pierna derecha y la obligó a utilizar bastón de ahí en adelante. Sin embargo, lejos de resultar un insalvable contratiempo, dicho retiro profesional le permitió abordar a tiempo completo su gran pasión y dedicarse a la literatura. Destacó, sobre todo, como autora de novelas juveniles, ya que uno de sus personajes, el díscolo y celeberrimo Guillermo Brown, nacido en principio como protagonista de un relato, se convirtió en el personaje central de un total de casi cuarenta libros que adquirieron fama mundial y fueron traducidos a numerosas lenguas.

Crompton era una mujer extremadamente apacible y devota, que se mostraba orgullosa de su independencia económica y defendió con pasión el sufragio femenino. Vivió siempre muy apegada a su familia y apenas salió de su Inglaterra natal, salvo para realizar un breve viaje a París en 1924.

Conviene recordar que hay una faceta poco conocida en su trayectoria narrativa, porque el éxito repentino y sostenido en el tiempo del incorregible Guillermo y sus compañeros de fechorías ensombreció las novelas y relatos nada infantiles en los que también demostró una innegable habilidad. Destaca, en ese sentido, el volumen de relatos de fantasmas *Bruma*, en el que Crompton desarrolla su vertiente más sombría e inquietante. Buena prueba de ello es «El roble», cuento en el que el narrador, que acude a visitar la nueva residencia de un querido amigo y su joven esposa, repara en la presencia del decrepito árbol de la época de los druidas que parece languidecer en el jardín de la mansión. Curiosamente, el roble retorna a la majestuosidad de antaño cuando su bella propietaria se

apiada de él y comienza a rendirle culto diario, retomando, medio en serio, medio en broma, un ancestral rito pagano. Crompton perfila con mucha nitidez la repentina transformación del roble, la forma en que recupera su venerable magnificencia, así como la lealtad que profesa a Mona, su propietaria, en agradecimiento a la promesa de reverenciarlo que cumple cada día.

EL ROBLE



letchleys es un lugar antiguo y curioso: una laberíntica mansión y un laberíntico jardín en lo alto de la colina, justo donde esta se une con el páramo. La parte más antigua de la casa fue un caserío en tiempos de Isabel I, pero desde entonces ha sido ampliada varias veces.

El resultado es inconexo. Algunas remodelaciones no se llevaron a cabo con demasiada habilidad, y su aspecto antiguo resulta confuso. El lóbrego clima del norte impide que los muros se cubran de un manto verde que disimule la heterogeneidad de la construcción. Las proporciones parecen incorrectas, y las escasas ventanas son demasiado pequeñas.

Aunque la vi por primera vez a la luz del sol, ya entonces pensé que tenía un aire siniestro.

John Fellowes, su propietario, estaba encantado con ella.

—Sí, la casa es antigua, querido amigo —dijo en el coche, después de recogerme en la estación—, pero el terreno es prehistórico. El primer asentamiento se produjo en la Edad de Piedra. Cuando se excavó el pozo, se encontraron utensilios de piedra y, según dicen, se practicaba el culto druida. Hay un viejo roble en el jardín que, según la leyenda, se remonta a los druidas.

Me alegró ver a Fellowes tan satisfecho con su compra. Habíamos ido juntos al colegio, y después a la universidad, y le tenía mucho cariño. El pobre no había tenido mucho éxito en su carrera. Había estado en el servicio secreto al principio de la guerra, pero tuvo que dimitir. Nadie puso en duda su lealtad, pero algún secreto importante que se le había confiado se filtró hasta las líneas enemigas.

Había que echarle la culpa a alguien y Fellowes era el chivo expiatorio perfecto. Creo que yo era el único que de verdad sabía cuánto le había afectado aquella deshonra. Se alistó como soldado raso y al año siguiente recibió la Cruz Victoria, pero jamás se libró de esa mancha. Era un hombre muy sensible e inteligente de una manera extraña y fuera de lo común. Después de la guerra empezó a trabajar para una empresa dedicada a la fabricación de aviones y había inventado aparatos asombrosos. Pero también en esto había tenido mala suerte. Sus mejores inventos salieron a la luz y fueron patentados por una empresa rival, justo cuando él remataba los últimos detalles después de meses de trabajo y experimentación. Cuando fui a visitarle, estaba perfeccionando un invento. Había convertido el gran desván de techo bajo de Bletchleys en su taller.

Era un hombre sobrio y esbelto, de rostro apuesto y enjuto. Tenía un aire amable y gentil. Yo lo consideraba el hombre más recto que había conocido nunca, pero sabía que no era fuerte. Adolecía, por el contrario, de la debilidad propia de todos los hombres hipersensibles.



Pero no había roto dos compromisos importantes en la ciudad y tomado el tren nocturno en dirección al norte únicamente para ver Bletchleys. John Fellowes había comprado la nueva casa para su esposa, y era a ella a quien yo quería conocer. No había podido ir a la boda. No podía evitar estar preocupado. John Fellowes era el tipo de hombre que dejaría su dicha o su desgracia en manos de su mujer.

Metió el coche en el pequeño garaje y se dirigió a la puerta principal. Luego entró en el vestíbulo de poca altura con suelo de baldosas de ladrillo rojo y unos bancos antiguos junto a la chimenea de piedra.

De una pequeña habitación que daba al vestíbulo salió una muchacha vestida de blanco con las manos extendidas en señal de bienvenida. Todas mis preocupaciones se desvanecieron de inmediato. Nunca he sido capaz de describir a Mona Fellowes. Era exquisita, pero tampoco esa palabra bastaría para definirla del todo. Era muy hermosa, con esa belleza que recuerda a la plata y a la luz de la luna más que al oro y a la luz del sol. No sabría describir la forma de su nariz ni de sus labios, pero sé que sus ojos eran azules —azules como el cielo en una noche clara— y que sus rizos eran plateados como un rayo de luna.

Sirvió el té en la pequeña habitación panelada de techos bajos que había al otro lado del vestíbulo.

Observé atentamente al matrimonio durante la comida y me sentí aún más aliviado de mis temores, pues no había duda de que se amaban. Empleando un lugar común, parecían hechos el uno para el otro.

Después del té, salí con ellos al jardín.

—Primero tenemos que presentarte al roble —dijo Fellowes.

El roble se encontraba detrás de la casa. Parecía dominar por completo aquella parte del jardín. Retorcido, desgastado por la intemperie, medio muerto y de una envergadura casi increíble, parecía un superviviente de tiempos pasados, y, al igual que la casa, por un momento me produjo una sensación de zozobra.

—Ya estaba aquí antes de que se construyese la casa —dijo Fellowes—. Estaba aquí incluso antes que el jardín. Al parecer, en esta ladera había un círculo de robles que guardaba alguna relación con el culto druida, ya sabes, y este es el único que queda.

—¿Lo veneraban? —preguntó Mona.

—Eso parece.

Mona apoyó la mejilla en la áspera corteza del árbol.

—Pobrecito mío..., ahora nadie te idolatra. ¿Cómo veneraban a los árboles? ¿Colgaban guirnaldas en las ramas?

La observamos sonrientes mientras cogía rosas de un arbusto cercano y las retorció para formar una tosca guirnalda. Después, riendo como una niña, las colgó de una rama baja y rota en un lado del tronco.

—Querido árbol —dijo—. Ahora yo te veneraré. Te traeré una ofrenda cada día.

El viento agitó las hojas secas del árbol. Sonaba como un largo y estremecedor suspiro.

—No, Mona —dijo Fellowes de repente—. No tendrías que haber hecho eso, querida.

—¿Por qué?

—Esos viejos poderes paganos no están muertos. Solo están dormidos. Si se los invoca, pueden regresar. Estoy seguro.

—Pero, querido, ¿qué daño podría hacernos este árbol tan viejo y hermoso?

—Este tipo de culto a los árboles no tiene nada que ver con el inocente culto a la naturaleza de Grecia e Italia. Implicaba sacrificios humanos. Mira.

Señaló con el pie una gran piedra plana debajo del árbol. Era vieja y estaba agrietada, rota por los bordes y ahuecada en el centro. Yo no me había percatado hasta ese momento.

—Esta roca fue excavada al pie de este árbol. Según dicen, se utilizaba para sacrificios humanos.

Mona se estremeció.

El sol empezó a ocultarse tras las colinas.

El corto día de verano norteno había llegado a su fin.

El jardín parecía de pronto oscuro y frío. Volvimos a la casa.

A nuestras espaldas, una repentina ráfaga de viento hizo crujir las hojas del roble.

Mona, aferrada al brazo de su marido, miró atrás.

—Tranquilo, querido —le susurró al árbol—. Te he dado mi palabra. Te traeré una ofrenda cada día.



Mona cumplió su promesa. Todos los días colgaba una nueva guirnalda de la rama muerta. Y lo más extraño de todo era que el viejo árbol parecía revivir. Ya no tenía un aspecto tan demacrado, sino que parecía reverdecer con el resplandor de su pasada juventud.

—Ojalá no hubiera hecho eso —dijo una vez Fellowes, frunciendo el ceño.

Yo me reí.

—¿Por qué? No hay de qué preocuparse. Es una coincidencia que ese vejstorio haya vuelto a la vida.

—No lo es —dijo con obstinación—. Se está haciendo fuerte. No me gusta.

Mona le obligó a agachar la cabeza y le dio un beso en la coronilla.

—No nos hará ningún daño —repuso riendo—. Él nos quiere. Es un viejecito encantador.

El último día que pasé allí vino de visita el señor Durran. Era un viejo amigo de Fellowes. Yo había oído hablar mucho de él, aunque nunca le había conocido en persona. Fellowes me había contado que, cuando estuvo en la India, unos bandidos le asaltaron en una carretera desierta, y

Durran lo rescató medio inconsciente, arriesgando su propia vida, y cuidó de él hasta que se repuso por completo. Hacía más de veinte años de aquello, pero Fellowes se sentía tan agradecido como el primer día. Era esa clase de hombre. Al margen de todo eso, también parecía sentir una gran admiración por Durran y, aunque él pasaba gran parte de su tiempo en el extranjero, se las arreglaban para verse con bastante frecuencia.

Tenía muchas ganas de conocerle. Llegó una hora antes de que yo saliera para coger el tren, y la primera impresión que tuve cuando lo vi fue de decepción. Tenía un aspecto oriental que no me esperaba en absoluto. Su piel era amarilla y sus ojos oscuros, sorprendentemente brillantes y penetrantes cuando levantaba las cejas. Hablaba con los párpados entornados. No llevaba ni media hora en la habitación cuando me di cuenta de que era un hombre muy inteligente e instruido. Estaba claro que causaba impresión allá donde iba. Su conversación era interesante y hacía un esfuerzo evidente por agradar. Sin embargo, al cabo de una hora me empezó a causar una sensación de intenso rechazo. Me desagradaba, sobre todo, su afectuosa actitud hacia Fellowes. No sabía decir por qué.

Cuando fui al recibidor para ponerme el abrigo, Mona me siguió.

—¿Te cae bien? —susurró.

Su pregunta me desconcertó. Mona tenía la infantil costumbre de preguntar ese tipo de cosas de repente. Sonreí.

—Apenas lo conozco.

—¡Le odio! —dijo—. John se comporta distinto cuando está con él.



Había pasado ya un año entero desde mi visita cuando, conduciendo por los alrededores, me acordé de Bletchleys y pensé en ir a ver a mis amigos. Lo primero que me llamó la atención al entrar por la puerta fue el roble, que se alzaba imponente, verde, sano y exuberante. De la pequeña rama baja colgaba una coronita de rosas frescas.

Empecé a chinchar a Mona en cuanto la vi.

—¿De verdad has seguido colgando guirnaldas todo el año?

—Todos los días. Aunque algunas veces, en invierno, he tenido que hacer ramilletes de hoja perenne.

A pesar de sus esfuerzos por sonreír, enseguida me di cuenta de que no era la misma. Parecía enferma y preocupada. Fellowes no estaba en casa. Mona me dijo que había salido a dar un paseo con Durran, que estaba de visita.

—Vas a ver a John cambiado —dijo Mona—. Está como siempre que el señor Durran viene a vernos. Además, no hace más que trabajar.

—¿Otro invento?

Ella asintió.

—¿Qué pasó con aquel en el que estaba trabajando la última vez que estuve aquí?

Apretó los puños.

—Lo sacó otra empresa antes de que él pudiera terminarlo. Le pasa muy a menudo.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo es posible?

—No lo sé. No me lo explico. Esta vez no nos puede pasar lo mismo. Cuánto me gustaría que el señor Durran no estuviera aquí.

Parecía tan pequeña, tan frágil y desdichada que sentí que tenía que intentar consolarla de alguna manera.

—Todo irá bien esta vez —le dije tranquilizándola.

—Si al menos él no estuviera aquí —repitió—. John es sonámbulo, como bien sabes. Siempre le pasa cuando tiene que trabajar mucho. No descansa. Está tan cansado...

Me pareció que iba a hacerme más confidencias, pero apretó los labios con fuerza y se dio la vuelta. Hablamos del tiempo y de jardinería hasta que regresaron los dos hombres.

Fellowes parecía ciertamente agotado. Estaba más delgado que la última vez que lo había visto y muy pálido. Sus movimientos eran erráticos. Me dio la impresión de estar muy agobiado. Pero era natural. Trabajaba demasiado.

Durran tenía un aspecto elegante, inescrutable, más oriental que nunca, y mi antipatía por él se acrecentó. Pero, extrañamente, Fellowes parecía disfrutar de su compañía.

Después de cenar nos sentamos a hablar de los viejos tiempos y de amigos comunes, hasta que Durran le sugirió una partida de ajedrez. Fellowes aceptó de inmediato y los dos se fueron al salón de fumar, dejándonos a Mona y a mí en el agradable saloncito donde la había visto por primera vez. Mona estaba sentada en silencio, mirando el fuego. Su vestido de noche negro acentuaba su palidez, y me fijé en cómo entrelazaba sus finos dedos blancos. De repente me sentí terriblemente nervioso, aunque no sabría decir por qué.

—No dejes que te altere, Mona —le dije.

—Ojalá se fuera —respondió en voz baja.

—¿No podrías conseguir que John...?

Mona me interrumpió.

—Lo único que de verdad le molesta a John es que yo diga algo en contra de ese hombre. Cree que estoy celosa de su amistad, y le está tan absurdamente agradecido... Además, no es solo la influencia que tiene sobre John... ¡Oh!

Era una exclamación de repulsa y desesperación. Apartó su cabeza, pequeña y grácil, y pude entrever el repentino rubor en sus pálidas mejillas. No dije nada. No quería forzar su confianza. Pero aquella noche... Sabía lo que quería decir. Mientras nos daba las buenas noches a los tres, capté la mirada que el visitante le dirigía bajo sus caídos párpados: furtiva, sensual, cargada de deseo. Sentí una repentina llamarada de ira.

Tengo el sueño ligero y un suave golpecito en la puerta bastó para despertarme de inmediato. Miré el reloj. Eran las dos y media. Me acerqué a la puerta inmediatamente. Al abrir, el pasillo estaba a oscuras, pero, a la luz de un rayo de luna que entraba por la ventana del fondo, pude ver a Mona de

pie justo delante de mi puerta. Bajo la blanquecina luz de la luna, con su palidez, sus rizos plateados y su bata blanca y vaporosa, parecía más un fantasma que una mujer de carne y hueso.

—Tengo miedo —susurró—. ¿Podrías acompañarme abajo a buscar a John? Se acostó sobre las doce. Ahora que trabaja hasta tarde, duerme en su vestidor, para no molestarme. Pero no está allí. Me desperté hace media hora. Estaba muy nerviosa. No sé por qué, pero lleva fuera de su habitación por lo menos media hora. Y he visto que la habitación del señor Durran también está vacía. La puerta está entreabierta y no se ha acostado. Ven, por favor. Estoy muy asustada.

Salí con ella al pasillo.

—No pasa nada —dije, tratando de tranquilizarla, a pesar de que sabía que mis palabras serían inútiles—. Probablemente estén charlando en el piso de abajo. Quizá ninguno de los dos podía dormir.

—Bajemos en silencio —susurró—. No hables.

Bajé de puntillas los escalones bajos y estrechos con Mona a mi lado. Los vimos en el recodo de la escalera. Estaban en el saloncito, al otro lado del vestíbulo. La puerta estaba abierta. Fellowes estaba en pijama, sentado en una silla junto a la mesa. Miraba fijamente al frente con la mirada vacía y la cara muy blanca. Durran, completamente vestido, estaba frente a él, inclinado sobre la mesa. A pesar de nuestro sigilo, nos descubrió casi de inmediato. Casi, no del todo. En aquellos breves segundos antes de que nos viera, oímos a John Fellowes hablando con voz soñolienta e inexpresiva, como si estuviera respondiendo a una pregunta.

—Dos metros de diámetro.

Durran dijo rápidamente:

—¿Y los motores?

Y entonces nos vio. Juraría que se metió en el bolsillo un librito en el que había estado tomando notas. En cuanto advirtió nuestra presencia, se volvió hacia nosotros con su desabrida y enigmática sonrisa. No mostró el menor signo de vergüenza.

—¿Ha venido a reclamar a su marido errante, señora Fellowes? —dijo—. Acabo de encontrármelo sonámbulo. Cuidado, no vaya a ser que se despierte de pronto.

—Estaba usted hablando con él —dijo Mona acelerada y sin aliento.

Durran se encogió de hombros y sus ojos recorrieron con velada insolencia su grácil figura vestida de blanco.

—Le dije que se fuera a la cama y empezó a hablar. Como seguramente ya sabe, lo más prudente con los sonámbulos es contestarles. Ha estado soñando con una especie de máquina, pobre hombre, un asunto bastante disparatado. Fellowes, trabajas demasiado. Vete a la cama.

Un temblor recorrió la delgada figura de Fellowes. Los ojos de Durran brillaron cuando dio la orden: una mirada hipnótica, se me ocurrió de pronto y, al mirar a Fellowes, sospeché que su estado era más parecido a un trance que al sonambulismo. Se levantó y salió de la habitación, aún con la mirada fija al frente. Mona, conteniendo un sollozo, le siguió. Me di la vuelta, deseoso de enfrentarme a Durran. Me sentía dispuesto a lanzarme sobre él para atacarlo, pero ya se había

marchado, quizá por las escaleras de atrás o por la ventana.



Mona no bajó a desayunar. Durrán tenía un aire sofisticado y locuaz, con una sonrisa burlona que me dirigía de vez en cuando. Fellowes guardaba silencio. Parecía muy enfermo, y en su comportamiento había una leve nota de irritación que nunca antes había notado. Hizo alguna referencia al episodio de sonambulismo de la noche anterior.

Era evidente que había aceptado la historia de Durrán sin cuestionarla, y vi que sería inútil tratar de convencerle de otra cosa. Después del desayuno, salió a dar un paseo con Durrán.

Más tarde me encontré con Mona. Estaba colgando su ofrenda en el viejo árbol retorcido.

—He hecho una promesa —dijo con una sonrisa desgana—. Y lo prometido es deuda.

—Sobre lo de anoche... —comencé sin rodeos.

Ella me interrumpió.

—¿No ves lo que pasa, lo que está pasando desde el principio? Tiene una especie de influencia hipnótica sobre John. Consiguió someterle mientras le cuidaba en la India y se ha aprovechado de ello desde entonces. ¿Cómo no lo he descubierto antes? Le sonsacó el secreto de guerra, y después le ha sonsacado todos y cada uno de sus inventos y los ha vendido. ¡Dios mío! Y yo no puedo hacer absolutamente nada.

—Seguro que sí.

—No puedo. John piensa que estoy celosa. No creería ni una palabra. Esta mañana le conté lo que había pasado, se rio de mí y luego se enfadó conmigo. Es muy leal. No va a creermé ni una palabra. ¿Qué voy a hacer?

—Durrán no consiguió todo lo que quería anoche —dije despacio—. Lo interrumpimos.

—Lo sé —dijo ella amargamente—. Se habría ido esta mañana si hubiera conseguido todo lo que quería anoche.

—Esta noche —le dije— no puedes dejar que John baje. Quédate despierta toda la noche si es necesario. Yo me quedaré abajo con Durrán. Si se va a la cama me quedaré en mi habitación con la puerta abierta, vigilando. No pierdas la esperanza. Lo conseguiremos.

—Ojalá pudiera creerte —dijo, abatida, apoyando la mejilla en la áspera corteza del árbol—. Querido arbolito —murmuró—. Ojalá pudieras ayudarnos. Lo harías si pudieras.



Aquella noche Fellowes se acostó temprano y Mona se fue con él. Yo me quedé sentado, fumando y conversando con Durrán con desgana, y pude ver cómo su impaciencia aumentaba al ver que seguía sentado mucho tiempo después de la hora a la que normalmente me iba a la cama. Sin embargo, aunque por el momento le llevábamos ventaja, me sentía extrañamente desesperanzado. Tenía la sensación de que aquel hombre poseía un poder contra el cual no podíamos luchar. Y entonces me

asediaba el recuerdo de aquella mirada que le había echado a Mona, más siniestra, incluso, que su traición a John.

—Creo que saldré un rato al jardín —dijo de pronto—. Suelo dormir mejor si doy un paseo corto antes de irme a la cama.

No sabía qué era lo que tramaba. Posiblemente solo quería librarse de mí, forzarme a irme a la cama y dejarle solo. Salió por la cristalera. Después de que Fellowes y Mona se fuesen a dormir, se había levantado un viento terrible que soplaba tempestuosamente alrededor de la casa, agitando las ramas de los árboles del jardín, y moviendo las nubes por el cielo iluminado por la luna.

Me quedé en la ventana observando a Durran. El jardín tenía un aspecto extraño bajo la pálida luz de la luna, con sus árboles y arbustos meciéndose al vaivén del viento. Se paseaba de un lado a otro, con las manos detrás de la espalda, caminando arriba y abajo sin esfuerzo contra el viento (pues era un hombre fuerte) junto al roble, en cuya rama ondeaba la patética guirlanda de Mona.

Todo sucedió en menos de un minuto. El desgarró y la caída de la rama sonaron como la risa triunfal de un demonio. Le golpeó en la cabeza y le hizo caer violentamente sobre la piedra al pie del árbol. Su cuerpo estaba inmóvil bajo la rama caída. Un delgado hilo de sangre manaba lentamente de su cabeza y se derramaba sobre la superficie irregular de la piedra.

De repente, el viento paró, dejando tras de sí el suspiro tembloroso de las hojas del roble.

Antes incluso de llegar a él, supe que estaba muerto.

El árbol había reclamado su sacrificio humano.



De eso hace ya tres años. Visité a los Fellowes el mes pasado. Ahora viven en una casa moderna muy bonita, en Surrey. Los últimos inventos de Fellowes le han hecho famoso. Parece más fuerte, más feliz, más equilibrado que en los viejos tiempos.

Es fantástico ver cuánto quiere a Mona y al bebé. Mona está más hermosa que nunca, y parece menos etérea. Justo antes de marcharme me dijo de repente:

—¿Has estado en Bletchleys desde...?

Negué con la cabeza.

Sin embargo, la semana pasada estaba conduciendo por los alrededores de Bletchleys y mi curiosidad me llevó a desviarme media milla para ver de nuevo el lugar. Dejé el coche en la carretera y abrí de un empujón la verja de hierro. La casa estaba habitada. Había una carretilla de niño en el césped, pero no vi a nadie. Me dirigí a la parte trasera de la casa.

Allí estaba el árbol, viejo, nudoso y medio muerto. Me fijé en la pequeña rama de la que solía colgar la ofrenda de Mona. Tenía un aspecto desolado y descuidado. Estaba marchito y vacío: la fuerza que Mona le había infundido inconscientemente había desaparecido, dejándolo aún más inerte que antes.

Un joven vestido de *tweed* salió por la puerta lateral y se acercó a mí.

—Discúlpeme —le dije—. No he visto a nadie... Solo venía a ver el jardín.

Sonrió.

—Por supuesto —dijo con amabilidad—. Eche un vistazo. Es un lugar muy hermoso.

—Antes había una piedra al pie del árbol.

—Ah, sí. Estaba arreglando la pared del huerto y la rompí para eso. Este viejo árbol es espantoso, ¿no le parece? Además, es un peligro. Voy a talarlo mañana.

LA GUERRA DE LA HIEDRA

DAVID H. KELLER



• 1930 •

TRADUCIDO POR

Elena Mora Rubio

DAVID H. KELLER

1880-1966

DAVID H. KELLER NACIÓ EN FILADELFIA y era médico y psiquiatra, un hombre de ciencia que a menudo se inspiraba en enfermedades de sus pacientes para tramar historias, aunque, paradójicamente, atribuía a un mal uso del saber empírico la mayor parte de las catástrofes que azotaban el mundo tras la barbarie de la Primera Guerra Mundial. Escribió desde muy joven relatos para revistas y a partir de 1928 vivió una época muy prolífica como autor de ciencia ficción en *Amazing Stories*. Su narrativa se caracteriza por un pesimismo catastrofista que encuentra en el progreso tecnológico, tan decisivo en la Gran Guerra, uno de los factores clave en la autodestrucción del ser humano. Así se advierte en el relato «La revuelta de los peatones», que muestra una Nueva York condenada por una abusiva utilización de automóviles que contamina el ambiente y ha hecho perder las extremidades inferiores a los conductores, en una monstruosa adaptación al medio.

Hasta 1935 dio a conocer varias decenas de relatos de ciencia ficción, pero a partir de entonces se decantó por la escritura de cuentos de terror. En 1941 publicó *The Red Death*, una novela nada esperanzadora donde aborda las terribles consecuencias de una pandemia que se ceba, de nuevo, con la población neoyorquina. Ese fatalismo sostenido en el tiempo como rasgo distintivo fue determinante en la pérdida de popularidad que experimentó la producción de Keller en el momento dorado de la ciencia ficción estadounidense, mucho más optimista en su visión del futuro. Esto no significa que dejara de escribir: continuó siendo un autor atractivo para el mundo del *fandom* y sus relatos se reunieron en volúmenes como *Tales from Underwood* y *The Last Magician: Nine Stories from "Weird Tales"*. Murió en 1966 debido a las complicaciones surgidas de una cirugía de urgencia que se le practicó para extirparle una vesícula gangrenosa.

El motivo de la planta asesina era un clásico de la ciencia ficción en las primeras décadas del siglo xx y Keller lo incorporó a sus textos tempranamente. «La guerra de la hiedra» se publicó en *Amazing Stories* en 1930. Una hiedra letal surge de un agujero pantanoso en un bosque de Pensilvania y se extiende a gran velocidad, dejando un reguero de víctimas animales y humanas, hasta llegar a Filadelfia. Solo el reputado fitobiólogo White, por supuesto norteamericano de pura cepa, será capaz de entender la naturaleza híbrida del vegetal mortífero y su parecido con una especie animal, dotada de un sistema nervioso y una mente colectiva que se alían para conseguir el silencioso exterminio de

la población. A lo largo de todo el relato se incide en la fuerza misteriosa de la hiedra, concebida como un enemigo formidable, impredecible, ante el que no sirven de nada las estrategias de ataque o defensa tradicionales. Y queda bien patente el impulso de dominación, tan absurdo como el que prima en cualquier guerra, que parece movilizar al ejército verdoso en su siniestro avance contra la humanidad.

LA GUERRA DE LA HIEDRA



stás completamente borracho, Bill! —le gritó el jovial alcalde de Yeastford a uno de los alcohólicos habituales de los alrededores—. Esta vez demasiado, o no estarías diciendo semejantes tonterías. Vete a casa y métete en la cama, y mañana lo verás todo de otra manera, y te reirás de ti mismo cuando tu perro vuelva de cazar.

—¡Sí, estoy borracho! —admitió William Coonel—. Pero cualquiera se emborracharía si hubiera visto lo que yo vi. Baje usted mismo al pantano y ya veremos si vuelve tan valiente. Venga, alcalde, y después me dice si estoy borracho.

Salió del despacho tambaleándose y dejó al alcalde sonriendo ante su persistencia.

—Este trabajo, el de ser el alcalde de una ciudad pequeña y hacerse amigo de quienes no los tienen, es demasiado para un veterano de guerra —meditó para sí el alcalde Young—. Supongo que, para el caso, será mejor que cierre el despacho y pase el resto del día en Nueva York. Unas cuantas horas en el club de la universidad me devolverán la visión cosmopolita de la vida.

Dos horas después entraba en la sala de lectura del club, justo a tiempo para escuchar los efusivos estallidos de risa provenientes de un grupo apiñado de hombres. Cuando las carcajadas cesaron, escuchó una voz decidida.

—A pesar de sus risas —decía—, quisiera repetir lo que acabo de decir. *La próxima gran guerra se librará entre la raza humana y alguna forma de vida vegetal en lugar de entre distintas naciones de la humanidad.*

—¿Se refiere a florecillas perfumadas, como rosas y violetas? —preguntó un hombre uniformado. Era el capitán Llewellyn, que en ese momento estaba de servicio en el consulado británico.

—A eso me refiero —respondió el primer orador.

Abriéndose paso a codazos entre el círculo de oyentes entretenidos, Jerkens, reportero independiente de decenas de guerras, llegó al centro de la multitud y, levantando las manos, pidió silencio.

—Me encantaría dar parte de esa guerra —gritó—. ¡La de titulares que podría hacer! ¿Qué les parece esto para la portada?

Cinco divisiones de infantería en Nuevo México rodeadas por cactus enemigos. Demandados

mil tanques para su liberación. Numerosas bajas en Maryland. Nuestras tropas gaseadas por batallones de lirios de los valles y de nardos enemigos. Capturados los generales Orquídea y Gardenia. Reconocen que la división de campanillas fue aniquilada por nuestros batallones de guerrilleros, armados con azadas. Mujeres patriotas forman regimientos para luchar contra violetas y rosas. Llevarán sus propias tijeras. Las masas de varas de oro atacan los regimientos de la fiebre del heno.

Entonces estallaron las risas y fue demasiado para algunos de los miembros más antiguos del club, que pidieron silencio. En poco tiempo, la atmósfera del sitio volvió a la normalidad. White, el fitobiólogo que había sido blanco de las bromas, siguió sonriendo. Pero dos extraños a la vez llamaron su atención.

Uno le entregó una tarjeta, diciendo:

—Soy Milligan, el explorador. He cruzado el océano para verle.

—Y yo soy solo Young, el alcalde de Yeastford. Soy uno de los miembros fundadores del club.

—No sé a cuál de los dos estoy más encantado de conocer —declaró White—. Milligan es un héroe para mí porque ha viajado a todos los lugares del mundo que siempre he querido visitar, mientras que —y aquí se giró hacia el alcalde—, si usted es el alcalde Young, del Batallón Perdido, déjeme decirle que cuando era un chaval le vi jugar de *fullback* en el equipo de Columbia el año que derrotamos a Pensilvania. —Y les estrechó la mano a ambos.

—Ya que los tres queremos conocernos mejor, ¿qué les parece cenar conmigo aquí en el club? —propuso el alcalde—. Pediré que nos preparen una sala donde podamos estar a solas y hablar todo lo que nos plazca. Los chicos se estaban divirtiendo mucho a su costa, White.

—Sí, he tenido la insensatez de hacer unas declaraciones inusuales que, por supuesto, me han convertido en objeto de burla.

—Y lo gracioso es que son precisamente esas declaraciones las que me han hecho venir hasta aquí desde Inglaterra para hablar con el señor White —dijo el explorador.

—En fin, vamos a comer y a charlar —exclamó el exjugador de fútbol americano.

Más tarde, en la pequeña sala privada, el alcalde Young empezó la conversación.

—Veamos, señor Milligan —dijo—, le invito a decirnos qué es lo que quiere saber de White, esta celebridad científica. Sí, no tiene nada que objetar a la palabra *celebridad*, White. Solo estuve investigando unos minutos y descubrí que tiene más de doce títulos a su nombre y es considerado una autoridad en la vida vegetal en Norteamérica. Es tan importante en su laboratorio como Milligan lo es en Gobi y Honduras. También le investigué a usted y descubrí que ha escrito decenas de libros sobre lugares en los que casi ningún otro hombre blanco ha estado jamás. Así que aquí estoy yo, simplemente Charley Young, cenando con dos hombres importantísimos. Prosiga con su historia, Milligan.

El inglés cogió su cigarrillo y apretó el extremo encendido con cuidado contra el cenicero. Cuando habló, lo hizo despacio y eligiendo cuidadosamente las palabras, pronunciadas a la perfección, como

si le estuviera dictando a su taquígrafa o dirigiéndose a una reunión de científicos en Londres.

—En el transcurso de mis viajes —comenzó—, he visitado numerosas ciudades muertas, inmensas ciudades antiguas que en su día estuvieron rebosantes de vida. He pasado semanas en sitios como Angkor, en Camboya, que fue el hogar de millones de asiáticos, pero que ha estado tan sumamente olvidada que nadie supo de su existencia hasta que el francés Mouhot se tropezó con ella cuando buscaba mariposas asiáticas.

»Y allá por Honduras he visto cómo las ciudades mayas pasaban los siglos en la jungla, silenciosas, los blancos picos de mármol de los templos piramidales elevados sobre la verde selva. He vivido en esas ciudades muertas, en lugares como Lubaantún y Benque Viejo. En todos esos sitios siempre me hacía las mismas preguntas: ¿por qué murieron? ¿Qué las mató? En algunos, parecía que los habitantes habían decidido simplemente emigrar. Pero ¿por qué?



»Cuanto más me hacía esta pregunta, más confundido me encontraba. Me di cuenta de algo en Camboya y, para mi sorpresa, noté lo mismo en Centroamérica. Era algo de lo que creía estar seguro, pero era tan fantástico, tan sumamente extraño e imposible, que no daba con las palabras adecuadas para expresarlo. Yo no soy como nuestro colega White. No me gusta que se rían de mí. Así que me lo guardé. Después, de vuelta en mi querida Inglaterra, me encontré con algo idéntico, y al mismo tiempo oí hablar del gran trabajo botánico que estaba llevando a cabo un americano llamado White; de modo que aquí estoy.

—¿Qué fue lo que vio en Inglaterra? —preguntó el biólogo.

—Todo sucedió cuando bajé a ver a mi amigo Martin Conway. Él había heredado una bonita casa y mucho dinero, así que decidió restaurarla e irse a vivir allí. Era el castillo de Allington, cerca de Maidstone. Podría haber sido un buen lugar para vivir, pero la hiedra le paró los pies. Toda la propiedad estaba llena de hiedra, que en las paredes del castillo alcanzaba un grosor de entre dos y tres metros, con ramas de más de quince centímetros de diámetro. Se había extendido por todo el bosque. Trepaba por los robles, a una altura de treinta metros, y literalmente los ahogaba con su denso follaje.

»Esa cosa crecía por todo el castillo, dentro y fuera. Conway puso a trabajar a cien hombres, pero la hiedra crecía más rápido del ritmo al que ellos podían arrancarla y cortarla en pedazos. Estuvieron trabajando un mes, y cuando volvieron de vacaciones era difícil saber si habían hecho algo. Era, cuando menos, desalentador.

»Conway me llevó a ver un castillo en ruinas a once kilómetros del que él había heredado. Este otro castillo estaba literalmente hecho pedazos. La hiedra había crecido entre la mampostería, echando raíces en todas las grietas. Después había trepado hasta la parte superior del edificio, formando una mata frondosa en cada metro cuadrado de pared. Una vez arriba, empezó a tirar, y todo el edificio se desplomó de un día para otro. Cuando lo vimos, el castillo de Leybourne no era más que una ruina: estaba tan cubierto por la hiedra que todo lo que se podía ver era un enorme

montículo verde.

»Y, lo que era aún peor, no parecía que nada más pudiera vivir donde vivía la hiedra. Años atrás, los bosques de alrededor de Leybourne habían estado llenos de las más bellas flores silvestres y de los arbustos más hermosos, pero todo había desaparecido, incluso los animalitos salvajes, como los conejos y los pájaros, habían desaparecido. Eso me dio que pensar. Me hizo ver que ahí mismo, en Inglaterra, se podían investigar fenómenos tan extraordinarios como los del desierto de Gobi.

»Porque no fue la falta de dinero lo que hizo que Conway abandonara sus planes de restaurar el castillo de Allington. Tenía el dinero y tenía la ambición, pero no conseguía que los obreros siguieran trabajando allí. Verán, un día tres de ellos habían bebido demasiado y, en lugar de volver a casa al final de la jornada, durmieron allí toda la noche, y cuando llegó el alba llegó también el forense con sus hombres. Y, claro, los obreros ya no quisieron seguir trabajando allí y Conway tuvo que detener sus planes. Pero se enfadó mucho y me pidió que fuera a visitarle. Repasamos juntos todo el problema y de pronto se me ocurrió que a lo mejor había pasado algo similar en Angkor y en Honduras. Dicho de otro modo, me vino el mismo pensamiento horrible, que volvió a ocupar mi conciencia, sin importar lo mucho que intentara ignorarlo. Yo soy un explorador, no un experto en plantas, así que vine a América para ver si White me podía ayudar a solucionar el problema.

»Solo mencionarlo ya me hace estremecerme. ¡Piénsenlo! Me he enfrentado a la muerte, y digo esto para explicarme mejor y no para presumir, en montones de sitios y de todas las maneras horribles en las que un hombre puede enfrentarse a ella, pero, cuando pienso que existe la mera posibilidad de que mis sospechas sean ciertas, me echo a temblar. Miren mi mano. —Y extendió los dedos para mostrarles un leve temblor.

—No pasa nada —dijo el alcalde Young, en un tono casi reconfortante—. Cuanto más valiente es un hombre, más propenso es a tener miedo. Lo que cuenta no es lo que se siente, sino lo que se hace al respecto.

—¿Dice que tres hombres fueron asesinados? —preguntó White.

—Sí, supongo que podemos utilizar esa palabra. Al menos, estaban muertos cuando amaneció.

—¿Y creyeron que la hiedra...? ¿Ese fue el veredicto del forense?

—No. No sé lo que pensaría él. Por supuesto, no podía decir eso..., no con esas palabras. Pero Conway me describió cómo estaban los cuerpos y decidimos hacer un pequeño experimento. Llevamos a una vaca vieja al bosque, donde más gruesa era la hiedra, y la atamos a un árbol. Sí, fuimos cuando brillaba el sol, y al día siguiente, cuando volvimos, la vaca estaba muerta... Y Conway... Bueno, no es que él sea médico, pero dijo que el cadáver de la vaca se parecía a los cuerpos de los tres hombres muertos.

»Todo esto pasó en una zona apenas poblada de Inglaterra. Puedes pasarte kilómetros y kilómetros conduciendo sin ver ninguna casa, y las pocas personas que antes vivían allí se han marchado, algunos deprisa y corriendo, y ninguno habla mucho de por qué se fueron porque no les gusta que se rían de ellos.

—¿Era solo hiedra? ¿Hiedra normal y corriente? —preguntó White, inclinándose sobre la mesa y

retirando a un lado los platos de comida—. ¿Te refieres a que solo era la hiedra común que suele decorar los edificios viejos?

—¡No! —casi gritó Milligan, mientras miraba directamente a los ojos del biólogo—. Si hubiera sido eso, lo habríamos entendido mejor. Para empezar, era grande. Conway y yo nos tropezamos con algunas ramas que tenían casi treinta centímetros de diámetro, y esas ramas discurrían a lo largo de varios kilómetros por lo que en su día fue el bosque. Nunca llegamos a estar seguros de dónde comenzaba. Cada pocos metros, las ramas echaban raicillas laterales y zarcillos enrollados y trenzados que enraizaban cada tres hojas, pero nunca tuvimos la certeza de haber encontrado algo parecido a una raíz central. Sí vimos algo, sin embargo, que nos dio que pensar. Todas esas ramas enormes parecían venir de un mismo sitio, y nunca fuimos capaces de acercarnos a menos de un kilómetro y medio de ese sitio. Lo ubicamos con bastante precisión en el mapa y esto fue lo que encontramos.

»Hace diez años no había ni una pizca de hiedra entre aquellos árboles, pero sí había un gran agujero en el centro del bosque. Los mapas lo llamaban «el pantano». Siempre había estado ahí. Algunos de los ancianos de la zona le hablaron a Conway de él. Según la tradición, es el hogar de una serpiente enorme. Una tontería. En fin, esto es lo que pasó. Quiero decir, lo que yo creo que pasó. Este nuevo tipo de hiedra empezó a crecer fuera del pantano. ¿De dónde venía? Pues del agujero. Y en diez años ya se había adueñado de más de ciento ochenta kilómetros cuadrados de Inglaterra. Y aquí viene lo que me hace estremecer. Nadie sabe nada de esto y nadie está haciendo nada al respecto. Conway y yo lo hablamos, y aquí estoy. ¿Qué le parece, White?

Pero el biólogo no tuvo oportunidad de contestar a la pregunta porque de pronto el alcalde de Yeastford preguntó, agitado:

—¿Y tenían esas hojas una combinación peculiar de color verde y blanco? ¿Se movían los zarcillos en el aire? ¿Cree que le chuparon la sangre a la vaca? ¿Y a los tres hombres? ¿Encontró agujeros como aquel en Honduras?

El explorador y el biólogo miraron al exsoldado con asombro. Por fin, White preguntó:

—¿A dónde quiere llegar, alcalde?

—Ni más ni menos que a esto. En la ciudad de la que soy alcalde, tenemos un agujero al que llamamos «el pantano». Y hoy, al mediodía, un cazador ha venido y me ha contado que le han matado al perro ahí abajo. Venía borracho, así que no me he creído su historia. Pero ha dicho que vio algo, como una enredadera enorme, salir del agujero y estrangular al perro. ¿Creen ustedes dos que el mismo tipo de hiedra está aquí, en Norteamérica? En Yeastford tenemos un agujero y hay algo que está saliendo de él. Ha dicho que nunca vio el centro de la planta, que nunca fue capaz de acercarse a su verdadera raíz. Aquí tiene su oportunidad. ¿Y si vamos a mi ciudad y bajamos al pantano?

Milligan se sirvió otra copa y empezó a remangarse los pantalones hasta las rodillas y a bajarse los calcetines.

—Miren estas piernas —dijo.

Cicatrices amoratadas le cubrían las extremidades. Repartidas a lo largo de las líneas escarlatas,

unas feas llagas empezaban a curarse. Milligan sonrió mientras explicaba:

—Un día me caí. Afortunadamente, Conway pudo mantenerse en pie, tenía un hacha y me liberó. Estuve en cama durante días. Me gustaría ver las pequeñas enredaderas en ese agujero que hay en su ciudad, alcalde, pero quiero ser muy cuidadoso al acercarme a ellas. ¿Qué opina usted, señor White? ¿Alguna conexión entre Angkor y la hiedra inglesa?

—Puede que la haya. El porqué de la repentina deserción de esas ciudades muertas ha sido un gran enigma para los científicos. Algunos dicen que se debió a un cambio en el clima; otros, a enfermedades portadas por los insectos. Puede que detrás de todo ello hubiera guerras terribles. Pero imaginemos, solo en teoría, que cerca de cada una de esas grandes ciudades hubiera un agujero pantanoso y que por ese agujero saliera algún tipo de vida vegetal casi prehistórica. Vamos a suponer que esta vida vegetal fuera carnívora. El miedo pudo haber llevado al abandono de las ciudades y a que un pánico violento e irracional las despoblara.

»Hace cientos de miles de años, la vida en nuestro planeta era extraña y terrible. Todo crecía a lo grande. Había gusanos bajo tierra que medían seis metros de largo y murciélagos con una amplitud de alas de dieciocho metros. Los helechos crecían hasta convertirse en árboles de sesenta metros de altura. Los animales medían hasta treinta metros de longitud del hocico a la cola. Entonces todo cambió, y las cosas enormes murieron y dieron paso a las cosas pequeñas y al hombre actual, el rey de la tierra, que es una criatura blanda de menos de dos metros de altura. Pero los soñadores nos han hablado de sus sospechas de que en los confines de la tierra, bajo los océanos o en cavernas inexploradas, yacen los gigantes de la antigüedad, durmiendo en silencio, esperando a que llegue el momento en el que puedan gobernar de nuevo como señores de la tierra. Quizá en estos siglos de espera hayan desarrollado características que ni siquiera hemos considerado posibles. Por ejemplo: ¿pueden pensar las plantas? ¿Pueden planear y actuar de acuerdo con un plan? Si es así, y creo que puedo enseñarles algo muy similar en las plantas de mi laboratorio, ¿qué les impide empezar deliberadamente una guerra contra la raza humana? Hoy he hecho esa afirmación en la sala de lectura y todos se han reído de mí. Y en ese momento no sabía nada ni de Milligan ni del estado de sus piernas. Creo que deberíamos ir con el alcalde Young a Yeastford y ver lo que tiene que mostrarnos. Y después quiero volver con Milligan a Inglaterra, a no ser que todo aquello empiece a suceder también aquí.

Milligan, el hombre de hierro, el explorador intrépido de los lugares perdidos de la Tierra, miró al biólogo como fascinado por sus observaciones. Se había enfrentado muchas veces al peligro, pero parecía aterrorizado ante esta idea. Aun así, se obligó a hablar.

—Eso es lo que pensaba —dijo— cuando estudié las ciudades desiertas. Algo impulsó a esa gente a marcharse. Llegó poco a poco, no en oleadas asesinas de animales o migraciones invasoras de tribus salvajes. Llegó poco a poco y la gente se fue cuando aún estaba a tiempo, y las ciudades quedaron a merced del reino vegetal. Ahora, unos pocos monos se divierten en los tejados de los templos de Angkor y unos cuantos loros chillan en Lubaantún, pero no se atreven a acercarse demasiado al suelo. Y los nativos tienen miedo; dicen que esos lugares están poblados por demonios, pero no están

siendo del todo honestos, no te dicen de qué tienen miedo en realidad. Creo que la amenaza del suelo llevó a esos millones de ajetreados habitantes a un exilio forzado, y el terror era tal, la amenaza era tan horripilante, que instintivamente decidieron olvidarlo, borrar de la historia de su raza toda imagen mental de aquel episodio.

»Eso es lo que pensaba. Y no podía decírselo a nadie porque estaba seguro de que se reirían de mí. Entonces vi el comienzo de algo así en Inglaterra, y al venir a América he conocido a un hombre que cree que eso es posible y a otro hombre que dice venir de un sitio donde un pantano está empezando a regurgitar su horrible carga. Entonces, ¿iremos a Yeastford a investigarlo? Quizá así veamos qué podemos hacer al respecto.

—Y tendremos que hacerlo rápido y en secreto, porque si ataca nuestras ciudades como hizo en eras pasadas o como ha hecho en esa pequeña parte de Inglaterra, nuestra civilización está condenada —gritó White.

—¡Paparruchas! —exclamó el alcalde—. ¡Tonterías! Nada puede destruirnos. Somos demasiado grandes, demasiado poderosos, demasiado inteligentes.

La agencia inmobiliaria de Yeastford ya conocía la existencia del pantano cuando compraron aquella gran superficie de tierra en el sur de Yeastford. Se había visto obligada a comprar el agujero para poder conseguir el resto del terreno. Cuando lo compraron sabían que nunca serían capaces de venderlo. Nunca les devolvería ni un solo dólar de su inversión; así que simplemente añadieron esa superficie a la cuenta de beneficios y pérdidas, y sumaron un pequeño extra al precio de cada parcela edificable que vendieron.



La ciudad creció alrededor del agujero. Una autovía nacional pasaba por uno de los lados, una vía de tren por otro, y dos calles por los dos restantes. Por lo tanto, el agujero estaba rodeado en tres de los lados por pistas de cemento y, en el otro, por las vías de la ruta ferroviaria Delaware, Lakawanna & Western. Allí se había desarrollado un ajetreado vecindario, próspero y feliz, formado por un gran número de personas que pasaba junto al agujero a diario. Se habían acostumbrado tanto a que estuviera allí que casi nadie notaba su presencia.

Desde la valla robusta que lo rodeaba por todos los lados, el terreno caía rápidamente hacia un centro circular. La pendiente era tan pronunciada que era difícil descender hasta el fondo. Y en ese fondo no había nada más que un lodazal; cubierto de hielo en invierno, seco en verano, y convertido en un charco embarrado después de cada aguacero. Los árboles crecían en las paredes empinadas, el suelo estaba cubierto de helechos y de musgo, y unos pocos nenúfares intentaban sobrevivir en el agua estancada, con la única visita de una miríada de mosquitos, con la única amistad de las ranitas que se sentaban, tímidas, en sus hojas.

Los pájaros coqueteaban en las copas de los árboles y se daban atracones de uvas silvestres mientras, debajo, unos pocos conejos y ardillas reclamaban la posesión de las nueces que caían de los nogales. De vez en cuando, un perro corría por debajo de la maleza y, en otoño, algunos cazadores

intentaban matar a los conejos que tenían la osadía de vivir tan cerca de la civilización. Eso era el pantano del sur de Yeastford.

Los tres hombres llegaron a Yeastford aproximadamente cuarenta y ocho horas después de que el cazador hubiera perdido a su perro. Habían decidido que lo mejor sería mantener en secreto la verdadera razón de su triple visita. Así que el alcalde solo le dijo a su ama de llaves que había traído a dos amigos políticos de visita, y le pidió al inquisitivo periodista local que no difundiera que el alcalde tenía compañía. Por suerte, al día siguiente cayó una llovizna sombría que hizo posible que el trío llegara al agujero sin ser visto, trepara por la valla y se deslizara por el empinado dique sin que nadie se diera cuenta.

En pocos minutos, ayudados por la fuerza de la gravedad, llegaron al agujero embarrado del fondo. Por supuesto, había un nuevo brote de hiedra, y a un lado se encontraba el cadáver del sabueso. Atrajo tanta atención como la hiedra. El alcalde lo pinchó con un palo y dio su veredicto:

—Está bien muerto, y seco como un cuero viejo.

—A mí no me parece más que pellejo y huesos —señaló White.

—Con toda la sangre succionada... —susurró Milligan—. ¿Ven esos zarcillos largos y blancos? Tienen ventosas como las de los tentáculos de los pulpos. Se enrollaron alrededor del pobre chucho y lo dejaron seco. ¡Miren cómo se mueven esas ramas! No sé si se han dado cuenta, pero, desde que estamos aquí parados, ha habido un notable movimiento en nuestra dirección. He estado investigándolo con conejos desde hace tiempo, y los largos zarcillos parecen ser capaces de sentir u oler la carne. Déjenme que se lo muestre. Por eso he traído este palo y medio kilo de hígado. Ataremos el hígado al palo y haremos un experimento. Vayámonos al otro lado. Esos larguísimos brazos blancos están demasiado cerca para mi gusto. Allí —y sujetó el hígado en alto sobre una parte de la planta— veremos cómo actúa.

No tuvieron que esperar mucho. La planta levantó poco a poco los tallos en el aire y, con una precisión extraña y cuasiumana, dirigió los tentáculos al trozo de hígado suspendido en el aire. Cuando la carne se movía en el extremo del palo, la enredadera también se movía, siguiéndola. Y, por fin, con una rapidez que sobrepasaba la agilidad de los brazos humanos que sujetaban el palo, la enredadera se enrolló alrededor del trozo de carne y lo arrastró hacia las hojas.

—Las hojas como tales —comentó White— son notablemente parecidas a las de la hiedra común, solo que son blancas en algunos puntos. Si no fuera por esos zarcillos largos, no creería que fuera algo excepcional. Por supuesto, el hecho de que coma carne no es inusual en el mundo vegetal: muchas plantas comen carne.

—Hasta donde yo sé —interrumpió Milligan—, es el mismo tipo de hiedra que vimos en Inglaterra. Al menos a mí me parece la misma; lo que me asustó fue su longitud y pensar de dónde estaba saliendo y lo que pasaría si no dejaba de salir. Pero, claro, allí vimos kilómetros y kilómetros de ramas, mientras que aquí parece que solo haya unos cuantos metros.

—Parece que aquí acaba de empezar —explicó el alcalde—. Acaba de empezar. Por suerte, la hemos pillado a tiempo. Tenemos que pensar alguna manera de pararla, de matarla, de llevarla de

vuelta al agujero.

Los tres hombres formaban un espectáculo curioso, allí parados en la niebla, hablando sobre un peligro del que nadie más en Norteamérica se daba cuenta. Estaban serios, profundamente impresionados por la magnitud del problema, y mientras hablaban la hiedra crecía hacia ellos; crecía hacia ellos, especialmente hacia el alcalde Young, y en silencio mandó un fino zarcillo para que se le subiera por la pernera del pantalón y se le enrollara alrededor del tobillo. Él se giró para apartarse y se cayó, tropezando con la rama. Otros zarcillos se movieron hacia donde estaba. White y Milligan tiraron de él, sacaron sus navajas y empezaron a cortar las bandas que le sujetaban. Parecía que otras llegaban más rápido de lo que podían ser destruidas. Al fin, el alcalde se liberó y los tres hombres empezaron a correr cuesta arriba lo más rápido que pudieron.

E igual de rápido que ellos subían la cuesta, la hiedra los perseguía.

—¡Caray! —jadeó White, temblando al girarse un momento—. Nos está alcanzando, y no está creciendo. ¡Ninguna planta podría crecer tan rápido! Está saliendo del agujero. ¡Vamos! ¡VAMOS!

Se paró en un sitio plano, buscó una piedra grande y la hizo rodar hacia abajo. La roca rebotó y salió volando, y una decena de zarcillos la atraparon en el aire, jugaron con ella y la lanzaron a un lado como si la juzgaran inútil. Un minuto después, los tres hombres alcanzaron la valla, la treparon con torpeza y se desplomaron en la calle de cemento, sin aliento. El alcalde Young se descubrió las piernas y se las miró. Estaban sangrando por cincuenta heriditas.

Nada más agacharse, una mano se le posó en el hombro.

—Quedan ustedes detenidos por allanamiento —dijo el policía—. ¿No ven que hay una señal de «no cazar» en ese árbol?

El alcalde Young se enderezó y miró al hombre con sangre fría.

—Creo que me conoces, Thomas —espetó.

—Claro que te conoce —interrumpió otro hombre, el mismísimo Hiram Jones, presidente de la agencia inmobiliaria de Yeastford—. Claro que te conoce, y yo también. Te creías muy listo en las últimas elecciones. Has intentado dejarme en ridículo durante años, y ahora seré yo quien lo haga. Quedáis detenidos por allanamiento. Cuéntale tus historias al juez. Vamos, Thomas. Yo haré las acusaciones oportunas contra ellos.

—Pero, buen hombre —protestó Milligan—, usted no sabe...

—De «buen hombre» nada —gritó Jones—. Habla usted como un actor inglés. ¡Ya les enseñaré yo a cazar en mi propiedad!

—Íbamos tras la hiedra —explicó White.

—Es algo que deberían saber —añadió Milligan.

—Si no me crees, mírame las piernas —suplicó el alcalde.

—Están borrachos los tres. Eso es otro cargo, Thomas. Embriaguez, desacato y allanamiento. Detenlos.

Esa noche, los tres hombres se encontraban cómodamente sentados en casa del alcalde. Sus experiencias habían sido sin duda desagradables. Todos los enemigos políticos del alcalde habían

disfrutado de su detención, y aunque no había desembocado en nada más grave que una multa, que pagó enseguida por los tres, era una humillación que afligió el espíritu del orgulloso veterano. Además, le dolían las piernas. Debía de haber algún veneno en los zarcillos que estaba infectando las minúsculas heridas. Mordió hoscamente la cabeza del puro que estaba fumando. Los otros dos lo miraban con atención. Al fin, tiró la colilla al cenicero y gruñó.

—Esa cosa está creciendo rápido. Por la mañana ya habrá llenado todo el maldito agujero. Quizá mañana mismo empiece a cruzar la valla.

—¿Vamos a quedarnos aquí sentados sin hacer nada? —preguntó White.

—Hay que alertar a la gente del peligro. Cuando la hiedra llegue a la calle, los niños pequeños que juegan allí... Ya saben lo que podría pasarles a esos pequeños. Al fin y al cabo, Young, usted es el alcalde. Le debe algo a su cargo.

El alcalde de Yeastford miró fijamente al inglés.

—¿Qué cree usted que debería hacer? —preguntó.

—Vamos a esperar a mañana —recomendó White—. Entonces podemos ir y analizar la situación. Imagino que no nos detendrán solo por caminar por la calle o la acera.



Y eso fue lo que hicieron, esperar a la mañana. Durante toda la noche, la planta fue saliendo del agujero y, durante toda la noche, trepó cuesta arriba y avanzó entre los árboles, creciendo a la vez que se arrastraba. Al fin llegó la mañana, luminosa y libre de la niebla del día anterior. Los hombres, después de un desayuno ocioso, caminaron hacia el pantano. Incluso desde la lejanía podían ver que algo había cambiado. Los árboles parecían más altos y más verdes, y a medida que se acercaban al agujero se daban cuenta de que ya no era un agujero: había un gran montículo de hiedra y unos pocos árboles muertos con algunas ramas desnudas que sobresalían entre las hojas blancas y verdes. Y toda aquella masa se movía con una espeluznante ondulación que hizo que los tres espectadores se estremecieran.

No eran los únicos que habían ido a observar el agujero. Thomas, el policía, estaba ahí, y Hiram Jones y media docena más de hombres, y otras tantas mujeres, que agarraban de la mano con fuerza a los niños. Una de las mujeres estaba hablándole con voz chillona a Jones, con su niña de tres años en brazos.

—¡Es peligroso! —gritaba—. El terreno es tuyo, tienes que hacer algo. Te digo que estaba arrastrando hacia abajo a mi hija cuando la oí gritar, y fui corriendo y la liberé. Estaba pelando patatas y, por pura suerte, llevaba conmigo el cuchillo. ¿Vas a dejar que la planta esa crezca y mate a nuestros hijos?

—¡Bobadas! —contestó Hiram Jones con desdén—. Solo es hiedra. Empezó a crecer ahí y el pantano es tan fértil que ha crecido rápido. Solo es hiedra, te lo digo yo. Cortaré esquejes y los venderé a diez centavos cada uno. Una hiedra que crece tan rápido como esa la va a comprar mucha gente por diez centavos. Os voy a enseñar lo que pienso de ella. ¡Bah! Allá voy.

Saltó por encima de la valla y empezó a bajar la cuesta. El alcalde Young le gritó que parara, que volviera, pero él siguió. Es decir, siguió un poco más, pero después se giró y empezó a gritar. Era un grito estridente, como de un animal, y antes de que terminara de gritar la hiedra ya estaba sobre él, ocultándolo por completo de los espectadores, a excepción de unos movimientos ondeantes. Otro grito, y luego silencio.

La hiedra comenzó a cruzar la calle por cientos de sitios. La gente del sur de Yeastford retrocedió. Las mujeres cogieron a sus hijos y corrieron, temblando, a las casas cercanas, cerrando las puertas con llave. Thomas fue hacia el alcalde.

—¿Qué significa todo esto, alcalde? —preguntó. No cabía duda de que estaba consternado—. ¿Cree que debería reunir a algunos de los muchachos e ir tras él?

—Será mejor que no, Thomas. No saldrá de ahí y lo mismo le ocurrirá a cualquiera que entre.

—Pero solo es una planta, ¿no?

—Sí, solo es una planta —contestó el alcalde, distraído—. Solo una planta. Creo que la llaman hiedra, Thomas. Ve por ahí y diles a las mujeres que no dejen que los niños salgan de casa. Señor White, señor Milligan, volvamos a mi casa para hablar de esto. Está claro que no hacemos ningún bien aquí parados mirando cómo crece esa maldita cosa. Al ritmo que va, al mediodía ya habrá cruzado la carretera, y después, bueno, tendremos que pararla o sacar a la gente de sus casas.

Una hora más tarde, las campanas del juzgado llamaron a los hombres del pueblo a una asamblea multitudinaria. La campana solo se usaba cuando se celebraba la Semana del Juzgado o en caso de incendio. Naturalmente, los hombres del pueblo sentían curiosidad. El alcalde no perdió el tiempo y rápidamente les comunicó la razón de la reunión. Les habló sin rodeos, sin medir las palabras.

—Más vale que los hombres de este pueblo cojan hachas, cuchillos y destrales y empiecen a luchar —concluyó—. Si no, los vecinos del sur de Yeastford tendrán que abandonar sus casas en unos cuantos días. Voy a dejar esto en manos de los concejales, y mis invitados y yo iremos a ver al gobernador.

Por supuesto, se sucedieron debates sin fin. Todos sabían que habían multado al alcalde el día anterior por alteración del orden público. Quizá siguiera borracho. Aun así, al concluir la reunión, la mayoría de los hombres se dirigieron al sur de Yeastford. La imagen que se encontraron no era especialmente tranquilizadora. La hiedra ya cubría la carretera y empezaba a crecer sobre los jardines del otro lado. Un automóvil que pasaba por la calle había sido atrapado, y el conductor casi no había salido con vida. A los espectadores curiosos no les llevó mucho tiempo darse cuenta de que tenían que ponerse manos a la obra. Eso hicieron, pero sin orden ni disciplina, cada hombre por su cuenta, donde y como mejor les pareciera. Trabajaron el resto del día, y entonces, bastante satisfechos por haber despejado la calle, se fueron a casa a descansar.

A la mañana siguiente, la hiedra había vuelto a cruzar la calle y se estaba enredando alrededor de algunas de las casas. Para entonces había llegado la policía del estado, siguiendo órdenes del gobernador, y se hizo cargo del trabajo. Se rumoreaba que se habían pedido varios regimientos a la milicia estatal. Los reporteros, ávidos de noticias, empezaron a interrogar a los lugareños. Thomas, el

policía, estaba en su salsa. Se le dio especialmente bien describir cómo había gritado Hiram Jones mientras se lo tragaba la hiedra.

Curiosamente, el gobernador no dudó en dar crédito a la historia que le contaron los tres visitantes de Yeastford. El alcalde Young, White y Milligan fueron capaces de mostrarle que existía un peligro muy real en el estado de Pensilvania. El gobernador le prometió al alcalde toda la ayuda que la maquinaria del estado pudiera permitirse. Incluso se ofreció a acudir él mismo a Yeastford lo antes posible. Después de la rueda de prensa, concedió una larga entrevista a los periódicos, en la que habló mucho sobre sí mismo y muy poco sobre sus tres visitantes. Cualquiera pensaría, después de leer el artículo, que el gobernador había sido el primero en descubrir la hiedra y reconocer el peligro.

Al quinto día, dos regimientos de la Guardia Nacional y más de mil ciudadanos luchaban activamente contra la hiedra, que seguía creciendo. Los hombres trabajaban por turnos. Acometían la tarea de forma ordenada y sistemática. Con grandes dificultades, las calles se mantuvieron despejadas y la hiedra se confinó al pantano.

La lucha por mantener la hiedra dentro del límite vallado parecía bastante sencilla. Cada noche la hiedra crecía, y cada día se cortaban las ramas que sobresalían por encima de la valla. Por supuesto, debían trabajar casi hasta el anochecer para poder terminar la operación del día, pero, cuando llegaba la noche, la carretera y las aceras estaban limpias de la amenaza vegetal. Hubo algunas bajas, pero la capacidad ofensiva de la planta parecía haber disminuido considerablemente a causa de los múltiples envites que sufría. Parecía que iba a ser una victoria fácil. Incluso Milligan, con su conocimiento superior de la materia, tenía esperanzas de conseguirlo. Al segundo día, White había regresado a Nueva York para estudiar en profundidad la planta en el laboratorio. No volvió hasta el sexto día de lucha.

Durante el trayecto en tren desde Nueva York, reflexionó sobre la situación. Cuando el convoy se acercaba al Delaware Water Gap, White salió a la plataforma trasera. Pasaron de largo el Gap y la fábrica de papel; después, la vía empezó a bordear el río Broadhead. Allí, encima de la presa hidroeléctrica, vio algo que le hizo palidecer. Todavía estaba lanzando maldiciones cuando se bajó del tren al este de Yeastford. Milligan, que había recibido el telegrama anunciando su vuelta, se sorprendió al ver tan enfadado al biólogo, que no solía alterarse.

—Milligan, ¿qué han estado haciendo esos estúpidos?

—¿A qué te refieres?

—Han estado cortando la hiedra. ¿Qué han hecho con los trozos?

—Se los habrán llevado. Ah, sí. Los pusieron en carros y los tiraron al río. Algunos los subieron a Fox Hill.

—Han sido unos estúpidos y nosotros también. Se les tendría que haber avisado. ¡Fuego! ¡Eso es lo que necesitábamos! ¡Fuego! Quizá ya sea demasiado tarde. Cada trozo que tuviera alguna raicilla aérea y una oportunidad ha empezado a crecer. El río Broadhead está lleno de hiedra. Está empezando a subir por las montañas hacia el Gap. Si no actuamos ya, estamos perdidos.

—Pero no lo entiendo —gritó Milligan—. Pensaba que todo procedía de una especie de planta

central, una variedad de planta-animal que vivía en el agujero. ¿No se mueren los trozos cuando se cortan, como harían mis dedos si me los amputaran?

—¡No! Ese va a ser el problema de este país. He estado investigándolo. Incluso el trozo más pequeño, si puede obtener agua, empezará a crecer y generará un «animal» nuevo. Ojalá pudiera evitar la palabra «animal», pero no puedo. Esa cosa parece tener los mismos sistemas vitales que nosotros, y creo que tiene algo parecido a una mente. Puede pensar. Hasta ahora, lo único que le ha faltado es movilidad. Parece que está pegada a una raíz central y que simplemente se mueve y crece a medida que avanza, pero el cuerpo principal se queda en el agujero. Esa es la impresión que me dio a partir de lo que me dijiste, Milligan, e incluso en Inglaterra, donde nadie luchó contra ella, tardó mucho tiempo en cubrir un área pequeña. Aquí es otro cantar. La hemos estado ayudando. Hemos tirado cientos de trozos al agua, y el agua los ha transportado río abajo a lo largo de varios kilómetros. Puede que incluso haya algunas ramas a la deriva que se estén dirigiendo a Filadelfia en estos momentos. Estoy seguro de que toda la zona del Water Gap está infectada.

Después de eso, el fuego se unió al armamento utilizado. Durante un tiempo, pareció funcionar, al menos alrededor del sur de Yeastford. Pero los bosques del Water Gap eran otra historia. Allí el terreno estaba lleno de pequeñas casas de veraneo y de hoteles enormes. Se había hecho una gran inversión. Incendiar el bosque implicaba quemar los edificios. Los propietarios de los hoteles emprendieron acciones legales. Se emitieron órdenes y contraórdenes judiciales. Todo aquello produjo retrasos.



Incluso en esa época, no había en Estados Unidos mucha tradición de defensa aérea. De lo contrario, enseguida habrían considerado utilizar bombarderos. Sin embargo, pasaron más de dos semanas antes de que a alguien se le ocurriera intentar exterminar a la planta-animal central bombardeándola desde el aire.

Una vez planteado, todo el mundo se preguntó por qué no se había empleado ese método desde el primer día. Se lanzaron toneladas y toneladas de dinamita al pantano. El pueblo de Yeastford tembló con las explosiones. Las ventanas estallaron. Cuando el ataque terminó, el agujero era solo una masa de roca pulverizada y árboles destrozados. No quedaba nada verde. La victoria fue tan fácil que a las autoridades les sorprendía el temor de las semanas anteriores.

Yeastford parecía estar a salvo. Si en la zona del Water Gap tenían problemas, se los habían buscado. El gobernador del estado delegó el asunto en un comité especial y empezó a prepararse para las próximas elecciones. Arriba, en las yermas montañas del Water Gap, la hiedra parecía haber perdido todo su terrorífico poder. La gente simplemente aprendió a alejarse de ella.

Mientras tanto, seguía creciendo en el río Delaware. En esta fase de la guerra, el animal atacante demostró su ingenio diabólico. Por supuesto, había miles de animales separados en las profundidades del río, pero cada uno, originado a partir del mismo tallo matriz, parecía formar parte del sistema nervioso central, y uno de los puntos notables durante toda la guerra de la hiedra —pues así se

denominaría en el futuro— fue la habilidad que demostraron todas las plantas para trabajar en armonía, perfectamente sincronizadas unas con otras.

Las plantas se extendieron río abajo. Los biólogos declararon más tarde que su lugar de origen se encontraba en los profundos lagos subterráneos, donde vivía como un animal acuático. Sin duda alguna, demostró su capacidad de adaptación a las aguas del Delaware. No dio muestras de su existencia. No apareció ni una hoja en la superficie del agua. Simplemente fue extendiendo sus largas ramas hacia el sur por el lecho del río y, mientras se convertían en largos cables submarinos, esas ramas se iban haciendo más y más gruesas, hasta que muchas de ellas llegaron a alcanzar un grosor de más de treinta centímetros de diámetro. Y, cuando los lados marrones y blanquecinos sobresalían entre las agitadas aguas de algún rápido, parecían grandes serpientes acuáticas.

Las ramas crecieron río abajo hasta llegar a Filadelfia. Una vez más, la inteligencia múltiple de la planta-animal quedó patente al no acometer un ataque inmediato. Con fuego, dinamita y hachas, varios regimientos de hombres luchaban contra la amenaza en las laderas de las montañas alrededor del Delaware Water Gap. Pero a nadie se le ocurrió inspeccionar el río Delaware entre Filadelfia y Camden; y, aunque se le hubiera ocurrido a alguien, habría sido muy difícil, casi imposible, exterminar una masa de raíces enredadas que se extendía varios kilómetros a lo largo de la ribera y a casi diez metros de profundidad en el lecho embarrado. Mientras tanto, el intruso crecía, reuniendo fuerzas, preparándose para la conquista de la ciudad.

A pesar de las numerosas teorías y suposiciones, nunca nadie pudo afirmar con certeza que la hiedra tuviera un lenguaje o un método para comunicarse entre sus diversas partes. Una cosa estaba clara, y era que, durante toda la guerra, mostró una inteligencia propia de un ser racional. Por ejemplo, en vez de concentrar sus fuerzas en una ciudad pequeña, pasó Portland, Easton y Trenton a propósito, y esperó hasta llegar a una de las grandes ciudades del este, Filadelfia. Una vez allí, no mandó ni una rama atacante a la zona este del río, a Camden, sino que reunió todas sus fuerzas en la conquista de la ciudad más grande.

Eligió el momento oportuno para el ataque. Fue durante una noche del comienzo de la primavera, fría y húmeda por la niebla. Nadie salía a la calle si no era estrictamente necesario. Las farolas brillaban tenues como estrellas sombrías en lo alto. Las calles mojadas y el aire húmedo servían de manta para amortiguar cualquier sonido. Entonces, a medianoche, cuando todos los serenos estaban buscando un refugio cálido y seco, la planta se lanzó al ataque. Una sola planta, quizá, pero hecha de miles de partes; podría ser un animal perfectamente, pero con mil brazos; un intelecto, pero dotado de mil atributos mortíferos.

Subiendo por Market, Walnut, Arch y muchas otras calles que discurrían hacia el oeste del río, la planta fue avanzando. Era silenciosa en su crecimiento, pero sanguinaria en sus intenciones. Un sereno tras otro murieron con un horrible nudo alrededor del cuello, brindando su fluido vital por cientos de heridas punzantes para alimentar a la planta, y perdiendo el conocimiento sin la menor idea de lo que lo estaba matando. En los sótanos, los garitos de los contrabandistas, las pensiones baratas y las casas de huéspedes, las ramas se extendían y recolectaban su cosecha de muerte.

Y cuanto más sangre probaba el «animal» más rápido avanzaba, recogiendo su cosecha de muerte. Avanzaba más rápido e incluso de forma más silenciosa. La ciudad que quedaba al este de la calle Broad se rendía al enemigo sin saber que estaba librándose una batalla. Los zarcillos aéreos se sujetaban a los edificios de piedra, y subiendo por esos edificios crecían las terminaciones, buscando a su presa por cada ventana abierta, cada puerta sin cerrar.

Llegó la mañana, una mañana agradable de primavera. Ante el beso de los rayos de sol, la niebla se desvanecía con suave resignación. La ciudad saludó al nuevo día con optimismo y, hasta que los primeros supervivientes empezaron a entrar en el distrito situado al este de la calle Broad, la ciudad y la nación no se dieron cuenta de lo que había ocurrido durante la vigilia silenciosa de la noche.

Los habitantes de aquella zona que habían escapado de la muerte durante las horas oscuras salieron a la calle felices, sin el más mínimo presentimiento de que algo estuviera pasando, y una vez allí murieron rápidamente. Y que murieran en silencio o gritando no le importaba lo más mínimo al «animal» que se cernía sobre ellos y les succionaba los fluidos.

Incluso a la luz del día, a las fuerzas del orden de Filadelfia les llevó su tiempo darse cuenta de lo que había pasado y lo que les seguía pasando. No fue hasta las nueve de la mañana cuando los científicos comprendieron que la hiedra de Yeastford, la planta contra la que todavía se luchaba en las montañas del Water Gap, había llegado a Filadelfia de alguna manera y estaba asaltando la ciudad.

Aquello iba más allá de la responsabilidad de una ciudad o un asunto de Estado. Se trataba de algo que amenazaba la vida de la nación. Si se producía una lucha sin éxito contra la planta en Filadelfia, ¿qué le impediría atacar otras ciudades? ¿Wilmington? ¿Baltimore? ¿E incluso Washington?

La puesta en marcha de una defensa se demoró porque, al principio, no podían ver más que la primera línea enemiga. Saltaba a la vista que las calles de Market, Chestnut, Arch y Walnut se estaban llenando poco a poco de una masa de hojas verdes, pero hasta que los audaces aviadores hicieron un reconocimiento aéreo de la situación no se dieron cuenta del hecho crucial de que el ataque se había iniciado desde el río. Más tarde, a medida que un barco tras otro fueron rodeados y arrastrados hasta el fondo embarrado del río, y asesinado todo miembro de la tripulación, se hizo patente la verdadera importancia del asunto.

La hiedra crecía tanto hacia arriba como hacia delante. En veinticuatro horas, la calle Front se convirtió en una masa de casas verdes enramadas, y algunas de las construcciones más viejas estaban empezando ya a derrumbarse.

El gobernador del estado se enteró de lo que había ocurrido y llamó de nuevo a los tres hombres de Yeastford. Al principio, intentó ponerse en contacto con ellos por la línea de larga distancia. Con esto se perdió más tiempo. El alcalde se había ido a Nueva York a tomarse un descanso. White estaba trabajando en el laboratorio, intentando desarrollar algún método para luchar contra la hiedra. Milligan había desaparecido misteriosamente. Incapaz de localizar a ninguno de los tres, el gobernador se encontró de pronto confuso, sin saber muy bien qué hacer. A la desesperada, envió a la Guardia Nacional estatal al completo a Filadelfia, bajo el mando del general adjunto del Estado,

mientras que él mismo se dirigió a la universidad estatal, a tratar el tema con el decano del departamento de Agricultura. Para su sorpresa, descubrió que el hombre se había marchado a Nueva York. No fue hasta más tarde cuando se enteró de que el decano había ido a buscar a White para pedirle ayuda nada más conocer el problema, consciente de que White era el único que realmente podía ser de utilidad.

Durante el primer día y el siguiente se usó la misma táctica para luchar contra la hiedra; es decir, la misma que se había usado en el sur de Yeastford. Todos los esfuerzos se centraron en mantenerla al este de la calle Broad. Las terminaciones de las ramas se cortaban cuando intentaban cruzar la línea marcada. A medida que llegaba en tren una compañía tras otra de guardias, eran conducidos a la línea de combate y puestos como centinelas. A nadie se le permitía ni siquiera intentar entrar en la zona condenada. La muerte, a estas alturas omnipresente, hacía que tampoco nadie saliera. Como si ya estuviera satisfecha con el día de trabajo, la hiedra dejó de ir hacia el oeste, y pareció conformarse con consolidar su posición en el este de la ciudad.

Había conquistado el metro, poniendo fin a cualquier traslado. La defensa tenía la impresión de que la hiedra avanzaba en silencio por las alcantarillas, pero era un peligro tan nuevo y un problema tan inmenso que nadie tenía el valor de hablar abiertamente de lo que *podría estar pasando por debajo de la ciudad*. Llegó el final del segundo día, con la calle Broad limpia, mientras tenía lugar una batalla extraña entre las fuerzas militares y financieras de la ciudad. Las fuerzas aéreas estaban deseosas de lanzar cargas de profundidad en el río Delaware para intentar volar por los aires al enemigo en su cuartel general. Querían tirar dinamita a las grandes masas verdes en las calles Market y Arch. Estaban deseando empezar una guerra a muerte. Pero los intereses monetarios, los financieros que habían invertido millones en bienes inmuebles y en tiendas de productos de lujo al este de la calle Broad, protestaron. Apelaron al gobernador, suplicaron al presidente, incluso le enviaron plegarias al Todopoderoso pidiendo medidas menos severas.

Mientras tanto, la hiedra descansaba. Eso parecía, al menos.

Lo que realmente estaba haciendo era mandar cientos de raíces por el río Schuylkill para, a la tercera noche, invadir la ciudad por el oeste. El amanecer descubrió cada puente y cada vía de tren cubiertos de hiedra, rotos en pedazos con aparente rapidez. Las líneas de Pensilvania, de Baltimore y Ohio y de Reading tuvieron que ser suspendidas. La ciudad ya no podía recibir suministros.

Comenzaron las ruedas de prensa. Se concedieron entrevistas. Las grandes personalidades se aventuraron a dar sus necias opiniones. Todo hijo de vecino que podía hacerlo corría a la imprenta. Se ofrecieron miles de remedios, ninguno de los cuales fue de utilidad. La Cruz Roja, el Ejército regular, el partido republicano y los sindicatos de trabajadores pusieron su granito de arena. Pero cada uno trabajaba de forma distinta para conseguir lo mismo, y nadie estaba realmente seguro de lo que pretendía hacer.

Mientras tanto, la planta crecía, el «animal» se volvía más peligroso. Poco a poco fue reuniendo fuerzas en cada rincón de la ciudad. Los ciudadanos empezaron a marcharse; apenas había sufrimiento, y después del primer día prácticamente no se produjo ninguna muerte, pero los

consejeros del presidente se dieron cuenta de que cundiría el pánico tan pronto como los habitantes se dieran cuenta de la posibilidad de quedar rodeados por completo. Así que alentaron en silencio la despoblación de la ciudad.

Finalmente, el peligro nacional estaba tan a la vista que se dio la orden de bombardear los ríos y la ciudad al este de la calle Broad. Esa orden se habría llevado a cabo si White no hubiera llegado a Filadelfia y pedido que se aplazara. Sobresalía como un personaje peculiar frente a las personalidades importantes del cuartel general del Ejército, reunidas en el ayuntamiento. Iba vestido con ropa barata, sin sombrero, y llevaba una bolsa de Boston en una mano y un garrafón de cuatro litros en la otra. A los generales les llevó un buen rato de presentaciones darse cuenta de que el hombre que tenían delante era el mayor experto en fisiología de plantas en el hemisferio occidental.

—Desde que empezó esta guerra de la hiedra en el pantano del sur de Yeastford —comenzó—, he estado intentando encontrar algún método científico para luchar contra ella. He sentido la impotencia, la más profunda desesperanza, de no poder lanzar un ataque frontal mediante la fuerza. En el condado de Monroe fuimos capaces de cortarla en pedazos, pero cada uno de esos trocitos se empezó a convertir en una nueva planta con la mente diabólica del «animal» matriz.

»Empecé a estudiar este tipo peculiar de hiedra. Descubrí que tenía un sistema nervioso, y que, a través de ese sistema nervioso, era capaz de comunicarse con sus otras partes. Pero lo más importante de todo fue el descubrimiento de que tenía una circulación que era bastante parecida a la del sistema cardiovascular de los fetos. Realmente lo que hace es bombear los fluidos desde una punta del cuerpo a la otra.

»Antes de que yo llegara a esta conclusión, los científicos que estudiaban las plantas no habían podido explicar el movimiento de la savia en las formas de vida vegetales más grandes. La presión atmosférica solo era capaz de elevar la savia diez metros, la altura del barómetro de agua. La presión osmótica podía tener algo que ver, pero es tan lenta que, en el gigantesco *Eucalyptus amygdalina*, la presión necesitaría un año entero para llevar la savia a lo alto, a más de ciento veinte metros del suelo. No había nada que explicara este movimiento de la savia, hasta que descubrí en esta hiedra un tejido propulsor que se parece mucho al músculo del corazón.

»Una vez lo hube encontrado, caí en la cuenta de que la hiedra tenía una circulación en dos direcciones. La mayor parte del tiempo me había estado preguntando si estaba trabajando con un animal o con una planta, pero eso da exactamente igual, porque he encontrado con qué matarla.

—Bueno, ¿y qué es? —gritó un general, irritado.

—Ni más ni menos que esto. —White sostuvo en alto el garrafón—. Esto es lo que va a hacer el trabajo. Pero debo decirles que creo que esta hiedra es más un animal que una planta. Al menos, su savia tiene células diferentes a nuestros glóbulos rojos y, a la vez, un poco parecidas a ellos. Cuando lo descubrí, empecé a desarrollar una toxina hemolítica, algo que tuviera el mismo efecto en la savia de la hiedra que tiene el veneno de la cobra en la sangre humana. No fue nada fácil, pero lo encontré, y durante los últimos tres días Milligan y yo hemos estado en Wolf Hollow, al norte del Water Gap, experimentando con ella. Y les diré algo: mata a la hiedra y la mata rápido. Si se inyecta en el flujo

sanguíneo por el extremo de las terminaciones del animal, la toxina viaja por todo el animal-planta como si fuera fuego y acaba con él a medida que avanza por su organismo.

»Denme una compañía de soldados para ayudarnos a Milligan y a mí, y liberaré a la ciudad en unos pocos días. Y después voy a recomendarle al presidente que emprenda una guerra de exterminio contra toda hiedra de este país, sin importar lo inofensiva e inocente que pueda parecer.

Uno de los generales se giró hacia otro.

—¿Vale la pena intentarlo? —preguntó.

—Eso creo —fue la respuesta—. Esperaremos veinticuatro horas y después de ese tiempo, si no hay resultados, mandaremos los bombarderos.

Media hora después, un evento extraño tenía lugar en las calles de Broad y Market, en la esquina noroeste de la tienda Wanamaker. Una compañía de soldados había aislado una rama de la hiedra, le había cortado los zarcillos y había tirado de ella hasta dejarla en el suelo como una serpiente que se retorció, con el extremo casi rozando el ayuntamiento. Se retorció y tiraba y se intentaba liberar, y casi consigue escapar de los cien hombres que la sujetaban con firmeza. Sentado sobre ella estaba White, y Milligan le ayudaba a llenar una jeringa séptica hipodérmica de cristal de veinticinco centímetros cúbicos. Por fin la llenaron y clavaron la aguja hueca de siete centímetros y medio en la corteza de la hiedra, inyectando la toxina poco a poco en los vasos circulatorios. Al instante, la rama deshojada se desplomó en la acera. Atrás, donde se unía con la tienda, las hojas verdes se volvían marrones; los zarcillos ondeantes, buscando en perpetuo movimiento el alimento humano, cayeron, desenrollados y sin vida. Una gruesa corteza verde dejó de moverse y quedó colgando, muerta, a un lado de la gran tienda.

White avanzó unos treinta metros por Market y escogió otra rama para atacarla. Mediante el mismo procedimiento obtuvieron los mismos resultados. Se repartieron diez dosis, y luego veinte. Los aviadores informaron de que estaban apareciendo unas largas rayas marrones entre el verde, y que esas rayas se dirigían de vuelta hacia el río. White solicitó que le trajeran a unos cuantos fisiólogos a los que poder entrenar para poner las inyecciones. Los hombres que había pedido aparecieron como por arte de magia. Milligan se quedó para dirigir el trabajo mientras White regresaba a Nueva York a buscar un mayor suministro del veneno hemolítico.

Ahora que se habían asegurado un medio de defensa y se había llegado a un plan definitivo, todo el mundo trabajaba en armonía. El caos dio paso a un sistema. La esperanza ocupó el lugar del pesimismo. La nación, por fin interesada, financió el resto de la guerra. White fue nombrado general, Milligan fue condecorado y el alcalde Young, ascendido al grado de coronel, quedó al mando de la sección de la batalla del condado de Monroe.

La guerra acabó con la misma rapidez con la que había empezado. Desde el principio, aquellos organismos vivos debían de haberse dado cuenta de que resultaba inútil luchar, porque emprendieron una retirada ordenada y definitiva. Arrancaron las ramas y volvieron a su refugio en los ríos, e incluso allí, al darse cuenta de que serían cazados con ganchos de agarre, huyeron rápidamente al océano.

La nación, despierta ante el peligro, llevó a cabo una sistemática campaña de exterminio. El río Delaware, desde el Water Gap hasta la bahía, fue dragado a conciencia, y cada vez que se encontraba una rama se le daba una dosis del fluido de la muerte. Y solo cuando el ejército de científicos tuvo la certeza de que no había más enemigos se dio por concluido el conflicto.

El coronel Young regresó a Yeastford. No tuvo ningún problema en volver a ser elegido alcalde en una séptima legislatura. La mañana después de las elecciones se encontraba en su despacho, recibiendo las felicitaciones de sus amigos, cuando entró William Coonel, como siempre, ligeramente bebido. El coronel recordó la última visita del honorable borracho.

—Bueno, Bill —dijo con amabilidad—. Siéntate y fúmate un puro. Fue una gran guerra mientras duró, pero por fin ganamos, y la hiedra se ha ido.

—Sí, supongo que la guerra ha acabado, coronel —contestó el cazador—. Pero, después de todo, que hayamos ganado no me va a traer de vuelta a mi sabueso. Era un gran perro, coronel, demasiado bueno como para que se lo tragara esa porquería de planta.

PENSAMIENTOS VERDES
JOHN COLLIER



• 1932 •

TRADUCIDO POR
Isabel Márquez Méndez

JOHN COLLIER

1901-1980

JOHN COLLIER NACIÓ EN LONDRES y comenzó a los diecinueve años su carrera como poeta, pero pronto decidió que no iba a llegar muy lejos con sus versos y se centró en la narrativa. La novela corta *Su mujer mono*, de 1930, disfrutó de cierto éxito y abordaba el nada convencional matrimonio entre un explorador y una chimpancé. En 1935 se trasladó a Hollywood para estrenarse como guionista, profesión que ejerció en cine y televisión durante las tres décadas siguientes. Puede que su proyecto más ambicioso en este sentido fuera la adaptación cinematográfica de *El paraíso perdido* de Milton, que nunca llegó a materializarse. Sin embargo, escribió algunos guiones de películas memorables, como *La reina de África*, de John Huston, así como los de varios episodios de la popular serie televisiva *Alfred Hitchcock presenta*. También fue un prolífico autor de relatos y publicó las colecciones *Presenting Moonshine* (1941), *Fancies and Goodnights* (1951), *Pictures in the Fire* (1958), *The John Collier Reader* (1972) y *The Best of John Collier* (1975). Collier murió de un derrame cerebral en California en 1980 y, a pesar de su notable popularidad entre los lectores, la mayor parte de sus obras han caído en el olvido y han recibido escasa atención por parte del mundo académico. El propio Collier fue su crítico más duro y llegó a decir de sí mismo: «A veces me maravilla que un escritor de tercera como yo haya sido capaz de hacerse pasar por un escritor de segunda». Sin embargo, despliega en sus relatos una prosa envolvente y colorista, y es capaz de crear una galería de personajes temibles y truculentos, así como de combinar la ironía más inconfundiblemente británica con una visión del terror anclada en lo cotidiano y muy cercana a la del cine de Hitchcock.

En el caso concreto de «Pensamientos verdes» —cuento que fue el punto de partida de *La pequeña tienda de los horrores*, una archiconocida película de serie B de 1960, dirigida por Roger Corman — se advierten todas las características referidas. El narrador suele dirigirse a los lectores para guiarlos a través de una trama desbordante e imaginativa, a pesar de que, *a priori*, su protagonista, el señor Mannering, un solterón aficionado al cultivo de orquídeas, no reúne los atributos de un héroe excepcional, sino que más bien encarna al típico personaje de una narración de humor costumbrista. Pero la antagonista del relato es harina de otro costal: se trata de una singular y majestuosa orquídea que revitaliza, parodiándolo, el mito victoriano de la flor letal. Llegada en aciagas y no del todo

esclarecidas circunstancias, pronto revela su naturaleza caníbal y va haciendo desaparecer misteriosamente a cuanto ser vivo comete la terrible equivocación de acercarse a ella. Son memorables algunas de las imágenes, tan cómicas como terroríficas, en que la planta lleva a cabo su ingesta diaria de alimentos poco convencionales. El proceso de alimentación le permite atrapar la esencia misma de su víctima, que aparecerá plasmada a modo de flor espeluznante casi inmediatamente después de la digestión. También asombra, por la verosimilitud con que se relata, el tramo de la metamorfosis forzosa de Mannering en el que se detallan los previsibles cambios internos sufridos por un ser humano encapsulado para siempre en un vegetal.

PENSAMIENTOS VERDES

*Reduce todo lo que conocemos
A verde sombra y verde pensamiento.*

ANDREW MARVELL



La orquídea había llegado con las pertenencias de su amigo, que había hallado una muerte misteriosa y solitaria en el curso de la expedición. O se la había llevado como parte de un lote variado, «sin clasificar», al final de la subasta. No me acuerdo bien, pero estoy seguro de que fue lo uno o lo otro. Y de que, incluso cuando no era más que un tallo reseco en estado de latencia, aquella orquídea tenía un aire siniestro. Con sus brotes raídos y arracimados, parecía una mano rígida y nudosa, contraída de forma horrible, o bien un rostro amenazante de grotescos bigotes. ¿Cómo no imaginar la clase de orquídea que era?

El señor Mannering no se lo imaginó. Lo único que leía eran catálogos y manuales sobre fertilizantes. Desempaquetó su nueva adquisición con una dulzura que ya habría sido absurda en el caso de cualquier otra orquídea, incluso de una prímula, a estas alturas del siglo XX, pero que resultaba ridícula, necia, temeraria, si tenemos en cuenta el aspecto y procedencia de la orquídea en cuestión. Haciendo gala de su habitual insensatez, la plantó de inmediato en lo que él llamaba el «ala de observación», un invernadero construido en el muro sur de su vivienda rojiza y achaparrada. Allí era donde siempre ponía las adquisiciones más interesantes de su colección, sobre todo las plantas débiles y enfermizas, porque en la pared de su despacho había una puerta de cristal a través de la cual podía ver el interior del invernadero. Así, nada grave podía ocurrirles a las plantas débiles y enfermizas sin que él lo advirtiera de inmediato y se deshiciera en tiernos cuidados.

Esta planta, sin embargo, resultó ser bien resistente. Sus tallos gruesos y nudosos se abrían en ramos de hojas oscuras y brillantes, y pronto creció en todas direcciones, usurpando tal cantidad de espacio que, una tras otra, todas sus vecinas tuvieron que ser trasladadas a un invernadero al fondo del jardín. La prima Jane dijo que se trataba de un lúpulo común. En el extremo de los tallos, justo antes de las hojas, crecían racimos de lánguidos zarcillos que no parecían cumplir función alguna. El señor Mannering pensó que seguramente se trataba de órganos vestigiales, herencia de un periodo en el que la planta hubiese sido trepadora. Pero ¿desde cuándo eran los zarcillos vestigiales de una

antigua trepadora la mitad de gruesos y fuertes que aquellos, o tan siquiera un cuarto?

Mucho tiempo después, aparecieron grupos de capullos diminutos aquí y allá entre el ostentoso follaje. Pronto estos se abrieron para revelar unas flores pequeñas de aspecto lastimoso que parecían cabezas de moscas. De cualquier orquídea que se precie cabe esperar una flor grande, llamativa y siniestra, como una anémona, un farolillo chino o un hipopótamo bostezando; y si, además, se trata de una especie no clasificada, no creo que sea excesivo exigirle también un aroma penetrante y embriagador.

Pero al señor Mannering no le molestó aquello, en absoluto. Aparte de su felicidad y su orgullo por ser el descubridor y padrino de una especie nueva de orquídea, solo sentía un leve interés científico por el hecho de que las raquílicas flores se parecieran tanto a la cabeza de una mosca. ¿Sería un modo de atraer a otras moscas para usarlas como alimento o como agentes fertilizantes? Pero, en ese caso, ¿por qué imitar sus cabezas?

Unos días después desapareció el gato de la prima Jane. Fue un mal trago para la prima Jane, pero el señor Mannering, en lo más profundo de su corazón, no lo sintió mucho. No sentía especial aprecio por aquel gato, que se colaba en el invernadero en busca de calidez en cuanto él abría una mínima rendija en el techo para ventilarlo, y que de este modo había destrozado en más de una ocasión los delicados brotes de sus plantas. Pero, antes de que la pobre prima Jane hubiera cumplido dos días de luto, sucedió algo que acaparó la atención del señor Mannering hasta tal punto que ya no pudo dedicarle ni medio pensamiento a su aflicción, ni siquiera fingir interés por la desaparición del gato con preguntas amables e hipócritas a la hora del desayuno. Un brote nuevo y extraño apareció en la orquídea. Quedó claro que esta planta iba a dar dos tipos de flores distintas, como sucede a veces en los más fantásticos rincones del mundo vegetal, y que la nueva flor sería muy diferente de las anteriores en cuanto a dimensiones y estructura. Se hizo más y más grande, hasta alcanzar el tamaño de un puño.

Y entonces, en el momento más inoportuno, un asunto irritante y desafortunado obligó al señor Mannering a ir a la ciudad. El inútil de su sobrino se había vuelto a meter en problemas, y esta vez era algo tan grave y vergonzoso que el señor Mannering tuvo que hacer acopio de toda su generosidad, y de toda su influencia, para rescatar al despreciable joven. De hecho, en cuanto fue consciente de la gravedad de la situación, le dijo al pródigo que no volviera a contar con él, que sus vicios y su ingratitud habían anulado hacía tiempo cualquier afecto que pudiera existir entre ellos, y que si lo ayudaba esta última vez era en honor a la memoria de su madre, no porque lo creyera capaz de reforma ni de arrepentimiento. También escribió a la prima Jane para desahogarse, contándole todo lo sucedido y añadiendo que lo único que podían hacer a esas alturas era sacar a aquel joven de la familia definitivamente.

Cuando regresó a Torquay, no encontró a la prima Jane por ninguna parte. Era una situación de lo más molesta. Su única sirvienta, la cocinera, era muy vieja, muy estúpida y muy sorda. Para colmo, padecía una obsesión, debido a que durante muchos años no había tenido una sola conversación con el señor Mannering en la que este no le hubiese recordado rigurosamente que, pasara lo que pasara,

había que mantener la cocina de leña encendida: además de proporcionar agua caliente para toda la casa, calentaba las tuberías del «ala de observación», a la que no tenía acceso el jardinero que iba todos los días a ocuparse del resto de los invernaderos. A estas alturas de su vida, la mujer consideraba sus tareas de fogonera como su principal *raison d'être*, y era difícil penetrar el muro de su sordera con una pregunta que su estupidez y su obsesión no encontraran el modo de transformar en una consulta sobre la cocina de leña; especialmente, por supuesto, si quien le estaba hablando era el señor Mannering. Lo único que pudo desentrañar él en esta ocasión fue lo que ella misma le comunicó en cuanto lo vio llegar: que nadie había visto a su prima desde hacía tres días, que se había marchado sin decir palabra. El señor Mannering se quedó perplejo e irritado, pero era un hombre metódico y pensó que sería mejor no hacer más preguntas hasta que se hubiera recuperado un poco de aquel largo y agotador viaje. Necesitaba estar rebosante de energía para tratar de extraer cualquier tipo de información de la vieja cocinera; además, probablemente hubiera una nota en alguna parte. Como es natural, antes de retirarse a su habitación, el señor Mannering se asomó al invernadero, solo para asegurarse de que la fantástica orquídea no había sufrido ningún daño durante la desconsiderada ausencia de la prima Jane. En cuanto abrió la puerta su mirada cayó sobre el capullo: había mutado considerablemente de forma, y aumentado en tamaño hasta alcanzar el de una cabeza humana. No sería una exageración decir que el señor Mannering se quedó petrificado, con los ojos fijos en aquel maravilloso brote, no menos de cinco minutos.

Pero, os preguntaréis, ¿cómo no vio su ropa en el suelo? Bueno, es un tema delicado, pero la cuestión es que no había ropa en el suelo. La prima Jane, aunque por supuesto era perfectamente respetable en todos los sentidos, y aunque hacía tiempo que había pasado los cuarenta, abrazaba prácticas de lo más novedosas basadas en la conexión entre el cuerpo y el alma. Y el invernadero donde estaba la orquídea era el lugar más cálido a su disposición. Prosigamos, pues, con el relato.

El señor Mannering por fin apartó la mirada de aquel asombroso brote y decidió dirigir su atención a las insípidas tareas de la vida cotidiana. Pero, aunque su cuerpo subió las escaleras sin rechistar, su corazón, su mente y su alma se habían quedado atrás, adorando a la planta. Pese a que se tomaba el tamaño miserable de las flores anteriores con una filosofía que rozaba lo insensible, ahora se alegraba tanto como nos habríamos alegrado cualquiera de nosotros por la magnificencia del nuevo capullo. Así, no es de extrañar que, mientras se bañaba, el señor Mannering se viera sumido en exaltadas fantasías sobre el florecimiento de su amada criatura, su ahijada vegetal. Sería, con diferencia, la mayor flor conocida hasta entonces, compleja como un sueño, o bien de una sencillez deslumbrante. Se abriría como una bailarina o como el sol naciente. ¡Quizá se estuviera abriendo en ese mismo instante! El señor Mannering no pudo aguardar un minuto más: salió del agua humeante y, envuelto en su albornoz, se apresuró escaleras abajo hacia el invernadero, sin parar apenas a secarse, pese a que era propenso a los resfriados.

El capullo aún no había florecido; su cabeza se alzaba intacta entre el follaje brillante y carnoso. Y ahora vio algo en lo que no se había fijado antes: la exuberancia con la que habían crecido aquellas hojas. De repente se dio cuenta, asombrado, de que aquel enorme capullo no era el que había

aparecido antes de que él partiera. Ese había brotado en un tramo inferior de la planta. ¿Dónde estaba ahora, entonces? Pues bien, resultó que el nuevo brote lo había ocultado con su derroche de follaje. Se acercó para destaparlo. Había florecido. Y, al contemplar la flor, su asombro se tornó estupefacción, incluso cabría decir parálisis, porque, efectivamente, el señor Mannering se quedó allí plantado, con los ojos fijos en la orquídea, no menos de quince minutos. La flor era una réplica exacta de la cabeza del gato perdido de la prima Jane. El parecido era tan exacto, tan realista, que la primera reacción del señor Mannering, pasados esos quince minutos, fue echar mano de su albornoz y envolverse en él, pues era un hombre modesto y aquel gato, aunque lo compraron pensando que era macho, había resultado ser gata. Menciono esto para demostrar cuánto carácter, espíritu, *presencia*, como queráis llamarlo, había en el rostro de aquel gato floral. Pero cuando fue a cerrarse el albornoz ya era demasiado tarde. No podía moverse. El nuevo y frondoso follaje lo había cercado sin que se diera cuenta; los zarcillos que tan a la ligera había considerado inocuos se le echaron encima por todos los flancos; soltó un par de gritos débiles y cayó al suelo, y aquí es donde el señor Mannering tal y como lo conocemos desaparece de esta historia.

El señor Mannering entró en coma, en un estado de insensibilidad tan profundo que trascurrió una oscura eternidad antes de que se restableciera el más leve atisbo de consciencia en su cerebro. Pues su cerebro era el núcleo de un nuevo brote que estaba creciendo. De hecho, pasaron dos o tres días hasta que este cúmulo primitivo y nada prometedor de materia orgánica alcanzó la madurez suficiente como para merecer siquiera el nombre de «señor Mannering». Esos días, que pasaron deprisa en el mundo exterior, al ritmo de una agitación leve y placentera, para la mente apenas despierta dentro del capullo constituyeron una síntesis del desarrollo de nuestra especie a lo largo de todas sus fases.

Se estaba produciendo un proceso análogo al de las mutaciones del embrión. Por fin la entidad que se había visto empujada a tan precipitado recorrido por las edades del hombre fue frenando y se detuvo casi por completo en el presente. Se volvió reconocible. Las siete edades del señor Mannering se presentaron, por así decirlo, en una serie de planos cortos, como en una película educativa; poco a poco, su consciencia se asentó y se aclaró. El capullo había alcanzado la madurez, estaba a punto de abrirse. En ese momento, si no me equivoco, el estado mental del señor Mannering era exactamente igual al de un paciente que, recién salido de una anestesia y sacudiéndose vagas ensoñaciones, preguntara con voz quejumbrosa: «¿Dónde estoy?». Entonces el capullo floreció, y lo supo.

Veía el invernadero, pero desde un ángulo desconocido. Ahí estaba su despacho, al otro lado de la puerta de cristal. Si miraba hacia abajo podía ver la cabeza del gato, y a su altura, junto a él, estaba la prima Jane. No podía decir una palabra, pero claro, ella tampoco. Quizá fuera mejor así. En el mejor de los casos, se habría visto obligado a darle la razón en una discusión muy antigua: ella siempre había dicho que aquella obsesión suya con «esas plantas antinaturales» no podía traer nada bueno.

Hay que reconocer que el señor Mannering no se disgustó demasiado al principio ante tan extraordinaria alteración de su rutina. El motivo, creo yo, fue su interés no solo en los asuntos privados y personales de su metamorfosis, sino en los aspectos más amplios, más generales;

biológicos, podría decirse. Por lo demás, dado que ahora era un vegetal, sus reacciones eran vegetativas. La falta de capacidad locomotora, por ejemplo, no le preocupaba lo más mínimo, ni siquiera la ausencia de cuerpo y extremidades; no más que la interrupción de ese flujo constante de beicon y té, galletas y vasos de leche, lonchas de embutidos y demás alimentos que habían desfilado por su boca durante más de cincuenta años y que ahora se veían sustituidos por una nutrición suave, continua y apenas perceptible desde abajo. Toda la influencia de lo físico sobre lo mental, por tanto, lo inclinaba a un estado de calma. Pero lo físico no lo es todo. Aunque ya no fuera un hombre, seguía siendo el señor Mannering. Y esta anomalía, tan pronto como su interés científico se hubo atenuado, trajo consigo una cohorte de temores, la mayoría de ellos de origen subjetivo.

Le atormentaba, por ejemplo, la idea de que ya no tendría la oportunidad de ponerle nombre a su orquídea, ni de escribir un artículo al respecto; lo que es peor, creció en su mente la abominable certeza de que, tan pronto como se conociera su situación, sería a él a quien pondrían nombre y clasificarían; él mismo sería objeto de un artículo académico, e incluso de críticas y comentarios en la prensa. Como cualquier coleccionista de orquídeas, era excesivamente tímido y sensible; en su presente estado, estas cualidades se veían naturalmente exacerbadas, y a punto estaba de marchitarse cada vez que pensaba en ser el centro de atención. Aún peor era el miedo a que lo trasplantaran y lo llevaran a algún lugar desconocido, frío, probablemente abierto al público. ¡Que lo desarraigaran! ¡Ah! El follaje que crecía de la parte de la planta correspondiente al señor Mannering se sacudió con un violento escalofrío. Cobró consciencia de sensaciones fantasmales y remotas en el tallo que tenía debajo, y en ciertos penachos de hojas que salían de este; recordaban, en cierto modo, a la columna, el corazón y las extremidades. No pudo evitar sentirse como una especie de ninfa de los bosques.

Pero, a pesar de todo, la luz del sol era muy agradable. El potente aroma a tierra, rico y especiado, llenaba el invernadero. Gracias a un mecanismo diseñado a propósito en las tuberías de agua caliente, se filtraba en el aire un ligero y cálido vapor. El señor Mannering comenzó a abandonarse a una actitud de *laissez-aller*. Justo entonces, oyó un zumbido persistente en la esquina del techo de cristal donde estaba el conducto de ventilación. Este no tardó en pasar de un tono irritado a un timbre complacido: una abeja había logrado, con cierta dificultad, abrirse camino a través de uno de los mínimos resquicios en la rejilla de metal. La visitante se acercó revoloteando cada vez más bajo a través del aire verde y quieto, como si estuviese entrando en un mundo subacuático, y se paró a descansar en uno de los pétalos que eran las cejas del señor Mannering. Desde allí se lanzó a explorar un rasgo tras otro, hasta dejarse caer pesadamente en el labio inferior, que se hundió bajo su peso y le permitió deslizarse al interior de la boca. La impresión fue considerable, por supuesto, pero en el fondo no era una sensación tan alarmante ni tan desagradable como había esperado. «De hecho — pensó el caballero vegetal—, resulta gratificante.»

Pero el señor Mannering pronto cesó el adormilado análisis de sus sensaciones cuando vio que la abeja, tras alzar el vuelo y trazar un par de perezosos círculos, se posaba directamente sobre el virginal labio de la prima Jane. Como un mal presagio, como el rayo que precede la tormenta, un simple principio botánico cruzó por la cabeza de su desdichado pariente. La prima Jane también lo conocía,

aunque, dado que había nacido en una época anterior, podría haber permanecido dichosa e ignorante de no ser porque su primo —¡vanidoso insensato, terco proselitista!— llevaba años intentando despertar su interés por los rudimentos de la botánica. ¡Cuánto se arrepentía ahora el pobre desgraciado! Vio que dos grupos de hojas justo debajo de la flor temblaban, se agitaban y se alargaban dolorosamente hacia arriba para adoptar la forma exacta de dos manos ofendidas en gesto de protesta. Vio los pétalos suaves y ordenados de la cara de su prima erizarse y ruborizarse de ira y de bochorno, para luego tornarse pálidos como los de una gardenia por el horror y la consternación. Pero ¿qué podía hacer él? Toda la rectitud que le había sido inculcada durante su esmerada formación, toda la caballerosidad que corresponde a un coleccionista de orquídeas, hervía y burbujeaba bajo una fachada de calma paralítica. Hizo un esfuerzo descomunal para activar los músculos de la cara y adoptar una expresión de dolor, de contricción viril, de impotencia ante los designios del destino, de honorable disposición a compensar la falta como fuera posible, todo ello teñido de un optimismo leve pero reconfortante; pero fue en vano. Cuando ya se había estirado hasta que sus nervios parecían a punto de desgarrarse por la tensión, el único movimiento que había logrado era un trivial batir de su párpado izquierdo: peor que nada.

Este incidente sacó al señor Mannering por completo de su letargo vegetal. Se rebeló contra las limitaciones de la forma que le había sido impuesta sin perder en su esencia, pese a todo, un ápice de humanidad. ¿Acaso no seguía siendo un hombre, acaso no eran de hombre sus esperanzas, ideales y aspiraciones, y también su capacidad de sufrimiento?

Al atardecer, las formas siniestras y opulentas de la enorme planta quedaron reducidas a una silueta vislumbrada, más poderosa e imponente que su lujoso resplandor del mediodía; una atmósfera selvática impregnó el invernadero como el sueño de un exiliado o la nostalgia de un saxofón; los bigotes de la gata se relajaron, e incluso los ojos de la prima Jane se fueron cerrando lentamente, pero su desdichado vecino siguió despierto, con la mirada fija en la oscuridad que iba cayendo sobre él. De repente se encendió la luz de su despacho. Dos hombres entraron en la habitación. Uno de ellos era su abogado; el otro, su sobrino.

—Este es su despacho, como ya sabrá —dijo el avieso sobrino—. Aquí no hay nada. Miré cuando vine el miércoles.

—He pasado muchas tardes en esta habitación —dijo el abogado, con una mueca de desdén—. Yo me sentaba a este lado de la chimenea y él en aquel. «Mannering», pensaba yo, «me pregunto cómo será tu fin. ¿Drogas? ¿Perversión sexual? ¿O asesinato?». En fin, quizá pronto sepamos la respuesta. Hasta entonces supongo que usted, como familiar más cercano, deberá hacerse cargo de todo.

Dicho esto, el abogado se giró para marcharse, y el señor Mannering vio cómo una sonrisa maliciosa cruzaba el rostro del joven. El desasosiego que se había apoderado de él en cuanto vio llegar a su sobrino se intensificó, y se echó a temblar de miedo al ver aquella sonrisa.

Cuando hubo acompañado al abogado a la puerta, el sobrino regresó al estudio y miró a su alrededor con una satisfacción decidida y siniestra. Luego dio unos saltitos de felicidad junto a la

chimenea. El señor Mannering pensó que nunca había visto algo tan diabólico como aquella expresión solitaria de felicidad venenosa ante la perspectiva de ejercer un poder ilimitado en el lugar del que había sido expulsado. ¡Cuán vulgar parecía, visto así, su mezquino triunfo, cuán repugnante su mezquino rencor, cuán atroz su vengativa indiferencia! Recordó de repente que su sobrino había destacado, en su deplorable niñez, por su crueldad con las moscas, cuyas alas se dedicaba a arrancar, y por su salvajismo con los gatos. Una especie de rocío apareció en la frente del buen hombre. Tenía la impresión de que bastaría con que su sobrino mirara hacia allá para que todo quedara descubierto, sin recordar que desde la habitación iluminada no se distinguía nada en la oscuridad del invernadero.

Sobre la chimenea había una gran foto sin enmarcar del señor Mannering. Su sobrino la vio y cruzó la habitación para hacerle frente con una insolente mueca de triunfo.

—¿Qué pasa, viejo fariseo —dijo—, te la has llevado de excursión a Brighton o qué? ¡Dios, ojalá no vuelvas! ¡Ojalá te hayas caído por un acantilado o te haya llevado la marea o algo así! En fin, habrá que aprovechar mientras dure. ¡Qué asco de viejo roñoso! —Alargó la mano y le propinó un desdeñoso capirotazo en la nariz a la foto.

Dicho esto, el desvergonzado usurpador abandonó la estancia dejando todas las luces encendidas: evidentemente, prefería el comedor y su mueble bar a la austeridad académica de aquella estancia.

Toda la noche, la luz eléctrica del despacho cayó sobre el señor Mannering y su prima Jane como el brillo barato de un sol artificial. Si han visto ustedes alguna vez en el parque, a medianoche, los matojos de asteres que crecen tiesos y alarmados bajo la luz de una lámpara de neón, consumido su débil color por el torrente de resplandor químico, ni dormidos ni despiertos, sino suspensos en un tenso trance neurasténico, quizá puedan hacerse una idea de la noche que pasaron estos dos desdichados.

Y cuando ya empezaba a amanecer sucedió algo, algo trivial en sí mismo, sin duda, pero suficiente, en ese momento, para colmar el vaso de la incomodidad de la prima Jane y del bochorno y el remordimiento de su pariente. Por el borde de la enorme era donde estaba plantada la orquídea correteó un pequeño ratón negro. Tenía unos ojos rojos y maliciosos, un horripilante hocico desnudo y orejas enormes y repelentes, como de murciélago. Aquella criatura cruzó corriendo las hojas bajas de la parte de la planta correspondiente a la prima Jane. Fue sencillamente espantoso. El fibroso tallo se retorció como un mechón de pelo en una hoguera, las hojas se contrajeron en un espasmo agónico cual mimosa cauterizada; la horrorizada dama casi se desenraizó a sí misma, tales eran sus convulsiones de terror. Creo que lo habría logrado si el ratón no se hubiese alejado rápidamente.

Pero apenas había avanzado medio metro cuando alzó la mirada y vio, inclinada sobre él y aparentemente llena de vida, la flor que en su día se había llamado Tib. Se hizo un silencio tenso. El ratón estaba claramente paralizado de miedo, la gata solo podía mirar y anhelar. De repente, los observadores más humanos vieron un tallo frondoso curvarse sigilosamente hacia fuera y cercar por detrás a la hipnotizada criatura. La prima Jane, que se había regocijado pensando «Bien, ahora se irá y no volverá nunca, nunca, nunca», fue consciente, de pronto, de horripilantes posibilidades.

Haciendo acopio de toda su energía, logró una sacudida espasmódica, suficiente para romper el trance que tenía paralizado al ratón y permitir que, como un juguete de cuerda, se girara de golpe y saliera huyendo. Pero el brazo de la orquídea ya le bloqueaba la escapatoria. El ratón se abalanzó sobre ella. Como un relámpago, cinco zarcillos atraparon al fugitivo y lo sujetaron con fuerza, y pronto su cuerpo desapareció. El corazón de la prima Jane estaba atormentado por horribles temores, y lenta y dolorosamente giró su rostro cansado a un lado y a otro, con una ansiedad febril por descubrir dónde aparecería el nuevo capullo. Una especie de serpollo verde y tierno, que estaba enrollado suavemente alrededor del tallo principal de la joven y cuya punta, redondeada como la punta de un espárrago, quedaba cerca de su flor, comenzó de repente a hincharse de un modo muy sospechoso. Ella lo escrutó con una fascinación consternada. ¿No serían imaginaciones suyas? No lo eran.

A la tarde siguiente, la puerta se abrió de nuevo, y de nuevo el sobrino entró en el despacho. Esta vez iba solo, y estaba claro que acababa de terminar de cenar. Tenía en la mano una licorera llena de whisky, tapada con un vaso del revés. Bajo el brazo llevaba un sifón. El rubor de su rostro era evidente, y una sonrisa como las que suelen verse en las tabernas jugueteaba en sus labios. Soltó su cargamento y, dirigiéndose al armario donde el señor Mannering guardaba los puros, sacó un manajo de llaves y empezó a probar cada una de ellas en la cerradura, murmurando con rencor a cada intento fallido, hasta que logró abrirlo y procedió a servirse del más selecto de sus contenidos. Por molesto que fuera presenciar tan insolente usurpación de su propiedad, y por humillante que resultara ver la satisfacción con la que se fumaba el puro, lo que más preocupó al pobre caballero fue pensar que, con las llaves en su poder, su abominable sobrino tenía acceso a todos y cada uno de sus rincones privados.

Por el momento, sin embargo, el usurpador no parecía dispuesto a proseguir sus investigaciones; vertió una buena cantidad de whisky en el vaso y adoptó una actitud relajada de confort y opulencia. Pero, al rato, el joven comenzó a aburrirse de su propia compañía. Aún no le había dado tiempo a convocar a sus amigos del bar en casa de su tío, y el consumo progresivo de la botella de whisky solo aumentó su deseo de algo con lo que distraerse de la monotonía. Su mirada cayó sobre el invernadero. Tenía que suceder tarde o temprano. ¿Sirve esto de consuelo al condenado a muerte cuando oye la llamada fatal en la puerta de su celda? No. Tampoco fue una reflexión que consolara los corazones de la temblorosa pareja que aguardaba allí dentro.

Mientras el sobrino se peleaba con la manija de la puerta de cristal, la prima Jane alzó lentamente dos frondas de hojas que crecían, altas, a ambos lados de su tallo y hundió tras ellas su atormentado rostro. El señor Mannering vio, con un arrebató de esperanza, que de este modo quedaba decentemente oculta de una mirada distraída. Se apresuró a seguir su ejemplo. Por desgracia, aún no había conseguido un control suficiente de sus... ¿extremidades?, y pese a sus penosos esfuerzos no logró levantarlas más allá de una agonizante posición horizontal. La puerta se había abierto, su sobrino estaba buscando a tientas el interruptor junto a la entrada. Fue uno de esos momentos en los que el pánico todo lo puede. Y al señor Mannering pánico le sobraba. De repente, con un esfuerzo

indescriptible, consiguió levantar el ramo de hojas de la derecha. No de una vez, cierto, sino en una serie de dolorosos tirones hacia atrás y hacia fuera, subiendo poco a poco hasta que alcanzó la posición de un brazo alzado por encima de la cabeza. Y entonces, en el preciso instante en que se encendió la luz, un ramillete que había justo en la punta del ramo se abrió cual abanico, con una forma muy similar a la de una hoja de castaño de Indias, y el angustiado rostro quedó oculto detrás. ¡Qué alivio! Pero el sobrino ya estaba adentrándose en el invernadero, y de repente la pareja escondida recordó, al mismo tiempo, la fatídica presencia de la gata. También al mismo tiempo, la savia se les heló en las venas. El sobrino ya estaba rodeando la planta. La gata, bestia sagaz, «sabía», con la infalible intuición de su especie, que estaba ante un holgazán, un parásito, un sensualista, un individuo obsceno y brutal, irrespetuoso con sus mayores, insolente ante el débil, bárbaro con los gatos. Por consiguiente, permaneció muy quieta, confiando en pasar desapercibida gracias a su posición baja y relativamente apartada en la planta, a fenómenos como el mimetismo defensivo y al estado semiebrio del sobrino. Pero confió en vano.

—¿Cómo? —exclamó el sobrino—. ¿Esto qué es, un gato?

Y alzó la mano para asestarle un golpe a la pobre criatura. Pero algo en el rostro digno e impasible de su víctima debió de penetrar en su embriagada mente, pues el golpe no llegó, y el matón, un cobarde en el fondo, como todos los matones, miró de un lado a otro para rehuir la mirada firme y desdeñosa del valiente felino. ¡Aciaga suerte! Pues sus ojos cayeron sobre algo que emitía un brillo blanquecino tras el oscuro follaje. Apartó las hojas para ver qué era. Era la prima Jane.

—¡Ah! ¡Oh! —exclamó el joven, muy confundido—. Has vuelto. ¿Pero qué haces aquí escondida?

Con gesto avergonzado, la mirada perdida y la boca abierta de sorpresa, empezó a comprender la auténtica naturaleza de la situación. La mayoría de nosotros habría emprendido de inmediato un intento de comunicación o de ayuda, o al menos nos habríamos arrodillado para dar gracias al Creador por Su misericordia, por habernos librado de semejante destino, o quizá habríamos salido a toda prisa del invernadero para evitar cualquier accidente. Pero el alcohol había inflamado de tal modo la cruel naturaleza del joven que no sintió miedo ni gratitud ni asombro. Cuando se hizo cargo de la situación, una sonrisa diabólica apareció en su rostro.

—¡Ja, ja, ja! ¿Pero dónde está el viejo?

Escudriñó la planta, ansioso por encontrar a su tío. Al momento lo había localizado y, alzando el inservible abanico de hojas, dejó al descubierto el rostro del héroe de nuestra historia, torturado por cientos de emociones amargas.

—¡Hombre, Narciso! —exclamó el sobrino.

Se hizo un largo silencio. El muy miserable estaba tan contento que no podía pronunciar palabra. Se frotó las manos y se relamió y se lo quedó mirando como un niño con un juguete nuevo.

—Estás sembrado últimamente, ¿eh? —dijo—. Hay que ver las vueltas que da la vida. ¿Te acuerdas de la última vez que nos vimos?

Una sombra de emoción cruzó el rostro de la sufrida flor, revelando que tenía consciencia.

—Así que puedes oír lo que digo —añadió el torturador—. Y sentir, imagino. ¿Sí o no?

Mientras hablaba, alargó la mano, agarró unas delicadas hebras plateadas que crecían como bigotes en torno a la parte baja de la flor y les dio un fuerte tirón. Sin pararse a apreciar, aunque fuese por interés científico, los matices más sutiles de la reacción de su tío, conforme con aquel primer encogimiento desolado, el miserable soltó una risotada de satisfacción y, dando una larga calada a los restos humeantes del puro robado, exhaló el apestoso humo directamente al centro de su víctima. ¡El muy animal!

—¿Ahora qué, san Juan Bautista? ¿Te gusta? —preguntó con tono burlón—. Es buen insecticida, hombre. ¡Te quejarás!

Algo rozó la manga de su abrigo. Bajó la mirada para ver un largo tallo, recubierto de letales zarcillos, abrirse paso por la árida e insatisfactoria superficie. Al momento había llegado a su muñeca, y sintió que se le aferraba, pero se lo arrancó de un tirón, como si de una sanguijuela se tratase, antes de que pudiera agarrarse bien.

—¡Puaj! —exclamó—. Conque eso es lo que pasa, ¿eh? Me parece a mí que voy a quedarme fuera hasta que le vaya pillando el tranquilo a esto. No quiero convertirme en una presa fácil. Aunque no creo que pudiera atraparme vestido.

Lo asaltó un pensamiento repentino y miró de su tío a la prima Jane y de nuevo a su tío. Escrutó el suelo y vio un solo albornoz arrugado oculto en las sombras.

—¡Anda! —exclamó—. ¡Pero bueno! ¡Ja, ja, ja! —Y, con una odiosa sonrisa burlona, salió del invernadero.

El señor Mannering tenía la sensación de que su sufrimiento no podía ir a más. Pero, aun así, temía el día siguiente. Su imaginación febril salpicó la larga noche con pesadillas de duermevela, exageradas fantasías de humillación y tortura. ¡Tortura! Era absurdo, por supuesto, creer que su sobrino fuera capaz de perpetrar atrocidades a sangre fría, pero temía que uno de esos obscenos brotes que despertaban su sentido del humor pudiera llevarlo a Dios sabe qué ataques gratuitos, sobre todo si lo pillaba borracho. Pensó en babosas y caracoles, topiaria y espalderas. ¡Si al menos aquel monstruo se conformara con sus insultos, con despilfarrar su fortuna, con saquear ante sus ojos todas sus posesiones, hasta con tirarle de los bigotes de vez en cuando! Entonces quizá fuera capaz de irse distanciando poco a poco de todo lo que quedaba en él de hombre, atenuar sus pasiones, dejar de admirar y de desear, adoptar el modo de vida nativo, por así decirlo, recaer en el nirvana de un sueño vegetal. Pero por la mañana se dio cuenta de que no iba a ser tan fácil.

Apareció el sobrino y, tras una breve pausa para insultar con la mayor de las indiferencias a sus parientes del invernadero, se sentó en el escritorio y abrió el primer cajón. Estaba claro que buscaba dinero, su ansia lo delataba; sin duda, ya se había gastado todo el que había birlado de los bolsillos de su tío y aún no había trazado un plan para hacerse con el control directo de su cuenta bancaria. No obstante, lo que había en el cajón bastó para que el muy sinvergüenza se frotara las manos con satisfacción, llamara a la criada y le bramara en la oreja un imprudente pedido para la licorería.

—¿A qué esperas? —gritó, una vez hubo conseguido hacerla comprender—. Voy a tener que buscarme una sirvienta un poco más despierta, te lo digo ya. Sí —añadió para sí, mientras la pobre

señora se alejaba cojeando, muy herida—, sí, una buena camarerita.

Buscó en el listín telefónico el número de la agencia de colocación local. Esa tarde entrevistó a una serie de criadas en el despacho de su tío. A las que resultaban ser feas, o parecían demasiado respetables, las trataba de forma fría y cortante: pronto otras ocupaban su lugar. La entrevista solo avanzaba cuando la chica era atractiva (según el depravado gusto del joven, claro) y mostraba un comportamiento procaz o descarado. En estos casos, el sobrino concluía con algún comentario que dejaba meridianamente claro a todas las entrevistadas cuáles eran sus verdaderas intenciones. Una vez, por ejemplo, se inclinó hacia delante y, sujetando la barbilla de la chica con una sonrisita odiosa, dijo: «Aquí solo estoy yo, así que serías parte de la familia, ¿comprendes, querida?». A otras les decía, deslizándoles el brazo por la cintura: «¿Tú crees que nos llevaremos bien?».

Después de que semejante conducta empujara a dos o tres de ellas a abandonar la estancia, confundidas, apareció una joven de la peor calaña; alguien cuyo carácter, que ya traicionaban sus galas baratas, su burdo maquillaje y su pelo teñido, quedaba reflejado con mayor claridad si cabe en su rostro rubicundo y de sonrisa facilona. El sobrino no tardó en llegar a un acuerdo con esta criatura. De hecho, su verdadera naturaleza era tan evidente que el depravado joven solo mantuvo la farsa de una entrevista corriente como aderezo de su anticipación, disfrutando del contraste entre las palabras formales y las miradas desatadas. Acordaron que comenzaría al día siguiente. El señor Mannering temía más por su pobre prima que por sí mismo. «¿Qué escenas no habrá de presenciar —pensó— que harán que sus amarillentas mejillas se tornen escarlata?» ¡Ojalá hubiera podido decirle algo!

Pero esa tarde, cuando el sobrino se acomodó a sus anchas en el despacho, quedó claro que estaba más borracho que nunca. Su rostro, sonrojado en parches a causa del licor, mostraba una mueca malhumorada; tenía un brillo siniestro en los ojos acuosos y mascullaba descontroladamente. Era evidente que este demonio con forma humana tenía la mecha especialmente corta aquel día; sin duda, alguna nimiedad debía de haber desatado su furia.

Resulta interesante observar que, incluso en una fase tan tardía, se produjo un cambio repentino en las reacciones del señor Mannering. Ahora parecían enteramente egoístas, y solo respondían a estímulos directamente relacionados con cuestiones físicas. El sobrino rompió un biombo de una patada en un arrebato de ira ebria, arrojó una colilla encendida a la alfombra, prendió varias cerillas contra la mesa pulida. Su tío presenció todo aquello con la calma de alguien cuyo sentido de la propiedad y de la dignidad ha quedado paralizado, suspendido: no se sentía furioso ni abochornado. ¿Es posible que, de un salto repentino, como suelen producirse estos cambios, se hubiera acercado mucho más a su meta, la vegetación absoluta? Su preocupación por la modestia amenazada de la prima Jane, que tanto lo había conmovido apenas unas horas antes, debió de ser el último suspiro moribundo de un altruismo agotado: la más humana de las virtudes lo había abandonado. Sin embargo, aquel cambio a su presente estado tan solo era una bendición a medias. Al estrecharse y dejar fuera las regiones más claramente humanas de su ser, su consciencia no solo había desterrado el orgullo y el altruismo, responsables de gran parte de su sufrimiento, sino también la fortaleza y la

sangre fría, que, junto con las citas de los griegos clásicos, habían sido su principal apoyo ante aquel torrente de desgracias. Además, constreñido de este modo, su ego no quedaba reducido, sino concentrado: su indiferencia serena y floral hacia el maltrato de su mobiliario se compensaba con un terror floral, obsesivo e inamovible ante la idea de convertirse en objeto de aquel mismo maltrato.

En el despacho, el sobrino seguía maldiciendo, furioso. En la repisa de la chimenea había un sobre, dirigido a la prima Jane con la letra del señor Mannering. Dentro estaba la carta que le había escrito desde la ciudad, describiendo la vergonzosa conducta de su sobrino. El joven se fijó en el sobre y, sin pensárselo, llevado por una curiosidad ociosa, lo abrió y sacó la carta. Mientras iba leyendo, su rostro se oscureció cien veces más.

—Qué... —murmuró—. «Un maleante de campeonato..., no tiene remedio..., un paleta de mucho cuidado...» ¿Y esto? «Cortar de raíz...» ¿Qué? —exclamó, y soltó una maldición horripilante—. ¿Cortar de raíz, eh? ¿Eso pretendías? ¡Pues quien corta el último corta mejor!

Dicho esto, agarró unas enormes tijeras que había en el escritorio e irrumpió en el invernadero...

En los mares y océanos, se dice que el pez de San Pedro grita cuando lo capturan los pescadores; entre los insectos, la oruga de la esfinge de la muerte emite un débil chillido de terror; en el mundo vegetal, solo la mandrágora era capaz de expresar su agonía... hasta ahora.

EL ÁRBOL EN LA COLINA
HOWARD PHILLIPS LOVECRAFT & DUANE WELDON RIMEL



• 1934, *publicado en 1940* •

TRADUCIDO POR
Pablo Alejandro Arias Pérez

HOWARD PHILLIPS LOVECRAFT

1890-1937

DUANE WELDON RIMEL

1915-1996

«EL ÁRBOL EN LA COLINA» SE PUBLICÓ EN POLARIS EN 1940, tres años después de la muerte de H. P. Lovecraft, quien lo había escrito junto a un joven autor, Duane W. Rimel. Entre ambos había surgido una de esas fecundas relaciones epistolares que salvaron al genio de Providence de una larga etapa de soledad eremítica a partir de 1914. Desde muy joven se vio amenazado por los vaivenes económicos y el fantasma de la enfermedad nerviosa que precipitó el fallecimiento de su padre. Solo en el aprendizaje autodidacta y en la escritura de ensayo y ficción extraña encontró un refugio seguro y, si bien no llegó a conocer la fama en vida, un descomunal éxito póstumo fue propiciado por la lealtad de varios de sus amigos, que crearon *ex profeso* la editorial Arkham House para publicar *The Outsider and Others* en 1939, seguido de numerosos volúmenes.

Por su parte, Duane W. Rimel había nacido en Washington en 1915 y desde muy joven quiso convertirse en escritor profesional, pero trabajó como camarero, pianista de jazz y reportero antes de conseguirlo. En 1936 publicó su primer relato en *Weird Tales*, revista también frecuentada por Lovecraft, y con posterioridad se centró en la novela policiaca y erótica. La profunda huella que el creador de Cthulhu dejó en él lo acompañó hasta el final de su vida, ya que recopiló sus recuerdos sobre la correspondencia que mantuvieron en dos breves ensayos: *H. P. Lovecraft as I Knew Him* en 1983 y *The Lovecraft Years* en 1986. Murió diez años después en Washington.

Sería interesante conocer el proceso creativo de «El árbol en la colina» y cómo se repartieron ambos autores la elaboración de esta *pesadilla de ojos abiertos* en la que se sirven de un narrador situado en un tiempo y un espacio muy concretos: el 25 de junio de 1938 (ya vetado para Lovecraft en la vida real, dado que fallecerá un año antes) y un paisaje natural típicamente americano, Hell's Acres, cerca de la garganta del río Salmón, en la reserva forestal de Blue Mountain. La contemplación del único árbol que localiza en lo alto de una colina, inclasificable en sí mismo y que solo acierta a describir como una especie similar al roble, es el disparador del horror cósmico que se venía

intuyendo en las fases previas de la exploración y que sacude plenamente al protagonista cuando se da cuenta de que la perfección de sus hojas lo hacen parecer, más que un elemento real, «un árbol pintado en un lienzo». De esta forma se percibe una inexplicable amenaza, la irrupción de fuerzas desconocidas y una suspensión perversa de las tranquilizadoras leyes fijas de la naturaleza que a menudo otorgan al ser humano cierta estabilidad. A partir de ese momento se precipita el espanto del personaje, aturdido en una mezcolanza de tiempos pasados y futuros, de lugares míticos relacionados con el antiguo Egipto y la naturaleza americana, toda una cartografía onírica en la que se permite al hombre atrapado en ella reconocer un espacio real, pero reconvertido en su reflejo malvado por inestable y hostil, pese a los elementos reconocibles, falsamente familiares, que lo componen.

EL ÁRBOL EN LA COLINA

I



l sureste de Hampden, cerca de la tortuosa garganta del río Salmón, se alza una cadena de escarpadas y rocosas colinas que han desafiado todos los esfuerzos de los tenaces colonos que han tratado de asentarse allí. Los cañones son tan profundos y las pendientes tan empinadas que no propician nada más que el pastoreo estacional del ganado. La última vez que visité Hampden, esta región, conocida como los Acres del Infierno, pertenecía a la reserva forestal de Blue Mountain. No hay carreteras que comuniquen esta inaccesible localidad con el mundo exterior, y los lugareños te dirán que, en efecto, aquel lugar ha sido trasplantado directamente del jardín delantero de su Satánica Majestad. De acuerdo con una superstición local, esa zona está poseída, pero nadie parece saber por quién o por qué. Los oriundos no se atreven a adentrarse en sus misteriosas profundidades, pues creen en las historias que les legaron los indios *nez percé*, quienes evitaron dicha región a lo largo de incontables generaciones porque, según ellos, es el lugar de recreo de ciertos demonios gigantes del Exterior. Estos sugerentes cuentos despertaron mi curiosidad.

Mi primera excursión, y la última —¡gracias a Dios!—, a aquellas colinas tuvo lugar mientras Constantine Theunis y yo vivíamos en Hampden en el verano de 1938. Él estaba escribiendo un tratado sobre mitología egipcia, por lo que acabé pasando bastante tiempo solo, a pesar de que compartíamos una modesta cabaña en la calle Beacon, desde donde se podía ver la infame Pirate House, construida por Exer Jones más de sesenta años atrás.

En la mañana del 23 de junio, salí a dar un paseo por esas colinas de peculiares formas, que desde las siete en punto parecían tener un aspecto bastante normal. Debía de encontrarme a unos once kilómetros al sur de Hampden cuando noté algo extraño. Estaba ascendiendo una ladera cubierta de hierba desde la cual se veía un cañón especialmente profundo cuando me topé, de súbito, con un área totalmente falta de las características matas de forrajeras y chaparros. Se extendía hacia el sur a través de numerosas colinas y valles. En un primer momento, pensé que este sitio habría ardido el pasado otoño, pero después de examinar el terreno no encontré rastros de fuego. Las laderas y los barrancos cercanos estaban terriblemente dañados y abrasados, como si una antorcha gigante los hubiera destrozado, llevándose por delante toda la vegetación. Y, sin embargo, nada indicaba que hubiera habido un incendio...

Continué caminando a través de una tierra negra y fértil de donde no brotaba la hierba. Mientras

me dirigía hacia el centro aproximado de este desolado lugar empecé a notar un silencio extraño. No había alondras ni conejos y hasta los insectos parecían haber abandonado el lugar. Llegué a la cima de una elevada loma e intenté hacerme una idea del tamaño de esa lúgubre e inexplicable región. Fue entonces cuando vi aquel árbol solitario.

Se erguía sobre una colina algo más alta que el resto y llamaba la atención porque era completamente inesperado. No había visto ningún árbol en varios kilómetros: los arbustos espinosos y los granjenos se concentraban en los barrancos menos profundos, pero no había ni un solo árbol maduro. Era extraño encontrar uno en la cima de la colina.

Atravesé dos escarpados cañones antes de llegar al árbol. Me aguardaba una sorpresa. No era un pino, tampoco un abeto ni un cerezo aliso. Nunca en toda mi vida había visto un árbol que se le comparase; nunca, hasta este día. ¡Por ello estoy eternamente agradecido!

A lo que más se asemejaba era a un roble. Tenía un gigantesco tronco torcido, de un metro entero de diámetro, y grandes ramas que se empezaban a extender hacia los lados apenas dos metros por encima del suelo. Las hojas eran redondeadas, y curiosamente similares en tamaño y forma. Podría haber sido un árbol pintado sobre un lienzo, pero juro que era real. Siempre sabré que era real a pesar de lo que Theunis diría más tarde.

Recuerdo que alcé la mirada hacia el sol y deduje que debían de ser las diez de la mañana a pesar de que no miré el reloj. El día era cada vez más cálido y me senté un rato bajo la acogedora sombra del gigantesco árbol. Entonces observé la maleza que crecía debajo: otro fenómeno singular, teniendo en cuenta el desolado terreno que había atravesado. Un salvaje laberinto de colinas, barrancos y riscos me acorralaba desde cada lado, aunque la cima sobre la que descansaba era la más elevada de todas las que se encontraban a varios kilómetros a la redonda. Miré a lo lejos en dirección este y me levanté rápidamente, sobresaltado y asombrado. A cierta distancia, resplandeciendo a través de una neblina azul, se alzaba ¡la cordillera Bitterroot! No existe otro macizo de picos nevados a menos de quinientos kilómetros de Hampden, y yo sabía que, a esa altitud, era imposible divisarlas. Durante varios minutos contemplé esta maravilla. De pronto me entró sueño. Me tumbé sobre la hierba, bajo el árbol. Solté la cámara, me quité el sombrero y me relajé, mirando fijamente el cielo a través de las verdes hojas. Cerré los ojos.

Entonces un curioso fenómeno comenzó a afligirme, una especie de visión vaga y confusa, centelleante e ilusoria, que aparentemente no guardaba relación con nada familiar. Me pareció ver un gran templo junto a un mar de lodo, donde tres soles resplandecían en un cielo encarnado. Este inmenso templo o mausoleo tenía un color raro, de una tonalidad azul púrpura indescriptible. Unas enormes criaturas surcaban el cielo cubierto de nubes y me parecía escuchar el movimiento de sus alas escamosas. Me acerqué al templo de piedra y una gigantesca puerta se alzó, imponente, frente a mí. Dentro del portal se veían sombras turbulentas que parecían correr a toda velocidad, mirando maliciosamente e intentando arrastrarme al interior de aquella horripilante oscuridad. Me pareció ver tres ojos llameantes en el vacío movedizo del umbral, y solté un alarido de terror. Sabía que en esa profundidad ponzoñosa acechaba la destrucción total, un auténtico infierno, algo peor que la muerte.

Grité de nuevo y la visión desapareció.

Vi las hojas redondeadas y el cielo benigno de la tierra. Me levanté con dificultad. Estaba temblando, un sudor frío me recorría la frente. Tuve el insensato impulso de huir, de alejarme atropelladamente de aquel árbol siniestro de la colina, pero controlé ese instinto absurdo, me senté e intenté recobrar la razón. Nunca antes había soñado algo tan real y tan espeluznante. ¿Qué había provocado esa visión? Había estado leyendo varios tomos de Theunis sobre el antiguo Egipto... Me sequé la frente y decidí que era hora de almorzar. Sin embargo, no tenía apetito.

Entonces me vino una inspiración. Tomaría algunas instantáneas del árbol para Theunis. Quizá la sorpresa lograra sacarlo de su estado habitual de indiferencia. Podría contarle lo del sueño... Saqué la cámara e hice una decena de fotos del árbol, así como de cada elemento del paisaje desde la perspectiva del árbol. También tomé una de los resplandecientes picos nevados. Quizá quisiera volver, y esas fotos me ayudarían.

Mientras plegaba el fuelle de la cámara, regresé al suave almohadón de hierba. ¿Producía aquel sitio bajo el árbol un cierto encantamiento extraño? Desde luego, era reacto a marcharme...

Miré fijamente hacia arriba, a las curiosas hojas redondeadas. Cerré los ojos. Una brisa agitó las ramas y su melodía murmurante me arrulló, llevándome a un plácido estado de inconsciencia. Y, de pronto, volví a ver ese cielo encarnado y los tres soles. ¡La tierra de las tres sombras! Una vez más, vislumbraba el gran templo. Me pareció estar flotando en el aire, ¡un espíritu incorpóreo que exploraba las maravillas de un absurdo mundo multidimensional! Me asustaron los extraños ángulos de las cornisas y supe que aquel era un lugar que nadie, ni en sus sueños más salvajes, había visto nunca antes en la tierra.

De nuevo, esa inmensa puerta se abría ante mí y era absorbido por aquella negra nube que se retorció agónicamente. Parecía estar contemplando el espacio infinito. Vi un vacío que mi vocabulario no alcanza a describir, un oscuro abismo sin fondo con formas y entes indescriptibles; era algo enloquecido y delirante, tan vago como una neblina proveniente de Shambalah.

Se me encogió el alma. Estaba terriblemente asustado. Grité sin cesar y sentí que no tardaría en enloquecer. Entonces, en mi sueño, salí corriendo en un frenesí de terror absoluto, pero no sabía de qué huía... Abandoné aquel horripilante templo y aquel vacío infernal, pero sabía que, salvo que se produjera algún milagro, debía regresar...

Al fin mis ojos se abrieron. No estaba bajo el árbol. Estaba tendido sobre una ladera rocosa, tenía la ropa desgarrada y revuelta. Me sangraban las manos. Me levanté y sentí un dolor punzante que me atravesaba. Reconocí el lugar: ¡la cresta donde había visto por primera vez aquella área devastada! Debía de haber caminado varios kilómetros, ¡de manera inconsciente! El árbol no estaba a la vista, y me alegré... Incluso las rodilleras de mis pantalones estaban rasgadas, como si me hubiera arrastrado durante parte del camino.

Miré al sol. ¡Estaba atardeciendo! ¿Dónde había estado? Saqué el reloj. Se había parado a las 10:34...

II

—¿Tienes las fotos? —dijo Theunis pausadamente.

Busqué sus ojos grises al otro lado de la mesa del desayuno. Habían pasado tres días desde mi regreso de los Acres del Infierno. Le había contado el sueño que tuve bajo el árbol y él se había reído.

—Sí —respondí—. Llegaron anoche. No he tenido oportunidad de abrirlas aún. Estúdialas bien y con cuidado, si es que alguna ha salido bien. Tal vez cambies de opinión.

Theunis sonrió. Dio un sorbo al café. Le entregué el sobre cerrado y rápidamente rompió el sello y sacó las imágenes. Echó un vistazo a la primera, y la sonrisa desapareció de su rostro leonino. Apagó su cigarrillo.

—¡Dios mío! ¡Mira esto!

Cogí el rectángulo de papel satinado. Era la primera foto que había hecho del árbol, tomada desde una distancia de unos quince metros. Desconocía el motivo de la agitación de Theunis. Ahí estaba el árbol, que se erguía ostensiblemente sobre la colina, y en su parte inferior crecía la maraña de hierba donde yo había descansado. ¡Y a lo lejos se veían las montañas cubiertas de nieve!

—Ahí tienes —grité—, la prueba de mi historia.

—¡Pero mírala! —vociferó Theunis—. Las sombras: ¡hay tres para cada roca, arbusto y árbol!

Tenía razón... Debajo del árbol, desplegadas como un incongruente abanico, se extendían tres sombras superpuestas. De pronto, me di cuenta de que la imagen albergaba un elemento anormal e incoherente. Las hojas de aquella cosa eran demasiado exuberantes para ser producto de una naturaleza cabal, y el tronco presentaba bultos y nudos de formas aberrantes. Theunis dejó caer la fotografía sobre la mesa.

—Hay algo que no cuadra —musité—. El árbol que yo vi no tenía un aspecto tan repulsivo como este.

—¿Estás seguro? —preguntó Theunis con tono apremiante—. Lo cierto es que puede que hayas visto muchas cosas que no han quedado grabadas en este carrete.

—¡Muestra más de lo que vi!

—Ese es el asunto. Hay algo que está completamente fuera de lugar en este paisaje; algo que no puedo entender. El árbol parece sugerir un pensamiento, pero se me escapa... Es demasiado vago, demasiado incierto, ¡demasiado irreal para ser natural!

Golpeteó nerviosamente los dedos sobre la mesa. Agarró los demás carretes y les echó un vistazo rápido.

Cogí la foto que había dejado caer y tuve una rara sensación de extrañeza e incertidumbre conforme mis ojos se impregnaban de cada detalle. Las flores y la maleza se inclinaban en diferentes direcciones, y parte de la hierba crecía de un modo desconcertante. El árbol parecía demasiado oculto por la niebla como para distinguirlo con facilidad; aun así, reparé en las gigantescas ramas y los tallos de las flores medio torcidos, a punto de caer, pero sin llegar a hacerlo. Y la gran cantidad de sombras que se solapaban... Todas ellas eran muy inquietantes: demasiado largas o demasiado cortas en

comparación con los tallos bajo los cuales se extendían como para dar una sensación de plácida normalidad. El paisaje no me había impresionado el día de mi visita... Había una oscura familiaridad y una insinuación burlona en él; algo tangible, y a la vez tan lejano como las estrellas de más allá de la galaxia.

Theunis recuperó la calma.

—Mencionaste que aparecían *tres* soles en esa orgía onírica que tuviste, ¿verdad?

Asentí, francamente desconcertado. Entonces, caí en la cuenta. Mis dedos temblaban ligeramente mientras miraba de nuevo fijamente la fotografía. ¡Mi sueño! Claro...

—Las otras son exactamente iguales —dijo Theunis—. Esa misma indeterminación, esa *insinuación*. Debería poder captar el espíritu de esa cosa, verla bajo su verdadera luz, pero es demasiado... Quizá lo descubra más tarde, si me quedo mirándola el tiempo suficiente.

Estuvimos sentados en silencio durante un rato. De pronto, me sobrevino un pensamiento, provocado por un extraño e inexplicable deseo de visitar nuevamente el árbol.

—Hagamos una excursión. Creo que te puedo llevar hasta allí en medio día.

—Es mejor que te mantengas alejado —respondió Theunis, pensativo—. Dudo que pudieras encontrar otra vez el lugar si quisieras.

—Tonterías —respondí—. Seguramente pueda si nos orientamos con esas fotos.

—¿Has visto alguna referencia familiar en ellas?

Era una pregunta extraña. Después de revisar con cuidado el resto de las fotos, tuve que admitir que no había ninguna referencia.

Theunis murmuró en voz baja y dio una fuerte calada a su cigarrillo.

—Una imagen perfectamente normal, o casi, de un lugar aparentemente caído desde la nada. Ver montañas a esta altitud tan baja es absurdo... Pero ¡espera!

Saltó de la silla como un animal asediado y salió de la habitación a toda prisa. Lo oí dar vueltas en nuestra biblioteca improvisada mientras maldecía prolijamente. Al poco tiempo, reapareció con un viejo tomo forrado en cuero. Theunis lo abrió con un aire reverencial y examinó con suma atención los extraños personajes.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Es una traducción al inglés moderno temprano de la *Crónica de Nath*, escrita por Rudolf Yergler, un místico y alquimista alemán que adquirió parte de su sabiduría de Hermes Trismegistus, el antiguo hechicero egipcio. Hay un pasaje que podría interesarte, y que podría explicarte por qué este asunto es aún más sobrenatural de lo que sospechas. Escucha:

En el Año del Chivo Negro llegó a Nath una sombra que no debería vagar sobre la tierra y cuya forma era desconocida para los mortales. Se alimentaba de las almas de los hombres; una vez los había atraído y deslumbrado con sueños, los devoraba hasta que el terror y la eterna noche se cernían sobre ellos. Los hombres no veían quién los estaba devorando, ya que la sombra adquiría formas engañosas que los hombres ya conocían o que se les aparecían en sueños, donde la

libertad parecía aguardar en la Tierra de los Tres Soles. Pero, tal y como contaban los sacerdotes del Libro Viejo, aquel que pudiera ver la verdadera forma de la sombra y sobrevivir después de haberla contemplado podría esquivar la condena y devolver la sombra al yermo abismo de donde surgió. Pero el único modo de conseguirlo era mediante la Gema, y por ello Ka-Nefer, el sumo sacerdote, guardó aquella sagrada gema en el templo. Y cuando se perdió con Frenes, aquel que desafió al terror y nunca más volvió a ser visto, todo Nath lloró su pérdida. Sin embargo, la Sombra, saciada, finalmente partió, y no regresará, hambrienta, hasta que los ciclos vuelvan al Año del Chivo Negro.

Theunis dejó de leer mientras yo lo observaba, desconcertado. Finalmente, habló:

—Ahora, Single, supongo que podrás intuir cuál es la relación que hay entre todo esto. No hace falta profundizar en la enseñanza fundamental detrás de este asunto, pero no está de más que te diga que, de acuerdo con las viejas leyendas, este es el denominado Año del Chivo Negro, cuando ciertos horrores provenientes de ese insondable Exterior visitarán la tierra y causarán un daño inmenso. No sabemos cómo se manifestarán, pero hay razones para pensar que se dará una conjunción de espejismos extraños y alucinaciones. No me gusta esa cosa a la que te has enfrentado, ni la historia ni las imágenes. Podría ser muy maligno y te aconsejo que no bajes la guardia. Pero, primero, debo intentar hacer lo que dice el viejo Yergler, es decir, intentar dilucidar la naturaleza del asunto. Afortunadamente, la antigua gema que menciona ha sido descubierta nuevamente y sé dónde puedo encontrarla. Debemos usarla con las fotografías y esperar a ver lo que se pueda observar.

»La gema es más o menos como una lente o un prisma, aunque no se puede usar para tomar fotografías. Alguien de gran sensibilidad podría mirar a través de ella y esbozar lo que ve. Hay cierto peligro y la consciencia del observador podría sufrir una ligera agitación, debido a que la forma verdadera de la sombra es desagradable y no pertenece a este mundo. Pero mucho más peligroso sería no hacer nada al respecto. Mientras tanto, si valoras tu vida y tu cordura, mantente alejado de esa colina y de esa cosa que crees que es un árbol.

Estaba más perplejo que nunca.

—¿Cómo puede haber seres organizados provenientes del Exterior entre nosotros? —exclamé—. ¿Cómo sabemos que semejantes cosas existen?

—Estás razonando de acuerdo a los términos de este diminuto mundo —dijo Theunis—. No creerás de verdad que la Tierra puede ser la norma para medir el universo. Existen entes con los que jamás soñaríamos flotando ante nuestras narices. La ciencia moderna está haciendo retroceder los límites de lo conocido, demostrando que los místicos no iban tan desencaminados.

De repente, supe que no quería volver a mirar aquella imagen; quería destruirla. Quería huir de ella. Theunis apuntaba hacia algo del más allá. Un temblor y un miedo cósmico se apoderaron de mí y me alejaron de la horrorosa imagen; tenía miedo de reconocer algún objeto en ella...

Miré a mi amigo. Leía con mucha atención el viejo libro, con una extraña expresión en el rostro. Se incorporó.

—Dejemos el asunto por hoy. Estoy cansado de estas interminables suposiciones y preguntas. Tengo que pedir prestada la gema en el museo donde está ahora para poder hacer lo que se debe hacer.

—De acuerdo —respondí—, ¿tendrás que ir a Croydon?

Theunis asintió.

—Entonces, los dos volveremos a casa —dije firmemente.

III

No es necesario que haga una crónica de los sucesos que ocurrieron las dos semanas siguientes. En mi caso, se produjo una incesante y enervante lucha entre el deseo insano de volver al lugar del críptico árbol de los sueños y la libertad y un temor frenético hacia esa misma cosa y todo lo que estaba relacionado con ella. El hecho de que no regresara se debió quizá no tanto a mi propia voluntad como a la pura casualidad. Por otro lado, sabía que Theunis estaba terriblemente ocupado llevando a cabo una investigación de carácter muy extraño; algo que incluía un misterioso viaje en coche en el más absoluto secreto. Gracias a algunas insinuaciones que me hizo por teléfono, comprendí que, de alguna forma, había conseguido que le prestaran ese objeto oscuro y primitivo, mencionado en aquel volumen ancestral como «la Gema», y que estaba ocupado ideando un método para poder aplicarlo a las fotografías que había dejado a su cuidado. Habló de forma fragmentaria sobre la «refracción», la «polarización» y los «ignotos ángulos del espacio-tiempo». También me dijo que estaba intentando construir una especie de caja o cámara oscura para estudiar las extrañas instantáneas con ayuda de la gema.

Pasados dieciséis días, recibí un sorprendente mensaje del hospital de Croydon. Theunis estaba allí y quería verme inmediatamente. Había sufrido un extraño tipo de convulsión. Sus amigos lo habían encontrado inconsciente, tendido bocabajo cuando entraron en su casa después de escuchar unos gritos pavorosos y agónicos. Aunque aún estaba débil y desvalido, había recuperado la conciencia y parecía estar impaciente por decirme algo y pedirme que llevara a cabo una tarea importante. Todo esto me lo dijeron desde el hospital por teléfono, y en media hora ya me encontraba junto a la cama de mi amigo, asombrado por los efectos que la preocupación y la tensión habían producido en su rostro en tan poco tiempo. Lo primero que hizo fue mandar a las enfermeras afuera para poder hablar en absoluta confianza.

—Single, ¡lo he visto! —Su voz sonaba cansada y ronca—. Tienes que destruirlas todas, todas esas imágenes. Al verlo, lo devolví a su lugar, pero deberías deshacerte de las fotos. Nunca más podrá contemplarse ese árbol en la colina, al menos, eso espero, hasta que, pasados miles de eones, regrese el Año del Chivo Negro. Ahora estás a salvo, la humanidad está a salvo. —Hizo una pausa, jadeando, y continuó—: Tienes que sacar la gema del aparato y ponerla en la caja fuerte; ya sabes la combinación. Debe regresar a donde estaba, ya que llegará el día en que sea necesaria para salvar el mundo. Aún no me dejan salir de aquí, pero podré descansar si sé que está a salvo. No mires a través

de la caja tal como está, podría atraparte como me atrapó a mí. Y quema esas malditas fotografías..., las que están en la caja y las demás...

Theunis había terminado exhausto, y las enfermeras se aproximaron, apartándome mientras él se recostaba y cerraba los ojos.

En media hora ya me encontraba en su casa inspeccionando con curiosidad aquella caja negra y alargada que había encima de la mesa de la biblioteca, junto a una silla volcada. Los papeles desperdigados volaban de un lado a otro debido a la brisa que entraba por la ventana abierta. Cerca de la caja reconocí, con un estremecimiento extraño, el sobre con las fotos que había tomado. Solo necesité un momento para examinar la caja y separar de un extremo la primera fotografía del árbol, y del otro, un peculiar trozo de cristal de color ámbar, tallado en ángulos retorcidos imposibles de clasificar. El fragmento de cristal tenía un tacto curioso, cálido y eléctrico, y apenas fui capaz de colocarlo fuera del alcance de la vista, en la caja fuerte de Theunis. Manipulé entonces la foto con una desconcertante mezcla de emociones. Incluso después de haberla devuelto al sobre junto al resto, sentí el macabro deseo de guardarla y, en un acto de soberbia, correr colina arriba hacia el lugar que representaba. Una peculiar disposición de las líneas empezó a brotar de entre los detalles, que me asaltaban y confundían mi memoria... Surgían imágenes detrás de otras imágenes, secretos merodeando en formas semiconocidas... Pero un instinto opuesto y más sensato me dio a la vez la fuerza y la angustia que nacen del miedo más indescriptible: rápidamente prendí fuego al conflictivo sobre y lo vi arder en la chimenea hasta quedar reducido a cenizas. De alguna manera, sentí que la Tierra quedaba, así, purgada de un terror en cuyo umbral yo me había estremecido, y que no por desconocido resultaba menos monstruoso.

No podía formular una hipótesis coherente acerca de la causa del terrible trauma de Theunis, y tampoco me atrevía a pensar demasiado en ello. Es significativo que en ningún momento tuviera el más mínimo impulso de mirar a través de aquella caja antes de retirar la gema y la fotografía. Estaba extrañamente seguro de que a un cerebro normal no se le podía pedir que afrontara lo que se pudiera ver en la foto a través de la lente de aquel cristal primitivo, de aquel poder vítreo. Fuera lo que fuera, yo mismo había estado cerca, había estado hechizado por completo por su encanto, cuando en aquella lejana colina brotaba en la forma de un árbol y de un paisaje desconocido. No quería ni imaginar de qué había podido escapar por tan poco.

¡Ojalá mi ignorancia hubiera permanecido intacta! Dormiría mejor por las noches. En cualquier caso, antes de abandonar la habitación, mi vista se detuvo ante el montón de papeles desperdigados que crujían encima de aquella mesa junto a la caja negra. Todos estaban en blanco salvo uno, que contenía un dibujo rudimentario hecho a lápiz. De pronto, rememorando lo que una vez había dicho Theunis acerca de lo que suponía describir el horror que revelaba la gema, traté de apartar la vista, pero la pura curiosidad venció sobre mi sensato plan. Mirando nuevamente, de forma casi furtiva, observé el apurado y nervioso trazo de las pinceladas, así como el borde inacabado debido al ataque de terror que había sufrido el dibujante. Entonces, en un estallido de obstinada audacia, miré directamente al oscuro y prohibido dibujo, y me desmayé.

Nunca podré describir enteramente lo que vi. Después de un rato, recobré el sentido, lancé la hoja al fuego agonizante y, tambaleándome, salí de allí y me dirigí a casa a través de las silenciosas calles. Di gracias a Dios por no haber mirado la fotografía a través del cristal y rogué fervientemente poder olvidar el terrible atisbo que desprendía el dibujo acerca de lo que había contemplado Theunis. Desde entonces, nunca he vuelto a ser el mismo. Incluso las más hermosas escenas me parecen contener alguna señal vaga y ambigua de las indescriptibles blasfemias que podrían subyacer en sus profundidades y constituir su esencia enmascarada. Y, aun así, ¡aquella imagen era tan tenue, tan poco indicativa de todo lo que debió de percibir Theunis, a juzgar por sus precavidos relatos posteriores!

Solo aparecían algunos elementos básicos del paisaje. En su mayor parte, un oscuro vapor de aire exótico dominaba la vista. Cualquier objeto que pudiera resultar familiar se veía como parte de algo vago y desconocido, con un carácter enteramente extramundano, algo infinitamente más vasto de lo que el ojo humano pudiera captar, e infinitamente ajeno, monstruoso y espantoso, como se podía adivinar a partir del fragmento que quedaba a la vista.

Allí donde, en el mismo paisaje, había visto aquel árbol torcido y semiconsciente, solo se podía atisbar ahora una mano o garra, de forma terrible y retorcida, con unos dedos o antenas que se extendían de un modo horrible y, de forma evidente, palpaban algo en el suelo o en dirección al espectador. Y, justo debajo de aquellos dedos retorcidos e hinchados, me pareció ver en la hierba la silueta de un hombre que se había tumbado allí. Pero el boceto se había dibujado a toda prisa y no podía estar seguro.

EL JARDÍN DE ADOMPHA
CLARK ASHTON SMITH



• 1938 •

TRADUCIDO POR
Pablo Alejandro Arias Pérez

CLARK ASHTON SMITH

1893-1961

CLARK ASHTON SMITH NACIÓ EN 1893 en Long Valley. Inverosímilmente polifacético, fue narrador, poeta, ensayista, pintor y escultor. De niño enfermó de escarlatina y se convirtió en precoz escritor de cuentos de hadas y novelas de aventuras. No llegó a terminar sus estudios, pero adquirió un enorme bagaje cultural de forma autodidacta.

Aunque en 1910 la revista *Overland Monthly* publicó dos de sus relatos, optó por dedicarse sobre todo a la poesía. El ya consagrado poeta George Sterling se convirtió en su mentor, si bien Smith se mantuvo al margen de los salones literarios, quizás debido a su extrema timidez o su delicada salud. Con posterioridad, y tal vez animado por Lovecraft, publicó algunos poemas y sus primeros relatos en *Weird Tales*. Desde finales de los años veinte hasta 1937 vivió un tiempo de actividad frenética, ya que escribió cerca de cien narraciones que en muchos casos se dieron a conocer en el circuito *pulp*. Sin embargo, diversas circunstancias personales como la muerte de su padre, a quien se sentía muy unido, hicieron que dejara de escribir ficción durante años. En ese periodo de sequía literaria volcó sus energías en la pintura y escultura de curiosas (y muy inquietantes) figurillas de estilo primitivo que moldeaba en arenisca y lava. A partir de los años cuarenta Arkham House, la editorial creada para difundir las obras de su maestro Lovecraft, recopiló en siete libros de cuentos su producción anterior. Smith murió mientras dormía en 1961 y sus cenizas fueron enterradas bajo unos robles azules, próximos al lugar donde una vez estuvo la modesta cabaña donde creció.

En la ficción de Smith puede apreciarse una fusión orgánica de la maravilla, lo terrorífico y la ciencia ficción, así como el empleo de un lenguaje suntuoso y un sentido del humor cargado de ironía que remite a Poe y a Bierce. Autores tan prominentes como Bradbury lo reconocieron como una influencia crucial en sus propias obras.

«El jardín de Adompha», escrito en 1938, se publicó diez años después en *Genius Loci and Other Tales*, uno de los libros de relatos del autor recuperados por Arkham. La trama nos remite a un universo de aire oriental y palaciego, quizás inspirado tanto por la lectura de *Las mil y una noches* como por «La máscara de la muerte roja», de Edgar Allan Poe. En el relato se aprecia muy bien lo que algunos estudiosos han dado en llamar «fantasía científica» al referirse a la producción de Smith: una amalgama de personajes provenientes de los cuentos tradicionales (el rey despiadado, el mago

contrahecho y las inocentes jóvenes sacrificadas) con motivos de la ciencia ficción, como el engendro en cuya creación interviene el ser humano. El rey Adompha y el hechicero de su corte, el jorobado Dwerulas, conspiran para convertir el jardín de palacio en un Frankenstein verdoso que acabará vengándose de sus artífices.

EL JARDÍN DE ADOMPHA

*¡Señor de los rojos y abrasadores parterres
y los vergeles iluminados por la llama imperecedera del infierno!
Entre vuestros jardines florece el Árbol que germina
frutos que son innumerables cabezas de demonios;
y corre la raíz cual culebra serpenteante
que es llamada Baaras;
y allí, las pálidas y bífidas mandrágoras
desgarradas por sí solas del suelo, van de un lado al otro,
pronunciando tu nombre:
hasta que el último de los condenados piense que el demonio pasa
sollozando con un iracundo frenesí y una extraña aflicción.*

LETANÍA DE LUDAR A THASAIÓN

ra bien sabido que Adompha, el rey de la extensa isla oriental de Sotar, poseía entre los amplios terrenos palaciegos un jardín que permanecía secreto a todos los hombres a excepción de sí mismo y el mago de la corte, Dwerulas. Las paredes graníticas que rodeaban el jardín formando un cuadrado, altas y formidables como las de una prisión, podían ser divisadas a simple vista, ya que sobresalían por encima del majestuoso bosque de eucaliptos y alcanforeros, así como sobre los amplios campos de flores de los más variados colores. Pero nada podía intuirse de su interior, pues el cuidado que requería el jardín solo lo podía realizar el mago bajo las órdenes de Adompha, y ambos hablaban de ello de una forma profundamente misteriosa que nadie más podía entender. La voluminosa puerta de bronce respondía a un mecanismo cuyo secreto solo conocían el rey y Dwerulas, y ninguno de los dos, ya fuera juntos o por separado, visitaba el jardín en las horas en las que pudiera haber alguien en el exterior. Y, ciertamente, nadie podía presumir de haber presenciado siquiera el momento en que la puerta se abría.

Se decía que el jardín había sido techado para protegerlo del sol con grandes láminas de plomo y cobre, sin dejar una sola rendija por la que pudiera asomarse la más diminuta estrella. Algunos juraban que, para garantizar la privacidad de los dueños durante sus visitas, Dwerulas acostumbraba a

dispensar un sueño de Lete en las inmediaciones a través de sus artes mágicas.

Era difícil que un misterio tan notable no provocara curiosidad, y efectivamente surgieron numerosas creencias de diversa índole acerca de la naturaleza del jardín. Algunos aseveraban que estaba lleno de plantas malignas de hábitos nocturnos que producían venenos rápidos y corrosivos para uso de Adompha, además de otras esencias pérfidas y siniestras empleadas por el brujo para realizar sus hechizos. Parecía que dichos rumores no carecían de autoridad, pues, a raíz de la construcción de este jardín cerrado, se habían producido en la corte real numerosas muertes atribuibles a un envenenamiento y desastres que eran claramente la acción de un hechicero, así como la desaparición física de personas cuya presencia en el mundo ya no agradaba a Adompha o a Dwerulas.

Entre los crédulos se rumoreaban otras historias de un carácter más extravagante. La leyenda de infamia antinatural que rodeaba al rey desde su infancia había cobrado un cariz aún más espantoso; y Dwerulas, a quien presuntamente su brujesca madre había vendido a un archidemonio antes de su nacimiento, había adquirido una nueva y negra fama como alguien capaz de superar al resto de hechiceros en la profundidad y la severidad de su osadía.

Despertando del sopor y los sueños producidos por el jugo de la amapola negra, el rey Adompha se levantaba en las horas muertas y estancadas que van desde la puesta de la luna hasta el alba. A su alrededor, el palacio mantenía un silencio similar al de un osario, una vez que sus habitantes se habían entregado al letargo nocturno producido por el vino, el aguardiente y otras sustancias. Alrededor del palacio, los jardines y la capital, Loithé, dormían bajo las tranquilas estrellas de los cielos calmos del sur. En este momento, Adompha y Dwerulas acostumbraban a visitar el callejón de muros altos sin miedo de ser seguidos u observados.

Adompha avanzó, haciendo una breve pausa para girar el ojo cubierto de su farol negro de bronce hacia la habitación contigua, que estaba en penumbras. La estancia había sido ocupada por Thuloneah, su odalisca preferida, por el inusual periodo de ocho noches; pero constató sin sorpresa ni asombro que la cama de sedas caóticas estaba ahora vacía. Supo así que Dwerulas había salido antes que él al jardín. Y supo, además, que no había ido en vano o con las manos vacías.

Los terrenos del palacio estaban impregnados en cada rincón por sombras incesantes y parecían mantener ese ambiente secreto que al rey tanto gustaba. Llegó hasta la puerta de bronce en el muro imponente e imperturbable mientras emitía un silbido agudo similar al siseo de una cobra al aproximarse. En respuesta a la subida y bajada del sonido, la puerta se abrió silenciosamente hacia el interior y se cerró con el mismo sigilo tras su paso.

El jardín, labrado y cultivado con suma discreción y sellado de los orbes del cielo mediante el tejado de metal, estaba únicamente iluminado por un extraño globo de fuego situado en el centro, que flotaba en el aire. Adompha contempló este globo con asombro, ya que su naturaleza y origen eran un misterio para él. Dwerulas aseguraba que había ascendido desde los infiernos a su llamada en una medianoche sin luna, y que levitaba gracias a su poder infernal y se alimentaba de las incesantes llamas de aquel ambiente, en el cual los frutos de Thasaidón se hinchaban hasta alcanzar un tamaño

sobrenatural y un sabor embrujado. Desprendía una luz sangrienta en la que se bañaba y difuminaba el jardín, como si se lo contemplara a través de una luminosa neblina de sangre. Incluso en las lúgubres noches de invierno, el globo desprendía un calor agradable y nunca caía de ese extraño estado de suspensión en el que se hallaba sin que nada visible lo sostuviera. Debajo de él, el jardín florecía amenazante, con una frondosidad y una exuberancia propias de los parterres del inframundo.

Ciertamente, los arbustos de ese jardín no eran los que un sol terrestre podría haber propiciado, y Dwerulas decía que su semilla tenía el mismo origen que el globo. Había troncos bífidos blanquecinos que se estiraban hacia arriba como si quisieran disgregarse del suelo, y que desplegaban unas hojas gigantes parecidas a las oscuras y acanaladas alas de los dragones. Había flores de color amaranto anchas como bandejas, sustentadas por tallos gruesos como brazos que temblaban sin cesar.

Había muchas otras plantas extrañas, tan diversas como los siete infiernos, y el único rasgo que tenían en común eran los esquejes que Dwerulas había ido injertando por todas partes haciendo uso de sus artes sobrenaturales y necrománticas.

Estos esquejes eran distintos miembros y extremidades de seres humanos. De manera perfecta, cosechando logro tras otro, el mago las había juntado a los retoños medio vegetales medio animados sobre los que vivían y crecían a partir de ese momento, destilando una savia similar al icor. Así se preservaban los recuerdos, cuidadosamente escogidos, de la multitud de personas que habían causado aversión o hastío a Dwerulas y al rey. En los trocos de palmera, bajo la broza cubierta de hojas, unas cabezas de eunuco colgaban en racimos, como gigantescas drupas negras. Las orejas de centinelas criminales adornaban una enredadera pelada y sin hojas. Había unos cactus deformes decorados con pechos de mujeres o recubiertos de sus cabellos. Miembros y torsos enteros habían sido unidos a esos monstruosos árboles. Algunas de las flores más grandes, con forma de bandeja, lucían corazones palpitantes y ciertas florecillas tenían ojos que aún pestañeaban. Había muchos otros injertos, pero eran demasiado obscenos y repugnantes como para ser descritos.

Adompha se adentró entre los matorrales híbridos que se movían y crujían a su paso. Las cabezas parecían estirarse levemente hacia él, las orejas temblaban, los pechos se estremecían suavemente y los ojos se ensanchaban o se estrechaban, como observando su marcha.

Sabía que estos retazos humanos vivían únicamente la indolente vida de las plantas y participaban solo de su actividad subanimal. Los contemplaba con un placer estético extraño y mórbido, y encontraba en ellos la atracción infalible de los entes gigantes y sobrenaturales. Ahora, por primera vez, pasaba a través de ellos con lánguido interés. Empezaba a sentir la llegada de esa hora fatal cuando el jardín, con toda su taumaturgia novedosa, ya no serviría de refugio para su inexorable hastío.

En el corazón de ese extraño retiro, donde un espacio circular aún permanecía libre entre los tupidos matorrales, Adompha llegó a un montículo de tierra margosa recién cavada. A su lado descansaba, completamente desnuda y supina como un cadáver, la odalisca Thuloneah. Junto a ella había una bolsa de cuero de la que habían sacado varios cuchillos y otros instrumentos que ahora

yacían esparcidos por el suelo junto con viales de bálsamos líquidos y resinas viscosas que Dwerulas usaba para sus injertos. Una planta conocida como «dedaim», con un tronco protuberante, carnoso y de color verde blanquecino, de cuyo centro brotaban como rayos varias ramas reptilianas sin hojas, derramaba de forma esporádica sobre el pecho de Thuloneah unas gotas de icor rojo amarillento procedentes de varios cortes practicados en la suave corteza.

Detrás del montículo margoso, Dwerulas se alzó súbitamente como un demonio emergiendo de su madriguera subterránea. En sus manos sujetaba la pala con la que acababa de cavar un agujero profundo con forma de sepultura. Al lado de la majestuosa estatura y la corpulencia de Adompha, Dwerulas no parecía más que un enano marchito. Su rostro mostraba las marcas de una edad avanzada, como si varias centurias polvorientas hubieran abrasado sus carnes y extraído la sangre de sus venas. Sus ojos brillaban en el fondo del pozo de sus órbitas; sus rasgos eran oscuros y estaban hundidos como los de un viejo cadáver; su cuerpo estaba torcido cual cedro milenario en el desierto. Se encorvaba sin cesar, de manera que sus brazos, lacios y sarmentosos, le colgaban hasta llegar prácticamente al suelo. Adompha se maravilló, como siempre, ante la fuerza cuasi demoníaca de aquellos brazos; se maravilló ante el hecho de que Dwerulas pudiera haber empleado esa pesada pala con semejante diligencia y de que, en su traslado al jardín, pudiera haber cargado sobre su espalda y sin ayuda humana el peso de aquellas víctimas cuyos miembros había empleado en sus experimentos. El rey nunca se habría rebajado a asistirlo en semejantes tareas, sino que, después de señalar ocasionalmente a las personas cuya desaparición no le disgustaría en absoluto, se limitaba a observar y supervisar aquellos trabajos de jardinería barroca.

—¿Está muerta? —preguntó Adompha, dirigiendo la mirada a las suntuosas extremidades y el cuerpo de Thuloneah sin un atisbo de emoción.

—No —dijo Dwerulas, con una voz áspera como la bisagra oxidada de un féretro—, pero le he administrado el penetrante y soporífero jugo del dedaim. Su corazón palpita de forma imperceptible, su sangre circula con el letargo propio de esa mezcla de icor. No volverá a despertar sino como parte del jardín, compartiendo su oscura existencia. Espero vuestras instrucciones para proseguir. ¿Qué parte... o partes?

—Sus manos eran muy hábiles —dijo Adompha, como cavilando en voz alta, en respuesta a la pregunta expresada a medias—: conocían los caminos sutiles del amor y fueron educadas en todas las artes amatorias. Me gustaría que conservarais sus manos..., pero solo eso.

La mágica y singular operación había finalizado. Las pálidas, delgadas y delicadas manos de Thuloneah, cortadas limpiamente por la muñeca, se habían unido con una ligera sutura a las pálidas y podadas extremidades de las dos ramas superiores del dedaim. En este proceso, el hechicero había empleado las resinas de plantas infernales y había invocado repetidamente los extraños poderes de ciertos genios subterráneos, como era su costumbre en dichas ocasiones. Entonces, como si estuvieran suplicando, los brazos semivegetales se extendieron hacia Adompha con sus manos humanas. El rey sintió cómo renacía su viejo interés por la horticultura de Dwerulas, y una rara emoción surgió en sus adentros ante la combinación de elementos bellos y grotescos de esa planta

injertada. A la vez, en sus entrañas resurgieron las suaves pasiones de noches ya pasadas..., pues las manos estaban repletas de recuerdos.

Se había olvidado prácticamente del cuerpo de Thuloneah, que yacía junto a ellos con sus brazos mutilados. Salió de su ensimismamiento gracias a un movimiento repentino de Dwerulas, y al girarse vio al hechicero encorvándose sobre la joven inconsciente, que no se había movido durante el transcurso de la operación. La sangre aún corría y brotaba de los muñones de sus muñecas, formando un charco sobre la tierra oscura. Dwerulas, con esa energía aberrante que confería a todos sus movimientos, tomó a la odalisca en sus brazos tubulosos y la balanceó en lo alto con ligereza. Tenía el aspecto de un peón que retomaba su tarea inacabada, pero pareció dudar antes de arrojarla al interior del agujero que serviría de tumba, donde, caldeada por el paso de las estaciones e iluminada por el globo infernal, su dorado cuerpo en descomposición alimentaría las raíces de aquella planta anómala que tenía sus propias manos como esquejes. Era como si fuera reacio a deshacerse de aquel bulto voluptuoso. Adompha, observándolo con curiosidad, se percató como nunca antes del mal extremo y la vileza que desprendían, cual hedor penetrante, el cuerpo jorobado y las extremidades torcidas de Dwerulas.

Pese a haber participado él mismo en todo tipo de vilezas, el rey sintió un ligero asco. Dwerulas le recordaba a un insecto repugnante que descubrió una vez durante sus actividades macabras. Recordó cómo había aplastado a aquel insecto con una piedra... Y, al recordarlo, se produjo en él una de aquellas inspiraciones audaces y repentinas que siempre le habían incitado a tomar decisiones inesperadas. Se dijo a sí mismo que, pese a que no había entrado en el jardín con esa idea, la oportunidad era demasiado apremiante y perfecta como para desperdiciarla. En ese momento, el hechicero le daba la espalda mientras tenía los brazos ocupados con su bella y pesada carga. Empuñando la pala de hierro, Adompha la dejó caer sobre la pequeña cabeza marchita de Dwerulas con una buena dosis de fuerza bélica, herencia de sus heroicos ancestros piratas. El enano, que aún sostenía en brazos a Thuloneah, se desplomó y cayó al profundo hoyo.

Disponiendo la pala en una posición adecuada por si fuera necesario un segundo golpe, el rey esperó, pero no se escuchaba ningún sonido o movimiento procedente de la tumba. Sintió cierta sorpresa por haber vencido con tal facilidad a ese formidable mago, de cuyos poderes sobrehumanos estaba solo en parte convencido; y cierta sorpresa, también, por su propia temeridad. Entonces, confiado por su triunfo, al rey se le ocurrió llevar a cabo su propio experimento, puesto que creía haber adquirido un dominio considerable de las habilidades y conocimientos de Dwerulas a través de la observación. La cabeza de Dwerulas constituiría una incorporación única e idónea para una de las plantas del jardín. No obstante, después de echar un vistazo al interior del hoyo, se vio obligado a abandonar la idea, pues comprobó que le había golpeado de forma tan perfecta que había dejado la cabeza del hechicero en un estado en el que ya no servía para su experimento: esos injertos requerían que la parte o miembro humano utilizado presentara cierta integridad.

Reflexionando, no sin cierto asco, sobre la inesperada fragilidad del cráneo de los magos, que podía ser aplastado con la misma facilidad que un huevo de emú, Adompha comenzó a llenar el hoyo

de tierra. Tanto el cuerpo de Dwerulas, que yacía boca abajo, como la forma acurrucada de Thuloneah, que descansaba debajo de él, presentaban el mismo aspecto inerte y pronto quedaron cubiertos por los blandos e inconsistentes terrones. El rey —que, en el fondo, había llegado a temer a Dwerulas— sintió un claro alivio una vez que hubo apisonado la tumba firmemente y la hubo nivelado y alisado con la tierra esparcida alrededor. Se dijo a sí mismo que había hecho bien, porque el arsenal de conocimientos del hechicero se había engrosado últimamente con demasiados secretos de la realeza, y un poder como el suyo, tanto si tenía un origen natural como si procedía de las esferas ocultas, nunca había sido del todo compatible con un dominio seguro y un imperio duradero.

En la corte del rey Adompha y a lo largo y ancho de la ciudad costera de Loithé, la desaparición de Dwerulas se convirtió en causa de grandes especulaciones pero escasa indagación. Existía una división de opiniones acerca de si una desaparición tan conveniente debía atribuirse a Adompha o al malvado Thasaidón, de forma que el rey de Sotar y el señor de los siete infiernos pasaron a ser temidos y respetados como nunca antes. Solo el hombre o el demonio más formidable podrían haber acabado con Dwerulas, de quien se decía que había vivido durante todo un milenio sin dormir una sola noche, llenando las horas con actos viles y hechizos de una negrura subterránea.

Después de la inhumación de Dwerulas, un tenue sentimiento de miedo y terror que no podía explicar del todo impidió que el rey volviera a visitar el jardín sellado. Sonriendo impasiblemente ante los salvajes rumores de la corte, continuó en su búsqueda de placeres inéditos y sensaciones violentas y extrañas. Pero no tuvo demasiado éxito en dicha empresa: todos los caminos, incluso los más inusitados y tortuosos, parecían conducir solamente al precipicio oculto del hastío. Alejándose de extraños amores y crueldades, de ostentaciones extravagantes y melodías perturbadas, de los afrodisíacos incensarios de flores insólitas y de los pechos singulares de jóvenes exóticas, recordó con una nueva nostalgia aquellas formas florales semianimadas a las que Dwerulas había dotado de los más provocadores encantos femeninos.

Así, en una de las últimas noches, en esa hora a medio camino entre la puesta de la luna y la alborada, cuando todo el palacio y la ciudad de Loithé estaban sumergidos en un sueño embriagador, el rey se levantó del lecho donde yacía junto a su concubina y se adentró en el jardín que ahora era un secreto para todo el mundo excepto para él.

En respuesta a un siseo similar al de una cobra, que era lo único que podía impulsar el ingenioso mecanismo, la puerta se abrió para Adompha y se cerró tras su paso. Antes incluso de que la puerta se cerrase del todo, se percató de que el jardín había experimentado un cambio peculiar durante su ausencia. Ardiendo con una luz aún más sangrienta y una radiación aún más tórrida, el misterioso globo flotante emitía una luz resplandeciente como avivada por iracundos demonios, y las plantas, que habían crecido excesivamente en altura y estaban envueltas y cubiertas por un follaje mucho más denso, se alzaban inmóviles en una atmósfera que evocaba el cálido aliento de un infierno carmesí.

Adompha vaciló, dudoso acerca del significado de estos cambios. Por un momento, pensó en Dwerulas y recordó con un leve escalofrío algunos prodigios inexplicables y otras hazañas necrománticas realizadas por el hechicero... Pero él había asesinado a Dwerulas y lo había enterrado

con sus propias manos regias. El creciente calor y el resplandor que emitía el globo, así como el excesivo crecimiento del jardín, se debían, sin lugar a dudas, a algún proceso natural incontrolado.

Movido por una fuerte curiosidad, el rey inhaló los mareantes perfumes que invadían sus fosas nasales. La luz lo deslumbraba, llenándole la vista de extraños e inauditos colores. El calor lo golpeó como si se tratara de un solsticio de verano infernal. Creyó oír voces, casi inaudibles en un primer momento, pero que enseguida se elevaron hasta convertirse en un murmullo semicongruente que seducía a sus oídos con una dulzura sobrenatural. A la vez, le pareció observar entre la inmóvil vegetación, a ráfagas intermitentes, los miembros semicultos de unas bayaderas danzantes, miembros que no podía identificar con ninguno de los injertos realizados por Dwerulas.

Atraído por el encanto del misterio y embargado por una leve intoxicación, el rey avanzó hacia aquel laberinto surgido del infierno. Las plantas se retiraban ligeramente conforme se aproximaba y se apartaban hacia los lados para permitir su paso. Como si se tratara de una mascarada arbórea, parecían esconder sus esquejes humanos detrás de los mantos de su recién crecido follaje. Pero, en cuanto se cerraban detrás de Adompha, parecían desprenderse de su disfraz, revelando fusiones más salvajes y anómalas de las que él recordaba. Cambiaban a su alrededor a cada instante como siluetas delirantes, de tal manera que nunca estaba del todo seguro de qué parte de su apariencia era árbol y flor, y qué parte era mujer y hombre. Contemplaba alternadamente el balanceo agitado del follaje, y el tumulto de cuerpos y extremidades alborotados. Entonces, fruto de una transición imperceptible, le pareció que se disgregaban de la tierra y se movían a su alrededor sobre sombríos pies fantásticos en círculos cada vez más rápidos, como bailarines de un confuso festival.

Alrededor de Adompha rotaban velozmente estas formas que eran a la vez florales y humanas, hasta que la locura vertiginosa de su movimiento se arremolinó en una espiral con idéntico vértigo en su cerebro. Escuchó el susurro de un bosque hostigado por la tormenta, junto con un clamor de voces familiares que lo llamaban por su nombre, y que maldecían o imploraban, se burlaban o exhortaban, en una infinidad de tonos de guerrero, consejero, esclavo, fútil cortesano, eunuco o concubina. Sobre todas las cosas, el globo sangriento abrasaba, emitiendo un resplandor cada vez más brillante y siniestro, un fervor que se estaba volviendo insoportable. Era como si la vida entera del jardín girase, se alzara y ardiera hasta acabar extáticamente en algún tipo de culminación infernal.

El rey Adompha había perdido todo recuerdo de Dwerulas y su magia oscura. En sus sentidos ardía la pasión de la esfera surgida del infierno, y Adompha parecía compartir el movimiento delirante y el éxtasis de esas siluetas oscuras que lo rodeaban. Un icor de histeria comenzó a hervir en su sangre; ante él se cernían las vagas imágenes de placeres que nunca había experimentado o intuido: placeres que lo llevarían a franquear los límites de las sensaciones de los mortales.

Entonces, entre ese torbellino fantasmagórico, escuchó una voz chirriante, tan áspera como el sonido de una bisagra oxidada al abrir la cubierta de un sepulcro. No podía entender las palabras, pero, como si un maleficio de quietud hubiera sido pronunciado, el jardín entero volvió a su tranquilidad y secretismo. Al rey le sobrevino un gran estupor: ¡la voz que había escuchado era la de Dwerulas! Miró a su alrededor enloquecido, confundido y desconcertado, pero solo veía las

tranquilas plantas con su manto formado por un frondoso follaje. Ante él se alzaba un matorral que, por alguna razón, identificó con el dedaim, a pesar de que su tronco con forma de bulbo y sus alargadas ramas presentaban una masa cubierta de oscuros filamentos similares al cabello.

Muy lenta y cuidadosamente, las dos ramas superiores del dedaim descendieron hasta que sus puntas alcanzaron la altura del rostro de Adompha. Las delgadas y estrechas manos de Thuloneah asomaron del follaje y comenzaron a acariciar las mejillas del rey con aquella destreza amatoria que aún recordaba. En ese mismo momento, vio cómo una espesa mata peluda caía sobre la superficie ancha y lisa del tronco del dedaim; y de esa mata, como si surgiera de unos hombros encorvados, la pequeña y marchita cabeza de Dwerulas se alzó para enfrentarse a él...

Cuando aún contemplaba con un horror vacuo el cráneo triturado y lleno de coágulos de sangre, las facciones abrasadas y ennegrecidas como si hubieran pasado siglos, aquellos ojos que resplandecían en cavidades oscuras como brasas avivadas por los demonios, Adompha tuvo la sensación confusa de que una multitud de personas se abalanzaba sobre él desde todos los lados. Ya no había árboles en ese jardín de mezcolanzas delirantes y transformaciones mágicas. A su alrededor, en el aire ardiente flotaban caras que él recordaba muy bien: caras ahora retorcidas por la ira y el deseo letal de venganza. Mediante una ironía que solo Dwerulas podría concebir, los suaves dedos de Thuloneah continuaron acariciándolo mientras sentía el zarpazo de innumerables manos que desgarraban sus atuendos hasta convertirlos en harapos y le arrancaban la carne con las uñas.

UNA CORTINA DE FOLLAJE

EUDORA WELTY



• 1941 •

TRADUCIDO POR

José Manuel Álvarez-Flórez

EUDORA WELTY

1909-2001

EUDORA WELTY NACIÓ EN JACKSON, MISISIPÍ. Su obra narrativa puede resumirse como un fascinante caleidoscopio del sur de los Estados Unidos, que convierte historias cotidianas en auténticas piezas literarias, cargadas de lirismo y significado. Cursó estudios de la Universidad para Mujeres de Misisipi y en la Universidad de Columbia. Más tarde ejerció como fotógrafa y plasmó en imágenes los dramas humanos de la Gran Depresión. Con la novela *La hija del optimista* (Impedimenta, 2009) ganó el Pulitzer en 1973 y Harold Bloom la menciona en *Cómo leer y por qué* junto a autores de la talla de Turgeniev, resaltando la ausencia de juicios morales en su producción cuentística. Sus relatos se publicaron asiduamente en *The New Yorker* y *Harper's Bazaar*. Murió en Jackson, su tierra natal, a causa de una neumonía.

Welty destaca por sus nada dogmáticos finales abiertos, así como por la plasticidad de sus imágenes y la creación de atmósferas cómplices que, en ocasiones, actúan casi a modo de *alma externalizada* de los personajes. Todos estos rasgos se advierten en «Una cortina de follaje», el cuento que da título a su primer libro y que supone, desde luego, el brillante debut de una narradora sagaz, que utiliza la tercera persona para acercarse al interior de cada personaje y registrar los —en apariencia— insignificantes gestos que los definen. En esta historia se advierte desde el principio la importancia del jardín de la señora Lark, una viuda solitaria que parece íntimamente unida al espacio vegetal que rodea su bonita casa. Es indudable la pericia con que Welty logra que percibamos cómo el refugio lleno de plantas desbocadas expresa en su crecimiento incontrolable y desordenado la deriva emocional de la anciana, surgida a partir del terrible accidente en que un cinamomo de la propiedad aplastó el coche de su marido. Tiempo después del suceso, durante una de sus agotadoras jornadas de jardinería en compañía de Jamey, el leal muchacho negro que la ayuda, la señora Lark recuerda atormentada ese instante fatal que trastocó para siempre su idílica existencia. Algo se tensa de forma casi imperceptible en su actitud y una desesperación insoportable la lleva a blandir el hacha, herramienta hija de otro árbol, como si fuera el único modo posible de encontrar el sosiego que le falta. El mundo verde y silencioso de su bosque doméstico es el único testigo de su dolor cuando se acerca por la espalda a Jamey, que sigue absorto en su tarea. La señora Lark y su verticalidad amenazadora recuerdan al cinamomo asesino, hasta entonces tan solo un árbol fragante que formaba

parte del paraíso privado de un matrimonio feliz. Y sin embargo, cuando como lectores nos hallamos ya conteniendo el aliento, qué insospechado giro final imprime Welty a esta joya en que se recoge una minúscula tragedia humana convirtiéndola en un relato trascendente acerca de la vida y la muerte.

UNA CORTINA DE FOLLAJE



urante el verano, todos los días llovía un poco en Larkin's Hill. La lluvia era algo regular, y solía empezar hacia las dos de la tarde.

Un día el sol brillaba aunque ya casi eran las cinco. Casi parecía girar en una ranurita en el cielo pulido y caer en los árboles, a lo largo de la calle y en las hileras de jardines del pueblo. Las hojas, duras como la superficie de un espejo, reflejaban el sol. La mayoría de las mujeres estaban sentadas a las ventanas de las casas, abanicándose y suspirando, esperando la lluvia.

El jardín de la señora Larkin era una extensión grande, de densa vegetación, que corría ladera abajo tras la casita blanca donde vivía sola desde que murió su marido. El sol y la lluvia que tan abrumadoramente caían aquel verano no le habían impedido trabajar a diario. Ahora la intensa luz cogía como unas pinzas su torpe figurita con el viejo mono de hombre, remangadas mangas y perneras, y la separaba de las tupidas hojas, y le daba un aspecto extraño y amarillo mientras trabajaba con el azadón, desgarbada, excesivamente vigorosa y desaliñada.

Rodeado por un seto vivo alto como un muro, y solo visible desde las ventanas de la planta superior de las casas vecinas, aquel jardín inclinado y enmarañado, cada vez más exuberante y confuso, debía de resultarle ya tan familiar a la señora Larkin que probablemente fuera incapaz de imaginar ningún otro lugar. Desde el accidente en el que murió su marido, ni una sola vez había visto otro lugar. Todas las mañanas se la veía salir de la casa blanca caminando despacio, casi con timidez, con el mono sucio, a menudo con el cabello suelto y revuelto. Vagaba un ratito por allí, vacilante al principio, entre las plantas y empapada de su rocío; sin embargo, ni siquiera tendía la mano para tocar nada. Luego se apoderaba de ella una especie de energía que la equilibraba; se quedaba quieta un momento, como si le hubieran quitado una venda de los ojos. Y después se arrodillaba entre las flores y empezaba a trabajar.

Trabajaba sin descanso, casi invisible, sumergida todo el día en los inclinados macizos de plantas, irregulares y espesos. El criado la llamaría a la hora de cenar, y ella obedecería. Pero hasta que oscurecía por completo no dejaba el trabajo; entonces caminaba encorvada y sumisa hasta la casa, y abría lentamente la puertecita baja de la parte trasera. Incluso la lluvia solo significaba para ella una pausa. Se cobijaba bajo el peral, que a mediados de abril colgaba tupido casi hasta el suelo, frondoso

y brillante, en el centro del jardín.

Podría creerse que la fertilidad extrema de su jardín constituía al mismo tiempo una preocupación y un desafío para la señora Larkin. Solo mediante una actividad incesante podía estar a tono con la jugosa negrura de aquella tierra. Solo cortando, separando, escardando y uniendo de nuevo los macizos de flores y arbustos y parras podría haberles impedido sobrepasar sus límites y multiplicarse fuera de toda razón. Las lluvias diarias del verano no hacían sino aumentar su vigilancia y su ya excesiva energía. Y, sin embargo, la señora Larkin raras veces cortaba, separaba, ligaba... Hasta cierto punto, parecía no buscar el orden, sino permitir un exceso de floración, como si se aventurase conscientemente siempre algo más allá, algo más hondo, en su vida en el jardín.

Plantaba cualquier tipo de flor que encontraba o pedía por correo del catálogo; las plantaba tupida y rápidamente, sin detenerse a pensar, sin consideración alguna por las ideas que sus vecinos hubieran podido elegir en su club para lograr una vista adecuada, o un efecto de paz y sosiego, o incluso armonía de color. Sus vecinas no entendían el fin concreto que hacía trabajar con tanto afán y firmeza en su jardín a la señora Larkin. Desde luego, jamás enviaba ni una de sus bellas flores a nadie. Ya podían enfermar y morir, ella jamás mandaría una flor. Y, si le preocupaba de algún modo la belleza, bastaba mirar aquel mono sucio (casi ya del color de las hojas) para darse cuenta de que no la perseguía en su jardín. Era imposible disfrutar contemplando semejante lugar. A los vecinos que miraban desde las ventanas de arriba les parecía una especie de selva, donde a diario se perdía la forma leve y descuidada de su propietaria.

Al principio, tras la muerte del señor Larkin (de cuyo padre, después de todo, había tomado el nombre el pueblo) habían visitado a la viuda con una frecuencia razonable. Pero ella no lo había agradecido, comentaban entre sí. Ahora, de vez en cuando, miraban desde las ventanas de los dormitorios mientras se cepillaban meticulosamente el cabello por la mañana; la localizaban en el jardín como si recorrieran con los dedos en el mapa de un país extranjero la ruta hacia una ciudad; la contemplaban casi furiosos, y luego la olvidaban.

Aquella mañana temprano habían oído silbar en el jardín de los Larkin. Habían reconocido la melodía de Jamey, y le habían visto arrodillado entre las flores junto a la señora Larkin. Era el chico de color que trabajaba en el barrio durante el día. Pero, según se decía, incluso a Jamey le toleraba solo de vez en cuando...

A lo largo de la tarde, había ido levantando la cabeza para comprobar la rapidez con que Jamey hacía los trasplantes. Tenía que conseguir que acabara antes de que empezase a llover. Estaba ocupada con el azadón, arrancando la mala hierba recién crecida de una de las últimas zonas de terreno sin cultivar. Doblada bajo la luz del sol, cavaba con azadonazos bruscos, rápidos e incansables. En una ocasión echó la cabeza muy hacia atrás, para mirar al cielo chispeante. Tenía los ojos empañados y semicerrados, como por una larga impaciencia o perplejidad. La boca era una línea delgada. La gente decía que nunca hablaba.

Pero el recuerdo se apretaba suavemente a su alrededor, sin ningún prelude de aviso, ni de desesperación. Ella vería enseguida, como si se hubiese corrido sin ceremonia alguna el telón de un

pequeño escenario, el porche delantero de la casa blanca, la silla en sombras delante y el automóvil azul en el que su marido volvía a casa del trabajo. Era verano. Un día del verano anterior. Con la libertad de volver alegremente la cabeza, un movimiento que ahora se veía obligada a repetir por el recuerdo, mientras cavaba la tierra, podía ver de nuevo el árbol que iba a caer. No hubo ningún aviso. Pero ahí estaba aquel árbol enorme, el fragante cinamomo que de repente se tambaleaba, lento y oscuro como una nube, inclinándose hacia su marido. Desde donde estaba, en el porche delantero, ella le había dicho con voz suave, nunca tan íntima como en aquel momento: «A ti nada puede hacerte daño». Pero el árbol había caído, había golpeado el coche exactamente como para aplastarle y matarle. Esperó un rato en el porche, sin moverse, en una especie de evocación, como para meterse debajo y salvar del olvido sus palabras protectoras y ensayarlas una vez más y cambiar así todo el suceso. Era el accidente lo que resultaba increíble, ya que el amor que sentía por su marido debería haberle protegido.

Siguió cavando la tierra, removiendo el suelo, para abatir las plantas rezumantes de jugo. De pronto se dio cuenta de que su movimiento era el único que proseguía en todo aquel lugar en reposo. No había el menor viento ya. Habían cesado los gorjeos de los pájaros. El sol parecía estampado en un rincón del cielo. Todo se había detenido una vez más. La quietud había hipnotizado los tallos de las plantas, y todas las hojas se fundieron de pronto en espesura. La sombra del peral, en el centro del jardín, descansaba impertérrita sobre el suelo. Enfrente estaba Jamey, arrodillado, inmóvil.

—¡Jamey! —gritó ella, furiosa.

Pero su voz apenas se abrió paso en el denso jardín. Se sintió de pronto aterrada, como si su soledad estuviese marcada por alguna fuerza exterior, cuyo dedo atravesara el seto vivo. Se llevó la mano al pecho un instante. La asustó aquel oscuro aletear, como si la fuerza le balbuciese: el ave que vuela dentro de tu corazón no podría surcar este aire nebuloso... Miró fijamente el jardín con rostro inexpresivo. Aferraba el azadón y miraba entre las hojas verdes en dirección a Jamey.

El aire de docilidad que percibió en la espalda del negro arrodillado comenzó a enfurecerla. Se dispuso a avanzar hacia él arrastrando la azada tras de sí, entre las flores. Se obligó a mirarle y se fijó en él por primera vez, y advirtió el aspecto de niño que tenía. Cuando él volvió levemente la cabeza a un lado y revolvió con negligencia el polvo con un dedo amarillo, ella vio, con una especie de recelo desvalido y hambre, una sonrisa suave, más bien despectiva, en su rostro. Mientras trasplantaba los pequeños brotes estaba perdido en algún imposible sueño personal. Ni siquiera silbaba; hasta aquel sonido había cesado.

Se le acercó más (¡debía de estar sordo!) apoyándose casi furtivamente en su laxitud, absorta, como si aquella visión del perfil de su cara, que ahuyentaba la sonrisa, fuese una visión torturante, hermosa, inocente, aleteante, un espejismo para sus ojos cansados e inciertos.

Pero un sentimiento de rigor, de una desesperanza consecuente que casi se aproximaba a la ferocidad, creció con rapidez alarmante en torno a ella. Cuando estaba justo detrás de él se quedó completamente inmóvil un instante, de aquel modo extraño y furtivo con que antes había iniciado el trabajo en el huerto, por la mañana. Entonces levantó el azadón sobre su cabeza; las burdas mangas

se remangaron dejando al descubierto la fina blancura de sus brazos no hollados por el sol, y el hecho sorprendente de su juventud.

Asía el mango con firmeza, como convencida de que la madera podía sentir y que toda su fuerza podía hendir su superficie con dolor. La cabeza de Jamey, agachado allí a sus pies, le parecía necia, aterradora, maravillosa, inaccesible casi, y, sin embargo, en su proximidad explícita, prevista sin duda para la destrucción, con su cabello rizado, cálido, arracimado, sus orejas resplandecientes e intrincadas, los ramificados y marrones arroyuelos de sudor, la cabeza inclinada sosteniendo tan evidente y mortíferamente su ridículo sueño.

Podía arrancar aquella cabeza con toda intención, tan profundamente conocía, por el efecto del peligro y la muerte del hombre, la causa de su olvido; y ella estaba tan desvalida, demasiado para desafiar los procesos del accidente, de la vida y de la muerte, de lo imprevisible... Vida y muerte, pensó, apretando el pesado azadón, vida y muerte; nada significaban ahora para ella, pero se veía continuamente obligada a administrarlas con ambas manos, siempre preguntándose: ¿no hay compensación posible?, ¿un castigo?, ¿una protesta? Una oscuridad pálida giró un momento entre la luz del sol, como una estrecha hoja que cruzase el huerto arrastrada por el viento...

Y, justo entonces, llegó la lluvia. La primera gota tocó su brazo levantado. Le acariciaron rumores de frescor, diminutos y próximos.

La señora Larkin bajó la azada hasta el suelo, suspirando, y la dejó con cuidado entre las plantas. Y allí se quedó, quieta donde estaba, junto a Jamey, oyendo caer la lluvia. Era tan suave, tan pleno, el sonido del final de la espera.

Bajo la claridad de la lluvia, diferente de la del sol, todo parecía brillar sin reflejos desde el interior de sí mismo, en su plácida arcada de identidad. El verde de los brotecitos de zinnia era purísimo, quemaba casi. Todas las plantitas resplandecían una a una, según las alcanzaba la lluvia. Luego las ramas de las parras. El peral emitía un rumor estremecido y suave, como el de las alas de un pájaro que se posa. Percibía detrás, como cuando se enciende una lámpara de la noche, la blancura de la casa, que parecía una señal. Luego Jamey, con aspecto conmocionado tras darse cuenta de que había llegado la lluvia, volvió completamente su rostro hacia ella (preguntas y deleite intensificaban su sonrisa) alzando el cuerpo, tenso y erguido. Balbuceó palabras incoherentes, con timidez.

Ella no le contestó ni se movió. Solo sentía caer la lluvia. Escuchaba sus gotas esparcidas y leves entre las palabras de Jamey, su tacto quedó en las lanzas de las hojas de lirio, y un sonido claro como una campana cuando empezó a caer en un cántaro que la cocinera había colocado en el escalón de la puerta.

Por fin Jamey se plantó allí en silencio, como esperando su dinero, intentando sacudirse la confusión de la cara con la mano. La lluvia caía firme. La señora Larkin sintió que la golpeaba un viento de fragancia profunda y húmeda.

Luego, como si se hubiesen hinchado y desbordado sus cauces, la ternura irrumpió y recorrió su cuerpo cansado.

Ha llegado, pensó insensatamente, levantando la cabeza y mirando sin comprender al cielo, que

había empezado a moverse, que parecía agacharse en nubes que se ablandaban y se disolvían. Estaba casi oscuro. Pronto llegaría la noche de lluvia estruendosa y gentil. Golpearía el techo inclinado de la casa blanca. Y ella estaría echada en su cama oyendo llover. Y la lluvia caería y caería, golpearía y caería. El día de trabajo en el jardín había terminado. Podía tumbarse en la cama, los brazos cansados a los lados, y en paz e inmóvil: contra lo inagotable no cabía defensa.

Entonces la señora Larkin se hundió en un solo movimiento entre las flores, y quedó allí tendida, desmayada, veteada por la lluvia. Permaneció boca arriba, entre las plantas, con el cabello retirado de la frente y los ojos abiertos, que se cerraban a la vez al contacto con la lluvia. Empezó a separar lentamente los labios. Pareció moverse un poco, como un durmiente que se acomodase con tristeza.

Jamey corrió saltando y acucillándose a su alrededor, conteniendo el aliento alternativamente ante las flores aplastadas bajo sus pies y la figura pasiva e informe del suelo. Luego fue quedándose quieto, retrocedió un poco y miró consternado el rostro absorto, blanco y relajado bajo el bombardeo. Recordó que algo le había llenado de sosiego cuando la sintió de pie detrás mirándole agachado, y que por nada del mundo se habría vuelto en aquel momento. Recordó de pronto el estruendo inconsciente de las ventanas que habían cerrado en la casa de al lado cuando empezó a llover... Pero ahora, en aquel lugar no visible, era él quien estaba mirando a la pobre señora Larkin.

Se agachó y con voz horrorizada, suplicante, lastimera, empezó a repetir su nombre hasta que ella se movió.

—¡Señorita Lark! ¡Señorita Lark!

Luego se levantó de un salto, ágilmente, y salió corriendo del jardín.

LA VICTORIA DE LOS HERMANOS VERDES

MARIA MORAVSKY



• 1948 •

TRADUCIDO POR

Eduardo Iriarte

MARIA MORAVSKY

1889-1947

LA PINTORESCA POETA MARIA MORAVSKY NACIÓ EN VARSOVIA en el tiempo en que aún formaba parte del Imperio ruso y vivía en San Petersburgo cuando el zar abdicó. Llegó a ser encarcelada y en 1917, contraviniendo los consejos de sus allegados, decidió emigrar a Estados Unidos para librarse de la pobreza y la hambruna. Pero una vez en tierra norteamericana descubrió que no iba a poder ganarse la vida como poeta y, haciendo gala de un innegable sentido práctico, se decantó por la prosa periodística y la narración breve. Fue, sin duda, una buena decisión, ya que poco después de su llegada, en 1918, *Harper's* publicó su primer relato. Ese fue el comienzo de una prolífica trayectoria en revistas como *The Nation*, *The Bookman* y *The Outlook* o *Reader's Digest*. En las páginas de *Weird Tales*, publicación *pulp* en la que colaboraron en la misma época diversas autoras pioneras, aparecerían cinco de sus relatos a lo largo de dos décadas, entre ellos, y ya publicado de forma póstuma, «La victoria de los hermanos verdes». Tras unos años en Manhattan, la polifacética Maria viajó en 1932 a Florida para instalarse en Miami, donde dedicó su tiempo a múltiples actividades, como la fabricación de muebles, el cultivo de café y vainilla, o la cría de agapornis. Además, se hizo con una prensa manual e imprimía ella misma sus libros de poesía, acompañados de curiosos grabados. Contrajo matrimonio con un escritor canadiense, Edward M. Coughlan, que también publicaba asiduamente en revistas populares, y llegaron a escribir algún relato a cuatro manos. Moravsky parecía plenamente integrada en la sociedad norteamericana y estaba trabajando en su autobiografía cuando murió de forma prematura, a causa de una hemorragia cerebral, en 1947.

«La victoria de los hermanos verdes» se ambienta justamente en Florida, la segunda patria de la autora polaca. La narradora, una vieja dama empobrecida llamada Marianna, es testigo y cómplice de la venganza contra un despiadado contratista que urden, en fraternal alianza, el jardinero tuerto del vecindario, Roy Taber, y las plantas a cuyo cuidado ha dedicado su vida, cuando la construcción indiscriminada de viviendas empieza a suponer un riesgo para la exuberante vegetación de la zona. En el cuento se advierte una temprana mirada crítica, ecologista, que defiende el respeto a la vida de los árboles, en tiempos de un capitalismo brutalmente destructor. Taber encarna, al igual que Marianna, al solitario que encuentra en el mundo vegetal la compañía y el amor necesarios para seguir viviendo. A lo largo de todo el relato se percibe, además, el profundo conocimiento botánico

de la propia Moravsky, que nombra y describe, a través de la entrañable Marianna, un buen surtido de plantas a las que en varias ocasiones personifica como seres sintientes, semejantes, hermanas a las que el ser humano debe respetar y proteger.

LA VICTORIA DE LOS HERMANOS VERDES



l viejo Roy Taber, el tuerto del vivero, tenía las mejores plantas de Orangeville. Cuando la gente hablaba de sus lozanas palmas, sus brillantes hibiscos y sus cítricos, tan sanos, añadiendo que debía de tener buena mano para todo lo verde, él asentía distraídamente con su mata de pelo lacio y entrecano, y decía de manera enigmática:

—Lo que tengo es un ojo verde.

Era un comentario curioso, pues el único ojo con el que veía era de color avellana. El ojo izquierdo artificial que llevaba desde hacía mucho tiempo, cuando la espina de un ciruelo de Natal le privó del de verdad, tenía un matiz levemente verdoso. En aquellos tiempos no hacían ojos de cristal tan realistas como los de ahora.

Ese ojo verdoso suyo no se veía vidrioso los días de lluvia, quizá porque las neblinas cálidas y húmedas de Florida que invadían entonces el vivero atenuaban su mirada seca. Cuando regaban sus plantas violentos chubascos, ahorrándole el trabajo de llevar la manguera de una mesa de cultivo a otra, su ojo artificial parecía cobrar vida.

Para Roy no solo parecía cobrar vida. A todos los efectos, era un ojo vivo. Se tapaba el bueno con la callosa mano derecha e insistía en que seguía viendo, con ese ojo izquierdo suyo de color verdoso. «Ese ciruelo se arrepintió... Le di su merecido, desde luego. Cómo lamentó haberme sacado un ojo. Ahora veo con el de repuesto. Tengo un ojo verde.»

—El viejo está chalado —opinaban algunos vecinos.

Pero otros no lo creían así:

—Simplemente se lo imagina. Conoce todas sus plantas; las encuentra en la oscuridad, al tacto. Fíjate, es capaz de distinguir el hibisco rojo doble del hibisco rosa sinensis, incluso si no han florecido, solo con pasar los dedos por las hojas.

Yo era la vecina que más cerca vivía de Roy y a menudo intercambiaba plantas con él y las vendía de puerta en puerta en la zona residencial de Flamingo. Las mujeres blancas no suelen ser vendedoras ambulantes en Florida; quizá por eso tenía tantos clientes, más que plantas. No podía criar muchas en mi parcela, de modo que se las compraba a Roy para revenderlas. Así fue como trabamos amistad.

Un día, durante el reciente auge de la construcción, fui a comprarle a Roy varios caladios

multicolores para un contratista que los necesitaba para decorar rápidamente una casa construida de cualquier manera a fin de facilitar la venta. Roy me dijo:

—Señora Holland, no está bien que la viuda de un veterano de la guerra con España se gane la vida con la venta ambulante mientras esos especuladores construyen casas a crédito, destrozan las barreras naturales contra el viento, saquean la tierra y ganan, de una tacada, más de lo que usted ganaría en años.

Negué con la cabeza cubierta de canas. Ya no podía permitirme teñirme y hacerme la permanente.

—A mí me da igual, Roy. No los envidio. Tengo mi pensioncita y el viejo granero limpio y despejado. De todas formas, muchos se las verán y se las desearán para desprenderse de sus construcciones. Según las estadísticas, todos los meses salen a la venta trescientas casas nuevas y no hay nadie que las compre.

—Pues a mí no me da igual, señora Holland. Tengo la sensación de que ese tipo que compró los dos terrenos junto a mi vivero, en el lado oeste, me está acorralando.



Aquello me inquietó. Los terrenos hacia el oeste estaban ocupados por las plantas de Roy que no habían en su atestado jardín. Setenta y ocho variedades de hibiscos en barriles para clavos, aguacates con brotes recién salidos en cubos para la mantequilla.

Además, había innumerables recipientes más pequeños a la sombra de una enorme palma de abanico que crecía justo al otro lado del linde de la propiedad de Roy.

—Va a talar la palma —me informó Roy en tono trágico.

Así pues, no era el espacio que iba a perder lo que le preocupaba, sino la vida de la venerable palma.

Me entristeció. Roy adoraba esa palma. Fuimos allí y la contemplamos para grabarla en nuestra memoria antes de que desapareciera.

Era un ejemplar perfecto de veras. Alto y elegante pese a su grosor: debía de tener cerca de un metro de circunferencia. Sus lozanas frondas verdes, de unos dos metros, se extendían cual alas protectoras formando un invernadero natural sobre las plantas que cobijaban. En las horquillas de esas frondas crecían helechos: helechos de rizadas plumas de avestruz, helechos pavorreal, con un lustre metálico verdiazul en sus delicadas hojas de encaje; prehistóricos helechos silvestres de Florida con un extraño nombre en latín que nunca acertaba a recordar; unos helechos preciosos que nadie quería porque no se podían trasplantar, pues se marchitaban en la cautividad de las macetas. Orquídeas escarlatas africanas con el meollo púrpura. Aloes que se encaramaban al tronco de la palmera componiendo un magnífico despliegue floral. Había suficiente vegetación en la palma misma y su entorno como para surtir un pequeño vivero.

—¿Cree usted que ese tal Filbrick se avendría a perdonar a Aloha para que dé sombra a sus endeble dúplex? —me preguntó Roy con amargura. Les había puesto nombre a todos los árboles excepcionales.

—Se lo comentaré. Teniendo en cuenta que aspira a ser vecino nuestro, quizá...

—Cuánto se lo agradezco, señora Holland. Detesto hablar con esa sabandija; me da miedo perder los nervios.

Dispuse los caladíos rojos, rosas y blancos en la carretilla de juguete de mi nieto más pequeño —él había abandonado la carretilla hacía mucho tiempo y se había alistado en el Ejército, siguiendo los pasos de su difunto abuelo— y tiré del juguete tambaleante para salir poco a poco del vivero de Roy y enfilarse el sendero de acceso, a la sombra de dos robles plateados.

Antes había tres robles, pero el último huracán derribó el más alto. Roy había desarraigado el enorme tocón y ahora la tierra estaba cubierta de hierba ciempiés recién salida.

Me detuve un momento al sol en ese lugar; la carretilla cargada de macetas llenas de tierra pesaba mucho para mis ancianos brazos. Solícito como siempre, Roy dejó el desplantador y se acercó para echarme una mano.

Cuando hubo tirado de la carretilla hasta la acera, le pregunté:

—¿Qué piensas plantar en ese hueco?

—Ah, no sé. Otro roble, me parece. Son buenos árboles para que crezcan orquídeas. Las orquídeas no son parásitas, ya sabe. Son más que nada plantas aéreas. Hay muy pocas orquídeas terrestres.

Roy me lo había dicho muchas veces. Debía de estar haciéndose muy viejo y la memoria empezaba a fallarle, pensé, sin dejar de escuchar con amabilidad.

—Muy bien, Roy. Gracias. —Tomé el asa de la carretilla de su mano manchada de tierra—. A partir de aquí ya me apaño. No son más que unos cuantos pasos por la acera y ya estoy en casa. El sendero de acceso es de cemento y no hay raíces en las que se enganche la carretilla. Ya puedes volver a tus plantas.



A la mañana siguiente, cuando vi a Filbrick con Jones, el operario de excavadora de la zona, hablando a voz en grito en la calle, me acerqué y dije:

—Oiga, señor Filbrick, ¿le importa indicarle a Jones que respete esa palma grande justo en el lindero cuando desbroce sus terrenos? Es un árbol tan viejo y tan bonito...

—Claro —accedió Jones de buena gana—, puedo rodearlo con la máquina. No hay necesidad de talar un árbol tan grande, que además le dará buena sombra, señor Filbrick.

Filbrick arrugó la nariz ganchuda.

—No es más que una palma silvestre; queda muy cerca de la casa que planeo construir. Pienso poner ahí un contenedor de basura soterrado, al lado de la puerta de la cocina.

En ese momento aborrecí al tipo. ¡A quién se le ocurre sustituir la palma por un contenedor de basura!

Muda de indignación, los dejé allí plantados y regresé a mi casa vacía.

La antigua casa de ciprés está vacía en más de un sentido. No solo se esfumó mi familia, sino también casi todo el mobiliario. Hay que pagar las facturas del médico —la artritis siempre me da la

lata durante las épocas de frío— y el precio de la compra se ha puesto imposible. Pero no me molestaba el vacío silencioso de las habitaciones y los porches de altos techos. Me ayudaba a relajarme, a leer o a consultar mi bola de cristal sin que me importunara nadie. Sin sentirme «acorralada», que diría Roy.

Me senté delante de la vieja bola de cristal que me regaló mi madrastra cubana el día de mi boda, cuarenta años atrás. Estaba encima de un soporte que remedaba una pata de pollo. Ahora no recuerdo el nombre de la secta vudú que usaba este símbolo en Cuba; la memoria empieza a fallarme tanto como a Roy... Pero siempre me ha gustado tontear con esa bola, fingir que puede mostrarme el poco futuro que me queda.

Me acomodé ahora ante ella, limpié la superficie y escudriñé el cristal borroso pensando en el árbol favorito de Roy, la palma condenada a morir.

Al principio no vi nada. Pero oía el chirriar de la excavadora y de vez en cuando el topetazo de un árbol al caer. Luego empecé a ver los troncos desarraigados, amontonados unos encima de otros, apilados al fondo del terreno, las ramas retorcidas y quebradas... Se me llenaron los ojos de lágrimas.

Aparté la vista de la bola de cristal. ¿Me lo había imaginado todo o de verdad era bruja mi madrastra? ¿Me habría legado algunos de sus poderes? Ahora ya no me hacía gracia tontear con esa idea.

Me levanté no sin esfuerzo de la vieja silla de mimbre y me quedé de pie delante de la mesa redonda de tablero de mármol en la que estaba la bola de cristal. Al mirar de soslayo por última vez el globo verdoso, me pareció que se movía ligeramente la base, como si la pata de pollo que la sostenía se hubiera girado hacia los árboles condenados.

«Estás empezando a enloquecer de soledad, Marianna», me dije con seriedad.



Después de haberle vendido los caladíos uno por uno —nunca podía llevar dos macetas pesadas en la cestita— al propietario de una casa nueva en Flamingo que se negaba a pasar a buscarlos, me tomé un té bien cargado en el almacén de baratillo de la zona y aproveché para echar un vistazo a lo que tenía a la venta la competencia en su mostrador de plantas. Me fijé en una gardenia maltrecha embutida en una macetita mexicana que costaba dos dólares. Una de las ramitas resacas colgaba torcida, rota por algún cliente desconsiderado, supongo. Miré a mi alrededor con disimulo, saqué la navajita que siempre llevo en el bolso y podé la ramita rota.

«Pondré en agua este esqueje y lo criaré. Así empezaré a tener gardenias», pensé, con un optimismo derivado, supongo, del té tan cargado que acababa de tomarme.

Para cuando volví en autobús a Orangeville, me di cuenta de la futilidad de mi plan. Las gardenias requerían un fertilizante especial; había que tenerlas en una plataforma elevada, plantadas en musgo de turbera. No tenía los materiales ni la energía para empezar algo nuevo de la nada, como acostumbraba a hacer cuando era mucho más joven.

Así pues, antes de volver a casa, me pasé por el vivero de Roy y le ofrecí el esqueje.

—Gracias, señora Holland. Lo injertaré en mis jazmines de Madagascar. Se nutren del mismo tipo de fertilizante —dijo al tiempo que deshojaba con cuidado la ramita y la podaba con su cuchilla—. Toda plantita viene bien. Trataba el esqueje con la misma ternura que si hubiera sido un bebé.

—Tengo malas noticias, Roy —empecé a regañadientes.

—Lo sé —respondió sombrío—. Me lo ha dicho Aloha. Quieren talarla.

La manera tan fantasiosa que tenía de expresarse me hizo sonreír. Se lo había dicho la palma, ¿eh? Era triste, pero encantador en cierto modo. Debía de haber supuesto lo que se avecinaba; ya se conocía a esos contratistas despiadados.

—¿Qué le importa un árbol a un especulador? —dije con amargura—. Quiere instalar un contenedor de basura en su lugar.

Roy frunció los labios finos y pálidos y suspiró. Luego dijo en tono serio:

—Eso me lo ha contado Mighty.

Mighty era uno de los dos robles plateados que daban sombra al sendero de acceso. ¿Se lo había contado Mighty! Eso era llevar sus fantasías demasiado lejos. Sonreí con aire de reprobación:

—No debes repetir todo lo que te susurra tu imaginación... Hay clientes tuyos que se lo toman en sentido literal, ya sabes.

—Lo digo en serio —insistió, con convicción fanática—. Mis hermanos verdes siempre me susurran lo que se avecina, si les atañe.

Se me escapó un grito ahogado. Roy nunca había expresado sus extrañas ideas tan abiertamente. Ni siquiera a mí.

Al ver la incredulidad de mi semblante, dijo, a la defensiva:

—Si los animales sienten cómo los tratas, ¿por qué no las plantas? Somos todos una familia: hombres, animales, aves, insectos, árboles. ¿Por qué habrían de considerarse los hombres distintos? Nuestros hermanos verdes comen prácticamente lo mismo que nosotros. Necesitan las mismas vitaminas. Yo siempre les doy a los esquejes vitamina B-1, como aconsejan los botánicos. Usted también, ¿verdad, señora Holland?

Asentí sin mucho convencimiento. Lo cierto es que sabía, por mi pequeña enciclopedia sobre plantas, que el trasplante es como una operación de gran calado para ellas. Yo también echo vitamina B-1 en la solución de nutrientes para que no acusen tanto la conmoción del trasplante. Así no se marchitan.

—Tienes razón, hasta cierto punto, Roy. Las plantas crecen como los seres humanos, comen como los seres humanos, sin duda. Pero dudo que sientan como nosotros. Y no pueden leernos el pensamiento.

—¿Que no sienten? Entonces, ¿por qué repliega las hojas la mimosa cuando la toca un desconocido y no retrocede cuando la toco yo? ¿Me lo puede explicar?

Sinceramente, no podía, y lo reconocí, de modo que Roy siguió asegurándome que las plantas se comunicaban con él.

—Porque yo adoro a mis hermanos verdes. Están de mi parte.

Guardé silencio. No tenía sentido discutir con alguien que albergaba una convicción tan firme. Solo entonces entendí el amor fraternal que sentía Roy por sus plantas. Detestaba podarlas. Cuando tenía que usar las tijeras, siempre les pedía perdón a las plantas por tener que cortarles las ramas. Cuando podaba una rama seca, le oía murmurar: «Es por tu bien, cielo».

Nunca me había tomado en serio esas fantasías; todos les hablamos a las mascotas, o al menos eso hacemos las personas solitarias. Otros hombres y mujeres, yo incluida, les hablan a las plantas mientras las cuidan. Eso no tenía ninguna importancia. Ninguna, aunque en el caso de Roy...

Estaba cada vez más inquieta.



Esa noche, de luna llena, vi desde el porche donde dormía en verano una figura que deambulaba por uno de los terrenos anexos al vivero de Roy. Miré por la mosquitera, con los ojos entornados, el angosto sendero teñido de plata por la luz de la luna, que discurría entre mi parcela y el vivero de Roy atravesando los dos solares vacíos que los separaban. Estaban cubiertos de palmitos silvestres con solo cinco imponentes pinos entre la maleza.

La curiosidad me llevó a ponerme mi vestido negro. (Todavía visto de luto, después de tantos años de viudedad. Es una costumbre melancólica, supongo.) Fui a los terrenos vacíos a ver qué ocurría, pues supuse que era Roy. Oí un ligero gañido metálico y vi que Roy estaba podando grandes frondas del lado de la palma donde iban a construirse las casas de Filbrick.

—¡Roy! ¿Qué haces? —pregunté.

Volvió hacia mí la cara enjuta y arrugada, más pálida de lo habitual, iluminada por el blanco mate de la luna.

—Espero que ese tipo respete el árbol si corto estas largas frondas... Quizá... Quiero que lo dejen en paz.

Se me hizo un nudo en la garganta. Quería que la palma pareciera menos frondosa, que pasara inadvertida... Igual que una gallina madre refugiaría a sus polluelos bajo las alas, ocultándolos del enemigo. El símil no es perfecto, pero la emoción era la misma.

—¿Qué vas a hacer con todas esas plantas? —pregunté señalando las numerosas macetas que rodeaban la palma y que Roy se veía obligado a sortear para acercarse al tronco.

—Todavía tengo hasta mañana. Ese necio dice que, si no las he retirado para entonces, las tirará. Las voy colocar en el sendero de acceso a mi casa.

—Entonces no te quedará sitio para que pase la camioneta.

—Bueno, qué se le va a hacer. Tendré que aparcar en la calzada.

—Aparca en mi sendero. Yo no tengo coche.

—Gracias, señora Holland.

Aunque yo era más pobre que Roy, y no tan vieja, él siempre me llamaba señora Holland, mientras que yo le llamaba por su nombre de pila. Esta curiosa actitud de inferioridad por su parte se remontaba, quizá, a cuando él empezó a montar su vivero con unas latas vacías y un terreno

alquilado. Ahora su negocio iba viento en popa y yo no era más que una dama sin blanca que intentaba sobrevivir gracias a su modesta pensión y a la venta de unas cuantas plantas.

—Te ayudaré a trasladar las plantas por la mañana, Roy —prometí.



Pero no pudimos salvar ninguna. Por la mañana Roy tuvo un acceso de urticaria. Era curioso cómo le subía la fiebre cuando algo le preocupaba. Tuve que cuidarle, pues no se podía permitir una enfermera. En su delirio, no dejaba de susurrar:

—Ahora van a destrozarlas. Todas mis plantas...

Al día siguiente se sentía mejor, pero todavía se le iba la cabeza. Miraba por la ventana al montón de desperdicios en que se habían convertido sus plantas y despotricaba:

—¡No podían esperar! ¡Ordenaron a los negros que las redujeran a un montón de desechos! ¡Meses de trabajo, años de crecimiento! Hay que ver, esas pobres raíces al aire. Mis hermosos hibiscos. Mi jazmín confederado, mi jazmín rojo, mi jazmín estrella. Las gardenias injertadas, los mangos tiernos. Asesinados, todos asesinados... Pero el sol achicharrará las raíces de todos los demás. ¡Qué masacre! ¡Qué masacre de mis inocentes hermanos verdes!

Le di un sedante y me fui a ocuparme de mis escasos quehaceres. Además, tenía que estar en casa por la mañana porque iba a venir un cliente a recoger un jazmín rojo de Madagascar que le había prometido.

Cuando volví a ver cómo se encontraba Roy, me fijé en que la palmera condenada seguía erguida en medio de los desechos desbrozados.

—Aloha sigue con vida —le dije a Roy mientras le palpaba la frente, ahora más fresca—. Espero que la respeten. Espero que no la talen, desde luego.

Pero el especulador la taló. No derribó la palma él mismo; era demasiado enclenque. En cambio, encargó a Jones que la arrasara con la excavadora. Un árbol tarda años en crecer, y con un buen empujón... Qué pena.

Cuando la hermosa palma se estremeció en el aire en calma antes de caer sobre el solar junto a los troncos de los cinco pinos arrancados de raíz, lo hizo con un temblor casi humano. Dio la impresión de que estaba expresando su terror ante una muerte súbita. Cuando cayó, ahuyentando a un sinsonte de su nido, sofoqué un grito.

Me apresuré a ver cómo se lo tomaba Roy. No estaba en el cobertizo de las macetas. No estaba al aire libre. Fui a su casa y me detuve en el porche porque no quería molestarle. Por el cristal de la puerta principal lo vi tumbado en el sofá, bocabajo. Los hombros se le movían convulsivamente...

Bajé con suavidad la aldaba que ya había levantado y lo dejé a solas con su tristeza.

Fui a los terrenos despejados después de que la excavadora hubiera cumplido su letal cometido e hice el esfuerzo de contemplar la palma caída. Pasé por encima de las frondas rotas y retorcidas y recogí del tronco tantas orquídeas africanas como me cabían en el delantal para llevárselas a Roy.

Estaba sentado con aire abatido a la mesa de cultivo, las largas piernas colgando sobre un montón

de marga negra lista para el trasplante. Sus herramientas reposaban; ese día no podía trabajar. Vi que le lloraba el ojo bueno... El ojo artificial verdoso, desprovisto de lágrimas, tenía un aspecto feroz.

—Pagaré por lo que ha hecho —susurró con voz áspera al verme. Entonces se fijó en las orquídeas—. Ay, muchas gracias. Gracias...

Las cogió con ternura de mi delantal y las dejó encima de un montón de mantillo de hojas.

—Las plantaré en buenos arriates. No echarán en falta el tronco de Aloha... como yo —remató amargamente con la boca trémula. Nunca lo había visto tan triste y disgustado.

—He contemplado esa palma durante veinte años, desde que murió mi mujer. Esperaba disfrutar de su compañía el resto de mi vida... Pagaré por lo que ha hecho. ¡Pagaré por ello! Los hermanos verdes se encargarán.

No había nada que pudiera decir para consolarlo. Yo me sentía más o menos igual. También adoraba esa palma y odiaba a su asesino. Supongo que no éramos más que dos chiflados cada vez más encariñados con todo lo verde desde que nuestros seres queridos murieron o se fueron.

Mientras volvía a mi casa por el césped descuidado y sembrado de los pétalos rojos que iban dejando caer las flores del framboyán, repetí las palabras de Roy:

—Los hermanos verdes... Los hermanos verdes... —Me horrorizó el sonido de mi voz: tenía un deje de llamamiento a la venganza.



Llegó la temporada de huracanes y con ella los constructores. Filbrick, que era del norte, no había contado con las interrupciones que causarían las lluvias. Maldecía los chaparrones, como si fueran ofensas deliberadas, cuando sus obreros se veían obligados a pasar el rato a refugio de las casas a medio construir.

Pero al final cesaron los martilleos, la hormigonera dejó de traquetear, la sierra eléctrica cejó en sus gemidos y el olor a brea se disipó por encima de los tejados planos cubiertos de guijarros. Los dos dúplex estaban todavía sin pintar, los suelos aún sin baldosas sintéticas, revelando el crudo grosor de quince centímetros de hormigón sólido. Las casas eran baratas, pero no se habían construido con malos materiales, eso había que reconocerlo.

Miré mi casa de madera y suspiré. Esas dos aguantarían mucho mejor un huracán. Debe de dar sensación de seguridad durante un buen vendaval vivir en un bloque de hormigón.

Transcurrieron varias semanas y las casas seguían inacabadas. Daba la impresión de que Filbrick se había quedado sin dinero. Lo veía un domingo tras otro llevando visitas en su destartalada furgoneta y desplegando planos ante ellos a la vez que señalaba con elocuencia sus dúplex.

—Está sudando lo suyo para venderlos —le comentaba yo a Roy de vez en cuando.

—No los venderá nunca —contestaba Roy con la voz impregnada de odio—. ¡Morirá antes!

Yo estaba cada vez más asustada. ¿Se estaba planteando Roy matar al contratista? Sería una locura. Ningún árbol merecía tanto.

Un domingo de lluvia en que la vegetación parecía crecer a ojos vistas y todas y cada una de las

briznas de hierba habían alcanzado el doble de su tamaño de la noche a la mañana —es lo que tienen las lluvias tropicales aquí—, vi que un llamativo coche gris de modelo reciente se detenía delante del dúplex inacabado más cercano. Cuanto mayor me hago, más curiosa soy. Fui descaradamente a espiar al posible comprador.

El rostro zalamero de Filbrick estaba radiante. Con expresión satisfecha, se enjugó la frente calva y sudorosa con un pañuelo sucio, enseñando la dentadura postiza en una amplia sonrisa dirigida a su cliente. Debía de haber cerrado una venta, pensé.

Su comprador, un hombrecillo de aire ratonil con ropa elegante, hombros estrechos y una buena panza, subió a paso ligero los escasos bloques de cemento que llevaban a la puerta de la cocina de la casa sin terminar de la derecha. Quería cerciorarse de lo que había adquirido, supongo, o buscaba algún defecto.

—No tiene de qué preocuparse, señor Baum —le aseguró Filbrick en tono pomposo al tiempo que le ayudaba respetuosamente a sortear los peldaños improvisados—. Es una construcción de primera clase... Sólidos suelos de hormigón... Quedarán muy bonitos cuando se coloquen las baldosas... Pero ¿qué es esto?

Se le escapó un gruñido de absoluta consternación del que se hizo eco una exclamación furiosa del posible comprador.

—¿Le parece esto una construcción sólida? —preguntó el individuo con desdén.

Impulsada por una curiosidad irresistible, subí los peldaños y miré dentro, hacia el rincón que señalaba el comprador urbanita con un dedo gordezuelo y acusador. Casi se me escapó un grito ahogado, pues en ese rincón crecía una larga y lozana enredadera de Virginia cuyos zarcillos brotaban del suelo de hormigón de quince centímetros.

—No sé cómo ha podido pasar. —Filbrick parecía asombrado de veras—. Yo..., este suelo... Pálpelo, señor Baum.

Baum lo hurgó con un trozo de moldura que encontró por ahí. El suelo cedió, desintegrándose en la arena y el relleno que lo conformaban, y se abrió un enorme agujero por el que surgió la enredadera, sus hojas de cinco puntas alzadas a modo de saludo como otras tantas manos verdes.



Filbrick maldijo, agarró la enredadera del tallo del que brotaban otras ramas e intentó arrancarlo del suelo dañado. Pero no pudo. La enredadera triunfante debía de haber hundido las raíces muy por debajo de los cimientos.

Pese a la inquina que le tenía al especulador, me di cuenta de que no era culpa suya. Yo misma había paseado por esos suelos una semana después de que los colocaran. Ya se habían asentado para entonces —fue antes de que empezaran las lluvias— y el tiempo seco que había hecho los había dejado bien duros y sólidos. ¿Cómo iba a atravesar una enredadera quince centímetros de hormigón consolidado?

—No lo entiendo —dijo Filbrick en tono de súplica, como desarrollando mis pensamientos—. La

mezcla era idónea. Una mezcla resistente. Se lo puedo demostrar. La adquiriré ya preparada en... — Nombró la empresa de material de construcción más acreditada de Flamingo.

Baum meneó la cabeza.

—Si estuviera bien hecho, no se desintegraría. —Su cara ratonil adoptó un semblante de autoridad escandalizada—. No hay trato.

Fui de inmediato en busca de Roy para contarle lo que había oído a escondidas. Lo encontré poniendo mantillo de hojas en el fondo de unos bidones de veinte litros como paso preliminar para trasplantar unos esquejes de hibisco bastante crecidos.

—Ya estoy al tanto de todo. Me lo han contado mis hermanos verdes. —Agitó en el aire la mano extendida.

Al mirar esos dedos de espátula, verdosos con la esencia de los tallos rotos sin querer, me pareció percibir un extraño parecido entre ellos y la palma de cinco dedos de la enredadera de Virginia.

—Le han destrozado el suelo —reiteró Roy con sombría satisfacción—. No le servirá de nada arrancar esa enredadera. Volverá a crecer. Una y otra vez... Mis hermanos verdes vencerán.

En ese momento tuve la sospecha de que Roy se estaba volviendo loco.

—Debes de haber estado consultando mi bola de cristal —bromeé de buen ánimo procurando disimular mi consternación.

—No, me lo han dicho. Consulta tú esa bola de cristal y dime qué tal lo hacen en el futuro.

—¿Hacer qué? —indagué, pero me lanzó una mirada cargada de intención y no respondió.

Perpleja, por no decir otra cosa, me volví a casa. Una clienta que venía a por unos arbustos de pitanga me distrajo un rato de los pensamientos que me inquietaban. Pero una vez que su coche se hubo alejado con estrépito, dando una súbita sacudida al pasar por encima de una tubería de emergencia dispuesta sobre la calzada para el agua que los albañiles tomaban prestada de un vecino, me vino de nuevo a la cabeza la fantástica profecía de Roy.

Entré en casa y me senté delante de la bola de cristal, ahora colocada encima de un antiguo reclinatorio en la habitación de invitados, al lado de la Biblia familiar con una encuadernación de cuero medio deshilachada. Retiré la Biblia por respeto, como si la bola de adivinación pudiera mancillarla. Me impregnó las yemas de los dedos un polvillo dorado desprendido de la tapa. Estuve mirándomelas un buen rato antes de reunir el valor necesario para consultar la bola de cristal.

De inmediato vi las nubes de humo que ondeaban en su interior. Entonces se alzó una llamarada hacia lo alto, por encima..., sí, por encima de los tejados de los dúplex de Filbrick.

Temblorosa, miré con más atención. Nunca se me había pasado por la cabeza que el fuego pudiera amenazar esos sólidos edificios de hormigón prácticamente a prueba de incendios. Por lo tanto, no podía haberlo imaginado. ¿Cómo había empezado el fuego?

Miré de nuevo. Las llamas lamían las vigas de madera; el fuego ya había devorado el recubrimiento. La habitación se llenó de un nauseabundo olor a fieltro carbonizado. Me aparté de la bola de cristal. El olor a humo era demasiado realista.

Efectivamente: los edificios contiguos se habían incendiado. Poco después oí el ulular de las sirenas

de los camiones de bomberos.

En muy poco tiempo, los bomberos tenían el incendio bajo control. Me planté en la calle al lado de un camión rojo nuevecito junto con otros espectadores curiosos y escuché las preguntas que planteaba a gritos el jefe de bomberos a los dos negros que trabajaban para Filbrick, que respondieron en tono sumiso:

—El jefe nos ha dicho que quemáramos esos desechos... —Señalaron el montón de árboles que había arrancado la excavadora. Pronunciaron sus palabras casi al unísono, como si las hubieran ensayado.

El jefe se mostró perplejo.

—¿Tiene el propietario permiso de quema?

—No sabemos... A nosotros nos lo han ordenado.

—De acuerdo. No ha sido culpa vuestra. Pero... —Despachó a los trabajadores con un gesto de la mano protegida con un voluminoso guante y miró los ladrillos agrietados por el fuego y la madera humeante con un gesto de asombro—. El viento venía del este —masculló—. ¿Cómo ha podido desplazarse el fuego hacia el sur?



Me hice la misma pregunta y me dio miedo contestarla. Los cinco pinos caídos y el enorme tronco de la palma asesinada yacían al norte de las casas.

Meneé la cabeza para ahuyentar esa idea fantasiosa. No. No. Era Roy quien estaba desequilibrado, no yo. Podía haber saltado una chispa... Pero ¿cómo? Las chispas van a lomos del viento, y el viento soplaba del este.

Atajé el pánico cada vez más intenso a base de fuerza de voluntad. No pensaba mencionárselo a Roy. A menos que sus hermanos verdes ya le hubieran puesto al tanto de su trabajo.

Una vez más negué con la cabeza. No tenía sentido albergar semejantes ilusiones disparatadas. Además, yo no odiaba a Filbrick hasta el punto de desear que todo ardiese. Era Roy quien podía haber abrigado ideas así, y se me habían contagiado.

Algo por el estilo propugnaba la teoría de la percepción intersensorial.

Seguía intentando escapar del agobio de mis descabellados pensamientos cuando vi a Filbrick — con su escaso pelo rojizo desaliñado en torno a la calva— colocando una escalera de mano contra la pared ennegrecida de su dúplex.

—Y el seguro había vencido —se lamentaba, sin rastro de su antiguo aplomo.

Lo miré con desdén. Los daños no parecían tan cuantiosos; se repararían en una o dos jornadas de trabajo.

Tanta prisa tenía por hacer una estimación de los desperfectos que subió apresuradamente la escalera agarrándose con una sola mano. De pronto oí un grito y lo vi caer al suelo sembrado de piedras.

Después de que la ambulancia se lo llevara al hospital más próximo, me acerqué a la casa dañada,

donde un grupo de vecinos curiosos charlaban sobre el accidente.

—La escalera parece perfectamente segura. Es nueva, de madera verde. Ni siquiera está pintada.

—Sí, pero le falta un peldaño.

Miré la escalera de la que hablaban y me fijé en los dos orificios donde había estado el peldaño que faltaba. De uno de ellos colgaba una raíz rota, la raíz tersa y torneada de una palma de abanico.

Filbrick debía de haberla tomado por el peldaño.

Pero ¿cómo había llegado hasta allí? ¿Cómo podía haberse enredado con tanta precisión entre los dos orificios del peldaño que faltaba? Era extraordinario.

—Los hermanos verdes... —repetí sin saber por qué—. Los hermanos verdes.

De camino a Correos para cobrar el cheque de la pensión, pasé por el vivero de Roy: quería ver cómo había reaccionado al accidente. Pero no lo encontré en el cobertizo de las macetas. Un chico negro que le ayudaba a veces estaba regando los aguacates del semillero. Sonrió con simpatía al verme y se llevó la mano a la cabeza húmeda y crespa con ese indolente gesto de saludo típico del sur.

—El jefe no está, señora. Ha ido a plantar esos hibiscos que le compró la señora Watson el viernes pasado.

Así pues, me fui a Correos. Después de cobrar la pensión y comprar algo de comida, fui a una cabina telefónica (antes no me lo había podido permitir, estaba pelada) y marqué el número de la señora Watson. Sabía que tenía un teléfono en la cocina y Roy no tendría que pisotear su bonito suelo de parqué con las botas manchadas de tierra cuando lo avisaran de que quería hablar con él.

La doncella de la señora Watson fue a buscar a Roy. Oí sus pasos en las baldosas de la cocina mientras se acercaba al teléfono. Sonaban enérgicos, exuberantes. Por lo general, tiende a arrastrar los pies.

—Filbrick se ha caído del tejado —le dije, sin mencionar el incendio.

—Y las paredes de sus casas se han agrietado de mala manera. Y tiene cinco costillas rotas —anunció Roy en tono sentencioso.

Esta vez no le pregunté cómo lo sabía.

—Lo he visto con mi ojo verde. —Me ofreció la extraña explicación sin que se lo pidiera.



Al día siguiente leí una noticia en nuestro único periódico acerca del incidente del «anómalo incendio». El periodista concluía el artículo con: «La víctima se rompió cinco costillas».

Filbrick abandonó el hospital diez días después con el torso abultado a causa del vendaje que le inmovilizaba las costillas. Lo vi supervisando a los obreros que se disponían a abrir con explosivos los socavones para instalar dos fosas sépticas. Cuando el robusto capataz negro ordenó a sus hombres que cubrieran el recuadro de terreno pedregoso con una manta de grueso esparto, estos se miraron con aprensión.

—No hace contacto —murmuró el más grande—. Este lugar está encantado.

El capataz se acercó a Filbrick, que estaba sentado en su descapotable.

—Lo siento, señor..., esos negros se han asustado. ¿Le importa efectuar la voladura usted mismo?
—Le entregó al constructor el dispositivo de seguridad con el largo cable que llevaba hasta la espoleta, o como quiera que la llamase.

Filbrick se quedó pálido por completo y negó con la cabeza:

—Hágalo usted, hombre. ¿Para qué le pago? Venga, o lo despido.

El capataz cogió el dispositivo eléctrico de las manos temblorosas de Filbrick y se dio la vuelta. Dio la impresión de que titubeaba.

Yo estaba agachada en el arriate de mi patio trasero separando las amarilis como pretexto para presenciar los trabajos. Al posar los dedos cansados en la tierra blanda y húmeda —esa misma mañana me habían traído una carreta llena—, noté una sensación de lo más agradable y reconfortante. Empezaron a rondarme ideas extrañas.

Qué descanso supondría tener raíces en lugar de remover la tierra con dedos doloridos y malformados por la artritis.

Me limpié la tierra de la mano y miré otra vez en dirección al capataz, que se iba alejando. Le vi hacer con disimulo la señal de la cruz sobre su pecho negro al descubierto. Entonces gritó «¡Ahora!» y activó el dispositivo.

Lo único que aconteció fue un estrépito sordo que levantó una nube de humo.

Dejé escapar un suspiro de alivio. No habría accidentes, siempre y cuando Filbrick no estuviera implicado.

Este pensamiento me vino a la cabeza como si me lo hubiera murmurado la voz de una palma susurrante.

La fosa se instaló y se cubrió de tierra. Se pintaron las casas y se colocó un cartel enorme de SE VENDE delante. Pero, pese a la escasez de viviendas, no había compradores.

Acabó el breve respiro entre unas lluvias y otras y empezaron a soplar fuertes vientos. Se avecinaba la época de huracanes, aunque todavía no se había anunciado ninguno.

Una húmeda tarde de septiembre estaba tumbada en el sofá del porche echándome una siestecita. Eso siempre me calmaba los dolores de la artritis.

Me despertó una especie de silbido, como cuando borbotea violentamente el agua hirviendo. Agucé el oído hacia la cocina. No, no me había dejado nada en el fuego. Fui a asegurarme. La cocina estaba apagada. Como no tengo seguro de incendios, me ando con mucho cuidado, sobre todo porque mi cocina es de esas antiguas de queroseno.

Pero el silbido continuaba. Miré por la doble ventana de la cocina y vi las casas de Filbrick envueltas en un torbellino de polvo de piedra coralina.

—¡Un tornado! —exclamé al reconocer por fin el sonido como lo que era en realidad.

Hacía tiempo que no oía algo así, pues rara vez hay tornados en Florida.



Ese fue especialmente extraño. Todos los árboles de mi parcela quedaron incólumes, igual que los de

los terrenos anexos a los dúplex nuevos. Pero en la parcela de Filbrick el tornado silbó y se ensañó con furia maniaca.

Todo terminó en unos minutos. Esos terribles vientos no duran ni remotamente tanto como los huracanes. Cuando se dispersó la neblina oscura vi paredes derribadas, tejados arrancados, las melaleucas recién plantadas y el cartel de SE VENDE descuajados de la casuarina adyacente, que colgaba como una cometa retorcida de los cables del teléfono.

—Le está bien empleado —dije con satisfacción, y volví a dormirme.

Pero al día siguiente mi malicia satisfecha se tornó en miedo. Pese a lo mucho que detestaba a Filbrick, no quería verlo muerto.

Sin embargo, ahí estaba: lo encontraron en uno de sus dúplex, tendido entre las malas hierbas que ya crecían a través de los bloques de cemento agrietados, la cara amoratada, los ojos abiertos de par en par. Un grueso tallo de nicna de Nueva Andalucía, también conocida como enredadera flor de luna o enredadera cordón, se le había enroscado dos veces en torno al cuello hinchado.

El inspector de policía que acudió al escenario de la muerte, seguido por una muchedumbre boquiabierta entre la que me encontraba yo, repitió, meneando la cabeza:

—Es imposible que esa enredadera lo estrangulara por voluntad propia. Alguien tiene que haber colaborado... A ver, señores, ¿quién odiaba tanto a este individuo como para desear su muerte?

La gente negó con la cabeza en silencio. Muchos odiaban a Filbrick, que pagaba sueldos de miseria y despedía a los obreros a la menor provocación. Había hombres a los que había timado... Infinidad de sospechosos.

Yo sabía de otros sospechosos que no eran humanos. Multitud de ellos. Pero no podía mencionar a los hermanos verdes sin pasar a ser yo misma sospechosa... de locura.

Me quedé mirando el cadáver todavía sin cubrir, presa de una fascinación mórbida. Hasta me puse las gafas, que rara vez llevo, para verlo mejor. Al final, avergonzada, me las quité de un zarpazo.

Después de que el forense anunciara los resultados de su examen preliminar, cuando se hubieron llevado el cadáver cubierto a la ambulancia, oí que Roy gritaba:

—¡Sabía que iba a morir! ¡Lo sabía!

En su voz se percibía una siniestra nota de triunfo.

Me estremecí. Roy se estaba poniendo en peligro. Nadie daría crédito a sus desvaríos sobre la venganza. ¿Los hermanos verdes? Ni siquiera los más supersticiosos, en especial los miembros del cuerpo de Policía, llegarían a aceptar una teoría tan extravagante.

Roy aborrecía a Filbrick. Era el sospechoso natural en ese momento.

Para colmo de males, se zafó de las manos del policía que quería interrogarlo y huyó hacia el vivero con el tupido pelo entrecano alborotado por el suave viento del este.

La policía fue tras él. No llegaría muy lejos. Quizá lo abatieran. Me estremecí al pensarlo. Y, naturalmente, no podía hacer nada. Nada más que devanarme los sesos intentando imaginar qué pasaría a continuación.

Lo último que quería era ver a Roy detenido o muerto. Después de todo, lo conocía y era amiga

suya desde hacía más de treinta años. ¿O eran cuarenta, o cincuenta, o cien? De pronto, el tiempo se detuvo. Me quedé de piedra, inmovilizada de miedo y horror.



Y es que, sin darme cuenta, me había acercado a la bola de cristal y la estaba consultando casi en contra de mi voluntad. Era como si una mano irresistible —una mano verde— mantuviera mis ojos al nivel del alboroto en el centro de la bola.

Oí los disparos. Luego vi a la policía enjambrada en torno a Roy, que estaba erguido, al parecer ileso. Ileso... en la bola de cristal. Pero ¿en la realidad?

Miré más de cerca. Lo que vi hizo que se me erizara la piel de este cuerpo cansado.

Tenía la sensación de estar muy cerca de Roy, tanto que veía los bultitos que le estaban saliendo. «Otra vez tiene urticaria», pensé con una punzada de lástima. ¿Qué era la urticaria en comparación con lo que le afligía ahora?

Pero no podía apartar la mirada de esos bultitos. Tenían algo extraño. No eran rojizos como siempre. Conforme iban aumentando de tamaño, su tono verde pasó a ser de un blanco pardusco.

Estaban creciendo. Ya no eran bultitos, sino tentáculos alargados. No. Tentáculos no. ¡Eran raíces!

Se escabulló violentamente de las manos de sus captores como un pesado árbol que cayera al grito de «¡TRONCO VA!».

El cristal se nubló un momento. Cuando se despejó de nuevo, vi a un policía registrando el sendero de acceso. Pero no conseguían dar con Roy.

Yo sí daría con él: en un lugar cubierto de hierba donde antes se alzaba, enorme, un roble plateado que derribó el último huracán. Ahora había allí otro roble; su gran copa, de un gris plateado, recordaba a una mata de pelo entrecano.

Miré con más atención. Cerca del suelo, en torno al tronco, crecía un jazmín de Madagascar. Pese a lo joven que era, la planta trepadora ya estaba en flor, sus grandes campanas cerosas alzadas hacia el sol. Hasta me pareció oler la fragancia celestial de la enredadera, tan parecida a la del azahar.

Me extrañé solo un momento. Luego lo recordé. La prometida de Roy había muerto joven.



Como es natural, nunca encontraron a Roy. Oficialmente es un fugitivo de la justicia. Sus antiguos clientes no recuerdan cuántos robles daban sombra a su sendero de acceso... Yo sí.

Los terrenos de Filbrick están en ruinas. Crecen allí malas hierbas y árboles jóvenes, a toda velocidad, como un ejército invasor verde.

¡Los hermanos verdes vencieron!

LA MÁQUINA DEL SONIDO

ROALD DAHL



• 1949 •

TRADUCIDO POR

Flora Casas

ROALD DAHL

1916-1990

A ROALD DAHL SE LE RECUERDA A MENUDO por sus atípicos libros infantiles, que se caracterizan por el ingenio, el humor negro y una visión irreverente de la vida, y que no evitan referirse a la violencia y la muerte con pasmosa naturalidad. Entre sus obras más conocidas figuran *Charlie y la fábrica de chocolate* (1964) y *Matilda* (1988), ambas adaptadas al cine. De origen noruego, Dahl nació en Gales. De niño padeció en carne propia el rigor de los centros educativos británicos y tal vez por eso decidió no estudiar en la universidad y llevar una vida aventurera, primero como soldado en las fuerzas aéreas y después como espía al servicio del Gobierno de su país. En su época de agregado adjunto en Washington decidió publicar en el *Saturday Evening Post* sus proezas militares, que también aparecen reflejadas en la colección de cuentos *Over to You: Ten Stories of Flyers and Flying*. Finalmente logró triunfar como escritor superventas con su volumen de relatos macabros *Someone Like You*, y uno de sus cuentos más célebres, «Man from the South», fue adaptado a la televisión por el mismísimo Alfred Hitchcock. Se casó con la actriz Patricia Neal y tuvieron cinco hijos a los que narraba historias improvisadas que acabaron dando lugar a algunas de sus famosas novelas.

«La máquina del sonido» se publicó en *The New Yorker* en 1949 y no se aleja demasiado de algunos de los temas que abordó de forma recurrente en su literatura para niños. Contado desde una imparcial tercera persona, focaliza la acción en Klausner, un insignificante hombrecillo obsesivo empeñado en inventar una máquina que le permita registrar sonidos que de otro modo resultarían inaudibles para el oído humano. Pero al probar su creación descubre que las flores y los árboles se quejan, invadidos por un insoportable dolor, cuando se les corta el tallo o se golpea su tronco con un hacha. A pesar de que intenta comunicar el hallazgo al doctor que lo trata habitualmente, convencido de que un hombre racional podrá comprender el alcance de su descubrimiento, el lector nunca llega a saber si lo sucedido es solo una alucinación de Klausner o el resultado de un experimento científico que informa al ser humano de la capacidad de los vegetales de sentir un sufrimiento tan profundo como el suyo. Esta conmovedora idea se plasma también en uno de los libros infantiles más populares de Dahl, *The BFG* (1982), que relata la historia de un gigante que colecciona sueños y confiesa a su amiga, una niña huérfana llamada Sophie, que puede oír los sonidos más agudos, como

el paso de mariquitas y hormigas, pero también a las plantas y los árboles que emiten un gemido suave, «como el sonido que hace un anciano cuando se está muriendo lentamente». No parece descabellado concluir que Dahl establece una continuidad de su defensa de la ecojusticia en los libros que escribía para lectores jóvenes y los que destinó a un público adulto. Para él, probablemente, unos y otros merecían aprender las mismas lecciones.

LA MÁQUINA DEL SONIDO



ra una cálida tarde de verano y Klausner traspasó rápidamente la verja, rodeó la casa y entró por la puerta trasera del jardín. Lo atravesó y llegó a un cobertizo de madera; abrió la puerta, entró y la cerró.

Por dentro, el cobertizo era una habitación sin pintar. A la izquierda, contra una de las paredes, había un banco de trabajo alargado, de madera, y encima, entre una maraña de cables, baterías y pequeñas herramientas afiladas, se veía una caja negra de un metro de longitud, aproximadamente, en forma de ataúd de niño.

Klausner cruzó la habitación y llegó hasta la caja. La tapa estaba abierta; se agachó y se puso a hurgar entre un montón de cables de distintos colores y de tubos plateados. Tomó un papel que había junto a la caja, lo examinó detenidamente, lo dejó sobre la mesa, escudriñó en el interior de la caja y recorrió los cables con los dedos, dándoles delicados golpecitos para comprobar las conexiones al tiempo que lanzaba una ojeada al papel, volvía a mirar la caja y así sucesivamente. Quería asegurarse de que cada cable estaba en su sitio. Esta tarea le llevó al menos una hora.

Después puso una mano en la parte delantera de la caja, donde había tres discos, y empezó a darles vueltas, observando al mismo tiempo el mecanismo del interior. No paraba de hablar para sus adentros; meneaba la cabeza, a veces sonreía, y movía las manos continuamente: los dedos recorrían con rapidez y habilidad los cables. Cuando se topaba con algo delicado o difícil torcía la boca y decía: «Sí..., eso es... Y ahora esto... Sí... ¿Estará bien? ¿Dónde he puesto el diagrama?... Claro, claro... Eso es... Muy bien...». Estaba profundamente concentrado y sus movimientos eran rápidos; trabajaba como si tuviera mucha prisa, jadeante, con excitación contenida.

De pronto oyó unas pisadas en el sendero de grava; se enderezó y se dio la vuelta bruscamente cuando se abrió la puerta y entró un hombre alto. Era Scott. Scott, el médico.

—Vaya, vaya —dijo el médico—, así que este es su escondite por las noches.

—Hola, Scott —respondió Klausner.

—Pasaba por aquí —dijo el médico— y se me ocurrió acercarme a ver qué tal se encontraba. Como no había nadie en la casa he bajado aquí. ¿Cómo va esa garganta?

—Bien. Perfectamente.

—Ya que estoy aquí podría echarle un vistazo.

—No se moleste, por favor. Se me ha curado.

El médico empezó a notar la atmósfera de tensión que reinaba en la habitación. Miró la caja negra y después miró a Klausner.

—Lleva usted el sombrero puesto.

—Ah, ¿sí?

Klausner levantó una mano, se quitó el sombrero y lo dejó en el banco.

El médico se acercó y se agachó para ver la caja por dentro.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Está haciendo una radio?

—No, es algo sin importancia.

—Tiene unas tripas muy complicadas.

—Sí.

Klausner parecía tenso, distraído.

—¿Qué es? —repitió el médico—. Da un poco de susto, ¿no?

—Es solo una idea.

—Ya.

—Son cosas de sonido.

—¡Qué barbaridad! ¿Es que no se cansa de hacer lo mismo todo el santo día en el trabajo?

—Me gusta el sonido.

—Ya veo. —El médico fue hasta la puerta, se dio la vuelta y dijo—: Bueno, no le entretengo más. Me alegro de que ya no le dé la lata la garganta.

Pero siguió donde estaba, mirando la caja, intrigado por la extraordinaria complejidad de los cables, deseoso de saber qué se traía entre manos aquel extraño paciente suyo.

—¿Para qué sirve? —preguntó—. Me ha picado la curiosidad.

Klausner posó la mirada en la caja, después en el médico; levantó una mano y se rascó lentamente el lóbulo de la oreja derecha. Se hizo el silencio. El médico estaba junto a la puerta, esperando sonriente.

—Está bien. Si tanto le interesa, se lo diré.

Se hizo el silencio de nuevo, y el médico observó que Klausner no sabía por dónde empezar. Cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro, se daba golpecitos en el lóbulo, se miraba los pies, hasta que por fin dijo lentamente:

—Pues se trata de lo siguiente... La teoría es muy sencilla. El oído humano... ya sabe usted que no puede captarlo todo. Hay sonidos tan graves o tan agudos que es imposible oírlos.

—Sí —replicó el médico—. Desde luego.

—Pues, hablando en términos muy generales, no podemos oír una nota tan aguda que dé más de quince mil vibraciones por segundo. Los perros tienen mejor oído que nosotros. Usted sabe que hay silbatos con una nota tan aguda que el oído humano no la percibe, pero los perros sí.

—Sí, he visto uno —dijo el médico.

—Claro. Y en una parte más elevada de la escala hay otra nota más aguda que la de ese silbato, una

vibración (aunque yo prefiero llamarla nota) que tampoco podemos oír. Y por encima de esa hay muchas más, que van subiendo en la escala indefinidamente... Es una sucesión ilimitada de notas. Si nuestros oídos pudieran captarla, entre todas ellas hay una nota tan aguda que vibra un millón de veces por segundo, y otra con un millón de vibraciones más, y así sucesivamente, cada vez más aguda, hasta donde se puede contar. Es... el infinito, la eternidad... Está más allá de las estrellas.

Klausner se animaba por momentos. Era un hombre frágil, nervioso, lleno de tics, que nunca dejaba las manos quietas. Inclínaba la cabezota sobre el hombro izquierdo como si no tuviera suficiente fuerza en el cuello para mantenerla derecha. Su cara era fina y pálida, casi blanca, y los ojos miopes, de un gris deslavazado, hacían guiños tras unas gafas con montura de acero, perplejos, lejanos, perdidos. Era un hombrecillo frágil, nervioso y lleno de tics, una menudencia de persona, soñador y distraído; se animaba de repente, como una campanilla, y el médico, al mirar aquella extraña cara pálida y aquellos ojos grises, sintió que en aquella personilla había algo muy lejano, inconmensurablemente lejano, como si la mente se encontrase infinitamente separada del cuerpo.

El médico esperó a que siguiese hablando. Klausner suspiró y entrelazó las manos con fuerza.

—Yo pienso —dijo aún con mayor lentitud— que estamos rodeados por un mundo de sonidos que no podemos percibir. Quizá en esas esferas de notas agudas inaudibles se esté haciendo una música nueva, fascinante, con armonías sutiles y disonancias chirriantes, una música tan poderosa que, si nuestros oídos la captasen, nos volveríamos locos. Puede haber cualquier cosa..., cualquier cosa...

—Sí —dijo el médico—, pero no es muy probable.

—¿Por qué no? ¿Por qué? —Klausner señaló una mosca que se había posado en un rollo de cable de cobre sobre el banco de trabajo—. Fíjese en esa mosca. ¿Qué sonido está haciendo? Ninguno... que nosotros podamos oír, pero es posible que esté silbando como loca en un tono muy agudo, o ladrando, o croando, o cantando una canción. Tiene boca, ¿no? ¡Y garganta!

El médico miró la mosca y sonrió. Seguía junto a la puerta, con la mano en el picaporte.

—Y ¿lo que usted quiere hacer es comprobarlo? —preguntó.

—Hace algún tiempo —dijo Klausner— construí un aparato muy sencillo que me demostró la existencia de múltiples sonidos inaudibles, muy extraños. Muchas veces me he parado a observar la aguja de ese aparato, que registra la existencia de vibraciones de sonido en el aire, aunque yo no pueda oírlas. Y esos son precisamente los sonidos que quiero captar. Quiero saber de dónde vienen y quién o qué los produce.

—Y esa máquina que hay encima de la mesa —dijo el médico— ¿le permitirá oír esos sonidos?

—Es posible. ¿Quién sabe? Hasta ahora no he tenido suerte, pero he introducido algunos cambios, y esta noche voy a hacer otra prueba. Esta máquina —añadió, acariciándola— está ideada para recoger las vibraciones de sonido que son demasiado agudas para que las capte el oído humano y pasarlas a una escala de tonos audibles. La sintonizo casi como si fuera una radio.

—¿Qué quiere decir?

—No es muy complicado. Pongamos que quiero oír el grito de un murciélago, que es un sonido

muy agudo, de unas treinta mil vibraciones por segundo. El oído humano no lo capta. Bien, pues si hubiera un murciélago volando por esta habitación y yo sintonizara mi máquina a treinta mil, oiría claramente el grito. Incluso oiría la nota (fa sostenido, o mi bemol, o lo que fuera), pero en un tono mucho más grave. ¿Lo entiende?

El médico miró la alargada caja negra en forma de ataúd.

—Y ¿piensa hacer la prueba esta noche?

—Sí.

—Pues que tenga suerte. —Miró su reloj—. ¡Dios mío! —exclamó—. Tengo que irme volando. Adiós, y gracias por la explicación. Le haré una visita otro día para ver qué ha pasado.

El médico salió y cerró la puerta.

Klausner siguió enredando con los cables de la caja un buen rato; después se enderezó y dijo en un débil susurro:

—Vamos a intentarlo otra vez... La sacaremos al jardín. Quizá allí... sea mejor la recepción. Ahora hay que levantarla... con cuidado. ¡Cómo pesa, Dios!

Llevó la caja hasta la puerta, comprobó que no podía abrirla sin dejar la máquina en el suelo, volvió a dejarla en la mesa, abrió la puerta y trasladó el artefacto con dificultad al jardín. Lo colocó cuidadosamente en una mesita de madera que había en el césped. Volvió al cobertizo y tomó los auriculares. Conectó el cable de estos a la máquina y se los puso. Los movimientos de sus manos eran rápidos y precisos. Estaba excitado y respiraba ruidosamente y muy deprisa. No paraba de hablar para sus adentros, con frasecitas de ánimo, como si tuviera miedo, miedo de que la máquina no funcionase y también de lo que ocurriría en caso de que funcionara.

Se quedó junto a la mesa de madera del jardín; tan pálido, bajo y delgado, parecía un anciano, un niño tísico con gafas. Se había ocultado el sol. No había viento, no se oía ningún ruido. Desde el lugar en el que se encontraba veía el jardín de al lado por encima de una valla. Una mujer paseaba por él con una cesta de flores en el brazo. La observó un rato sin pensar en ella. Después se volvió hacia la máquina, que estaba sobre la mesa, y apretó un interruptor de la parte delantera. Colocó la mano izquierda sobre el control del volumen y la derecha en el botón que movía una aguja en una gran esfera situada en el centro, como la esfera de la longitud de onda de una radio. Tenía muchos números distribuidos en una serie de bandas, desde 15 000 hasta 1 000 000.

Estaba inclinado sobre la máquina. Tenía la cabeza ladeada, en tensión, y escuchaba atentamente. Empezó a girar el botón con la mano derecha. La aguja se desplazaba con lentitud por la esfera, tan despacio que apenas la veía moverse, y en los auriculares percibía un crujido leve, espasmódico.

En medio de aquel crujido oyó el zumbido lejano de la máquina, pero nada más. De pronto tomó conciencia de una sensación extraña, como si se le separasen los oídos de la cabeza, como si estuvieran conectados por un delgado cable, a modo de tentáculos, y sintió que los cables se alargaban, que los oídos se elevaban hacia un lugar secreto y prohibido, una región ultrasónica peligrosa a la que no habían llegado jamás y en la que no tenían derecho a estar.

La aguja se deslizaba lentamente por la esfera, y de repente oyó un chillido, un chillido penetrante,

espantoso. Dio un respingo y bajó las manos, agarrándose al borde de la mesa. Miró a su alrededor como si esperase ver a la persona que había gritado. No había nadie, salvo la mujer del jardín de al lado, y no había sido ella, indudablemente. Estaba agachada, cortando rosas amarillas y metiéndolas en la cesta.

Volvió a repetirse el grito, emitido por una garganta no humana, agudo y breve, muy claro y cortante. La nota tenía un tono menor, metálico, que no había oído nunca. Klausner miró a su alrededor una vez más, buscando instintivamente al que había producido aquel ruido. El único ser vivo era la mujer del jardín. La vio extender la mano, agarrar una rosa por el tallo entre los dedos y cortarla con unas tijeras. Oyó el grito de nuevo. Se produjo justo cuando la mujer cortaba el tallo.

En ese momento, la mujer se enderezó, metió las tijeras en la cesta, junto a las rosas, y se alejó.

—¡Señora Saunders! —gritó Klausner con una voz estridente por la excitación—. ¡Señora Saunders!

Al darse la vuelta, la mujer vio a su vecino en el césped, un personajillo curioso que agitaba los brazos con unos auriculares en la cabeza y la llamaba dando tales voces que se asustó.

—¡Corte otra rosa! ¡Se lo ruego, corte otra rosa enseguida!

Ella se quedó inmóvil, mirándolo de hito en hito.

—Pero, señor Klausner, ¿qué le pasa? —preguntó.

—Por favor, haga lo que le pido —respondió—. ¡Corte otra rosa!

La señora Saunders siempre había pensado que su vecino era un poco raro, pero en aquel momento parecía que se hubiera vuelto completamente loco. Estuvo a punto de echar a correr hacia su casa para buscar a su marido, pero decidió que era mejor no hacerlo. «Es inofensivo», pensó. «Le seguiré la corriente.»

—Si eso quiere, lo haré con mucho gusto, señor Klausner —dijo.

Sacó las tijeras de la cesta, se agachó y cortó una rosa.

Klausner volvió a oír aquel chillido espantoso, emitido por una garganta no humana, y justo en el momento en el que cortaban el tallo. Se quitó los auriculares y corrió hacia la valla que separaba los dos jardines.

—Gracias —dijo—. Es suficiente. No corte más, por favor.

La mujer siguió donde estaba, inmóvil, con una rosa amarilla en la mano y las tijeras en la otra, mirándole.

—Voy a decirle una cosa, señora Saunders —dijo Klausner—, algo que seguramente no creerá. —Puso las manos sobre la valla y la miró intensamente con sus ojos miopes a través de las gruesas gafas—. Esta tarde ha cortado usted una cesta de rosas. Con unas tijeras afiladas ha arrancado los tallos de unos seres vivos, y cada rosa que cortaba gritaba de una forma horrorosa. ¿Lo sabía, señora Saunders?

—No —contestó la mujer—. Francamente, no lo sabía.

—Pues es verdad —continuó Klausner. Respiraba muy deprisa, pero hacía esfuerzos por dominar su excitación—. Yo he oído sus chillidos. Cada vez que cortaba una, oía un grito de dolor, un sonido muy agudo de treinta y dos mil cien vibraciones por segundo, aproximadamente. Usted no podía

oírlos, pero yo sí.

—¿En serio, señor Klausner?

La señora Saunders se propuso salir disparada hacia su casa en el plazo de cinco segundos.

—Podría usted objetar —añadió Klausner— que un rosal no tiene sistema nervioso para sentir ni garganta para gritar. Pero ¿cómo sabe usted eso, señora Saunders? —Y al llegar a este punto se inclinó más sobre la valla y pronunció las palabras con rabia, en un susurro—. ¿Cómo sabe usted que una rosa no siente tanto dolor cuando le cortan el tallo por la mitad como el que sentiría usted si le arrancasen la muñeca con unas tijeras? ¿Cómo puede saberlo? Es un ser vivo, ¿no?

—Sí, señor Klausner, desde luego. En fin... Buenas noches.

Se dio la vuelta rápidamente y corrió hacia su casa. Klausner regresó a la mesa. Se colocó los auriculares y se quedó escuchando un rato. Oyó el débil crujido y el zumbido de la máquina, pero nada más. Se agachó a arrancar una margarita blanca del césped. La tomó entre el índice y el pulgar y tiró lentamente hacia arriba y hacia los lados hasta que se rompió el tallo.

Desde que empezó a tirar hasta el momento en el que se rompió el tallo, oyó —con toda claridad, por los auriculares— un débil grito, muy agudo, extrañamente inanimado. Tomó otra margarita e hizo lo mismo. Oyó el grito una vez más, pero no pudo asegurar que expresara dolor. No, no era dolor, sino sorpresa. ¿O no? No expresaba ninguno de los sentimientos o emociones propios del ser humano. Era simplemente un grito, un grito neutro, glacial, una nota desprovista de emoción que no expresaba nada. Lo mismo había ocurrido con las rosas. Se había equivocado al juzgarlo como un grito de dolor. Probablemente una flor no podía sentirlo; se trataba de otra cosa que los humanos desconocemos, algo llamado doper, o trastigio, o llataria, o vaya usted a saber.

Se levantó y se quitó los auriculares. Empezaba a oscurecer y vio unos destellos de luz que refulgían en las ventanas de las casas de alrededor. Levantó la caja negra de la mesa con mucho cuidado, la llevó al cobertizo y la colocó sobre el banco de trabajo. Después salió, cerró la puerta con llave y subió a su casa.

A la mañana siguiente, Klausner se levantó en cuanto hubo luz. Se vistió y acto seguido se dirigió al cobertizo. Agarró la máquina y la sacó al jardín, apretándola contra su pecho con ambas manos, caminando con pasos inseguros por el peso. Dejó atrás la casa, traspasó la verja, cruzó la carretera y se internó en el parque. Al llegar allí se detuvo y miró a su alrededor; después continuó hasta llegar a un árbol grande, un haya, y dejó la máquina en el suelo, junto al tronco. Regresó a la casa rápidamente, sacó un hacha de la carbonera y la llevó al parque. También la dejó en el suelo, junto al árbol. Volvió a mirar nerviosamente en todas direcciones tras sus gruesas gafas. No había nadie. Eran las seis de la mañana.

Se colocó los auriculares y conectó la máquina. Prestó atención unos momentos al débil zumbido que ya le resultaba familiar; a continuación alzó el hacha, separó bien las piernas y acometió la base del tronco con todas sus fuerzas. La hoja se clavó en la madera y allí se quedó, y en el momento del golpe oyó un ruido extrañísimo en los auriculares. Era un sonido nuevo que no se parecía a ningún otro que hubiera oído antes, áspero, desafinado, tremendo, como un chillido agudo pero parecido a

un gemido que duró un minuto, en un tono más elevado cuando el hacha entró en contacto con la madera y que se fue debilitando hasta extinguirse.

Klausner clavó los ojos, horrorizado, en el lugar en el que se había quedado la hoja; agarró con delicadeza el mango, desprendió la hoja y arrojó el arma al suelo. Tocó la hendidura que había dejado en la madera, acarició los bordes, tratando de unirlos para cerrar la herida, sin dejar de decir: «Árbol..., lo siento muchísimo, arbolito, pero te curarás, ya lo verás...».

Se quedó un rato allí, con las manos pegadas al tronco del gran árbol. Se dio la vuelta bruscamente y echó a correr por el parque, atravesó la carretera, cruzó la verja y entró en la casa. Se dirigió al teléfono, consultó la guía, marcó un número y esperó. Sujetaba el receptor con fuerza con la mano izquierda, y con la derecha daba golpecitos de impaciencia sobre la mesa. Oyó el zumbido del teléfono al otro extremo; después, un chasquido cuando descolgaron el aparato y la voz de un hombre adormilado:

—¿Diga?

—¿Doctor Scott?

—Sí, soy yo.

—Doctor Scott, venga enseguida, por favor.

—¿Quién es usted?

—Soy Klausner. ¿Recuerda lo que le conté anoche sobre mis experimentos con el sonido y que esperaba que...?

—Sí, claro, pero ¿qué ocurre? ¿Está enfermo?

—No, pero es que...

—Oiga, son las seis y media de la mañana —replicó el médico—, y me llama usted para decirme que no está enfermo.

—Por favor, venga. Venga enseguida. Necesito que lo oiga alguien. ¡Voy a volverme loco! No puedo creerlo...

El médico notó el tono frenético, casi histérico, de la voz de Klausner, el mismo que estaba acostumbrado a oír en las voces de las personas que lo llamaban y decían: «Ha habido un accidente. Venga enseguida».

Contestó muy despacio:

—¿De verdad quiere que me levante de la cama y vaya a su casa?

—Sí, por favor. Inmediatamente.

—Está bien. Ahora mismo voy.

Klausner se sentó junto al teléfono a esperar. Intentó recordar el grito del árbol, pero no lo logró. Solo recordaba que había sido algo tremendo, horripilante, y que casi se había mareado de miedo. Trató de imaginar el ruido que haría un ser humano si tuviera que estar atado al suelo mientras alguien le clavaba deliberadamente un objeto afilado en la pierna de modo que la hoja profundizase y hurgase en la herida. ¿Sería el mismo? No, sería distinto. El que hacían los árboles era peor que cualquier sonido humano conocido, por aquel tono horripilante, discordante, como si no proviniera

de una garganta. Empezó a pensar en otros seres vivos y se concentró en un trigal, con sus espigas erguidas, vivas y amarillas, la segadora atravesándolo y cortando los tallos, quinientos por segundo. Dios mío, ¿cómo sería ese ruido? Quinientas espigas chillando juntas y al segundo siguiente otras quinientas espigas cortadas y chillando, y no, pensó, no quiero ir a un trigal con mi máquina. No volveré a comer pan en mi vida. Pero ¿y las patatas, las coles, las cebollas, las zanahorias? Y ¿las manzanas? ¡Ah, no! A las manzanas no les pasa nada. No hay más que dejarlas caer; no hace falta arrancarlas de la rama del árbol. Pero no es lo mismo con las verduras. Pongamos por caso una patata. Indudablemente gritaría, y también una zanahoria, o una cebolla, o una col...

Oyó el chasquido del pestillo de la verja; se levantó de un salto, salió y vio al médico en el sendero, con el pequeño maletín en la mano.

—Vamos a ver —dijo el médico—. ¿Qué ha pasado?

—Venga conmigo, doctor. Quiero que lo oiga. Le he llamado porque usted es la única persona a la que se lo he contado. Está al otro lado de la carretera, en el parque. Venga conmigo, se lo ruego.

El médico le miró. Parecía más tranquilo. No se apreciaba ningún síntoma de locura o histeria; sencillamente, estaba nervioso y excitado.

Cruzaron la carretera y se internaron en el parque. Klausner llevó al médico hasta la gran haya, a cuyo pie se encontraba la caja negra en forma de ataúd que contenía la máquina... y el hacha.

—¿Por qué la ha traído aquí? —preguntó el médico.

—Me hacía falta un árbol, y en el jardín no hay árboles grandes.

—¿Y el hacha?

—Lo verá dentro de un momento. Pero, por favor, póngase los auriculares y escuche. Escuche con atención y dígame exactamente qué oye. Quiero que se asegure bien...

El médico sonrió, tomó los auriculares y se los puso.

Klausner se agachó, apretó el interruptor de la máquina; a continuación levantó el hacha y separó bien las piernas, blandiendo el arma. Se quedó parado unos momentos.

—¿Oye usted algo? —le preguntó al médico.

—¿Que si qué?

—Que si oye algo.

—Solo un zumbido.

Klausner estaba con el hacha en la mano tratando de cobrar ánimos para dar el golpe, pero pensar en el ruido que haría el árbol le obligó a detenerse una vez más.

—¿A qué espera? —preguntó el médico.

—A nada —contestó Klausner.

Levantó el hacha y golpeó el árbol, y al hacer el movimiento creyó sentir, juraría que lo había sentido, un temblor en el suelo. Notó un leve desplazamiento de la tierra sobre la que tenía los pies, como si las raíces del árbol se movieran en el subsuelo, pero era demasiado tarde para parar el golpe, y la hoja del hacha se clavó en el árbol y hurgó en la madera. En ese momento se oyó un crujido en lo alto al astillarse la madera, y un silbido al rozar las ramas contra las hojas. Los dos hombres alzaron

los ojos y el médico exclamó:

—¡Cuidado! ¡Corra, deprisa!

El médico se había arrancado los auriculares y se alejaba del árbol rápidamente; pero Klausner seguía allí, como hechizado, contemplando la enorme rama, de al menos dos metros, que se doblaba con lentitud hacia abajo, partiéndose y astillándose en el punto más grueso, por donde se unía con el tronco. La rama se desmoronó con gran estrépito y Klausner saltó a un lado justo a tiempo. Cayó sobre la máquina y la hizo pedazos.

—¡Dios mío! —exclamó el médico mientras regresaba corriendo—. ¡Por qué poco! ¡Creía que le había alcanzado!

Klausner tenía los ojos clavados en el árbol. Su enorme cabeza estaba ladeada y en su rostro blanco y fino había una expresión de horror. Se acercó despacio al árbol y con delicadeza desclavó la hoja del tronco.

—¿Lo ha oído? —preguntó volviéndose hacia el médico.

Su voz apenas era audible.

El médico seguía jadeante por la carrera y la excitación.

—¿Que si he oído qué?

—Con los auriculares. ¿Oyó algo cuando el hacha se clavó en el tronco?

El médico se frotó la nuca.

—Pues la verdad... —comenzó. Se interrumpió, frunció el ceño y se mordió el labio inferior—. No, no estoy seguro. Creo que no tuve puestos los auriculares más de un segundo después del hachazo.

—Sí, pero ¿qué oyó?

—No lo sé —respondió el médico—. No sé qué oí. A lo mejor, el ruido de la rama al romperse.

Lo dijo bruscamente, con irritación.

—¿Cómo sonaba? —Klausner se inclinó un poco hacia delante, mirando con fijeza al médico—. ¿Cómo sonaba exactamente?

—¡Yo qué sé, demonios! —exclamó el médico—. Lo único que me interesaba era quitarme de en medio. Olvidemos este asunto.

—Doctor Scott, ¿cómo sonaba?

—Por lo que más quiera, ¿cómo voy a saberlo, si se me estaba cayendo medio árbol encima y tuve que echar a correr?

Parecía realmente nervioso. Klausner se dio cuenta. Se quedó inmóvil mirando al médico de hito en hito y guardó silencio durante medio minuto. El médico movió los pies, se encogió de hombros y se dio la vuelta.

—Bueno, será mejor que volvamos —dijo.

—Oiga —siguió el hombrecillo, al tiempo que su cara pálida y lisa se teñía de color—, oiga, cosa esto. —Señaló la última grieta que había hecho en el tronco del árbol—. Cósalo enseguida.

—No diga tonterías —replicó el médico.

—Haga lo que le digo. Cósalo.

Klausner tenía el hacha agarrada por el mango, y habló dulcemente, en un tono extraño, casi amenazador.

—No diga tonterías —repitió el médico—. No puedo coser la madera. Venga, tenemos que volver.

—¿Dice que no puede coser la madera?

—Claro que no.

—¿Tiene yodo en el maletín?

—¿Y qué si lo tuviera?

—Pues entonces ponga un poco en la grieta. Le escocerá, pero no queda otro remedio.

—Oiga, haga el favor —dijo el médico dándose de nuevo la vuelta—. Vamos a dejarnos de estupideces. Volvamos a casa y entonces...

—Ponga yodo en la grieta.

El médico vaciló. Vio que las manos de Klausner se aferraban con fuerza al mango del hacha. Comprendió que la única alternativa que le quedaba era echar a correr, y no tenía intención de hacerlo, naturalmente.

—De acuerdo —dijo—. Le pondré yodo.

Se acercó al maletín negro, que estaba en la hierba, a unos dos metros, lo abrió y sacó un frasco de yodo y algodón. Se acercó al árbol, destapó el frasco, vertió un poco de líquido en el algodón, se agachó y lo aplicó a golpecitos sobre la grieta. Observaba por el rabillo del ojo a Klausner, que lo miraba inmóvil con el hacha en la mano.

—Métalo bien dentro.

—Sí —dijo el médico.

—Y ahora en la otra..., en la de encima!

El médico hizo lo que le ordenaba.

—Ya está —anunció—. He acabado.

Se enderezó y revisó su obra, muy serio.

—Con esto se curará.

Klausner se acercó y examinó las dos heridas con expresión grave.

—Sí —dijo asintiendo lentamente con su enorme cabeza—. Sí, con esto se curará. —Retrocedió unos pasos—. ¿Vendrá mañana a ver cómo va?

—Sí —respondió el médico—. Naturalmente.

—¿Y le pondrá más yodo?

—Si es necesario, sí.

—Gracias, doctor —dijo Klausner asintiendo de nuevo.

Dejó caer el hacha y sonrió, una sonrisa enloquecida, excitada. El médico llegó hasta él y le agarró por el hombro al tiempo que decía: «Venga, vámonos»; y los dos hombres empezaron a caminar en silencio, rápidamente, por el parque. Cruzaron la carretera y volvieron a la casa.

EL JARDINERO
MARGARET ST. CLAIR



• 1949 •

TRADUCIDO POR
Isabel Márquez Méndez

MARGARET ST. CLAIR

1911-1995

MARGARET ST. CLAIR ES EL NOMBRE de casada de Eva Margaret Neeley, narradora estadounidense descendiente de colonos irlandeses y oriunda de Hutchinson, Kansas, que también firmó algunos relatos con el seudónimo Idris Seabright. La temprana muerte de su hermano, a quien no llegó a conocer, seguida de la de su padre, abogado y político, cuando ella tenía siete años, hizo que creciera como hija única junto a su madre, con quien siempre mantuvo una conflictiva relación. Ambas se mudaron a California en la adolescencia de la autora, que cursó estudios en Berkeley y tiempo después acabaría casándose con el escritor Eric St. Clair. No tuvieron descendencia y vivieron en una espaciosa casa dotada de una excelente biblioteca y con vistas a las colinas. En los primeros años de matrimonio Margaret criaba perros salchicha y se inició en los misterios de la Wicca, un movimiento esotérico duoteísta relacionado con la brujería.

Aunque al principio probó suerte con relatos detectivescos, como tantas otras pioneras del terror y la ciencia ficción acabó haciéndose un hueco en revistas *pulp* entre las que cabe citar *Fantastic Adventures*, *Startling Stories* y *Thrilling Wonder Stories*, donde publicó más de treinta relatos que se caracterizan por una visión pesimista y desesperanzada en el tratamiento de núcleos temáticos habituales en la ciencia ficción. El *alter ego* de St. Clair, Idris Seabright, le permitió ensayar una vía literaria menos fatalista y claustrofóbica, casi como si en su interior convivieran dos escritoras que necesitaban nombres distintos para ensayar sus voces antagónicas.

En paralelo publicó la novela *Agente de lo desconocido* en 1952, la historia de un androide que ignora que lo es y se enamora de una humana. A veces St. Clair otorga todo el protagonismo a personajes femeninos en narraciones que transitan territorios típicos del género, alejándose voluntariamente del optimismo que solía evidenciar la obra de otros colegas e impregnando sus ficciones de un aire pesadillesco para destacar la naturaleza depredadora y autodestructiva de la humanidad.

Pese a que escribió otras novelas, como *The Green Queen* o *Sign of Labrys*, y más de un centenar de cuentos, que en ocasiones fueron adaptados en televisión, St. Clair continúa siendo una autora menos conocida de lo que merece. Murió en California a los ochenta y cuatro años.

En «El Jardinero» se muestra cómo Tiglath Hobbs, burócrata terrícola que ostenta el cargo de

director en funciones de la Oficina de Conservación de Flora Extrasistémica, abusa de su autoridad durante un viaje intergaláctico y decide cortar por mero capricho el más joven de los cincuenta árboles sagrados del planeta Cassid, a pesar de que está terminantemente prohibido, solo para hacerse un bastón con su esbelto tallo. St. Clair utiliza aquí el motivo tradicional que lleva a un personaje a transgredir un mandato que atraerá sobre sí consecuencias funestas. El jardinero vengador aparece como una espantosa y a la vez amable criatura orgánica que surge del centro mismo de la tierra para ejercer una justicia natural de la que nadie puede escapar. La figura del ser humano cruel, insensible al valor de un árbol, se opone al benévolo monstruo marrón que defiende ese patrimonio esencial de una curiosa manera, del todo opuesta a la destrucción arrasadora de Hobbs.

EL JARDINERO



os guardias de tráfico a menudo ignoran los carteles de «prohibido aparcar». Hay policías que birlan manzanas de puestos de fruta delante de las narices del propietario. Todo aquel que ostenta autoridad, por escasa que sea, tiende a pensar que las normas no se le aplican. Y así fue como Tiglath Hobbs, director en funciones de la Oficina de Conservación de Flora Extrasistémica, taló un árbol butandra sagrado.

Debió de hacerlo, simple y llanamente, para demostrar que podía. Desde luego, en el bosquecillo donde crecen los árboles butandra (de los que solo hay cincuenta en toda Cassid, lo que significa que solo hay cincuenta en todo el universo) no faltan carteles de seguridad.

Además de advertencias en las principales lenguas del planeta, hay todo un repertorio de pictogramas cassidios, de lo más expresivos y realistas. Estos proclaman, mediante símbolos que incluso el intelecto menos desarrollado podría comprender, que cortar o mutilar los árboles es un crimen gravísimo. Que aquellos que cometan dicho crimen serán castigados. Y que, tras el castigo, deberá procederse a la plena expiación.

Todos los pictogramas muestran miradas torvas, y el de «expiación» es especialmente amenazador. Todos están pintados de un pálido verde hoja.

Pero Hobbs tenía la insolencia avinagrada del burócrata recién ascendido. Vio que había escandalizado a Reinald, el retaco comandante cassidio que le habían asignado como escolta, con solo entrar en el bosquecillo sagrado. Llevado por un frío exhibicionismo, quiso escandalizarlo aún más.

Hobbs avanzó por la hilera de árboles mientras las tiernas hojas verdes murmuraban por encima de su cabeza. Luego aferró el tronco del butandra más joven, un árbol esbelto de corteza blanca, poco más que un pimpollo.

—Están demasiado juntos —dijo bruscamente—. Hay que aclarar.

Reinald lo miró con impotencia mientras él sacaba la pequeña hacha de mano que llevaba colgada de un costado. Zas. Con un borboteo de savia, el pequeño árbol cayó. Hobbs lo sostuvo con una mano.

—De aquí sale un buen bastón —dijo.

La piel de color café de Reinald se tornó de un verde nefrítico y mohíno, pero no dijo nada. Se

tambaleó de vuelta al helicóptero y esperó a que Hobbs terminara su inspección de la arboleda. Solo cuando ya casi habían llegado a Genlis se permitió hacer un comentario.

—No debería haber hecho eso, señor —dijo. Se pasó un dedo por el cuello de la túnica, inquieto.

Hobbs resopló con desdén. Bajó la mirada al tronco cercenado del árbol butandra que llevaba sobre las rodillas.

—¿Por qué no? —preguntó—. Tengo autoridad plena para ordenar que se aclaren o se poden las plantaciones.

—Sí, señor. Pero eso era un butandra.

—¿Y qué más da?

—Siempre ha habido cincuenta árboles butandra en Cassid. Siempre, a lo largo de toda nuestra historia. Los llamamos «la suerte de Cassid». —Reinald se humedeció los labios—. El árbol que ha cortado usted no volverá a crecer. Y no sé qué ocurrirá si solo hay cuarenta y nueve. En cualquier caso, lo que ha hecho es peligroso. Peligroso para usted, quiero decir.

Hobbs soltó una risotada.

—Se te olvida con quién estás hablando —respondió—. Las autoridades civiles no podrían hacerme nada por mucho que quisieran.

Reinald esbozó una leve sonrisa.

—Ah, no me refiero a las autoridades civiles, señor —dijo con voz suave—. No serían ellas, claro. —Por algún motivo, parecía haber recuperado el buen humor.

Reinald aterrizó impecablemente en la azotea del edificio del Gobierno, y él y su acompañante salieron del helicóptero. Mientras tanto, en la arboleda, cerca del tocón del pimpollo de butandra, algo en la tierra se estaba abriendo camino como un rayo hacia la superficie.

Hobbs partió de Cassid al día siguiente para emprender la primera etapa de su largo viaje de vuelta a la Tierra. En su equipaje llevaba el trozo de madera de butandra. No le quitaba ojo desde que una de las camareras de su hotel en Genlis había hecho amago de tirarlo a la basura. Pero durante los primeros días del viaje estuvo demasiado ocupado redactando informes y rellenando formularios como para pensar en qué hacer con él.

Más o menos al mismo tiempo, en Cassid se estaba desarrollando una conversación en el comedor del hotel Genlis.

—Dinos lo que pensaste que era al principio —dijo Berta, la camarera de las plantas impares del hotel, con tono apremiante—. ¡Venga!

Marie, la camarera jefa, seleccionó una porción de tarta de mangostino de la cinta transportadora de comida.

—Bueno —dijo—, yo estaba comprobando las habitaciones de esa planta para ver si el robot de limpieza lo había dejado todo en condiciones, y cuando vi esa mancha marrón en el suelo lo primero que pensé fue: se les habrá derramado algo. Los robots son unos inútiles.

»Pero luego se movió, y resulta que no era una mancha, sino una criatura grande y marrón olisqueando el suelo de poliuretano como un perro que va detrás de un rastro. Entonces se levantó, y

ahí fue cuando grité.

—Ya, pero ¿cómo era? ¡Venga, Marie! Nunca quieres contar esta parte.

—Era un bicho grande, larguirucho —dijo Marie a regañadientes—, con una piel basta y marrón como de patata. Tenía dos manitas rosas que parecían de topo. Y una cara que rebosaba bondad, pura bondad.

—Si tenía una cara tan bondadosa, no entiendo por qué te asustaste tanto —dijo Berta. Siempre decía eso cuando llegaban a aquel punto de la historia.

Marie le dio un mordisco a su tarta de mangostino. Masticó lentamente, sopesando. No porque no recordara perfectamente la emoción que había sentido al ver aquella cara. Lo difícil era expresarla con palabras.

—Bueno —dijo—, a lo mejor no era bondad exactamente. O... Espera, Berta, ya lo tengo: era bondad, pero no bondad hacia las personas. Para un ser humano no era una cara en absoluto bondadosa.

—Adivina en qué habitación fue esto —le dijo Berta a Rose, la camarera de las pares.

—No tengo que adivinarlo, lo sé —replicó ella con voz cansina—. La mil ciento ochenta y cinco, donde se hospedó el terrícola aquel. El que no dejó propina y te echó una bronca horrible por tocar ya sabes qué.

Berta asintió.

—Si lo llego a saber... —dijo con un escalofrío—. ¡Cómo iba yo a pensar! ¡Habría preferido tocar una serpiente! El caso, Marie, dile a Rose lo que piensas que era la criatura marrón.

—Como diría Rose, no tengo que adivinarlo, lo sé —replicó Marie. Apartó el plato de postre vacío—. Cuando alguien tala uno de los árboles butandra... Lo que vi en la habitación era un Jardinero.

El Jardinero abandonó la superficie de Cassid sin ningún alboroto. El estruendo de los cohetes y las pomposas formalidades de la estación espacial no iban con él. Se limitó a dar un leve pisotón y despegó del suelo, impulsado por un haz de fuego casi imperceptible. Ganando cada vez más velocidad, el Jardinero dejó atrás la atmósfera de Cassid y, mucho después, su campo gravitatorio. Y siguió su trayectoria, sumergiéndose en la estrellada oscuridad.



Cuando llevaba cuatro días en el espacio, Hobbs sacó el tronco de butandra. Le gustaba su madera blanca, pesada y compacta. Como le había dicho a Reinald, daría para un buen bastón. Sacó una navaja del bolsillo y empezó a desprender la dura corteza blanca.

La corteza salía limpiamente, como piel de conejo. Hobbs frunció los labios en un gesto que, para él, equivalía a una sonrisa. Examinó los contornos de la madera y se puso a tallar un mango.

La madera era dura. Hobbs progresaba lentamente. Estaba a punto de dejarla a un lado y bajar al bar de la nave a tomarse una copa cuando oyó un ligero golpeteo en la escotilla exterior de su camarote.

Cuando una nave se encuentra en el espacio profundo, la sensación de aislamiento es casi tangible. Se cuela en cada poro de la piel de cada uno de los pasajeros. La nave flota como un espectro a través de un vacío primigenio en el que no hay nada, y nada puede haber, salvo el diminuto mundo contenido en el casco curvado de berilio. Y ahora algo, algo externo a la nave, estaba golpeando la escotilla de Hobbs.

Por un momento se quedó petrificado, tanto como puede estarlo un hombre que todavía respira. Luego soltó el bastón de butandra y se giró hacia la escotilla. Ahí no había nada, claro; nada salvo oscuridad, la eterna oscuridad.

Hobbs se mordisqueó los labios. Con dedos ligeramente temblorosos recogió el bastón del suelo y lo guardó bajo llave en su maleta. Luego se ciñó el cinturón, se abotonó el abrigo y bajó al bar.

Allí se encontró con el segundo oficial. McPherson estaba tomándose un zumo de pomelo y comiéndose un bocadillo de lengua de buey. Era un hombre rechoncho y afable que siempre bajaba a comer algo antes de irse a la cama. Cuando le trajeron su bebida, Hobbs entabló conversación con el segundo oficial. Se le había ocurrido una posible explicación para el ruido que había oído.

—¿Hay algún problema con la nave? —preguntó—. ¿Por eso hay un equipo de reparación en el casco?

McPherson pareció sorprendido.

—¿Un equipo de reparación? —repitió—. Qué va. El capitán Thornwald odia hacer reparaciones en el espacio profundo, dice que nunca salen bien del todo, así que no daría la orden de reparar nada a no ser que se tratara de una emergencia. No se ha enviado a nadie fuera. ¿Por qué lo dice?

—No..., me había parecido oír un golpeteo en la escotilla.

El segundo oficial sonrió. Decidió hacer un chiste.

—¿Ha hecho algo que no debía, señor?

Hobbs dejó el vaso en la barra.

—¿Disculpe? —dijo, con voz gélida.

El segundo oficial se puso serio de golpe. Aunque Hobbs no tenía la categoría de vip, sí era alguien de bastante importancia.

—No pretendía ofenderle, señor —dijo—. Solo era una broma. ¿No sabe usted que, en las historias de cosmonautas, la maldición o la condena o lo que sea siempre se le revela a la víctima con un golpeteo en la escotilla? Es lo que pasa cuando alguien viola un tabú de algún planeta. Por eso lo decía. Solo era una broma.

—Ah. —Hobbs tragó saliva. Hizo un gesto al camarero con su vaso—. Otra —dijo con voz ronca—. Que sea doble.

Tiglath Hobbs era un hombre extremadamente tozudo. Cualidad que, en ciertas situaciones, es difícil distinguir del valor. Al siguiente periodo de vigilia, sacó el bastón de butandra de nuevo. Con dedos fríos y temblorosos, se puso a tallar el mango. Se había sentado cerca de la escotilla.

Esta vez no hubo golpeteo. Hobbs no sabría decir por qué levantó la mirada. En cualquier caso, eso hizo. Y allí, flotando en el pequeño espacio visible a la luz que salía de su escotilla, se encontraba

aquel rostro sonriente que había visto la camarera de Genlis. Basto y marrón, miraba a Hobbs con una bondad increíble, indescriptible.

Hobbs soltó un grito. Pulsó el botón que cerraba de golpe la persiana, y al momento estaba de pie junto a la puerta, lo más lejos posible de la escotilla, tapándose los ojos con las manos. Cuando dejó de temblar, decidió ir a ver al capitán Thorwald.



Tardó un buen rato en explicarse. Thorwald escuchó sus circunloquios, tamborileando con los dedos en el escritorio mientras Hobbs titubeaba, daba marcha atrás y se corregía. Lo que quedó claro al final fue que quería que el capitán Thorwald activara —solo un segundo, una fracción de segundo— el campo de fuerza de la nave.

Thorwald negó con la cabeza.

—Lo siento, señor Hobbs. No puede ser. Si lo activo tendré que registrarlo en el cuaderno de bitácora, y no hay motivos para hacerlo.

Hobbs titubeó. Luego sacó la cartera.

—Seguro que podemos llegar a un acuerdo. ¿Quinientos UIs?

—No, lo siento.

—¿Seiscientos? ¿Setecientos? El dinero nunca está de más. Podría decir que nos topamos con una lluvia de meteoritos.

—No sé... No.

—¿Ochocientos? Mire, ¡le doy mil! Seguro que puede arreglar lo del cuaderno de bitácora.

Una sonrisa leve y amarga se dibujó en el rostro de Thorwald, pero aún dudaba.

—Está bien —dijo de pronto—. Digamos que me ha apostado usted mil UIs a que no puedo activar y desactivar el campo de fuerza de la nave en una centésima de segundo. ¿Es eso? Le advierto, señor Hobbs, que va a perder la apuesta.

Hobbs guiñó un ojo disimuladamente. Si aquello le permitía al capitán salvaguardar su orgullo...

—¡No me lo creo! —dijo con forzada vehemencia—. No creo que un campo de fuerza pueda activarse y desactivarse tan rápido. Acepto la apuesta. Dejo el dinero en la mesa, capitán.

Sacó de su cartera diez billetes de un amarillo brillante. Thorwald asintió.

—Está bien —dijo sin tocar el dinero—. En media hora tendrá su demostración, señor Hobbs. ¿Le parece?

—Estupendo.

Thorwald asintió y recogió los billetes con la mano derecha.

Hobbs regresó a su camarote, subió la persiana y se sentó junto a la escotilla. Se había mentalizado hasta tal punto que casi le decepcionó que la cara sonriente no apareciera. Pasaron los minutos.

De repente, la nave se sacudió de una punta a otra. Un trillón de diminutas agujas doradas salieron disparadas hacia la oscuridad. Al instante, la gloriosa ola había pasado y regresó la eterna oscuridad del espacio.

Sucedió tan rápido que, de no ser por el patrón de luz grabado en su retina, Hobbs habría dudado de si realmente había visto algo. Desde luego, Thorwald podría decir que había ganado la apuesta.

Pero a Hobbs le parecían mil UIs muy bien invertidos. En la fracción de segundo en la que el campo de fuerza había estado activado había alcanzado a ver, ennegrecida y aplastada a la luz de aquel fogonazo, la forma de algo muerto, achicharrado y deforme como una araña en una hoguera.

La miríada de abrasadores fuegos del campo de fuerza lo había debido de chamuscar hasta los huesos de inmediato. Lo que Hobbs había visto en aquel instante de luz cegadora estaba muerto sin lugar a duda, muerto como la luna.

A esas alturas, ya debía de estar a miles y miles de kilómetros de la trayectoria de la nave, adonde lo habría proyectado el descomunal impulso del campo de fuerza. Hobbs respiró muy hondo. El alivio lo había debilitado.

Cuando él y Thorwald se encontraron en la siguiente comida, se trataron con una cordialidad cauta. Ninguno de los dos mencionó la apuesta entonces, ni la mencionaría en adelante.

Durante aquel periodo de sueño, Hobbs descansó bien. Un par de días después, ya había recuperado en gran medida su aplomo habitual. Se entretuvo terminando de tallar el bastón de butandra. Quedó muy bonito. Para cuando aterrizaron en Llewellyn, un planeta parecido a la Tierra pero con dos tercios de su gravedad, Hobbs volvía a ser el mismo.

En las profundidades del espacio, a incontables millones de kilómetros de allí, la cáscara ennegrecida del Jardinero flotaba a la deriva. Estaba completamente seca y muerta. Pero ¿no se movía ligeramente de vez en cuando, como si una brisa la hubiera acariciado? ¿Y qué eran esas grietas que estaban empezando a aparecer en ella? ¿No recordaban a las grietas de una crisálida?

Hobbs quedó plenamente satisfecho con el estado de las plantaciones de Llewellyn. Así se lo dijo al joven responsable de la oficina local, y el joven se alegró de oírlo. Al tercer día Hobbs decidió proseguir su viaje interrumpido hacia la Tierra.



Algo que leyó en una página de prensa escrita le hizo cambiar de opinión. «Atracan y mutilan al capitán de una nave», vociferaba el titular en grandes letras rojas. Y debajo, con letra más pequeña, continuaba: «El capitán, que ha perdido un dedo y 1000 UIs, ha sido incapaz de identificar a su atacante. La policía está investigando».

Hobbs, que en ese momento estaba desayunando, ojeó el artículo sin curiosidad hasta que, en el cuerpo de la noticia, un nombre conocido le llamó la atención. Entonces empezó a leer con ávido interés.

Eins Thorwald, capitán del crucero espacial de lujo *Rhea* —esto era incorrecto: la *Rhea* no era un crucero de lujo, sino una nave de mercancías con alojamiento razonablemente cómodo para cinco o seis pasajeros—, ha ingresado hoy en el hospital tras perder mil UIs y el dedo índice de su mano derecha.

Thorwald, que fue hallado inconsciente en su camarote por su segundo oficial (fotos en la página dos), no pudo dar ningún detalle del ataque que había sufrido. Le dijo a la policía que le habían robado exactamente mil UIs. El resto del dinero en su cartera estaba intacto.

El dedo de Thorwald, según informes del médico forense Dingby, de la policía local, parece haber sido amputado con un escoplo o algún instrumento similar. No se ha encontrado ni rastro del dedo.

Thorwald ha recibido varias transfusiones y se encuentra ahora en el hospital Mercy, donde nos comunican que su estado sigue siendo grave. La policía sospecha que el ataque ha sido obra de un criminal que se dedica a coleccionar dedos humanos. Se ha activado el protocolo de busca y captura, y se espera que en breve se produzca su detención.

Hobbs dejó el periódico sobre la mesa. Le temblaban las manos. Sus rosadas mejillas se habían teñido de blanco. Se dijo a sí mismo que lo que sospechaba era una auténtica locura.

¿Acaso no había visto con sus propios ojos cómo esa... cosa que había llamado a su escotilla quedaba reducida a cenizas bajo la llamarada salvaje del campo de fuerza? Pero a Thorwald le habían robado exactamente mil UIs. Y había tomado el soborno de Hobbs con su mano derecha.

Hobbs apartó el plato que tenía delante y le pidió la cuenta al robot. En el vestíbulo, videollamó al hospital Mercy y preguntó por el estado de Thorwald. Le dijeron que estaba grave y que bajo ningún concepto podía recibir visitas.

Hobbs se quedó sentado en el vestíbulo alrededor de una hora, intentando pensar. Al final tomó una decisión. Tiglath Hobbs era un hombre tozudo.

Pidió un helicóptero que lo llevara a la sede local de la Oficina de Conservación de Flora Extrasistémica. Scott, el joven encargado de la oficina, había salido y Hobbs tuvo que esperar a que volviera.

Casi era mediodía cuando llegó Scott, muy moreno y muy erguido con su traje verde bosque. Venía de inspeccionar la escarda de una plantación de jóvenes árboles tilla, y tenía barro en las rodillas de los pantalones por haberse agachado junto a los pimpollos. Siempre tenía un poco de barro en las rodillas de los pantalones. La suya era un alma verde de guardabosques nato.

Hobbs fue directo al grano.

—Scott —dijo—, quiero que vaya usted a Cassid y supervise el desarraigo de la plantación de árboles butandra.

Scott le dirigió una mirada incrédula.

—¿Disculpe, señor? —dijo al cabo de un momento con tono neutral.

—He dicho que quiero que vaya usted a Cassid y supervise el desarraigo de la plantación de árboles butandra.

—Esto... Señor, ¿a qué se debe esta orden?

—A que lo digo yo.

—Pero, señor Hobbs, los árboles butandra son únicos. Como usted sin duda sabrá, no hay nada

parecido en todo el universo. Desde un punto de vista científico, sería un crimen destruir esos árboles.

»Además, son de gran importancia para los habitantes del planeta Cassid. Esos árboles tienen un enorme valor emocional para ellos. Debo pedirle, señor, que reconsidere su decisión.

—Es una orden. Llévela a cabo.

—Lo siento, señor. Debo negarme.

El grueso cuello de Hobbs había enrojecido.

—Haré que lo despidan —dijo, sofocado.

Scott se permitió una leve sonrisa.

—Soy funcionario, señor —dijo.

—Se le puede cesar de su cargo por una sanción disciplinaria. Por insubordinación, en su caso.

La sonrisa de Scott desapareció, pero no cedió.

—Muy bien —dijo—. Si llega a juicio, ya veremos qué pasa. En cualquier caso, no puedo obedecer esa orden. Y dudo mucho, señor Hobbs, que vaya a encontrar a alguien dispuesto a obedecerla. No le puede pedir algo así a un guardabosques.

Hobbs echó mano de su bastón de madera de butandra. Tenía una mirada asesina. Pero al momento recuperó el sentido común. Asintió y se marchó.

Llamó a la oficina de viajes, canceló su pasaje a la Tierra y reservó un camarote en la siguiente nave con destino a Cassid. Si era imposible encontrar a alguien que obedeciera la orden de destruir la plantación de árboles butandra, lo haría él mismo. Tiglath Hobbs, como ya se ha mencionado, era un hombre tozudo.

El viaje de regreso a Cassid transcurrió sin incidentes. Nada llamó a la escotilla de su camarote ni lo observó desde fuera. Todo estaba tan en calma, de hecho, que Hobbs llegó a dudar en un par de ocasiones si estaba haciendo lo correcto.

Los árboles butandra, como había dicho Scott, eran de un interés científico considerable, y Hobbs se exponía a no pocas críticas si los destruía. Y el ataque que había sufrido Thorwald podría haber sido una mera coincidencia.

Pero a estas alturas Hobbs odiaba profundamente aquellos árboles. La culpa, la ansiedad y la necesidad de tener razón se habían combinado en su interior para generar una emoción de una intensidad abrumadora. Odiaba los árboles butandra. ¿Cómo no iba a destruirlos?

Esa repugnante corteza blanca y ese horrible sonido sibilante que hacían sus largas hojas verdes merecían la muerte, por supuesto que la merecían. ¿Quién en su sano juicio les perdonaría la vida a los árboles butandra?

Normalmente, cuando llegaba a este punto de su razonamiento, Hobbs empezaba a jadear. Tenía que hacer un gran esfuerzo para calmarse.

La nave de Hobbs aterrizó en la estación espacial bien entrada la noche. Hobbs estaba demasiado excitado como para intentar dormir. Dio vueltas por la sala de espera hasta que se hizo de día.

Entonces alquiló un helicóptero en un local de Vuele Usted Mismo y puso rumbo a un almacén

especializado en motosierras compactas. Había decidido talar los árboles primero, y luego organizar que se arrancaran los tocones de raíz.

Aún era temprano cuando llegó a la arboleda sagrada. A la suave luz de la mañana, los árboles — de tronco recto, corteza blanca y hojas verdes— ofrecían una stampa hermosa y pacífica. Hobbs dudó, aunque no porque se sintiera incómodo por el arboricidio que tenía en mente. Lo que le molestaba era la sensación de que adentrarse en la arboleda para talar los árboles, incluso a plena luz del día, podría ser peligroso.

Por otra parte, la mejor defensa es siempre un buen ataque. Lo que le había pasado a Thorwald había sido, casi con total seguridad, una coincidencia. Pero si no lo era —Hobbs tragó saliva— la mejor manera de evitar que le sucediera algo parecido era talar la arboleda.

En Llewellyn había llegado a la conclusión de que la arboleda era la base de operaciones de la..., la cosa aquella. Extraía poder de la arboleda, era evidente, como los árboles extraen nutrientes del suelo. Una vez que destruyera la arboleda, aquella cosa, tanto si el campo de fuerza había acabado con ella como si no, ya no tendría poder alguno.

Hobbs sacó la motosierra portátil del helicóptero y se la echó al hombro. Dudó una fracción de segundo más. Una repentina ráfaga de viento agitó las hojas de los árboles butandra con un silbido burlón. Hobbs sintió un arrebató de odio cegador. Apretó la mandíbula. Abrió la verja y entró en la arboleda.

La motosierra no pesaba mucho y decidió empezar la operación junto al primer pimpollo que había talado. No tardó en encontrarlo y le alegró comprobar que no habían aparecido brotes. Pero alguien había excavado un profundo agujero a su lado, y Hobbs frunció el ceño al verlo.

Dejó la motosierra sobre la hierba y se arrodilló para configurarla. Ya investigaría lo del agujero más tarde. Pulsó un interruptor. El motor comenzó a ronronear.

El Jardinero salió de detrás de un árbol y le sonrió.

Hobbs soltó un chillido ahogado. Se levantó a trompicones y salió corriendo. El Jardinero estiró sus largos brazos y lo atrapó con facilidad.



Con sus manos rosadas de topo, lo despojó de su ropa. Le quitó los zapatos. Con diez mordiscos de sus fuertes dientes blancos, el Jardinero le arrancó los dedos de los pies. Mientras Hobbs se debatía y chillaba y chillaba y chillaba, el Jardinero le arrancó la piel de la parte interior de los muslos y le ató las piernas con una enredadera.

Le arañó todo el cuerpo con sus afiladas garras de topo y frotó un polvo gris arenoso en cada herida. Después llevó a Hobbs al agujero que había cavado y, sin dejar de sonreír, lo plantó.

Cuando el Jardinero regresó, aproximadamente una hora después, de sus tareas agrícolas en otra zona de la arboleda, una fina corteza había empezado a cubrir el cuerpo de Hobbs. El Jardinero sabía que no tardaría mucho en convertirse en un buen ejemplar de árbol butandra.

El Jardinero esbozó una sonrisa benigna. Observó con satisfacción el injerto en el tronco del árbol

de la derecha, donde lo que había sido el dedo índice de Eins Thorwald ya estaba echando generosos brotes.

El Jardinero asintió.

—Hoja por hoja —dijo.

LA ESPOSA DEL ÁRBOL
MARY ELIZABETH COUNSELMAN



• 1950 •

TRADUCIDO POR
Eduardo Iriarte

MARY ELIZABETH COUNSELMAN

1911-1995

MARY ELIZABETH COUNSELMAN NACIÓ EN UNA PLANTACIÓN de Birmingham, Alabama, y durante la infancia se inició en la escritura de poemas, afición que la acompañó toda su vida. Debido al cambio de destino de su padre, profesor de la Academia Militar de Riverside, la familia se mudó a Georgia. Estudió en la Universidad de Alabama y siendo muy joven colaboró con numerosas revistas *pulp*. Algunas de sus narraciones saltaron del papel a la pantalla y conocieron adaptaciones televisivas en diversos países. Su obra más famosa, publicada en el número de agosto de 1934 de *Weird Tales*, es «The Three Marked Pennies», escrita cuando era adolescente y que causó gran sensación entre los lectores por abordar el tema, típico del gótico sureño, del intruso siniestro que irrumpe en una comunidad para desestabilizar la vida sin sobresaltos de sus vecinos con un inquietante juego de azar que se sirve de tres monedas para premiar con la fortuna o la muerte a tres de ellos.

Precisamente en *Weird Tales* apareció «La esposa del árbol», en 1950. Además publicó varios libros de poesía y una recopilación de cuentos populares africanos. Se casó con Horace B. Vinyard y los dos se instalaron en compañía de su único hijo en un barco de vapor, el *Leota*, que permanecía amarrado frente al parque Moragne. Trabajó como reportera y profesora de Escritura Creativa en el campus de su Alabama natal. Durante sus últimos años vivió rodeada de gatos y prácticamente sumida en la indigencia en una casa ruinosa, en cuyo jardín reposaba el ancla de su amada vivienda flotante. Las paredes del interior se hallaban recubiertas de copias de portadas de las revistas donde vieron la luz sus historias, vestigios de una época dorada como autora de éxito en circuitos alternativos.

«La esposa del árbol» es un seductor relato en el que Counselman ensaya el tratamiento de un tema y una técnica narrativa que retomará un año después en «Los indeseados», relato incluido en *Reinas del abismo* (Impedimenta, 2020). En ambos textos el protagonismo recae en una mujer independiente y moderna, narradora de la increíble historia que conocerá al adentrarse en un territorio remoto del sur en busca de una extraña familia. Concretamente en el cuento que nos ocupa, la autora convierte en personaje principal a una escritora de relatos sobrenaturales, casi *alter ego* de sí misma, que una soleada mañana conduce su flamante descapotable hasta la cabaña perdida en las montañas donde habita la joven esposa de un roble blanco.

Combinando motivos como el de la metamorfosis en vegetal de un ser humano, presente en mitos de diversas civilizaciones, o el amor trágico que surge entre dos jóvenes de familias enemistadas desde hace varias generaciones, Counselman traza una encantadora narración en la que la muerte no consigue separar a sus Romeo y Julieta sureños y que revela una nada disimulada simpatía hacia los personajes marginales, disfuncionales, apegados a la tierra, que consiguen sobrevivir a su manera, en un universo con reglas propias donde lo maravilloso encuentra un territorio fértil en el que echar raíces.

LA ESPOSA DEL ÁRBOL



e sonreí a mi compañera, Hettie Morrison, inspectora de Servicios Sociales del condado en el distrito de Bald Mountain. Cuando me pasé por su despacho esa mañana, más que nada para evocar viejos recuerdos nostálgicos de nuestros tiempos de estudiantes en la Universidad de Virginia, me la encontré discutiendo por teléfono con un mecánico de la zona.

—¡Pero tengo que hacer una visita esta mañana!... ¿POR QUÉ no puede conseguir las piezas? ¡Sáquelas del coche de otro!... ¡Bah, y un cuerno que le parezca que no estaría bien! ¡Es posible que esta familia se esté muriendo de hambre!...

Hettie había colgado, farfullando aún, una solterona de aspecto severo y adusto con un corazón del tamaño de la cordillera Azul. Entonces levantó la vista y me vio mirándola sonriente al tiempo que agitaba las llaves del nuevo deportivo Club Coupé a modo de invitación. Éramos tan íntimas amigas que sobraban las palabras: Hettie hizo un mero asentimiento seco, se plantó el sombrero y salió por la puerta conmigo a la zaga.

—Te vas a arrepentir —me advirtió—. Hay que ir por un antiguo sendero indio, y si tenían que ir y venir por ahí, ¡no me extraña que los llamen «americanos en vías de extinción»! Seguro que se te estropea una ballesta.

Me vio tan consternada mientras me disponía a abrir la portezuela de mi primer coche nuevo en diez años que me guiñó un ojo con ese aire taimado que tan bien conocía yo de nuestra época universitaria cuando estaba a punto de pedirme que le prestara mis medias preferidas.

—Es un trayecto aburrido, una visita rutinaria de supervisión. Seguro que a ti —continuó, arrastrando las palabras con tono despreocupado— no te interesa Florella Dabney, la chica que se casó con un árbol. Pasaremos justo por delante del domicilio de Dabney. No, no, cielo; te arriesgas a rayar esta pintura azul tan bonita. Y el arroyo de Holy Creek cruza el sendero cuatro veces; tendríamos que atravesarlo hundiéndonos hasta los tapacubos. Yo siempre me quedo atascada y tengo que...

Miré con el ceño fruncido a mi amiga; aunque estaba acostumbrada a sus astutas tretas para salirse con la suya, seguía siendo incapaz de hacerles frente.

—¿Un árbol? —exigí que me explicara—. ¿Has dicho que...? ¿Se casó con...?

—Así es. —Hettie asintió con una mueca de suficiencia—. Es un caso extraño, casi una leyenda en la zona de Bald Mountain. Aunque —añadió, montándose con aire descarado en el coche— no es que no haya precedentes en los antiguos mitos griegos. Zeus siempre andaba transformando a alguna chica en manantial o en flor, o en algún objeto inanimado, de manera que su esposa, Hera, no se percatara de sus tejemanejes. Incluso en épocas tan recientes como el siglo XV, se celebraban matrimonios por poderes en los que alguna reina se casaba con la espada de su caballero porque él se había ido a la guerra. Luego hay una tribu africana en la que los hombres, al llegar a la pubertad, se casan con un árbol.

Hice un gesto de impaciencia, me monté en el Coupé y lo puse en marcha con una sacudida. Hettie había despertado mi interés, y lo sabía de sobra. Iba a conseguir que la llevara a través de la cima agreste y tupida de Bald Mountain, o yo me quedaría sin conocer la historia de esa chica que se casó con un árbol.



Una hora después, mientras nos bamboleábamos por un sendero rocoso bordeado por pinos de Virginia y laureles de montaña a ambos lados, empezó a hablarme de Florella Dabney y de la sangrienta disputa que, como podría explicar un psiquiatra titulado, le había provocado una enfermedad mental caracterizada por un extraño delirio.

Los Dabney, según me contó Hettie, habían construido su cabaña y empezado a buscarse la vida en la ladera de Bald Mountain más o menos en tiempos de Daniel Boone. Habían vivido allí seis generaciones de montañeses malnutridos y explotados: plantaban un poco, cazaban otro poco y criaban una recua de críos tan asilvestrados como los zorros que hacían incursiones en su gallinero. Florella era la hija menor, una chica esbelta y tímida de quince años, con una ondulada melena morena y grandes ojos oscuros y luminosos como los de un cervatillo. Descalza, ataviada con el sencillo vestido suelto de guinga que llevaban todas las montañesas, se la veía correr pendiente abajo por la ladera de Old Baldy, con la misma destreza que un niño de ciudad por una acera. Sus hermanos y hermanas mayores se casaron y se mudaron, su madre murió y Florella se quedó con su padre en la granja descuidada.

Al otro lado de la montaña vivía una familia semejante de «antiguos colonos», los Jennings. Hasta donde se alcanzaba a recordar, siempre había habido mala sangre entre ambas, originada por una trifulca en torno a una carga de leña que había terminado con dos Dabney en el hospital y tres Jennings en la cárcel. Ambas familias iban a misa en la pequeña iglesia encaramada al risco que separaba sus granjas, pero ningún Jennings le dirigía la palabra a un Dabney, ni siquiera en los oficios que duraban el día entero, cuando todos estaban bien saciados de comida y cerveza casera. Ningún Dabney se sentaba nunca a la izquierda del pasillo central; y cualquier bautizo que se celebrara en Holy Creek, después de una entusiasta reunión evangelista, había de organizarse de modo que los Jennings y los Dabney fueran sumergidos en las aguas en días alternos. El reverendo Posy Adkins, el predicador laico, aceptaba esta condición, no por inevitable menos desafortunada. Y esa era la ley que

regía en Bald Mountain, hasta la noche de primavera en que Joe Ed Jennings y Florella Dabney «se fugaron juntos».



Ninguna de las dos familias acertaba a imaginar cuándo y cómo se habían visto lo suficiente para enamorarse. Joe Ed era un robusto muchacho rubio capaz de tocar la guitarra y acertarle en el ojo a una zarigüeya a cincuenta metros, pero de poco más. Lo que asombró a todo el mundo fue que Florella se encariñara con semejante haragán, pues estaba medio prometida con un chico de la cuenca del Búho. Cuando un grupo de cazadores los vio corriendo por el bosque una noche, dieron por sentado que a Florella se la habían llevado por la fuerza, totalmente en contra de su voluntad. La muchacha había salido tras un cerdo que se había extraviado. A medianoche, cuando no regresó, su padre, Lafe Dabney, fue en su busca, se topó con la cuadrilla de caza y se apresuró a regresar a la cabaña en busca del rifle.

Volvía a salir con intención homicida en los ojillos mezquinos y muy juntos que tenía, cuando de pronto entraron por la cancela desvencijada los dos jóvenes asustados. Los acompañaba el predicador Adkins, ataviado bien para un funeral, bien para una boda. Aferraba la Biblia con manos temblorosas, pero habló en tono firme:

—Lafe, estos dos jóvenes han pecado. Pero es probable que el Señor ya los haya perdonado. ¡Ahora tienen intención de casarse, conque no intente impedirselo!

Sin más preámbulos, les indicó a Florella y a Joe Ed que se situaran bajo un enorme roble blanco que crecía en el jardín delantero, descollando sobre la tosca cabaña, su oscura silueta dibujada contra el cielo iluminado por la luna. En lo alto del tronco, si Lafe se hubiera fijado, habría visto un corazón tallado con las iniciales J. E. J. y F. D.

El anciano predicador empezó a entonar con solemnidad la ceremonia matrimonial, mientras el padre de Florella permanecía ahí plantado, mirándolos, el rostro chupado cada vez más nublado de furia, la boca fruncida en constante movimiento. Apenas se habían pronunciado las inmortales palabras «¿Tomas a este hombre...?» cuando se llevó velozmente el rifle al hombro y le disparó a Joe Ed, a quemarropa. El chico ya estaba muerto cuando se derrumbó a los piecillos descalzos de su novia.

—¡Te está bien empleado por tontear con la niña a mis espaldas! —bramó Lafe—. ¡Pedazo de inútil!

No llegó a terminar, pues resonó un segundo disparo en la quietud de la noche. Lafe Dabney se abalanzó de bruces, se parapetó tras el cadáver de quien había estado a punto de ser su yerno y disparó dos veces hacia el fogonazo de pólvora en el bosque detrás de la cabaña. Un instante después se desató el caos. Parece ser que el reverendo Adkins se esperaba un estallido semejante. Alguien había avisado al padre de Joe Ed. Clem Jennings también se había apresurado hasta allí para impedir la boda. El anciano predicador, que se temía algo así, había dado parte a «la autoridad». El *sheriff*, con una patrulla reclutada sobre la marcha, apareció en el momento en que Lafe y Clem cruzaban

disparos por encima del cadáver del joven Joe Ed y la figura postrada y sollozante de la que no había llegado a convertirse en su mujer.



En cuestión de minutos, la patrulla había esposado a los dos padres y se los había llevado al calabozo. Pero, detrás de ellos, habían dejado una trágica estampa: la pequeña Florella llorando sobre el cadáver de su amante fallecido, con el viejo reverendo Adkins plantado sin decir palabra en segundo plano. Dos miembros de la cuadrilla se quedaron para echar una mano con el cadáver de Joe Ed; la chica sollozante le había implorado al predicador que lo enterrase, en el acto, «bajo nuestro árbol». Fue allí donde Joe Ed la atrapó y la besó por primera vez, tapándole la boca con la mano entre risas, a diez metros escasos de Lafe. Fue allí, de noche, donde ella le dijo por primera vez que le quería, y prometió escabullirse con él a los profundos y silenciosos bosques de Old Baldy para tener una cita de amantes prohibida por sus familias. Fue allí donde, meses después, aterrada y avergonzada, le dijo entre sollozos que estaba encinta. Sabía que no tenía otra opción más que quitarse la vida. Su amante era un Jennings y no había esperado de él más que unos instantes de furioso éxtasis secreto.

Pero Joe Ed la había sorprendido. Ferozmente protector y leal, anunció que, la noche siguiente, se reuniría con ella bajo el árbol del patio de los Dabney para que el predicador Adkins los casara, en presencia del viejo Lafe. Su criatura llevaría su apellido, dijo el chico con orgullo y ternura, y esperaba que fuera una niña con ojos de cervatillo exactamente igual que Florella.

Todo esto se lo relató el anciano predicador Adkins a los dos miembros de la patrulla mientras ellos se turnaban para cavar la tumba de Joe Ed Jennings al pie del gran roble blanco, bajo el que tenía que haberse casado. Florella siguió allí aturdida, mirándolos, sin llorar ya, como un animal atrapado, resignado por fin a su amarga suerte.

Pero, viéndola, el viejo predicador laico recordó de súbito una historia de sus tiempos de estudiante, un mito, una leyenda. Se acercó a la chica, la tomó de la mano en silencio y la llevó al árbol, donde los dos compasivos vecinos alisaban la última palada de tierra sobre la rudimentaria tumba de Joe Ed.

—Hija —dijo el viejo predicador—, tengo entendido que hubo reinas en otros tiempos que se casaron con una espada propiedad de algún hombre muerto en el campo de batalla. Pues bien, seguro que Joe Ed querría que siguieras adelante y tomaras su apellido, así que voy a hacer como que este árbol de aquí es Joe Ed, que está enterrado debajo. Quiero que vosotros dos —se volvió con solemnidad hacia los enterradores— seáis testigos de esta boda entre Joe Ed Jennings y Florella Dabney. —Alzó los ojos humildemente—. Si lo que hago está mal, Señor, cástigame. ¡Si está bien, bendice esta ceremonia!

En la noche iluminada por la luna, el anciano predicador ofició la extraña boda de una chica con un árbol. Los dos miembros de la patrulla permanecieron cerca con los ojos abiertos de par en par y llenos de estupor mientras oían al reverendo Adkins repetir las palabras conocidas de la ceremonia nupcial. Oyeron también las respuestas sollozantes de Florella. Y luego oyeron..., ¿no era más que el

viento en el enorme árbol que se alzaba sobre sus cabezas? ¿O era...? Más adelante, los dos hombres jurarían haber oído algo que sonaba como una voz susurrante. Una voz de hombre, la de Joe Ed, procedente de lo más profundo de las tupidas ramas verdes. Pero —tal y como Hettie señaló secamente— había sido una noche de histeria, y la histeria a menudo juega extrañas pasadas a los sentidos.



—¿Y bien? Eso no es todo, ¿verdad? —indagué mientras el coche cruzaba dando tumbos por tercera vez el arroyo de Holy Creek y volvía a salir, empapado de agua—. ¿Qué fue de la chica? Con su padre en la cárcel, ¿quién cuidó de ella mientras...? ¿Nació bien la criatura?

—¡No tan rápido, loca! —me espetó Hettie entre risas, aferrándose a la portezuela de su lado—. Sí, claro, nació bien. Fue una niña. Me encargué de que los Servicios Sociales del condado enviaran a un médico cuando recibimos el mensaje de que Florella estaba de parto. Había estado viviendo en la cabaña de su padre, totalmente sola, por la sencilla razón de que todos sus parientes y todos los de Joe Ed tenían miedo de acercarse allí.

Fruncí el ceño, extrañada:

—¿Por qué?

—Por el árbol —dijo Hettie con voz débil—. Corrió el rumor de que estaba encantado; de que Joe Ed «se había metido en ese roble» y..., bueno, que estaba vivo. Que sentía, quiero decir. Que ya no se comportaba como un árbol. He de reconocer... ¡Cuidado con ese pedrusco, so gansa! ¿Quieres destrozar el coche?... He de reconocer que pasaron algunas cosas... raras, por así decirlo.

Aminoré la velocidad obedientemente y avancé con cuidado por el camino pedregoso. Lo que fuera para que Hettie continuara la historia que hasta tal punto había captado mi interés.

—¿Qué cosas? —pregunté—. Todo el mundo oye voces en el viento. Susurros de hojas. Ramas que se azotan.

—Pero —repuso Hettie alargando las palabras— no todo el mundo ve a un árbol atrapar un conejo vivo o una paloma que se ha posado en una de sus ramas. No todo el mundo ve eso...

—¿Cómo? —dije, boquiabierta—. ¡Nunca había oído semejante ridiculez! —Mi intento de carcajada sonó hueco, no obstante, incluso a mis propios oídos—. ¿Cómo demonios iba a...?

—A mí no me lo preguntes —respondió Hettie con jovialidad—. Lo único que sé es que la rama inferior del enorme roble blanco mantenía a Florella bien provista de carne. Conejos, palomas, una vez una zarigüeya. Se estrangulaban, de alguna manera. Se les quedaba el cuello atrapado entre las ramas. Ella se los encontraba allí listos para la cazuela. Tal como cualquier buen montañés tendería trampas para alimentar a su familia. Así que empezó a creer que los cazaba él. Joe Ed tenía buena reputación como cazador y trampero.

—¡Dios santo! —Intenté reír otra vez—. ¿No querrás decir...? Pobre muchacha. —Me interrumpí, sobrecogida por la lástima—. Pero seguro que una experiencia así la afectó mentalmente. ¡Vivir allí sola con un bebé!

—Entonces —continuó Hettie con deleite—, un día de otoño que hacía mucho frío, se pasó por allí una vecina. Una vieja entrometida. Solo quería soltarle un comentario malicioso a Florella acerca del bebé. Sin embargo, cuando ya se iba..., bueno —Hettie dejó escapar una risilla—, parece ser que se le enganchó el abrigo en una rama del árbol que pendía sobre la cancela. Le arrancó el abrigo de cuajo, según dijo. Salió corriendo de allí gritando como loca y le contó a todo el mundo que Joe Ed le había quitado el abrigo para dárselo a Florella. Cuando la chica intentó devolvérselo, no quiso ni tocarlo. Dijo que, de todos modos, no era su mejor abrigo y que no pensaba pelearse con un árbol.

—¡Venga ya! —Negué con la cabeza y solté una carcajada, haciendo todo lo posible por ahuyentar el escalofrío que me recorría una y otra vez la espalda—. Esos montañeses son de lo más supersticiosos, ¿no? Está claro que no fue más que el miedo de esa mujer lo que la llevó a pensar...

—Es posible —dijo Hettie secamente—, pero no fue el miedo lo que me arrebató el sombrero nuevo la primavera pasada cuando casualmente pasé por debajo de ese árbol. Iba a ver cómo estaba Florella: se encuentra en situación de necesidad, claro. Desde luego que sí —dijo, en un tono extraño—. Descendió una rama bien grande y me arrancó el sombrero de la cabeza. Yo no alcanzaba a cogerlo y Florella no podía trepar hasta él. No hacía mucho que había tenido la criatura; la pobrecilla seguía débil. Pero se echó a reír y se puso a hablarle al árbol como si fuera una persona. La verdad es que lo hizo tan tranquilamente que me puso la carne de gallina. «Joe Ed, estás hecho un granuja», dijo. «Devuélvele el sombrero a la señorita Hettie ahora mismo. No necesito ropa elegante. La niña y yo estamos perfectamente.» —Hettie me miró, como avergonzada—. Lo dijo de una manera que me hizo sentir como una vieja pava egoísta. De todas formas, un sombrero así era demasiado mono para una cara avejentada y afilada como la mía. Pero me dio un buen susto. He de confesarlo. Cuando... —tragó saliva con dificultad—, cuando le dije a Florella que se lo podía quedar, cayó del árbol de inmediato. ¡Plaf! ¡Justo en la cabeza de la chica! Tengo que reconocer —añadió, contrariada— que le sentaba de maravilla. Seguramente era el primero que tenía en su vida, pobrecilla. Lafe era un viejo avaro; la madre de Florella nunca tuvo un harapo que no hubiera cosido ella misma.



Di un volantazo para esquivar a un mapache que andaba sin prisas por el sendero. Luego miré a Hettie con los ojos entornados.

—Venga —dije con determinación—. Ahora me dirás que el árbol deja apilada su propia leña para que Florella no tenga que cortarla.

Hettie rio.

—Ah, no. Los montañeses dan por sentado que sus esposas tienen que trabajar como mulas. Lo único que hacen ellos es alimentarlas, darles techo y protegerlas, además de hacerles algún regalo cuando están de ánimo generoso. Eso es lo que esperaba Florella de su esposo árbol, y eso es lo que recibía. Aunque supongo que un psicólogo diría que su delirio le confería una sensación de seguridad que meramente la hacía capaz de apañárselas por sí misma. Mucha gente necesita una muleta para la confianza, aunque solo sea una moneda de la suerte que llevar encima. Coincidencia y superstición,

¿eh?

»En fin —sonrió mi amiga—, te agradezco mucho que me hayas traído. Hemos recibido noticia de que Kirby Marsh, un granjero que vive cerca de la granja de los Dabney, se ha peleado con alguien y ha vuelto a casa a rastras, bastante magullado. Su esposa está postrada en cama, conque necesitarán ayuda si está malherido. No sabes el favor que me has hecho. Es esa curva —se interrumpió de pronto, sonriéndome con un pícaro centelleo en los ojos—. La granja de los Dabney queda justo después.

Aminoré la velocidad sintiendo de nuevo que me recorría el espinazo un escalofrío al tomar la curva. Unos metros por encima del sendero, encaramada a la ladera de la montaña, había una vieja cabaña de troncos desbastados, con el típico pozo en el patio y el típico huertito trasero. Un inmenso roble blanco descollaba sobre la cancela de un cercado metálico medio caído. El recio tronco estaba un poco ladeado hacia la casa de una manera curiosamente protectora, dando sombra al hollado peldaño de entrada con su denso follaje verde oscuro.

Detuve el coche delante de la cancela y Hettie sonrió al ver mi expresión.

—Ahí lo tienes —anunció con sequedad—. Ahí vive la chica que se casó con un árbol. Y ese es el árbol. Ese es *él*.

Me apeé del deportivo y fui a paso cauto hasta el cercado. Hettie se bajó con ademanes rígidos y gritó con su voz gratamente áspera «¡Hola! ¿Hay alguien en casa?», al tradicional estilo montañés.



No hubo respuesta, pero de pronto me fijé en una colcha de retales dispuesta a modo de lecho bajo el roble que Hettie me había señalado como *él*. Sobre el cobertor doblado había una niña pequeña tendida, haciendo gorgoritos. Aparentaba unos dos años, con la recia buena salud de la mayoría de los niños montañeses, pese a su dieta escasa y la constante exposición a los elementos.

Me quedé contemplándola un momento, embelesada con la escena que componía. Luego fruncí el ceño.

—Es muy pequeña para estar sola —murmuré—. ¿Dónde está la madre?

—Ah, estará cogiendo moras por ahí, supongo. —Hettie se encogió de hombros—. Pero Josie está bien. Se ocupa de ella su padre —añadió con otra mueca traviesa al ver mi expresión—. ¡Hola! —llamó de nuevo—. ¡Florella!

En ese momento apareció a la carrera por el lateral de la casa una preciosa chica esbelta con los pies descalzos y la melena oscura al viento. Llevaba una ramita de laurel detrás de la oreja y tenía los dedos atezados manchados de mora. Me quedé mirándola, maravillada por el aspecto de dríade que tenía: salvaje, libre y alegremente intrépida.

—¡Ah! ¡Qué tal, señorita Hettie! —saludó a mi amiga con efusividad—. Venga a sentarse. ¿Quién la acompaña? ¿Una pariente?

Hettie me presentó como una compañera de estudios sin mencionar que me ganaba la vida escribiendo relatos sobre asuntos sobrenaturales. Cruzamos la cancela y Hettie se agachó para

acariciar a la niña, a la vez que sacaba un caramelo de menta de las inagotables reservas que por lo visto siempre llevaba encima. Yo permanecí inquieta a su lado sin saber de qué hablar con aquella joven madre de aspecto bastante normal que, por lo que me había contado Hettie, estaba como una chota. En un momento dado, empujada por el nerviosismo, di un respingo cuando una rama del inmenso árbol bajo el que estábamos me rozó el hombro y le dio un tirón a mi pañuelo. Llevada por un impulso, me lo quité y se lo tendí a la chica, que sonrió alegremente y me dio las gracias con timidez para luego anudárselo al cuello. En ese momento crucé una mirada con Hettie y me sonrojé al ver que sonreía, me guiñaba un ojo y levantaba la vista hacia el árbol gigantesco.

Entonces se volvió hacia Florella, más bonita que nunca con el pañuelo de gasa azul y un semblante que no reflejaba más locura que el mío.

—He oído que Kirby Marsh ha resultado herido en una pelea —dijo mi amiga en tono amable—. ¿Se está ocupando alguien de su mujer y sus hijos? Tengo entendido que vino el médico y llevó a Kirby al hospital con una conmoción cerebral y un esguince de hombro. Debió de ser una pelea de aúpa para...

Hettie se interrumpió al fijarse en la súbita expresión de pesar de la chica, muy superior a la amabilidad que cabría esperar de un vecino. Florella agachó la cabeza de pronto con una sonrisilla triste.

—Sí, señora —se limitó a decir—. Vino a nuestra casa anoche a las tantas y empezó a darme la lata. Bueno, no es que Kirby no sea un tipo de lo más majo —tuvo el detalle de disculpar a su vecino—, salvo cuando lleva una buena cogerza. Le dije que me dejara en paz —añadió con dignidad de esposa—. Le advertí que a Joe Ed no le haría ninguna gracia. Pero no me hizo caso. Así que salí corriendo en busca de Joe Ed, que estaba hecho una furia. Había estado golpeando el tejado para advertirle a Kirby, pero él seguramente pensó que no era más que el viento.

Tragué saliva, sacudida por la lástima, y le lancé una mirada a mi amiga.

—¿Y entonces...? —la instó Hettie con suavidad en un tono extraño—. Saliste corriendo al patio, Kirby salió detrás de ti, y...

—Y Joe Ed le dio un golpetazo en la cabeza —concluyó la chica, en tono medio de disculpa medio de orgullo, como cualquier otra mujer hablaría de un marido que hubiera defendido su honor a capa y espada—. Le habría gustado partirle la crisma a Kirby. Pero no tendría que haber intentado besarme —se defendió con remilgo—. ¿Verdad que no, señorita Hettie? ¡A mí, una mujer casada y con una criatura!

—No, querida —respondió Hettie con la voz más dulce que yo le había oído en mi vida—. No, Joe Ed hizo lo correcto. No creo que Kirby resultara herido de gravedad, pero alguien tiene que cuidar de los suyos mientras esté en el hospital. ¿Has ido a ver a su esposa hoy?

—Sí, señora —contestó la chica en voz queda—. Pero no me han dejado entrar. Tenían miedo, me parece a mí. De Joe Ed, quiero decir. Pero él sería incapaz de hacerle daño a nadie, a menos que me molesten a mí o a la niña. Tiene un corazón de oro.

—Sí —dijo mi amiga con ternura—. Lo entiendo. Bueno, no te preocupes, querida. ¡Seguro que

la próxima vez Kirby se lo piensa mejor! —Dejó escapar una risilla—. Imagino que, después de la experiencia, pasará una buena temporada sobrio.

La chica asintió con timidez y se agachó para recoger a la niña. Pero la pequeña Josie se alejó gateando y rodeó el gran árbol hasta donde una rama baja descendía casi hasta tocar el suelo.

—¡Papá! —gorjeó de repente a la vez que levantaba los brazos gordezuelos hacia el roble gigante—. ¡Colúmpiame! ¡Colúmpiame alto, papá!

Florella rio al tiempo que meneaba la cabeza un poco y gritaba:

—¡No! Nada de eso, Joe Ed, se te puede caer la cría. ¡No se te ocu...!

Pero, ante mis ojos, la rama baja descendió como por efecto de una presión invisible. La niña, Josie, se aferró a ella y, mientras yo miraba boquiabierto el espectáculo, se vio levantada a unos tres metros del suelo como si una ráfaga de viento hubiese alzado la rama hacia el cielo para recoger a la criatura y columpiarla bien alto por encima de nuestras cabezas. Luego, con la misma suavidad, la devolvió al suelo mientras la joven madre sacudía la cabeza de nuevo y reía con aire de reprobación. Su actitud prosaica y natural me puso los pelos de punta.

—Joe Ed siempre hace lo mismo —dijo, en tono risueño—. A ella le encanta. Vaya, señorita Hettie —exclamó con un mohín al ver que yo retrocedía intencionadamente hacia la cancela—, pensaba que se quedarían a cenar. Joe Ed ha cazado un conejo y voy a freírlo hasta que quede bien tostadito. ¿No se pueden quedar?

Pero para entonces yo ya había salido por la puerta y me había montado en el coche sacudiendo la cabeza disimuladamente e indicándole a Hettie que me siguiera. Por alguna razón, aunque siempre lo desmentiré firmemente, los dientes me repiqueteaban como castañuelas. Y no hacía más que volver la vista con nerviosismo hacia el alto roble de largas ramas que se cernía sobre la cabañita de montaña y sobre la mujer y la niña que vivían allí solas.

¿Solos?

—Qué caso tan triste, ¿verdad? —murmuró Hettie jovialmente mientras se montaba en el coche y se despedía con la mano de Florella Dabney o la «señora de Joseph Edward Jennings», tal como figuraba en los archivos del condado—. Desde luego, hay que ver cómo vive esa pobre chica con su bebé. Con precariedad, y a merced de... individuos como Kirby. Qué sola y asustada estaría de no ser por ese patético delirio suyo. ¡Y ahora la niña también lo cree! Supongo que te has fijado en que cuando se columpiaba del árbol lo ha llamado «papá», ¿no? Debía de ser una rama muy fuerte para sostener a una niña tan pesada, ¿verdad? —continuó despreocupadamente—. La habrá movido el viento, supongo, como la otra noche, cuando le golpeó en la cabeza a Kirby Marsh. Aquí en Old Baldy sopla un viento tremendo. —Me miró de reojo con picardía y contrajo los labios.

Le lancé una mirada feroz y pisé el acelerador, consciente de que tenía la frente cubierta de un sudor frío. Porque no hacía viento. Hacía un día sofocante y muy tranquilo, y a mi lado Hettie rio con suavidad cuando volví la mirada hacia la pequeña granja descuidada. Salvo por una rama baja de aquel roble gigantesco —que volvía a levantar en el aire de forma juguetona a la niña feliz mientras su madre la miraba, alzándola con suavidad como lo harían los brazos fuertes y protectores de un

hombre—, no se movía ni una sola hoja hasta donde se alcanzaba a ver por la ladera escarpada de la montaña.

UN LUGAR EN EL BOSQUE
AUGUST DERLETH



• 1954 •

TRADUCIDO POR
Elena Mora Rubio

AUGUST DERLETH

1909-1971

AUGUST DERLETH NACIÓ EN SAUK CITY, un pequeño pueblo situado en la orilla del río Wisconsin. Lector precoz y voraz, muy influido por Poe y Conan Doyle, pero también por Emerson y Thoreau, comenzó a escribir en la adolescencia y a los dieciséis años vendió una de sus narraciones, «El campanario de los murciélagos», a *Weird Tales*. Compaginó durante cuatro años su actividad literaria con los estudios en la Universidad de Wisconsin, periodo en el que esbozó la primera versión de una novela autobiográfica titulada *Tarde en primavera*. Deseaba escribir una obra total de ficción cuyo eje principal fuera la vida en su territorio natal y concibió dicho proyecto, bajo el título de *Sac de Prairie*, como un conjunto ecléctico de alrededor de cincuenta libros que comprendían novelas, cuentos, poemas, fragmentos en prosa, etc. Para emprender un trabajo tan ambicioso permaneció en casa de sus padres cerca de una década centrado en la escritura. Publicó en 1934 *Murder Stalks the Wakely Family*, una novela de misterio que había compuesto en apenas diez días. La suerte empezó a serle favorable, ya que firmó varios contratos con editoriales para sus novelas posteriores y obtuvo una beca Guggenheim que le permitió seguir escribiendo, a la par que emprendía actividades muy diversas, como dirigir un club de guardabosques, impartir charlas de literatura en la Universidad de Wisconsin y ampliar una fabulosa colección de cómics. En 1939 Derleth fue, además, uno de los fundadores de Arkham House, la editorial que se creó para difundir la obra de Lovecraft, con quien mantuvo una nutrida correspondencia.

Derleth vivió a partir de los años cuarenta en la casa de piedra que su padre le ayudó a construir y que contaba con una excelente biblioteca. Contrajo matrimonio en 1953, pero se divorció de su esposa en 1959 y asumió la custodia total de sus hijos. Debido en parte a la necesidad económica derivada de la manutención de su familia, fue un autor muy prolífico, con más de tres mil obras en solitario que se dieron a conocer en varios centenares de revistas como *The Yale Review*, *The New Yorker*, *Good Housekeeping*, etc. En la década de los años 60 ya había publicado casi cien libros. También resulta destacable su versatilidad temática, ya que cultivó géneros como la novela regional ambientada en Wisconsin, además de obras narrativas juveniles, de misterio, pastiches detectivescos deudores de Sherlock Holmes, ficción sobrenatural, etc. Murió en 1971 de un ataque al corazón, en su amado Sauk City natal.

En «Un lugar en el bosque» sitúa la irrupción de lo siniestro en un edén infantil típicamente norteamericano, próximo a la casa familiar que el narrador evoca desde el presente y que compartió con su hermana menor y uno de sus primos. Allí transcurren los veranos de los tres niños, que encuentran cerca de un arroyo un refugio aislado del resto del mundo por la frondosa vegetación. Pese a las advertencias del viejo Tom, un trabajador que ayuda a su abuelo en las tareas de la granja, los chiquillos se sienten irremediablemente atraídos por ese rincón, en el que levantan un altar, infringiendo alguna norma secreta y desatando la ira de una divinidad oscura que acecha, oculta en la maleza.

UN LUGAR EN EL BOSQUE



Quienes vivís en ciudades no tenéis mucha idea de los lugares aislados del campo, donde uno está a solas con el cielo y los árboles, con el barro y las aguas, con los invisibles moradores del bosque. Debe de haber en el mundo una infinidad de rincones ocultos como el que hay en el bosque de la granja de mi abuelo, lugares con árboles y un remanso en el arroyo, donde no se ha removido la tierra y nada ha alterado jamás las guaridas que antaño ocuparon habitantes desconocidos, mucho antes de que ningún ser humano caminara por allí.

El abuelo nunca nos prohibió ir a aquel lugar en el bosque. De hecho, íbamos a donde queríamos —mi hermana, mi primo y yo—, pero no había ningún otro sitio en la granja que nos gustara tanto como ese, donde el arroyo formaba una charca debajo de árboles viejísimos, el haya y el roble, el arce rojo y el abedul; ninguno éramos conscientes de que aquel era un sitio excepcional.

Era un entorno forestal idílico. Los árboles, enormes, medían alrededor de un metro de diámetro; las ramas colgaban bajas, apuntando hacia el suelo, y como eran muy densas el lugar parecía una especie de refugio, un refugio donde se oía la incesante voz del arroyo y, en verano, el rumor de las hojas del haya y del abedul, soplasen o no el viento; aunque, por lo demás, reinaba el silencio, roto solo por el canto de algún pájaro que resonaba dentro, colándose desde el exterior, como si ese rinconcito estuviese reservado para nosotros.

Se encontraba quizá a un kilómetro y medio de los edificios de la granja, pues la de mi abuelo era una finca enorme de más de cien hectáreas, y solo el bosque ya ocupaba más de cuarenta hectáreas de terreno ligeramente ondulado y colinas bajas, desde cuyas cimas se podían observar, a lo lejos y en todas direcciones, los montes lejanos que se extendían, azules, contra el horizonte. Cuando nos cansábamos de jugar en el pajar —algo que el abuelo no veía con buenos ojos— o de atormentar a los animales, o de pescar en la parte baja del arroyo, donde abundaban los barbos y una variedad de trucha, o de corretear con los perros, nos íbamos a ese lugar en el bosque, que habíamos llegado a considerar nuestro.

Al viejo Tom no le gustaba. Tom era un empleado, un señor mayor que había vivido en el vecindario muchos años y que al final había acabado trabajando para mi abuelo.

—Hay cosas en el bosque —solía decir—. No os acerquéis.

—¿Qué cosas? —preguntaba mi hermana, desafiante.

—Cosas —respondía él, sombrío.

Eso era todo: palabras ambiguas, pistas enigmáticas y un inquietante miedo a algo que no podía o no quería definir. No le prestábamos atención, excepto para molestarle de vez en cuando, como hacen los niños; era tan viejo que iba por ahí farfullando para sí, hablando sobre los pequeños sucesos de su vida.

Más tarde, comprendimos que el abuelo se había hecho cargo de él porque le daba pena el pobre hombre, viejo y solo, que estaba mucho más débil y cansado pese a ser solamente un poco mayor que él.

Nuestro lugar en el bosque se encontraba al sudeste de los edificios de la granja. Creo que fue mi hermana Evelyn quien descubrió por primera vez que los árboles se cernían sobre una especie de loma o elevación del terreno orientada hacia el oeste en la que, justo al atardecer, caía rojiza la luz del sol, dotando al lugar de una especie de fulgor extraño, casi sobrenatural. El sol a esa hora no entraba en ninguna otra parte de la charca, solo en esta, inclinándose a lo largo del paisaje, cruzando el bosque, para caer, entre los troncos de los árboles, en un punto específico, y desde este punto parecía iluminar con un brillo rosado todo el rinconcito oculto. Y fue también mi hermana la que concibió la idea de hacer en ese lugar un altar, en el que los tres podríamos celebrar el final del día y la llegada de la noche.

De fantasías como aquella se conforma la niñez.

No siempre íbamos al claro juntos. A veces el abuelo nos ponía a los chicos a trabajar desgranando el maíz o en el pajar; a veces Evelyn se negaba a ir a pescar con nosotros porque le daban miedo los gusanos; a veces era ella la que estaba ocupada en la cocina con la abuela. Acababa de cumplir ocho años y ya dejaba volar su imaginación, viéndose como una esposa experta en las artes culinarias.

Una noche, mientras la casa dormía, Evelyn vino a mi habitación, que compartía con el primo Richard.

—Nick, he estado esta tarde en el bosque —susurró, pues Dick dormía.

—Ajá —respondí.

—Nick, allí había algo.

—Ay, tú y el viejo Tom —dije sonriendo.

—No, te lo juro, que me muera si no es verdad —contestó muy seria.

—¿Y qué era?

—Creo que un animal.

—Ah, serían conejos —dije con cara de asco.

—No, era un animal grande. Y alguien me estaba mirando entre los árboles.

—¿Un hombre, dices? —pregunté, incrédulo.

—Creo que sí.

Quería reírme de ella, pero estaba asustada y temblando. Se quedó allí, mordiéndose el labio, deseando que la creyera. Aparté el libro que había estado leyendo y salí de la cama.

—¿Cómo era?

—No estoy segura. Era un hombre mayor. Salí corriendo.

—¿Pudo haber sido Tom?

—No, no. A Tom lo conozco bien.

Pero yo sabía que no podía haber sido Tom, pues había estado con nosotros. En ese momento, Dick se despertó, molesto.

—¿Qué pasa? —preguntó, frotándose los ojos adormilado.

Se lo conté.

—Las chicas siempre están viendo cosas —dijo.

—Te lo juro —contestó Evelyn.

—Vale, vete a la cama. Ya investigamos nosotros —dijo Dick solemnemente.

—Yo también quiero ir.

—No, ahora no. Mañana por la noche.



Evelyn se fue a su habitación, dejándonos a Dick y a mí hablando sobre lo que podía haber visto. Él prefería creer que todo era producto de su imaginación. Yo no estaba tan convencido. De hecho, no quería convencerme, porque la posibilidad de que alguien o algo hubiera estado en la charca era demasiado emocionante como para descartarlo tan fácilmente. Intentamos adivinar quién o qué podía haber sido, pero, por supuesto, no pudimos. Si hubiera sido un animal, también tendría que haber estado allí un hombre, lo que explicaría la cara que Evelyn juraba y perjuraba que había visto. La investigación prometía ser emocionante.

Ninguno de nosotros pensó en decirles nada a los abuelos, y nuestros padres casi nunca estaban: pasaban la mayor parte de la semana en la ciudad durante las vacaciones y únicamente aparecían los fines de semana. El secreto era solo nuestro, y aquel lugar en el bosque se cargó de nuevos significados, se volvió prometedor.

Al atardecer del día siguiente salimos hacia allí, aunque Evelyn vacilaba ahora que tenía que enfrentarse al misterio que tanto se había apoderado de su imaginación. Era una preciosa tarde de verano, y soplaba una leve brisa del oeste. El día había sido caluroso, pero ya estaba refrescando, y a nuestro alrededor el campo resonaba con los cantos de las alondras y los zorzales, los petirrojos y los chorlitejos. Justo cuando se ponía el sol llegamos a la charca.

La luz rojiza del ocaso caía sobre el pequeño montículo. Había algo encima.

—¿Qué es eso? —preguntó Dick, lanzando una mirada acusadora a Evelyn.

Evelyn nos lo explicó, titubeando y haciendo gestos inútiles con las manos. El día anterior, de camino hacia allá, se había encontrado un gorrión muerto. Se le ocurrió enterrarlo ahí. Pero cuando lo dejó en el suelo se le metió en la cabeza que debía hacer una pira funeraria para el pájaro.

—Ya sé que suena raro, pero pensé que debía abrirlo y dejar que derramara su sangre; solo que, claro, estaba muerto y no sangraba, así que la mejor opción era colocarlo sobre una pira. De modo

que junté todas las ramitas y algunas hojas secas y las puse en el altar.

—¿Qué altar? —pregunté.

—¿Cómo que qué altar? Ese —dijo, señalando la elevación del montículo.

Dick me miró y suspiró.

—Las chicas son así —dijo con pesar.

—Solo que no tenía cerillas —terminó Evelyn.

—Bueno, yo sí —dijo Dick sonriendo.

Y allá que fue, a prender fuego a las hojas y a las ramitas colocadas bajo el gorrión muerto. Rápidamente empezaron a arder con una llama anaranjada. Por un momento, el claro se iluminó con la luz del sol y la del fuego; después, el sol se deslizó bajo el horizonte y solo quedó la pequeña hoguera.

Fue entonces cuando se produjo el primer cambio en aquel lugar. De repente, de la quietud nació una inefable sensación salvaje: era como si los árboles, las hojas, la hierba e incluso el agua cobraran vida para enfrentarse a nuestra intrusión. Y, al mismo tiempo que comprendíamos esto, oímos el inconfundible sonido de alguien tocando una flauta o algo parecido, una especie de música extraña y aguda, seguida del ruido de algo que brincaba una y otra vez sobre el suelo: un animal. Y las ramas de los árboles empezaron a moverse como agitadas por el viento.

Miré a Dick. Él también lo había oído.



Me giré hacia Evelyn. Pero estaba quieta, paralizada mirando la pequeña arboleda de cedros justo detrás del altar; tenía los ojos muy abiertos y los labios separados. Inmediatamente, lanzó un grito atroz y echó a correr, empujando a Dick, que se chocó conmigo. Salió de allí chillando asustada.

¿Había visto algo? ¿Lo habíamos visto nosotros? Me había parecido que había algo en los cedros. No me detuve a mirar. Dick tampoco. Los dos salimos atropelladamente detrás de Evelyn, y no nos paramos hasta que hubimos recorrido la mitad del camino a la granja y estábamos solos en una gran extensión de pasto en la que todavía parecía brillar un resto de la luz del día que aún emitía un resplandor al oeste, donde el lucero de la tarde y la luna nueva pendían, amarillentas.

—¿Y bien? ¿Qué has visto? —pregunté.

—¿Tú no lo has visto?

—Creo que no —respondí—. ¿Tú, Dick?

—¿Cómo iba a verlo? Con el escándalo que ha montado ella.

—He vuelto a ver al hombre.

—Creo que algo sí había —dijo Dick, pensativo—. Pero mi olfato me dice que era un animal. Olía como un animal, ya sabéis, ese olor fuerte de los animales.

Ahora que lo mencionaba, yo también había oído algo. Como almizcle. Tenía que ser un animal. Por otro lado, las plumas del gorrión habían empezado a arder y quizá fuera eso. Lo puntualicé.

—Yo he visto a un hombre. —Mi hermana se mantuvo firme—. Tenía un poco de barba.

—¿Un hombre mayor?

—No estoy segura.

—Has dicho que tenía barba.

—Lo sé, pero no creo que fuera mayor.

Dick me miró y se encogió de hombros, como diciendo: «Así son las chicas».

Hablamos un rato más. No conseguíamos llegar a ninguna conclusión. Al final decidimos que todos habíamos sentido o visto algo raro. Dedujimos, también, que haber incinerado el gorrión estaba relacionado con ello. Y acordamos volver tan pronto como pudiéramos encontrar algo que sacrificar, algo vivo que pudiéramos matar sin hacerle ningún daño a nadie.

Pasaron tres días hasta que llegó la oportunidad.

Esa mañana, Tom vino mientras desayunábamos y le dijo a la abuela que, al parecer, tres pollos habían enfermado y tenía que matarlos. Los había estado observando durante dos días y no estaban mejorando. Mejor matarlos que dejar que infectaran a todo el gallinero. La abuela estuvo de acuerdo y simplemente dijo: «Mátalos, pues».

Nada más salir de la cocina, fui tras él.

—Tom, queremos uno de los pollos enfermos —le dije.

—No vale para nada, Nick. Se va a morir.

—Queremos matarlo —dije.

—Mira que sois brutos. Llevaos los tres, anda.

—Solo necesitamos uno.

Me miró de reojo.

—¿Qué andáis tramando?

Le aseguré que no tramábamos nada, y seguí insistiendo hasta que accedió a que nos lleváramos uno de los pollos. Sin más dilación, me fui con él —imagino que porque no me fiaba del todo— y cogí el pollo inmediatamente, atándole una cuerda a una de las patas para asegurarme de que no escapara. Me lo llevé fuera del corral y lo até a un fresno de camino al prado. El viejo Tom me miraba con gran curiosidad y con gesto de desaprobación.

Esa noche, nada más acabar la cena, los tres fuimos a buscar al pollo, que estaba prácticamente muerto, y cruzamos el prado hacia la charca en el bosque.

Íbamos como locos. El miedo repentino que nos había entrado antes ya había quedado atrás, y estábamos ansiosos por volver a intentarlo. Esta vez, nos prometimos, no romperíamos filas ni saldríamos corriendo, sino que nos mantendríamos firmes para ver qué era lo que había allí. Por alguna razón, estábamos seguros de que el pollo y el sacrificio eran importantes.

Era una noche fantástica, al igual que la otra, excepto por algunas nubes negras amenazantes al oeste. Entre ellas se colaban, de vez en cuando, los rayos de sol, que caían sobre los campos y los prados y contra las colinas, coloreando el aire de rosa y lavanda. La pálida luna ya asomaba en el cielo, aunque el sol todavía se encontraba sobre el horizonte.

Aquel lugar del bosque estaba iluminado por el ocaso; una neblina rosácea bañaba los troncos de

los árboles y el montículo que Evelyn había llamado altar. No habíamos estado allí desde la noche en la que quemamos el gorrión; ahora solo quedaban cenizas, negrura donde se había quemado la hierba.

Llevé el pollo al altar.

La luz del sol se reflejaba, rojiza, en las plumas blancas.

—¿Tenemos que encender una hoguera? —preguntó Evelyn.

No habíamos caído en eso.

—Aún no. Podemos matarlo primero y luego quemarlo —dijo Dick.

Acordamos hacerlo así. Ahora la cuestión era cómo lo mataríamos.

Mi hermana pensaba que debíamos apuñalarlo. Las chicas siempre parecen ser más sanguinarias que los chicos. Dick era más refinado, y yo también. El pobre pollo casi no podía sentarse erguido, se le caía la cabeza y se veía que probablemente no llegaría a la mañana siguiente. Matarlo era un acto de piedad.

—Le cortaremos el cuello —dijo Dick.

Había traído su navaja, así que la sacó y la abrió.

—No voy a mirar —dijo Evelyn, observando fijamente al pollo para no perderse ni una gota de sangre.



Entonces yo puse una objeción. Si íbamos a sacrificar al pollo, debíamos saber a quién o a qué lo estábamos ofreciendo en sacrificio. No podíamos ofrecérselo a Dios, porque los pollos no son el tipo de ofrenda que se le suele hacer. Tampoco podíamos ofrecérselo a un animal o a una cara, señaló Dick.

—Ya sé —dijo Evelyn—. Le haremos la ofrenda al lugar, a este lugar del bosque y a la charca.

Todos estuvimos de acuerdo.

Dick se situó junto al pollo.

—Habría que rezar —dijo.

—Pues recemos —replicó Evelyn.

Se arrodilló. Un poco reticente, seguí su ejemplo.

Mi hermana sabía exactamente qué decir:

—A ti, espíritu del bosque, te ofrecemos esta criatura. Brindamos este sacrificio a los robles y los abedules, a las hayas y los cedros, al agua del arroyo y de la charca, a los peces y al cielo y a los pájaros y al animal que oímos pero no podemos ver, y a quien toca la música...

Así que ella también había oído la música, pensé.

Los últimos rayos de sol se desvanecían en el montículo donde yacía el pollo justo cuando Dick hizo un gesto dramático y le levantó la cabeza. Con un movimiento rápido, se inclinó y le cortó el pescuezo. La sangre corrió, roja, por las plumas blancas.

De repente, como la otra vez, todo cambió.

Aquel lugar del bosque, que siempre nos había parecido un refugio, estaba de repente cargado de peligro. Se volvió más oscuro que el prado cercano, el rumor de las hojas sonaba cada vez más fuerte, y las ramas empezaron a agitarse como si una tormenta creciera entre ellas. Los cedros temblaban y pude oír la música de nuevo; el sonido débil, lejano, de una flauta, que se volvía cada vez más alto, acercándose. Y oía el repiqueteo de unos pasos.

—Ya viene —dijo Evelyn con voz ronca. Buscó mi mano y se aferró a mí.

—Recordad —balbució Dick—, que nadie se mueva.

—Estamos esperando —dije, con una determinación que no sentía.

Entonces me di cuenta de que no debíamos quedarnos allí, que corríamos un terrible peligro. El viento tiraba de nosotros, Evelyn tenía la cara pálida y la música era salvaje, más salvaje que el viento, y una cara horrible, una cara que era vieja y joven a la vez, se asomaba entre los cedros. Todos al mismo tiempo, nos apartamos del altar y salimos corriendo.

Pero los propios árboles se habían vuelto en nuestra contra. Ahora las ramas se extendían formando una especie de prisión, cortándonos el paso. Nos lanzamos contra ellas, gritando socorro, movidos por un miedo horrible. De detrás nos llegaba el sonido de pasos acercándose, como de un ciervo, casi paralizándonos de terror. Ninguno se atrevía a mirar.

En ese momento, Tom irrumpió en el bosque. Apareció ferozmente entre los árboles, agitando los brazos, rompiendo las ramas que nos encerraban y nos impedían la salida hacia el prado y los lejanos edificios que aún se alzaban entre la luz del día y la luz de la luna, tan cerca y a la vez tan lejos. Agradecidos, pasamos a su lado a toda prisa, y aceleramos a través de la hierba hasta la seguridad de la casa, sin parar ni un momento, corriendo como locos hasta entrar en la casa, a donde nuestros padres acababan de llegar, pues era la noche del viernes y la víspera de San Juan, víspera también de sus vacaciones.

—¡Que vienen los indios! —dijo mi padre.

—Venga, estaos quietos, niños —dijo mi tía Leonie—. Me duele muchísimo la cabeza.

Pero mi abuelo notó enseguida que algo no iba bien.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Qué os traéis entre manos?

Sin aliento, se lo contamos entre los tres, a retazos. Y al final, nos giramos hacia el lugar por donde habíamos venido y gritamos al unísono: «¡Preguntadle a Tom!».

Pero Tom no estaba ahí.

Tom no había vuelto con nosotros.

Tom no estaba por ninguna parte de la casa o del granero o del corral.



Salieron de inmediato al lugar en el bosque, y no nos dejaron ir con ellos. Y cuando volvieron y nos dijeron que Tom no iba a volver, que Tom estaba muerto, que le había dado un infarto, nos costó creerlo. Nos fuimos a dormir hundidos y arrepentidos, seguros de que, de alguna manera, éramos responsables de la muerte de Tom, y lloramos solo de pensarlo, porque era un hombre amable a

pesar de sus modales tan hoscos, y nos había salvado. No sabíamos de qué, pero sabíamos, con ese instinto infalible de los niños, que nos había salvado de algo terrible que no podíamos ni nombrar.

Más tarde esa misma noche, me desperté, me escabullí afuera y escuché por la rejilla de ventilación lo que estaban diciendo abajo.

—¿Marcas de pezuñas? —Estaba hablando mi madre—. Pero no hay animales en esa parte del bosque. Nunca los ha habido. ¿O es que ahora tienes rebaños, papá?

—No. —Esa era la voz de mi abuelo.

—Pues ahí estaban, ya veis —dijo mi tío Sherwood—. Por todas partes.

—Sí, Dios mío —dijo mi padre otra vez—, tenía marcas en la cabeza y en las manos, y también había huellas alrededor del pollo. Y, en cualquier caso, ¿cómo llegó eso allí?

—Podríaís preguntárselo a los niños —dijo la abuela.

—No, ni una palabra de esto a los niños —dijo la tía Leonie.

—Habrá una investigación, por supuesto.

—Pero ¿qué tipo de animal era?

—Eran pezuñas relativamente pequeñas. Como de una oveja o algo así. ¿Hay algún carnero suelto por los alrededores?

—No.

—¿Y una cabra?

—No.

—Pues entonces será un ciervo.

—Algún animal salvaje, quizá. Un animal doméstico no lo habría matado. No veo cómo habría podido, a no ser, claro, que de verdad le diera un infarto y que lo pisoteara cuando ya estaba muerto...



Todo esto pasó hace veinte años. Y aquel lugar en el bosque quedó intacto, imperturbable: el arroyo siguió susurrando a través de él, como siempre, y el rumor de las hojas siguió manteniendo alejados a los pájaros, y el montículo de tierra que habíamos llamado altar atrapaba la luz rosada de cada puesta de sol...

Hasta ayer, cuando me encontré con una noticia sorprendente en el periódico, una noticia acerca de la vieja granja Norris —todavía en manos de la familia, pero ahora arrendada—, sobre un chiquillo que habían encontrado asesinado misteriosamente en el bosque, al sudeste de los edificios de la granja, con marcas afiladas de pezuñas por todo el cuerpo; una historia que agitaba los recuerdos, pero ya no los recuerdos de un niño que no sabía lo que había visto u oído, que no podía comprenderlo del todo.

Quizá, hace mucho tiempo, el viejo Tom lo había comprendido, incluso aunque no pudiera explicar con palabras lo que sabía gracias a un presentimiento propio de las personas cercanas a la tierra y a los elementos. No había manera de saberlo.

El abuelo ya había muerto, mi padre también, el tío Sherwood era demasiado viejo para preocuparse, Evelyn estaba en Europa. Llamé a Dick, y nos encontramos rápidamente en la estación de tren para ir juntos y asegurarnos de que cortaran los árboles que rodeaban la charca, de que arrancaran los cedros y vaciaran la charca, con la certeza de que hay lugares sobre la faz de la tierra donde a las cosas antiguas les cuesta morir, donde los dioses ancestrales perviven más allá de su tiempo, atrayendo involuntarios tributos a deidades embalsamadas en libros de texto desde hace mucho tiempo, prácticamente olvidadas, con nombres como Zeus, Baco y Perséfone... y Pan.

Y UNA NIÑA PEQUEÑA
ZENNA HENDERSON



• 1959 •

TRADUCIDO POR
Elena Mora Rubio

ZENNA HENDERSON

1917-1983

ZENA CHLARSON NACIÓ EN TUCSON, ARIZONA, en una familia mormona. Añadió una «n» a su nombre de pila y se cambió el apellido cuando decidió dedicarse a la escritura, que compaginó con la enseñanza en escuelas de primaria en su Tucson natal y en el Gila River Relocation Center, un campo de internamiento para japoneses-americanos. En 1951 vio publicado su primer relato, «Come On, Wagon!», en la revista *Magazine of Fantasy and Science Fiction*, y pronto pasó a ser considerada una de las escritoras de ciencia ficción más prometedoras de su generación. Suele recordársela sobre todo por *The People*, una serie de narraciones adaptadas a la televisión que abordan la vida de un grupo de extraterrestres atrapados en nuestro planeta. La crítica señala que en esa concepción del alienígena como exiliado pueden detectarse ecos de la vivencia de la autora, perteneciente a una minoría religiosa por su origen mormón, pero también de su tarea docente con japoneses-americanos internados en un campo de reubicación. En este sentido, la conciencia de pertenecer a un grupo minoritario absorbido por una comunidad dominante que cuestiona o censura la diferencia aparecería sutilmente retratada en sus ficciones, que se caracterizan por la visión amable del otro que proyectan. Buena parte del resto de su abundante producción cuentística se recogió en los volúmenes *The Anything Box* (1965) y *Holding Wonder* (1971). Murió en su ciudad natal a la edad de sesenta y cinco años.

Ya hemos avanzado que la experiencia como maestra de Henderson se trasluce a menudo en su obra. Así, las dos primeras colecciones de relatos mencionadas suelen presentar la relación que se establece entre un docente, que actúa con frecuencia como narrador, y un niño o niña que ha establecido un misterioso vínculo con lo sobrenatural. La mirada atenta del adulto y su fascinación por la infancia le permiten entrar en contacto con lo inexplicable, situado a plena luz del día y en un entorno cotidiano. De esta forma, aunque sea incapaz de percibir por sus propios medios *todo* lo que acontece a su alrededor, accede a la revelación gracias al papel de transmisores que desempeñan los pequeños, a los que se presenta como los representantes más evolucionados de nuestra especie.

Es lo que sucede en «Y una niña pequeña», relato incluido en *The Anything Box*, cuya protagonista es una abuela que va con sus nietos de acampada. Allí conoce a una niña, Liesle, que ha viajado al mismo lugar con sus padres. La mujer enseguida percibe la naturaleza enigmática de la

chiquilla, que mantiene una relación muy próxima con las colinas recubiertas de hierba que rodean el camping, a las que llama «las bestias», como si no formaran parte simplemente de un entorno natural estático. Para ella están vivas, respiran y se mueven, se asemejan a animales dóciles y en peligro. La actitud tolerante y empática de la narradora le permite entender que Liesle no es una niña desequilibrada o de imaginación desbordante, y juntas experimentarán una de esas noches de verano la apertura de un umbral que les muestra cómo el mundo vegetal se alía con entidades desconocidas a través de esas colinas verdes, tan bradburianas, y les facilita el acceso a nuestra dimensión.

Y UNA NIÑA PEQUEÑA



a tengo una edad... Bueno, una edad que a veces me empieza a pesar, pero creo que no me gustaría volver atrás y vivirlo todo otra vez. Solo hay un par de cosas que envidio de los jóvenes, que de verdad desearía recuperar: los ojos de los niños. Ojos que todo lo ven nuevo, todo desconocido, todo maravilloso, antes de que la costumbre nos estanque o la vida se tuerza. Quizá el Cielo sea eso: volver a mirar con ojos siempre nuevos.

Pero hay niños que ven de otra manera, niños cuya visión va más allá del rango de los ojos adultos, que a veces incluso parecen alcanzar otras dimensiones. Los que ven de esa forma tienen ojos inesperados, ojos inquietantes, Ojos que Ven.

La niña tenía Ojos que Ven. Me di cuenta cuando los Davidson se instalaron en la parcela de al lado en el camping en North Fork. A los Davidson los conocíamos desde hacía unos años, pero era la primera vez que veíamos a su hijo Jerry, a su mujer y a la niña que habían traído de otro país. Lo bueno de las acampadas es que no tienes que sentirte avergonzada por mirar cómo los demás se instalan. De hecho, si no tienes cuidado, cuando menos te lo esperas estás peleándote con una de las cuerdas de su tienda mientras otro asegura una estaca, o tratando de decidir dónde clavar una tabla en un árbol o cuál es el mejor lugar del arroyo para que otro vaya a por el agua de fregar sin sacar grava o caerse dentro. Ni siendo abuela por partida doble te libras.

Yo estaba sentada en mi tocón favorito, preguntándome si debería cambiarme los zapatos y los calcetines o dejármelos puestos hasta que se secaran, cuando me percaté de la niña. Estaba encorvada sobre una losa inclinada, bajo la luz del sol de la tarde, mirándome en silencio. Le sonreí y meneé un dedo del pie mojado.

—Creo que voy a tener que cambiarme —dije—. Está empezando a hacer frío.

—Sí —dijo—. Se está yendo el sol.

Tenía los ojos muy abiertos.

—Me he olvidado de tu nombre —le dije—. Tengo que olvidarme de él cuatro veces antes de que consiga acordarme.

Me quité uno de los calcetines mojados y froté con el pulgar la mancha roja que me había dejado en los dedos.

—Soy Liesle —dijo seria—. Mira esas colinas tan raras.

Hizo un gesto con la barbilla a las colinas que estaban bajando el sendero.

—¿Raras? —Las miré. No eran más que colinas bajas que se elevaban abruptamente desde el camino en filas ordenadas hasta fundirse con la espesura de los álamos—. Son colinas normales, nada más —dije, secándome el pie con la pernera de los vaqueros—. Tienen la hierba bastante densa este año. Ha llovido mucho en primavera.

—¿Hierba? —dijo—. Es como si fuera... como si fuera un pelaje.

—¿Pelaje? Mmm, bueno, puede ser. —Me acerqué a la pata coja hasta la tienda y entré gateando para buscar unos calcetines secos—. Si entornas los ojos y no la miras mucho.

Mi voz se amortiguaba en la oscuridad de la tienda. Salí de nuevo, con un par de calcetines en la mano.

—Ay, jolín —dije—, son los morados horribles. Bueno, unos cuantos años más de acampada y pasarán a mejor vida.

Me senté de nuevo en el tocón, me giré hacia la niña y parpadeé ante los cuatro ojos que me contemplaban serios.

—Anda, ¡hola! —le dije a Annie, la madre—. Me estaba olvidando por última vez del nombre de Liesle.

Liesle sonrió, tímida, apoyándose en su madre.

—Tú eres la abu —dijo.

—Pues sí, lo soy, de mis queridas Pat y Jinnie. Y tú eres maravillosa por acordarte ya de mí.

Liesle apretó la cara contra el brazo de su madre, avergonzada.

—Tiene tus ojos —le dije a Annie.

—Pero los suyos son de un azul más oscuro. —Annie le dio un breve achuchón a Liesle—. Vamos, niña, hay que empezar la cena.

—Adiós, abu —dijo Liesle girándose para mirarme.

Entonces parpadeó, abrió los ojos de par en par y se quedó con la boca abierta y una expresión extraña en el rostro. Annie le estaba tirando de la mano, obligándola a dar un paso reticente, pero de pronto la niña se volvió y echó a correr adelantando a su madre, tan deprisa que casi tropieza con ella.

—¡Mamá! —Le oí la voz entrecortada mientras desaparecían detrás de la tienda—. ¡Mamá!

Me giré y miré hacia atrás. Los ojos de Liesle se habían dirigido más allá de donde yo estaba cuando le había cambiado la cara. ¿Había algo ahí detrás?...

Ahí detrás se estaba poniendo el sol, con un esplendor de un amarillo pálido y sombras moradas que rellenaban los huecos entre las colinas. He subido colinas pequeñas como esas muchísimas (innumerables) veces, y las he bajado rodando, y me he echado la siesta en ellas y he matado mosquitos en ellas. Eran colinas agradables, suaves, cubiertas de hierba marchita plateada a la luz del sol, cosquilleante y fresca al tacto. Solo colinas. No había nada que fuera más tranquilo y sereno. Arquee una ceja y me encogí de hombros. Hay gente para todo.

Esa noche los Davidson se acercaron a nuestra hoguera y nos sentamos todos alrededor del fuego, al fresquito de la oscuridad, hablando y escuchando, escuchando el viento en los pinos, el río Pequeño Colorado alborotado en su descenso desde el Baldy, las pequeñas idas y venidas entre la maleza: todos esos sonidos que definen el verano para aquellos que volvemos, año tras año, al mismo sitio de acampada.

Finalmente, el fuego comenzó a consumirse y la altitud, a la que no estábamos acostumbrados, nos estaba adormilando, así que buscamos las linternas y emprendimos nuestra caminata de antes de dormir, cruzando el riachuelo hacia las Cabañitas que se encuentran al pie de la ladera. Los hombres a la izquierda, las chicas a la derecha. Por un momento sentimos nostalgia de los baños alicatados de casa, pero en realidad nos divertían estos pequeños inconvenientes, porque simbolizaban las vacaciones. Las mujeres nos deslizamos entre risas por el puente de tablones mojados que cruzaba el río. Todavía quedaba una sucia sombra de nieve junto al borde cubierto, e incluso hasta julio habría un montón de nieve irregular al pie de la colina al lado de la Cabañita de mujeres, con violetas y fresas silvestres creciendo en el borde. Cosas que pasan a casi tres mil metros de altitud. Bordeamos el montón de nieve, mi Trisha liderando el grupo, apartando imperiosamente la oscuridad con la linterna. La seguía nuestra Jinnie —Pat es como una cabra salvaje y va en la fila de la izquierda—, después iban la señora Davidson, Annie y Liesle, y yo cerraba la marcha, sintiendo en la espalda el empujoncito de la oscuridad que se amontonaba detrás de las luces.

Ya que en la Cabañita solo cabíamos dos al mismo tiempo, el resto normalmente esperábamos contra un saliente rocoso que refugiaba un poco de ese viento del sudeste capaz de fracturarte la tibia en menos de lo que tardas en contarlos.

Estaba tratando de explicarle esto a Annie mientras avanzaba a trompicones por el camino, que estaba prácticamente cubierto de maleza porque aún no había recibido el sol abrasante del verano. Mientras estiraba la mano para tantear la primera roca, Liesle gritó y tropezó contra mí al echarse hacia atrás, aplastándose el dedo del pie completamente.

—¿Qué pasa, niña? —dije, apretando los dientes y esperando a que el dolor dejara de subirme por la pierna como una fuente caliente—. No hay nada que temer. Tu mami y yo estamos aquí.

—¡Quiero volver! —sollozó de repente, agarrándose a Annie—. ¡Quiero irme a casa!

—Liesle, Liesle —canturreó Annie, cogiéndola en brazos—. Mamá está aquí, papá está aquí. No hay nadie en casa. Mañana te lo vas a pasar genial, ya verás.

Miró por encima de la cabeza escondida de Liesle a nuestras caras, grotescamente iluminadas por las linternas.

—Es que nunca ha ido de acampada —dijo, como disculpándose—, echa de menos su casa.

—¡Tengo miedo! No puedo ir más lejos —lloraba Liesle.

Aferré el brazo de Jinnie con fuerza. Hacía ruidos como si también se estuviera asustando; ella, una veterana campista desde la cuna.

—No hay de qué asustarse —repetí, moviendo el dedo del pie con esperanza.

Gracias a Dios, aún podía moverlo. Pensaba que me lo había amputado. La respuesta de Liesle fue

solo un lamento apagado.

—Venga, ven aquí, apártate del viento —le dije a Annie—. Y yo me quedo con ella mientras tú vas.

Fui a darle la mano a Liesle, pero se giró bruscamente.

—¡No, no! —gritó—. ¡No puedo ir más lejos!

Entonces se deslizó como una anguila de los brazos de Annie y emprendió el regreso por el sendero. La oscuridad se la tragó.

—¡Liesle!

Annie salió en su busca y yo fui detrás, intentando arrojar algo de luz en el camino serpenteante. Las alcancé en el puente del arroyo. Estaban susurrándose, frente con frente. La voz de Annie era insistente, pero Liesle negaba con la cabeza, tercamente.

—No quiere volver —dijo Annie.

—Oh, vaya —dije, y sentí de repente que la altitud me drenaba la sangre de la cabeza, que notaba ligera, y cargaba mis pies cansados con ella—. Consiente hoy a la niña. Si tiene que ir al baño, déjala que vaya entre los arbustos. Mañana ya estará bien.

Pero no lo estuvo. Al día siguiente todavía se negaba tercamente a cruzar ese último tramo hasta la Cabañita. Jerry, su padre, perdió la paciencia.

—¡Menuda tontería! Qué disparate. Vamos a estar aquí dos semanas. Si crees que voy a cavar especialmente para ella un... Quédate aquí —le dijo a Annie.

Agarró a Liesle del brazo y la llevó a toda prisa por el camino. Los seguí. No me ando con rodeos, me dan curiosidad las personas y las cosas, y mientras esté callada casi nunca me cierran una puerta en la cara. Liesle fue sin oponer resistencia, aunque lloriqueando un poco. Avanzó por el sendero casi corriendo ante su dedo impasible, cruzó el puente y bordeó el banco de nieve. Y se negó rotundamente a seguir. Jerry la empujó y ella se obstinó, retrocediendo contra sus piernas. La empujó hacia delante y ella cayó de rodillas y sobre las manos, gateando de vuelta por el sendero, intentando esquivar a su padre, en un silencio jadeante y mortal. A él se le acabó la paciencia y la volvió a empujar. Ella se arrastró por el camino, clavando las uñas en la hierba alta del borde, la mejilla aplastada contra el barro. Le vi la cara entonces, pálida, afligida; un rostro maduro en su feroz determinación, dolorosamente joven en su puro terror.

—Jerry... —empecé.

La ira lo ensordecía y lo cegaba. La cargó en brazos y siguió por el camino. Ella se retorció y emitió un grito salvaje y desesperado.

—¡Papi, papi! ¡No! ¡Está abierto! ¡Está abierto!

Él continuó a grandes zancadas, pasando la primera colina. Había dado un paso más allá del álamo que se asomaba entre dos rocas cuando Liesle le fue arrebatada de los brazos. Aliviado del peso, el impulso lo hizo tambalearse hacia delante, hasta casi caer de rodillas. Perplejo, miró a su alrededor. Liesle estaba pegada a la roca, con los brazos y las piernas estirados sobre el camino, como una muñeca de papel pegada a una pared, solo que esta muñeca de papel balbuceaba, aterrada y sin habla,

mientras poco a poco la piedra se la tragaba. Estaba de cara a la roca, pero mientras yo miraba boquiabierta, en estado de *shock*, vi cómo se le hundía la columna formando una curva cóncava, empujándole la cabeza y los pies hacia fuera, cada vez más tensionados.

—¡Agárrala! —grité—. ¡Jerry! ¡Agárrale los pies!

Yo la sujeté de los hombros y tiré con todas mis fuerzas. Jerry puso las manos detrás de sus rodillas y escuché cómo gruñía mientras tiraba.

—Ay, Dios mío —lloraba yo—. Ay, Dios mío.

Hubo un sonido, como de un desgarrón y un sorbido, y Liesle se soltó de la roca. Caímos los tres, como un montón enredado, en la humedad pantanosa más allá del sendero. Nos recompusimos y Jerry se agachó en el barro meciendo a Liesle en sus brazos, con la cabeza enterrada en su pelo.

Me quedé allí sentada, sin habla, sintiendo cómo la humedad fría se me metía por los vaqueros. ¿Qué podíamos decir?

Finalmente, Liesle dejó de llorar. Se enderezó en brazos de Jerry y miró la roca.

—¡Oh! —dijo—. Ya está cerrado.

Se meneó y se escapó de los brazos de Jerry.

—Abu, tengo que ir al baño.

Automáticamente la ayudé a desabrocharse los pantalones y me quedé ahí, con la boca abierta, mientras ella trotaba por el camino, pasando la roca gigantesca, y entraba en la Cabañita.

—¡A mí no me preguntes! —vociferó Jerry de repente, levantándose empapado del borde del camino—. ¡No me preguntes!

Así que no lo hice.

Bueno, un verano que empezaba así prometía ser inolvidable, pero, en lugar de eso, poco a poco todo fue volviendo a una calma placentera y fuimos a pescar e hicimos rutas y pícnicos y nos llovió y subimos el Baldy, deslizándonos por las laderas nevadas en detrimento de nuestros pantalones.

Hasta que, una tarde, algunas de las mujeres nos adelantamos en el descenso hacia el camping, con los pies empapados como siempre y con las niñas haciendo bolas de nieve sucia rescatada del ventisquero de la ladera norte bajo Salt House. Los últimos rayos de sol centelleaban sobre la cumbre blanca del Baldy, donde habíamos dejado a los demás hacía horas hurgando en la tierra seca, buscando cuentas de hueso indias. Parecía que nadáramos por un valle de sombras que eran casi tangibles.

—Estoy sin aliento.

La señora Davidson se desplomó, jadeando, al lado del camino, tumbándose en el flanco ligeramente redondeado de una de las ordenadas colinitas cercanas al arroyo.

—Ya casi estamos —dije—. Si me siento ahora, no me voy a levantar hasta medianoche.

—Pues que así sea —dijo ella, relajando los hombros contra la frescura de la hierba—. A lo mejor vienen unos petirrojos y nos cubren con fresas en vez de con hojas de fresas. Así no tendríamos que hacer la cena.

—Sería divertido —dijo Liesle, abrazándose las rodillas al lado de la señora Davidson.

—Ay, Liesle. —Jinnie estaba asqueada—. ¿De verdad crees que lo harían?

—¿Por qué no? —Liesle tenía los ojos muy abiertos.

—¡Venga ya! —dijo Jinnie, derrumbándose en el suelo—. Te crees cualquier cosa. Cuando seas tan mayor como yo...

—¡Qué dices! —dije, relajando mis pies doloridos en las botas de montaña—. ¿Insinúas que alguna vez tendrá diez años?

Miré con anhelo a las tiendas de campaña apiñadas en el borde de la llanura.

—Bueno, en fin —dije, y me dejé caer en la ladera al lado de las otras.

Me puse boca abajo, con la cabeza entre los brazos.

—¡Anda! Si está calentito —dije mientras enterraba la palma de la mano entre la hierba hasta tocar la tierra de debajo.

—El sol —murmuró la señora Davidson, cubriéndose los ojos con el brazo—. Lo absorbe por el día y lo suelta por la noche.

—Mmm... —Dejé que me invadiera la relajación.

—Llevan durmiendo mucho tiempo —dijo Liesle.

—¿Quiénes? —Estaba demasiado relajada como para hablar.

—Las bestias —dijo—. Las bestias sobre las que estamos.

—¿Qué bestias? —Era como tener un mosquito personal.

—Estas, las del pelaje verde —dijo, y se rio—. La gente se cree que solo son colinas, pero son bestias.

—Si tú lo dices... —Tiré de la hierba con los dedos—. Y el pelo verde crecía por todos lados, por todos lados...

—Por eso está calentito —dijo Liesle—. No le tires del pelo, abu. Le puedes hacer daño. Y entonces se levantará. Y nos tirará al suelo. Y abrirá su boca gigante... y sacará sus dientes enormes...

Me apretó con violencia.

—¡Abu! —gritó—. ¡Vámonos a casa!

—Ay, porras —dije, sentándome. El frío del atardecer me sentó como un cubo de agua fría—. Mira, sí, que va haciendo frío. Vamos a morir congeladas si nos quedamos aquí mucho más.

—Pero se está tan calentito y tan bien aquí abajo —dijo la señora Davidson.

—Pues aquí arriba no —dije, temblando—. Vamos, jovenzuelas, os echo una carrera hasta la tienda.



La luz de la luna me despertó. Se colaba por arriba, por una rajita en la tienda, y me impedía volver a dormirme. Incluso con los ojos cerrados y dándole la espalda, podía sentir el rayo de luz vibrando, casi lo oía sobre mí, acurrucada. Así que me rendí, me enfundé en una chaqueta con forro de lana y, con los pies desnudos encajados en las deportivas, salí agachada por la cubierta de entrada de la tienda. La noche me sobrecogió. Toda la sombra y la plata de la luna llena, el tumulto y el vaivén, el

marfil y el ébano de las nubes que se elevan sobre el Baldy. No era de extrañar que la luz de la luna vibrara a través de la tienda. Era ese tipo de noche, tensa, veloz, lejana y sin trabas.

Suspiré y metí las rodillas en la chaqueta al sentarme en el tocón. Hay veces que tener cuerpo es un fastidio. Bueno, pensé, me quedaré aquí lo suficiente como para enfriarme, y seguro que después, cuando me cuele otra vez en el saco de dormir calentito, me duermo. Seguí con la mirada las copas de los árboles, oscuras y dentadas, a lo largo de la parte más alejada del arroyo hasta las ondulantes colinitas aterciopeladas a la luz de la luna, las tupidas bestias con pelo de plata que tanto dormían. Sonreí al pensar en Liesle.

Y de pronto Liesle estaba allí, más allá de la tienda, con el cuerpo tenso de tanto mirar, los brazos rígidos, flexionados en los codos; los dedos doblados; toda ella inclinada hacia delante como si se estuviera preparando para una necesidad repentina de perseguir... o de huir.

Hizo un movimiento errático como si fuese a volver a la tienda, y después se fue corriendo hacia las colinas, los pies pálidos y descalzos brillando a la luz de la luna. Quise llamarla para que volviera, pero había algo en la quietud de la noche que hizo que el ruido se amontonara de nuevo en mi garganta, de modo que fui tras ella, contenta de tener una excusa para echar a correr, veloz y libre, a través de la fresca noche de plata. Un poco más lejos, un poco más rápida, un poco más ligera y no habría tenido ni que tocar el suelo.

Perdí de vista a Liesle, así que me apoyé en un árbol y esperé a que mi aliento me alcanzara. Entonces la vi, una voluta de oscuridad con un pijama de cuadros desgastado, moviéndose de una colina a otra, con cuidado y de puntillas, cruzándolas hasta que la sombra del bosquecillo de álamos de la ladera se la tragó. Hubo una pausa en la que me pregunté si debía seguirla, y entonces reapareció con el mismo paso suave y cuidadoso. Se paró a unos pocos metros de mí y se tiró al suelo entre dos lomas redondeadas. Temblaba por el aire helado y se acurrucó, apretada a la esquina curvada. La podía oír hablar.

—Tú, muévete. Calientame. Sois ocho, os he contado. Me gustáis por la noche, pero me dais miedo por la mañana. No estáis hechas para el día. —Bostezó de forma exuberante y vi que se estaba hundiendo poco a poco entre las dos colinas herbosas—. Tampoco estáis hechas para la noche, la verdad —siguió Liesle—. Más vale que volváis cuando se abra otra vez.

Ahora solo se le veía la cabeza. Había sido casi engullida por... ¿Por qué?

—¡Liesle! —siseé.

Ella se sobresaltó y miró a su alrededor. De repente estaba estirándose otra vez en la superficie de la ladera inclinada de la colina, temblando. Miró hacia atrás rápido y comenzó a llorar. La cogí en brazos.

—¿Qué pasa, Liesle?

—¡He tenido una pesadilla!

La llevé de vuelta al camping, un poco encorvada por el peso. Justo antes de dejarla delante de su tienda, juro que saludó por encima de mi hombro, un saludito rápido, furtivo, a las lomas durmientes.



Al día siguiente me quedé a propósito en el camping cuando todos los demás desaparecieron galopando rumbo a Katatki, a buscar puntas de flecha. Tuve que hacer unos sonidos como de vieja agotada, y sé que mis niños sospecharon que estaba tramando alguna travesura, pero al final me dejaron sola. El polvo apenas se había asentado en la curva arroyo abajo y yo ya estaba acercándome a las colinas-bestias.

Me di cuenta de que caminaba de puntillas y respiraba con cuidado por la boca, sobresaltada por el crujido de la grava y el chillido de un arrendajo azul. Me senté, lo más cerca que pude, entre los dos mismos cerros en los que había estado Liesle. Arranqué una brizna de hierba con un pellizco rápido del pulgar y los dedos. Hierba, eso era todo. No sé qué esperaba. Saqué el pequeño pico que llevaba y me puse a excavar. El césped se despegó. El suelo arenoso de debajo se deslizó ligeramente. El pico chocó contra algunas piedrecitas. Desenterré la chapa de una cerveza y un tornillo doblado. Admiré mi obra y después eché de nuevo la tierra en su sitio con la cabeza del pico. Hay veces que está bien tener tanta imaginación. Otras veces lo que hace es que se te meta tierra en las uñas.

Empecé la caminata de vuelta al camping. A mitad de camino me detuve a media zancada. ¿Había oído algo? ¿O notado algo? ¿Un movimiento como de aire que se movía? Me giré y fui despacio de vuelta a la ladera.

No estaba por ningún lado, no pude encontrar el sitio donde había estado cavando. Me arrodillé y cogí el único objeto suelto que había por ahí. Una chapa de cerveza oxidada.



Las vacaciones de los Davidson se estaban acabando. A nosotros nos quedaba otra semana después de que se fueran. No sé cómo pasó —siempre nos pasan cosas así—, pero acabamos con Liesle y Jinnie dando saltitos eufóricos mientras todos los adultos involucrados asentían con la cabeza. De modo que tendría una nieta más la semana siguiente.

Como es natural, Liesle sintió un poco de morriña la primera noche que se fueron sus padres. Después de que Jinnie se durmiera, me miró bajo la luz de la linterna de la marca Coleman con tanta pena que bajé el borde de mi saco de dormir, y prácticamente se lanzó dentro. Estábamos bastante apretadas, pero al final se acurrucó en mi hombro, haciéndome cosquillas en la barbilla con el pelo.

—Me gustas, abu —dijo—. Estás calentita.

—Tú también estás calentita —le dije, sintiendo el calor que irradiaba su cuerpo delgadito.

No sé qué dio pie a mi pregunta. Tal vez quería que hubiera algo de verdad en la fantasía de Liesle.

—¿Estoy tan calentita como las bestias?

Noté que se retiraba, sorprendida. Era como tener al lado un muelle que se encogía.

—¿Qué harán cuando empieza a nevar otra vez? —pregunté, rompiendo el silencio incómodo.

—No sé —dijo Liesle despacio—. No conozco a ninguna bestia. Además, el pelaje las mantendría

calentitas.

—A mí me parece solo hierba, nada más —dijo—. La hierba se marchita cuando vuelve el frío.

—Es que se tiene que parecer a la hierba —dijo Liesle—. Y así nadie se da cuenta.

—¿Qué son? —pregunté—. ¿De dónde vienen?

—No conozco a ninguna bestia —dijo Liesle—. Me voy a dormir.

Y eso hizo.



Teniendo en cuenta las pocas actividades al aire libre que hicimos esa semana, Liesle se podría haber ido a casa. El mal tiempo llegó, empapándolo todo por el puerto entre las montañas, y tuvimos lluvia y niebla y truenos y granizo y pasamos unos días horribles intentando entretener a las niñas. A Liesle se le habían metido mis palabras vanas en la cabeza y, con la inactividad, se exacerbaban. Se asomaba sin parar por la puerta de la tienda preguntando:

—¿Cuánto tiempo va a estar lloviendo? ¿Hace frío fuera? No va a nevar, ¿verdad? ¿Habría hielo?

Y cuando tuvimos un pequeño respiro después de una granizada descomunal y salimos a recoger cubos enteros de aquel pedrisco del tamaño de la tapioca, Liesle se llenó las manos y, apretando con fuerza el granizo, corrió a las colinitas. La alcancé cuando derrapó al detenerse en el camino embarrado.

Estaba mirando a las colinas-bestias, ligeramente heladas por el granizo.

—Hay hielo —dijo con tono trágico.

—Sí —dijo—. Trocitos de hielo.

Abrió las manos y se miró las palmas húmedas.

—Se fue —dijo.

—Es que tienes las manos calientes —expliqué.

—El calor derrite el hielo —dijo con los ojos brillantes—. Están calentitas.

—Podrían derretir el hielo si es poco —reconocí—. Pero si hiela de verdad...

—Les dije que se fueran —añadió Liesle—. La próxima vez que se abra.

—¿Que se abra el qué? —pregunté.

—Pues —dijo Liesle— lo que hay camino de la Cabañita. La roca... Es un vacío... Es para pasar...

Se sacudió la mano por la pernera de los pantalones, liberándola del granizo derretido. Tenía el labio inferior fruncido, los ojos escondidos.

—No va a ningún sitio —dijo—. Solo es para cruzar.

La ira se apoderó de ella por un momento y le pegó una patada a la colina más cercana.

—¡Bestias tontas! —gritó—. ¡¿Por qué no os quedasteis en casa?!



Empezamos a recoger el día antes de irnos. Liesle estaba correteando con Jinnie, metiéndose en medio y, básicamente, complicándolo todo. Así que les di un montón de cacharros con los restos de latas de comida y una caja para ponerlo todo, y se pasaron horas y horas metiendo y sacando las cosas. Me olvidé de ellas por completo y me sumergí en el problema infinito de cómo volver a meter todo como estaba en la maleta. Por eso me sobresalté cuando noté una mano fría en el codo. Me giré y me encontré con la cara preocupada de Liesle.

—¿Y si no saben volver? —preguntó.

—Claro que saben volver —dije—. Han hecho el viaje en coche decenas de veces.

—No, digo las bestias. —Me agarró otra vez—. Morirán en invierno.

—Aún queda mucho para el invierno —le dije—. Estarán bien.

—Ellas no cuentan como nosotros —dijo Liesle—. El invierno está supercerca.

—Ay, Liesle —dije desesperada—. No nos vamos a poner a jugar ahora. Estoy ocupadísima.

—No estoy jugando —dijo, con las mejillas levemente sonrojadas y ojos que se negaban a dejar de mirarme—. Las bestias...

—Por favor, cielo —dije—, termina de hacer las maletas y deja que yo acabe con las mías.

Y me pillé la mano al cerrar la maleta.

—Pero las bestias...

—¡Las bestias! —dije sin pensar mientras me chupaba los dedos para aliviar el dolor—. Ya son mayorcitas para cuidarse solas.

—¡Solo son bebés! —gritó—. Y están perdidas. Si no, se habrían ido a casa cuando estaba abierta.

—Pues ve y enséñales el camino —respondí, mirando de reojo con consternación a la sudadera y los pantalones de montaña que tenían que haber estado en la maleta que acababa de cerrar.

Para cuando llegué a la puerta de la tienda, ella ya estaba fuera de mi vista. Negué con la cabeza. Esto debería enseñarme a no salirme de *Caperucita Roja* o de *Garbancito*. ¡Bestias! ¡Cómo no!

Esa noche nos cayó una tormenta gigantesca. Empezó con una llovizna tan fina que era casi niebla. Y después, como si fueran abriendo poco a poco una manilla, la lluvia arreció por minutos. Proporcionalmente, la luz se fue vaciando del mundo. Todos estábamos ya cómodos bajo las lonas cuando empezó a diluviar, todos menos Liesle.

—Yo sé dónde está —suspiré, y cogí rápidamente mi chaqueta con forro de lana y salí a la lluvia.

No había dado ni dos pasos y ya tenía los zapatos calados, y la lluvia me salpicaba la cara como si saliese de una manguera. Había llegado chapoteando un poco más allá de las tiendas cuando algo empapado se abalanzó sobre mí y me hizo chocar contra un pino.

—¡No quieren venir! —sollozaba Liesle, con el pelo liso y lacio y el agua corriéndole por el cuello—. Yo les hablaba y les hablaba, pero no quieren venir. Dicen que no está abierto, y que si lo estuviera no sabrían llegar.

Estaba temblando, sollozando y helada.

—Ven, salgamos de la lluvia —respondí, acariciándole la espalda empapada—. No pasa nada.

Metí la cabeza dentro de la tienda que usábamos de cocina.

—La tengo, pero primero tengo que escurriarla.

Y nos metimos en la tienda de dormir.

—Les dije que era por aquí, cruzando el arroyo... —Su voz sonaba apagada mientras le sacaba la camiseta por la cabeza—. No pueden mirar hacia aquí y no saben lo que es un arroyo. Ven por encima de nosotros.

—¿Por encima? —pregunté, buscando una toalla seca.

—¡Sí! —sollozaba Liesle—. Estamos en el medio. Ellos ven sobre todo por encima de nosotros, y luego estamos nosotros, y luego lo de abajo. Tienen miedo de caerse encima de nosotros o abajo. Por aquí está todo lleno de agujeros.

—Ya están encima de nosotros —añadí, guiando los pies helados a las perneras del pantalón de franela—. Los podemos ver.

—Solo en parte —respondió—. Solo en la parte de Aquí. La parte de Allí está para que no podamos verla.

La subí en mi regazo y la rodeé con los brazos y ella se apoyó en mí, calentándose poco a poco, pero todavía con escalofríos de cuando en cuando.

—Oh, abu. —Tenía los ojos grandes y oscuros—. Vi un poco de la parte de Allí. Es como..., como..., como una bengala.

—¿Las colinas esas enormes y pesadas son como bengalas? —pregunté.

—Claro. —Su voz sonaba segura—. Las bengalas tienen palos, ¿no?

—A ver, Liesle —la levanté y la miré profundamente a los ojos—, ya sé que tú piensas que todo esto es de verdad, pero en realidad no lo es. Imaginarse cosas es divertido siempre que sepas que es una fantasía, pero cuando empiezas a creértelo no es bueno. Mírate, estás toda mojada y fría y triste por culpa de este juego.

—¡Pero no estoy imaginándomelo! —protestó Liesle—. Cuando estaba abierto...

Se paró para recobrar el aliento y se agarró a mí. Me quedé quieta, con la sensación de haber cruzado un límite inesperado, y después guardé rápidamente ese recuerdo con los demás, como la chapa oxidada de cerveza, la lenta ingesta de Liesle por las colinas...

—Olvídate de eso —dije—. Confía en mí, Liesle, es solo un juego. No tienes de qué preocuparte.

Durante una pausa larga en la que solo se oía el fuerte ruido de la lluvia, Liesle inspeccionó mi cara, y después se relajó.

—Vale, abu. —Se volvió un peso soñoliento y pesado en mi regazo—. Si tú lo dices.



Aquella noche nos fuimos a dormir con el sonido de la lluvia. Para entonces se había convertido en un rugido fuerte y omnipresente en el techo de la tienda, que hacía que fuera casi imposible mantener una conversación.

—Bueno —pensé, medio dormida—, esto pone un punto final bien grande y mojado al verano.

Después, justo cuando me estaba quedando dormida, me sorprendí al pensar: «Que nadéis bien,

pequeñas bestias, que nadéis bien».

Pudo haber sido el silencio lo que me despertó, porque de pronto estaba completamente despierta en una quietud sin lluvia. No fue solo un despertar, sino un empujón apremiante hacia la conciencia. Me levanté, apoyándome en el codo. Liesle protestó un poco y luego se calló. Me volví a tumbar, pero me puse en tensión cuando Liesle balbuceó y se movió en la oscuridad. Después la oí recuperar el aliento y lloriquear un poco. Gateó con cuidado hasta salir del saco de dormir y fue a tientas hacia la puerta de la tienda. Una luz pálida y acuosa entró por la apertura. Debía de haber clareado un poco. Liesle susurró algo, y empezó a moverse a tientas de nuevo por la tienda. Oí una serie de crujidos y susurros, después a ella dudando en la puerta, con la chaqueta sobre el pijama y calzada con las deportivas de cordones.

—¡Se ha abierto! —dijo gimoteando, asomándose fuera—. ¡Se ha abierto!

Y se fue.

El pie se me quedó atrapado en el saco de dormir, intenté ponerme la chaqueta al revés y el zapato que no era, hasta que por fin conseguí enderezarme y salir tambaleándome, pisando un charco, con el agua por los tobillos, para seguir a Liesle. Busqué el camino a tientas en la humedad grisácea hasta la mitad del sendero de la Cabañita antes de darme cuenta de que delante de mí, en la vereda, no había nadie. Casi me muero. ¡Ya se la había tragado la traicionera roca gris! Y en mi interior una voz canturreaba con sorna: «No es de verdad, solo es un juego...».

—¡Que te calles! —murmuré, desafiante; después me giré, salpicando, y corrí de vuelta más allá de las tiendas a una velocidad asombrosa.

Me apoyé en mi árbol de respirar para parar las bocanadas frenéticas de aire frío y húmedo y, por enésima vez en mi vida, me eché una buena bronca por llevar un juego demasiado lejos. Tenía que haberle cortado las alas a la imaginación de Liesle desde el principio...

Oí un ruidito agudo y chirriante, un sonido seductor, como de pájaro en celo, y vi a Liesle parada en el camino, concentrada en las colinitas, con la mano derecha extendida, doblando los dedos como si llamara a un cachorrito.

Entonces vi que las colinas temblaban y se consolidaban y se Transformaban. Las vi levantarse del suelo con un sonido como de succión. Oí el suave desgarró del césped y el casi inaudible tañido de las raíces al partirse. Vi que los cerros empezaban a moverse y a seguir la llamada aflautada de Liesle. Me esforcé para ver a media luz. No había piernas bajo las colinas... O había docenas de piernas debajo..., o ruedas..., cuadrados..., destellos titilantes de luciérnagas...

Cerré los ojos. Las colinas se movían de verdad. El cómo, no podría explicarlo. Enormes, torpes y pesadas, seguían a Liesle como mastodontes aletargados en ordenada formación. Podía ver la cicatriz pálida debajo de la alameda de donde las colinas se habían arrancado. Me resultaba familiar, incluso con las raíces despeluchadas asomando del suelo desmoronado y arenoso. ¿No había sido siempre así?

Me levanté y vi a las colinas-bestias seguir a Liesle. ¿Cómo podía una tropa así moverse sin hacer ni pizca de ruido? Pasadas las tiendas de campaña, a través de la maleza, cruzando el arroyo —Liesle fue por el puente— y camino arriba hacia la Cabañita. Las perdí de vista cuando tomaron la curva en

el sendero. Me permití un breve suspiro de alivio antes de emprender la vuelta a las tiendas. Ahora tenía que recoger a Liesle, liberada ya de su obsesión, meterla en la cama y convencerla de que todo había sido un sueño. Con sarcasmo, me chinché: «¿Un sueño? ¿Un sueño? Estaban ahí, ¿verdad? Se han ido, ¿verdad? Sin doblar una brizna de hierba o romper una rama. ¿Irse a dónde? ¿Meterse en dónde?». «En ningún sitio», repliqué. «Solo cruzar...» «¿Cruzar a dónde? —me provocué—, ¿meterse en dónde?» «¡Vale! Dímelo tú a mí», me grité.

Ambas nos callamos y nos tambaleamos por el camino oscurecido. Por enésima vez Liesle me catapultó. Nos reunimos de la forma menos ceremonial en la curva del sendero.

—¡Ay, abu! —jadeó—. ¡Una no ha venido! ¡La más pequeña no ha venido! Había ocho, pero solo han entrado siete. Tenemos que ir a por la otra. ¡Se va a cerrar! ¡Abu! —Me estaba remolcando de nuevo más allá de las tiendas.

«¡Estupendo! —pensé con pesar—, ¡como siga con estas carreritas de acá para allá sí que voy a terminar envejeciendo!»

Encontramos a la rezagada hecha un ovillo en la base de los álamos, acurrucada como una lomita relativamente pequeña erizada de hierba. Liesle alargó las manos y empezó a silbarle a la colina-bestia.

—¿Dónde has aprendido a hacer ese sonido? —le pregunté, con la curiosidad picándome incluso en un momento de locura como aquel.

—¡Así es como se llama a las colinas-bestias! —dijo, sorprendida por mi ignorancia, y silbó de nuevo, insinuante.

Me quedé allí parada, con las zapatillas mojadas y pegajosas, y supuestamente en mis cabales, y vi cómo la pequeña loma se desenrollaba y se movía despacio en dirección a Liesle.

—¡Haz que vaya más rápido, abu! —gritó Liesle—. ¡Empuja!

Así que empujé, y tuve la cálida sensación del verano contra las palmas de las manos, el leve y nítido aroma de la hierba aplastada en la nariz y un vasto asombro en la mente. Jamás lo superaré. ¡Yo! Empujando una colina-bestia en el frío húmedo de una hora nocturna indeterminada y que parecía no acabarse nunca.

En fin, entre el silbido de Liesle y mis empujones, conseguimos que la Menor pasara las tiendas (¡otra! ¡otra!), cruzara el río y bajara por el camino. Liesle corría delante.

—¡Ay, abu! ¡Abu! —Su voz sonaba trágica—. ¡Que se cierra! ¡Que se cierra!

Encorvé la espalda y clavé los pies en el suelo y la bestia casi corrió camino abajo. Noté una onda de protesta en las manos y una reticencia como de niño asustado. Por un momento me vi desde fuera, luchando con una colina-bestia en el camino como Jerry había luchado con Liesle, pero mi rápido acelerón nos empujó hacia la curva. Allí estaba Liesle, con un brazo apretado alrededor del tronco de un árbol, el otro estirado a lo largo de la roca grande y gris. La mano estaba perdida en algún punto de ese Algo que se fusionaba y se retorció, se Transformaba y se fundía en el medio del granito gris.

—¡Rápido! —jadeó—. ¡La estoy sujetando, empuja!

¡Empujé! Y noté cómo alguna fuerza dentro de mí gastaba todo lo que le quedaba en el esfuerzo.

Había agotado los últimos restos de una juventud que nunca se repondría de nuevo. Hubo un breve silencio terco y luego la colina-bestia debió de percibir la apertura, porque noté en los dedos un latido acelerado, un cosquilleo rápido, y la colina-bestia desapareció. Así, sin más. La roca se alzaba, tan sólida e imperturbable como siempre, como había estado, probablemente, desde el principio de los tiempos; solo que la mano de Liesle se había quedado atrapada hasta la muñeca.

—Está atascada. —Se giró tranquilamente para mirarme—. No va a salir.

—Claro que saldrá —dije, poniéndome en cuclillas y sujetándola—. Mira, déjame...

La agarré del codo.

—No. —Escondió la cabeza en mi hombro. Podía sentir cómo su cuerpo iba perdiendo fuerza—.

No sirve de nada tirar.

—¿Entonces qué hacemos? —le pregunté, abandonándome a su sabiduría infantil.

—Tendremos que esperar a que se abra de nuevo —respondió.

—¿Cuánto tiempo tarda? —Noté cómo empezaba a temblar.

—No lo sé. Puede que nunca. A lo mejor... A lo mejor solo pasa una vez.

—¡Eso cómo va a ser! —dije, pero no tenía nada que añadir. ¿Qué se le dice a una niña a la que le ha desaparecido la mano en una roca de granito y no puede sacarla?

—Liesle —dije—. ¿Puedes mover los deditos?

Se le tensó la cara mientras lo intentaba.

—Sí —respondió—. Es como tener la mano en un agujero, pero no puedo sacarla.

—Bueno, pues empuja hacia dentro —dije.

—¿Hacia dentro? —preguntó bajito.

—Sí —dije—. Empuja y muévela mucho. A lo mejor lo ven y abren de nuevo.

Y eso hizo. Despacio, empujó hasta que desapareció el codo.

—¡Estoy moviéndola mucho!

Esperamos. Y luego...

—No viene nadie —dijo.

Y de repente estaba llorando y luchando, retorciéndose contra la roca, pero su brazo estaba tan atrapado como lo había estado la mano. La abracé, rozando mi mano contra la piedra mientras le calmaba las piernas peleonas.

—No pasa nada, Liesle, no pasa nada.

Las lágrimas se me acumulaban en la garganta. La mecí, consolándola.

—Ay, Dios —dije suspirando, con los ojos cerrados contra su pelo—. Ay, Dios.

Un pájaro chilló en el silencio que vino después. La hora indeterminada se alargó y se alargó. De pronto, Liesle se empezó a mover.

—¡Abu! —susurró—. ¡Algo me ha tocado! ¡Abu!

Se enderezó y empujó la roca con la otra mano.

—¡Abu! Alguien me ha puesto algo en la mano. ¡Mira, abu!

Y sacó el brazo del granito gris y me enseñó la mano.

Rebosaba con Algo que Existió durante un breve segundo, y después se descascarilló y se desvaneció en un chisporroteo como el destello de una bengala, derramándose vistosamente por todas partes.

Liesle se miró la mano, que brillaba, plateada, y se la limpió en el pijama, dejando un manchurrón reluciente.

—Estoy cansada, abu —lloriqueó. Miró alrededor, medio aturdida—. ¡He tenido una pesadilla! —gritó—. ¡He tenido una pesadilla!

La cogí en brazos y la llevé a la tienda. Estaba demasiado cansada como para llorar. Solo emitía un gemido exhausto que balbuceaba como sílabas con cada golpe de mis pasos. Se durmió antes de que le quitara la chaqueta. Me arrodillé junto a ella durante un rato, mirándola, pensando. Le levanté la mano derecha. Unos pocos destellos brillantes se filtraron entre los dedos y titilaron al caer al suelo. Las uñas le brillaban un poco en los bordes; en la palma, donde se plegaba, había una M irregular de plata desteñida. ¿Qué era lo que había sujetado? ¿Qué regalo le habían puesto en la mano? Miré a mi alrededor, aturdida. Estaba demasiado cansada como para pensar. Sentí una sacudida rara, como si el tiempo hubiera vuelto a su sitio y de pronto fuera muy tarde. Me dormí antes de que terminara de taparme con las sábanas.

¡En fin! Son momentos como estos —aunque, gracias a Dios, son bastante escasos— los que me hacen sentir el peso de la vida. Estoy demasiado acostumbrada al funcionamiento del mundo como para tomar estas cosas por normales y corrientes, demasiado segura de lo que sí se puede ver como para ver lo que realmente es. Pero no hace falta que pase algo así de extraño para darme cuenta de que, a veces, es mejor darle la mano a un niño, un niño que Ve, y dejarte guiar.

Una selección de relatos de horror que muestra lo más oscuro del mundo vegetal. Una antología que reúne a nombres como Roald Dahl, Eudora Welty o H.P. Lovecraft.



Orquídeas sanguinarias, bosques enteros que se rebelan contra quienes los masacraron, setas tan bellas como venenosas, robles majestuosos que se convierten en la reencarnación del hombre de la casa, maravillosas enredaderas que reviven espantosos fantasmas del pasado, máquinas rudimentarias que permiten registrar el terrible sufrimiento de las plantas maltratadas, árboles solitarios que señalan el mismísimo umbral a un mundo pesadillesco... Un verdor siniestro recorre la literatura de los siglos XIX y XX y nos recuerda que las plantas, seres fascinantes y misteriosos, benéficos y letales a la vez, encarnan la otredad en forma de monstruo silencioso, al tiempo que padecen los efectos de la avaricia que lleva al ser humano a apropiarse y destruir sin compasión aquellas formas de vida que, reducidas a materia prima, pueden generar riqueza.

Gótico botánico es un catálogo de historias del mundo vegetal más fantástico, que incluye a autores tan destacados como Nathaniel Hawthorne o Roald Dahl, y que permite, además, descubrir las inquietantes creaciones de escritoras del género *pulp* como Mary Elizabeth Counselman, Eli Colter o Maria Moravsky. A partir de ahora, el verde es el nuevo negro.

Edición en ebook: octubre de 2024

«A Curtain of Green», de la colección *A Curtain of Green and Other Stories*, © Eudora Welty, 1941

«The Sound Machine», de la colección *Someone Like You*, de Roald Dahl, © The Roald Dahl Story Company Limited; reproducido con permiso de David Higham Associates.

«And a Little Child» © Zenna Henderson, 1959, 1987. Publicado por primera vez en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*; reproducido con permiso de los propietarios.

«Green Thoughts» © John Collier, 1932

Copyright de las traducciones:

«Una cortina de follaje» © José Manuel Álvarez-Flórez. Licencia editorial otorgada por Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

«La máquina del sonido» © Flora Casas. Licencia editorial otorgada por Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

«El experimento del doctor Heidegger» © Marcelo Cohen, 2007. Publicada por primera vez en *Cuentos contados dos veces*, © Quaderns Crema, S.A.U. (Acanalado, Barcelona), 2007

«La rosaleta» y «El roble» © Leonor Saro, 2024

«El árbol en la colina» y «El jardín de Adompha» © Pablo Alejandro Arias Pérez, 2024

«La amanita mortal», «La victoria de los hermanos verdes» y «La esposa del árbol» © Eduardo Iriarte, 2024

«Y una niña pequeña», «Un lugar en el bosque» y «La guerra de la hiedra» © Elena Mora Rubio, 2024

«La glicinia gigante» y «El terror púrpura» © Erica Couto, 2024

«Wood'stown» © Luisa Lucuix, 2024

«El Jardinero» y «Pensamientos verdes» © Isabel Márquez Méndez, 2024

Copyright del prólogo y las notas biográficas © Patricia Esteban Erlés, 2024

Ilustración de cubierta: *Nepenthes, Obras de arte de la naturaleza* (Ernst Haeckel, 1899)

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2024

Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-19581-77-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada

Gótico botánico

Prólogo. Cuidado con el verde

Gótico botánico

El experimento del doctor Heidegger

Nathaniel Hawthorne

Wood'stown

Alphonse Daudet

La glicinia gigante

Charlotte Perkins Gilman

El terror púrpura

Fred Merrick White

La rosaleta

M. R. James

La amanita mortal

Eli Colter

El roble

Richmal Crompton

La guerra de la hiedra

David H. Keller

Pensamientos verdes

John Collier

El árbol en la colina

Howard Phillips Lovecraft & Duane Weldon Rimel

El jardín de Adompha

Clark Ashton Smith

Una cortina de follaje

Eudora Welty

La victoria de los hermanos verdes

Maria Moravsky

La máquina del sonido

Roald Dahl

El Jardinero

Margaret St. Clair

La esposa del árbol

Mary Elizabeth Counselman

Un lugar en el bosque

August Derleth

Y una niña pequeña

Zenna Henderson

Sobre este libro

Créditos